

Original, potente y magnético

# NO MIENTAS

TODA INFIDELIDAD MERECE UN CASTIGO



**ARTURO  
DEL BURGO**

UN GRAN THRILLER

NOVELA

NEWTON COMPTON EDITORES

Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Todos los sucesos y personajes son fruto de la imaginación del autor y cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, es pura coincidencia.

© 2025, Arturo del Burgo. Gracias al acuerdo con Hanska Literary&Film Agency, Barcelona, España.

© 2025, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán  
Todos los derechos reservados

Primera edición en formato digital: enero de 2025

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.  
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

[www.newtoncomptoneditores.com](http://www.newtoncomptoneditores.com)

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 978-84-10080-57-7

Código IBIC: FA

DL: B 16.334-2024

Diseño de interiores: David Pablo

Composición: Sergi Godia

Imagen de la cubierta: © Trevillion Images

Conversión en formato digital: [Brioworkx.com](http://Brioworkx.com)

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico – incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*



Arturo del Burgo

# No mientas



Newton Compton Editores  
Barcelona, 2025

*Para mis hijos, Patricia y Arturo,  
el capítulo más bonito de mi vida*

# Prólogo

A las 13:10 horas de un miércoles de noviembre sombrío y desapacible, Iban Echeverría se afana en terminar un artículo sobre la última comparecencia del alcalde. Debe entregarlo en unos minutos para la versión digital de *Euskadi Hoy* y le está costando mantener la concentración bajo el incesante murmullo que asedia la redacción. Mira la hora impaciente. Está a la espera de recibir un correo electrónico del departamento de prensa del Ayuntamiento para dar por terminado el artículo, pero se están retrasando. Decide entrar en la carpeta de *spam*, por si acaso estuviera allí.

Tras una ojeada al bombardeo habitual de correo basura y no encontrar lo que busca, repara en un asunto justo antes de cerrar la bandeja. Es un texto sencillo, sin los típicos signos de exclamación ni los destacados en negrita propios de ese tipo de mensajes. Dice simplemente: «No se pierda el próximo capítulo. Usted podría ser la próxima víctima».

Duda un instante, sobre todo cuando observa que contiene un archivo adjunto y, con él, la amenaza obvia de un virus. Si esa imprudencia terminara infectando su ordenador y, peor aún, propagando el desastre al resto de los compañeros, tendría que dar muchas explicaciones a su jefa.

Sin embargo, no puede dejar de mirar esa frase directa, amenazante, tan diferente de los llamativos reclamos de las páginas de contactos o de las promesas de dinero fácil que inundan la bandeja de *spam*. Por si fuera poco, el remitente también le intriga: «Infidelis». Abre el navegador dispuesto a conceder a ese correo unos segundos más de su tiempo antes de desecharlo, tal y como le apremia su instinto.



«Infíel», en latín. Demasiado sofisticado para ser un *spam* cualquiera. Coloca el ratón sobre la línea del correo y lo mantiene en suspenso hasta que se decide. Confía en que el antivirus haga su trabajo.

Iban Echeverría será el único de los más de cuarenta periodistas a los que se ha enviado el mismo correo que lo abrirá; el único que tendrá en su mano impedir el crimen anunciado y salvar la vida de una mujer.



# Capítulo 1

## DESGARRO

*A pesar de que apenas tenía diez años cuando se desató la pesadilla, aún siente cómo su cuerpo se tensa y la respiración se agita cada vez que lo recuerda. Y aquella noche del verano de 1989 se le presenta regularmente, sin que el paso del tiempo sea capaz de mitigarla.*

*La carretera transcurría sinuosa por un bosque que aparecía siniestro en aquella noche cerrada. El hombre conducía alterado, fumando un cigarrillo y ajeno al silencio de sus dos hijos, sentados en el asiento posterior.*

*El fin de semana que iban a pasar en casa de sus abuelos se había visto interrumpido de repente, cuando su padre los había despertado en mitad de la noche para volver a casa. Sabían que algo no iba bien, quizá su madre, que no había podido acompañarlos porque tenía que trabajar, se había puesto enferma, o había tenido un accidente, o cualquier otra desgracia que su padre había preferido omitirles. Dos horas de viaje que habían resultado eternas, ante un padre que conducía errático debido al alcohol que iba consumiendo.*

*Al acercarse a la casa apagó las luces del vehículo. Ralentizó la marcha y salió de la carretera despacio para adentrarse en la explanada donde se asentaba la casa. Descubrieron entonces que junto al Nissan de su madre había aparcado otro vehículo desconocido.*

*El padre apretó fuerte el volante, agachó la cabeza y comenzó a llorar, murmurando unas palabras ininteligibles. Cogió la botella que reposaba en el asiento del acompañante*

*y bebió de un trago la mitad de lo que quedaba. Sin decir nada, salió del coche y se dirigió hacia la casa.*

*Los dos hermanos seguían con la mirada sus pasos mientras se acercaba a la puerta. Se detuvo frente a ella unos instantes. Luego entró.*

*–¿Qué hacemos? –preguntó el niño.*

*–Nada –respondió tajante su hermana–. Esperar.*

*Los gritos resonaron en el silencio del bosque. Las luces de la casa se encendieron de pronto y se oyeron fuertes golpes. Un hombre desnudo emergió de un lateral de la casa y corrió hacia el vehículo desconocido mientras los gritos arreciaban en el interior. Tardó unos segundos en arrancar y dar marcha atrás para enfilar la salida.*

*El padre apareció bajo el umbral de la puerta portando su rifle de caza. La madre estaba junto a él, desnuda y fuera de sí, tratando de impedir que cargara el arma. La derribó de un fuerte manotazo ante la mirada de sus hijos, que temblaban de miedo.*

*El coche desconocido aceleró y pasó junto a ellos, dejando tras de sí una nube de polvo. En ese momento se oyeron los disparos.*

*–¡Agáchate! –ordenó la niña, y los dos escondieron la cabeza.*

*Los disparos cesaron, el coche se había ido.*

*A partir de ahí, la oscuridad.*

# 1

Nada molesta más a Adriana Collante que la interrumpen durante la hora de la comida. Solo pide veinte minutos de soledad y silencio, y ciertamente no es mucho pedir a cambio de las doce horas diarias que dedica a su trabajo como subinspectora de Homicidios. A sus compañeros les da igual comer en cualquier sitio, de pie o en su propio escritorio, para ellos no es más que una mera necesidad biológica. Para ella no. Su madre piensa que es por sus orígenes italianos; su abuela nació en un pueblecito cerca de Florencia y Adriana siempre idolatró su *dolce vita*. Ella sí sabía disfrutar de una comida tranquila regada con un buen vino, una sobremesa hasta el atardecer gozando de la vida como solo se puede hacer a orillas del Mediterráneo...

Adriana nació en San Sebastián y en realidad solo ha estado un par de veces en Italia, así que poco arraigo tiene con sus ancestros. A sus treinta y cinco años vive entregada a su trabajo y en estos momentos solo pide un poco de tranquilidad para acabar de comer.

Pero hoy no es el día.

Justo cuando va a llevarse a la boca un tenedor cubierto de espinacas, naranja y pistachos, comida para caracoles que ingiere «para poder seguir entrando en una 38», como se dice a sí misma, suena el teléfono.

—¿Dónde estás?

—Comiendo, inspector.

—Pues sal cagando leches al hotel Iturmendi. Por tu posición, veo que eres la que más cerca estás.

Adriana maldice los localizadores GPS.

—¿Qué ha ocurrido?

—Cagando leches, Adriana.

Cuelga.

Por desgracia, la comida deberá esperar. Envía un mensaje a Mario para decirle que tiene que marcharse, que no lo espera más. Para variar, llega tarde. No sabe por qué se empeña en quedar a comer con él. Paga la cuenta y sale a la calle.

El calor del establecimiento se desvanece y un torrente de aire gélido la golpea inclemente, congelando cada centímetro de piel expuesta. Sube rápido al coche, aparcado justo enfrente, enciende la calefacción al máximo, saca la sirena de la guantera y la coloca sobre el techo. Arranca y recorre a gran velocidad las calles que le faltan para salir de la ciudad y enfilarse la AP-8. Aprovecha para llamar a su segundo e interrumpir su comida con la misma urgencia con la que han cortado la suya. Él tampoco sabe de qué va.

Sale de la autopista y enfila la carretera que colinda con el mar. Se le escapan un par de miradas hacia el horizonte, que aparece lóbrego. El navegador indica el desvío y toma una ruta que asciende sinuosa por la montaña. Las enormes hayas bordean el camino y ocultan el cielo. Se encienden las luces automáticas del coche, y eso que solo son las tres y media. «Esto en el Mediterráneo no pasa», se dice sarcástica.

Adriana localiza la entrada al recinto del hotel, un portalón de hierro forjado que permanece abierto, anunciando un camino que conduce hasta el imponente edificio, rodeado de un césped cuidado y bonitas flores. Junto a la puerta, un coche patrulla. Aparca junto a él y, al salir del vehículo, de nuevo la corriente de aire frío y desapacible le golpea la cara. Pese a ello, la subinspectora no puede dejar de admirar el hotel. Es un caserón de piedra y madera con el techo a dos aguas y un perímetro bien cuidado delimitando el bosque que envuelve todo el lugar. Detrás del edificio se aprecia un viñedo que se abre hacia el horizonte, en lo que parece una vista de postal.

Aguirre, un agente apocado y cansado que cuenta las horas que le quedan para jubilarse, se le acerca, encantado de cederle el testigo.

—El director del hotel está que le da un ataque —señala en cuanto la ve—. Nos pide la máxima discreción.

—Bueno —responde Adriana mientras se cuelga la placa por encima del abrigo—, eso depende. ¿Qué tenemos?

—Una mujer... Siete puñaladas..., una sangría.

—¿Cuándo ha ocurrido?

—La han encontrado hace una media hora. Al parecer había quedado con un hombre, un tal Irastorza o algo así. Está arriba. Ha

sido él quien ha llamado.

Ambos entran en la recepción, amplia y elegante, coronada por una imponente escalera de madera y ese olor que desprenden los hoteles de lujo. Hay algunos clientes sentados en un saloncito y algún otro en el porche. El personal del hotel, parapetado tras el mostrador, los sigue con la mirada, todavía incrédulos ante lo ocurrido.

Sale a su encuentro un hombre alto, con un elegante traje gris marengo sin corbata, que trata de mantener la compostura pese a su evidente nerviosismo. Saluda en voz baja:

–¿Es usted la detective?

–Subinspectora Collante.

Le tiende la mano.

–Soy Martín Garmendia, director del hotel. Estamos consternados por lo ocurrido. Permítame que la acompañe.

–¿Cuándo la han encontrado?

–Hace solo unos minutos. El señor Irastorza ha dado la voz de alarma. Ha sido él quien los ha llamado y luego nos ha avisado a nosotros. Han venido ustedes muy rápido.

–¿Cuánta gente hay ahora mismo en el hotel, señor Garmendia, entre huéspedes y trabajadores?

–No es temporada alta, afortunadamente. Tenemos en este momento doce clientes y cuatro trabajadores.

Adriana se detiene junto a la escalera. Ha pasado tiempo más que suficiente para que el asesino haya huido del hotel, que es seguramente lo que ha ocurrido. Se esfuerza por recordar el protocolo y los pasos que hay que dar ante un homicidio cometido en un establecimiento público. En todo caso, no puede permitir que la gente entre y salga con normalidad, sobre todo que salga, cuando tiene un cadáver arriba que ni tan siquiera ha visto.

–Aunque esto no le guste, señor Garmendia, tenemos que cerrar el hotel. Seremos rápidos, se lo aseguro, y confío en que en un par de horas como máximo pueda reabrir con normalidad. Vamos a pedir refuerzos para que nos ayuden con las declaraciones, pero entretanto necesito que todos vayan a sus habitaciones y

permanezcan allí hasta que hayamos hablado con ellos. Y los trabajadores, a la oficina.

El director se frota las sienes, tiene el rostro desencajado.

—¡Dios mío, agente! Esto va a ser un escándalo. ¿No habría forma...?

—No es un escándalo, señor Garmendia, es un asesinato —le corta de manera tajante—. Este hotel ha sido el escenario de un crimen y sus clientes son potenciales testigos. Todo ello sin contar con que el propio asesino podría estar todavía aquí. —La mirada de la subinspectora no admite réplica—. Aguirre, ocúpate, por favor. Avisa a la central y que nos envíen refuerzos para registrar el hotel. Señor Garmendia, le agradecería que me acompañara a la habitación. Será un momento. Luego podrá bajar a gestionar todo esto.

Aguirre se marcha con su habitual desgana mientras el director del establecimiento y Adriana suben las escaleras.

—¿Conocía a la víctima?

—Sí..., bueno, era una clienta más o menos habitual.

—¿Puede decirme algo sobre ella?

El hombre, nervioso, mira al suelo, debatiéndose entre los límites de la protección de datos y la confidencialidad.

—Está muerta, señor Garmendia. Y esto es una investigación policial. Así que le ruego que conteste a mis preguntas de manera rápida y certera.

—La señora Fraile...

—¿Nombre de pila?

—Daniela Fraile. Acudía a nuestro establecimiento una vez por semana desde hacía varios meses. Solía pasar aquí unas horas, normalmente al mediodía, rara vez se quedaba a pasar una noche completa.

Ya en la segunda planta, se abre frente a ellos un pasillo enmoquetado de un bonito color cereza, flanqueado por las puertas de las habitaciones, que, junto con el friso a media altura y un decorativo papel arena que recorre las paredes, le confiere esa imagen selecta y elegante propia de hoteles que el sueldo de un simple mortal no alcanza a pagar. En esa planta hay únicamente seis habitaciones.

Al fondo del pasillo, un agente custodia dos puertas enfrentadas que permanecen abiertas.

–Es la número 12 –prosigue el director mientras ambos avanzan por el corredor–. Hoy tenemos solo una habitación ocupada en esta misma planta, la 9.

–¿La señora Fraile venía normalmente sola?

Otra vez se advierte cierta turbación en el rostro del director.

–No, no..., solía acudir siempre acompañada del señor Irastorza, Goyo Irastorza. Estaba muy nervioso y le hemos acomodado en la habitación de enfrente.

–Puede marcharse, señor Garmendia. Insista a los huéspedes en que deben permanecer en sus habitaciones hasta que un agente vaya a hablar con ellos. No tardaremos.

El hombre asiente y se marcha por el pasillo, balbuceando algunas palabras ininteligibles.

En ese momento, Adriana detiene el tiempo. Cierra los ojos antes de entrar, se toma un segundo para controlar sus pulsaciones y asimilar la descarga de adrenalina que precede a observar la escena de un crimen. Es consciente de que lo que esconde esa habitación, lo que está a punto de presenciar, se quedará en su retina para siempre, ocupará sus noches sin dormir de ahora en adelante, la acompañará junto a tantas otras víctimas en las vigiliadas de madrugada. Se coloca unos guantes y unas calzas sobre las zapatillas y accede al interior.

En la entrada, la habitación tiene un saloncito con un escritorio, un sofá y un televisor enorme fijado a la pared. La tenue luz del día encapotado se cuela a través de la ventana. Hay un abrigo negro colgado de un sillón, junto a un pequeño bolso. Una puerta corredera entreabierta descubre un espacio coronado por una cama de matrimonio, sumido en la penumbra que generan unas grandes cortinas de terciopelo. Adriana entra y la ve por fin.

Una mujer tendida en la cama, con una venda oscura tapándole los ojos y las manos esposadas sobre el regazo, con el torso cubierto de sangre, una sangre que empapa también las sábanas blancas. Lleva puesto un conjunto de lencería negro de un fino encaje casi transparente, que contrasta con su tez pálida. Tendrá algo más de



cuarenta años, un cuerpo esbelto, larga melena rubia, labios rojos que muestran unos dientes blancos, con una boca congelada en un gesto de sorpresa y dolor.

Tras la subinspectora, su compañero espera en la puerta.

–Cuéntame –le pide ella.

–Estábamos atendiendo un accidente de tráfico aquí al lado, en Askizu. Hemos tardado apenas unos minutos en llegar en cuanto hemos recibido el aviso de la central. Aquí arriba estaba el director consolando a un tal Goyo Irastorza, que estaba en *shock*. Lo tienes en la habitación de enfrente, es quien ha llamado.

–¿La ha encontrado él?

–Sí, al parecer habían quedado. Suelen venir aquí una vez por semana.

–Una aventura.

–Evidente.

Adriana se acerca a la víctima y siente el olor de la sangre todavía fresca mezclado con un dulce perfume floral. Se traga una arcada que le contrae el estómago. Con gusto abriría la ventana de par en par para ventilar ese aroma a muerte, a carne inerte y desgarrada, pero debe esperar al examen científico. Aprecia las marcas de las puñaladas, dos en el cuello, profundas, violentas, y varias en el pecho. La mujer está tendida en una posición relajada, como si no hubiera tenido tiempo de reaccionar.

–El hombre está destrozado –continúa el compañero–. No sé si por lo que ha pasado o porque su esposa se va a enterar de todo.

La subinspectora saca el móvil y fotografía los detalles. Sabe que luego dispondrá de un completo informe con infinidad de instantáneas con mejor resolución y nitidez, pero siempre hace sus propias fotografías. Necesita congelar esas imágenes, capturar lo primero que ve para poder refrescar después, una y otra vez, sus impresiones iniciales, los sentimientos, las inquietudes y la intuición inicial que le despierta el primer contacto con la víctima.

Y lo que le despierta esta mujer es simplemente tristeza. Verla ahí tendida, vestida para pasar una tarde de placer en un magnífico hotel, sintiéndose segura, sexi, viva, para encontrar de repente una muerte horrible que la detiene aquí, expuesta y vulnerable.

Comienza a sentir cómo crece en su interior un odio instintivo y animal, un sentimiento que la acompañará durante la caza que ahora comienza y que no se diluirá hasta atrapar a la presa.

Sobre la mesilla de noche ve un teléfono móvil. Toca la pantalla. Está bloqueado, pero muestra la imagen de dos niñas abrazadas en una playa, no tienen más de diez años. El protocolo señala que no se debe tocar nada hasta que la Científica pueda hacer su trabajo, para no contaminar la escena del crimen..., salvo que sea necesario por la inmediatez del asesinato y porque la persecución del asesino lo requiera. Siempre hay un resquicio.

Adriana coge el móvil y lo coloca frente al rostro de la víctima para que el identificador facial lo desbloquee, pero no lo consigue. La venda impide reconocerla, así que la levanta levemente para colocarla sobre la frente y muestra unos ojos abiertos, muy abiertos, en una expresión que, unida a su boca, muestra la viva imagen del horror. La mira como si aún estuviera viva, como si le suplicara ayuda con esas pupilas dilatadas que tan solo unos minutos antes brillaban.

Desbloquea el móvil y la imagen la deja congelada. Necesita unos segundos para tomar conciencia de lo que ve. Se trata de una fotografía de la propia víctima tal como la tiene ahora delante, supuestamente tomada con el mismo móvil. Tendida en la cama, apuñalada. Pero una comparación rápida entre esa instantánea y la escena que está presenciando la deja sin palabras. Con un simple vistazo comprueba que la mujer de la fotografía tiene las mismas heridas en su cuerpo, las mismas puñaladas, pero rodeadas de pequeños surcos de sangre, muy lejos de esas sábanas empapadas, y el pecho cubierto de un fluido escarlata todavía brillante. No hace falta un análisis experto para descubrir la diferencia. La fotografía ha sido tomada instantes después del crimen, antes de que la víctima se desangrara, lo que no deja dudas sobre su autor.

Cambia la configuración de la contraseña del móvil por un sencillito 1111, para poder luego acceder a su contenido. El teléfono está en modo avión. Lo deja así de momento y lo devuelve a la mesilla.

Por lo demás, nada reseñable a primera vista. No hay signos de pelea, todo permanece en su sitio, el típico orden de una habitación

de hotel recién estrenada. Revisa los armarios, que están vacíos, y mira bajo la cama. No hay huellas visibles en la moqueta. Accede al baño contiguo al dormitorio. Un neceser con artículos de maquillaje reposa sobre el lavabo. Nada más.

–Vamos a hablar con él.

Sale aliviada de la habitación, dejando atrás la pesadilla, y accede a la puerta de enfrente, que permanece abierta y custodiada. Un hombre está sentado en el sofá, con la cabeza apoyada en las manos. Las tiene manchadas de sangre.

–¿Señor Irastorza? Me llamo Adriana Collante, subinspectora de Investigación Criminal de la Ertzaintza. Necesito hacerle unas preguntas.

El hombre la mira. No llega a los cincuenta años, pelo canoso, rostro atractivo, traje oscuro hecho a medida y unos zapatos negros con hebilla. Transmite buena posición y seguridad, pero sus ojos están tan aterrados como los de un cachorro abandonado.

–Lo que usted quiera –balbucea.

La agente deja su móvil sobre la mesa de centro y pone en marcha la grabadora.

–¿Había quedado usted hoy con la señora Fraile?

–Sí.

–¿Solía quedar con ella en este hotel de forma habitual?

Asiente con la cabeza.

–Por favor, responda con claridad.

–Sí.

–Sé que es un tema íntimo y personal, y le aseguro que nadie que no esté estrictamente vinculado con la investigación tendrá conocimiento de lo que hablemos, pero necesito total sinceridad en esto, señor Irastorza, si queremos dar con quien ha asesinado a esta mujer. ¿La señora Fraile estaba casada?

–Sí.

–¿Con quién?

–Gorka Suances...

–¿Y usted?

Asiente con la cabeza.

–¿Tenían... una aventura?

–Sí.

–¿El señor Suances lo sabía?

–No lo sé, supongo que no... Teníamos mucho cuidado.

–¿Sabe dónde podemos localizarle?

–Viven en Miraconcha, aunque a estas horas imagino que estará en la empresa donde trabaja, en Beasáin. Dios mío, ¿no creerá que ha sido él?

Adriana escribe la dirección y el nombre en una hoja de su libreta, la arranca y se la tiende al compañero.

–Que localicen de inmediato al marido –ordena–. Que empiecen por la empresa. Y que envíen una patrulla también a la casa. Da el aviso, por favor.

El agente se lleva la mano al transmisor que cuelga de su hombro izquierdo y abandona la habitación para dar las instrucciones. Adriana prosigue el interrogatorio:

–Bien, habían quedado hoy. ¿Alguien más lo sabía?

–No, claro que no –dice sorprendido–, hemos sido muy discretos todo este tiempo. Nos encontrábamos una vez por semana, aquí. Nos mandábamos un mensaje por Telegram que luego borrábamos. Nadie sabía nada.

–Ha llegado ¿y qué ha visto?

–Habíamos quedado a la una y media. He pedido la llave en recepción y he subido directamente. Llegaba diez minutos tarde, porque a un imbécil se le ha parado el coche en la rampa de subida. Creo que estaba borracho, no lo sé. He abierto la puerta –los nervios le pierden al recordar, le tiembla la voz– y la he encontrado allí..., inmóvil..., muerta...

Rompe a llorar, esconde el rostro entre las manos.

–Lo siento mucho, señor Irastorza, pero ahora la prioridad es encontrar al asesino de la señora Fraile. ¿Qué ha hecho cuando ha entrado?

–Me... me he lanzado sobre ella, he intentado taponar las heridas. Pero toda esa sangre... Estaba muerta.

–¿Luego?

–He llamado a la Policía... y luego a recepción.

–Al llegar, ¿se ha cruzado con alguien en el pasillo?

Niega con la cabeza.

–¿Por qué lleva ella una venda y esposas? ¿Era habitual entre ustedes?

–No..., bueno, a veces sí, pero hoy no sé por qué... No tengo ni idea... Pensaba que se lo habría puesto el asesino.

Parece sincero. La víctima lleva las típicas esposas para juegos sexuales, forradas de terciopelo y que con un tirón pueden romperse. Desde luego no sirven para maniatar a nadie.

–¿Y su mujer? ¿Conoce su relación con la señora Fraile?

–¡Por supuesto que no, ella no sabe nada! –La mira asustado–. ¿Cree que va a enterarse de todo esto? ¿No hay forma de evitar que mi nombre aparezca en la investigación?

Adriana necesita un minuto para enfrentarse a este tipo. Acaban de apuñalar a su amante, la mujer con la que compartía cama desde hace meses, y lo único que le importa es no enturbiar su matrimonio. En fin.

–De momento es suficiente, señor Irastorza. Espere aquí.

–¿Puedo irme?

–Obviamente no. Tenemos más preguntas que hacerle. Un agente vendrá enseguida y continuará con el interrogatorio.

La subinspectora sale al pasillo, donde empiezan a acumularse policías. La Unidad Científica ha llegado por fin. Saluda a los tres compañeros, que ya están desplegando todo su material junto a la puerta de la habitación.

–Necesitaré el móvil lo más pronto posible –les pide.

–No antes de una hora –responde uno de ellos sin mirarla siquiera, arrodillado frente a su maletín–. Ya sabes cómo va esto.

–Subinspectora. –Es uno de los dos policías que custodiaba el pasillo–. En esta planta ahora mismo solo está ocupada la habitación 9. Un matrimonio de ancianos que viene a pasar unos días y a visitar a su hija.

–¿Y las demás?

–Acabo de entrar con la llave maestra que me ha dado el director. Nada.

Se oye un resoplido proveniente de la escalera. Por fin alguien a quien Adriana se alegra de encontrar. Su subalterno, el agente

primero Igor Velasco, con sus ciento cincuenta kilos de peso, aparece jadeando por los dos pisos que ha tenido que subir a pie. Necesita un par de minutos para reponerse antes de incorporarse, mirar a su alrededor y lanzar un silbido de admiración.

–¿Sabes que una habitación aquí vale más de quinientos euros la noche? –Es lo primero que dice mientras camina por el pasillo con parsimonia, las manos en los bolsillos, deleitándose en los detalles–. Como para usarla solo para echar un polvo.

Un comentario poco afortunado que no es bien recibido por el resto de los agentes. Él, como siempre, se mantiene ajeno al mundo.

–Igor, te hago un resumen rápido de la situación. –Con este hombre es mejor entrar sin preámbulos, para evitar sus divagaciones y bromas de escaso gusto, defectos que no obstante palidecen ante un instinto policial extraordinario–. Daniela Fraile, casada y con dos niñas. Tiene una aventura desde hace meses con Goyo Irastorza, con quien se cita una vez por semana en este hotel. Hoy él se ha retrasado por no sé qué de un coche parado en la cuesta de la entrada. Cuando entra en la habitación, la encuentra muerta y llama a la Policía. He contado unas siete puñaladas, profundas. La víctima estaba esposada y con los ojos vendados, como si estuviera practicando un juego sexual.

–¿Y el marido?

–Le están buscando en el trabajo.

–¿Por dónde empezamos, jefa?

–Me llevo a Irastorza a la comisaría para seguir con el interrogatorio y me ocupo de buscar al marido. Tú céntrate en el hotel, hemos tenido que cerrarlo hasta que terminemos y no podemos eternizarnos si no queremos que el bueno del director sufra un ataque. Los huéspedes están en sus habitaciones. Organiza interrogatorios rápidos y un registro del hotel. Pero echa un ojo antes de nada a las cámaras de seguridad, imagino que las tienen. Ah, y corrobora lo de la cuesta, a ver si podemos localizar el coche ese...

–¿Y si el marido no aparece?

Sin duda es la primera hipótesis.

—Entonces tendremos un sospechoso a quien buscar, pero por ahora sigamos avanzando. —Adriana se queda pensativa antes de proseguir—: Hay algo que no se me quita de la cabeza. El teléfono... —Igor la mira extrañado—. Lo tenía junto a la cama. Lo he desbloqueado y ha aparecido una fotografía de la víctima, justo cuando ha sido asesinada.

—Vaya..., eso sí es raro. ¿Está sacada con algo de ángulo? ¿Podremos obtener alguna información de su análisis? Un reflejo, un objeto...

—Nada. Es un primer plano, sin más.

—¿Y para qué demonios la ha hecho?

—Ni idea.

—¡Subinspectora! —la interrumpe un agente que acaba de aparecer en el pasillo—. ¿Tienes un minuto?

Ella asiente con la cabeza, algo molesta.

—Verás, seguramente no sea nada, pero... tenemos abajo a un periodista de *Euskadi Hoy*, un tal Iban Echeverría.

—¿Ya? —Adriana no da crédito ante semejante rapidez, algún día llegarán antes que ellos—. ¿Cómo se ha enterado?

—Dice que ha recibido un *email* bastante extraño hace una media hora y ha decidido acercarse para comprobar si era verdad. Creo que deberías hablar con él.

—¿Un *email* de quién? —pregunta Igor.

—Un *email* del supuesto asesino.

Igor y Adriana le miran como si no le hubieran entendido bien. El agente aguarda su reacción, algo nervioso. La posibilidad de que estén ante un chalado es bastante elevada, de ahí que el agente crea que quizá haya metido la pata, ocurre a menudo cada vez que se despliega un cordón policial. Desquiciados que se acercan a los agentes contando milongas y haciéndoles perder un tiempo precioso con pistas falsas.

—Conozco a ese Echeverría. —Igor pone fin a sus pensamientos—. Creo que le he leído en alguna ocasión. ¿Quieres que eche un vistazo?

—No, no te preocupes. Bajo a ver de qué se trata. Tú ponte manos a la obra y que me lleven a Irastorza a comisaría, yo iré enseguida.



Igor asiente y acompaña al agente al ascensor.

## 2

Tras las cristaleras de la recepción, giran intermitentes las luces azuladas de los vehículos policiales, que comienzan a acumularse en el exterior. En el vestíbulo, tan solo personal del hotel y una decena de policías.

Iban Echeverría tiene poco más de treinta años, un aspecto desaliñado y un evidente nerviosismo que trata de calmar mirando el móvil. Está en una mesa apartada del lujoso bar del hotel, que se encuentra desierto. Se levanta cuando la subinspectora se presenta.

–Me han dicho que has recibido un *email* algo inquietante.

–Buenas tardes. La verdad es que lo he descubierto de milagro en la bandeja de *spam*. Hasta hace un rato no he podido leerlo con detenimiento y es cuando me he decidido a venir. Tenía una entrevista cerca de aquí y me pillaba de paso. Cuando he visto a la Policía en la puerta, me he asustado.

–¿Puedo ver el *email*?

–Claro.

Coloca el móvil sobre la mesa, busca el correo y lo sitúa frente a Adriana:

**De:** Infidelis <[autor@infidelis.cc](mailto:autor@infidelis.cc)>

**Fecha:** miércoles, 23 de noviembre, 13:10

**Para:** Iban Echeverría <[iban.echeverria@euskadihoy.com](mailto:iban.echeverria@euskadihoy.com)>

**Asunto:** No se pierda el próximo capítulo. Usted podría ser la próxima víctima

Estimado periodista:

Hoy a las 13:30 horas será asesinada una mujer, Daniela Fraile, en la habitación 12 del hotel Iturmendi. Adjunto el primer capítulo de mi libro, *Infidelis*, donde se describe todo lo ocurrido.

Ha tenido usted el privilegio de ser testigo del lanzamiento de una obra maestra de la literatura, un libro que será recordado en los anales de la historia de las letras. Con la infidelidad sentimental como trama argumental, la novela guarda la particularidad de que está basada en hechos reales que se narran antes de que ocurran.

Si no cree lo que estoy diciendo, no tiene más que acudir al hotel en unos minutos para descubrir la verdad.

Si desea más información acerca de mi obra, puede acceder a la página web [www.infidelis.cc](http://www.infidelis.cc), donde podrá conocer este gran proyecto editorial, así como adquirir los capítulos que se irán publicando en los próximos días.

En sus manos dejo la posibilidad de sumarse a la historia de las letras. No la desperdicie.

Atentamente.

La subinspectora no puede creer lo que está leyendo. Con tan poco tiempo nadie ha podido acceder a esa información y enviar un *email* como ese. Mira la hora de recepción del correo: las 13:10 horas. Ahora son las 14:30 horas. Todavía no tiene confirmación de la hora de la muerte, pero la sangre húmeda y el estado del cadáver revelan claramente que ha sido asesinada hace poco.

El *email* tiene un archivo adjunto con el siguiente nombre: «*Infidelis*. Capítulo 1. Desgarro».

–¿Has leído el archivo? –le pregunta al periodista.

–Por encima... Habla de Daniela Fraile... y de su aventura con un tal Irastorza.

Adriana le mira fijamente, inquieta, piensa que si realmente el correo es anterior a la muerte de la víctima tendrán un problema serio. No es capaz de imaginarse por qué un asesino iba a anticipar sus planes, y mucho menos anunciarlos a un periodista.

En ese momento cae en la cuenta. Para eso lo quería.

Saca el teléfono y marca el número de Igor, confiando en que su corazonada no se confirme.

–Entra en la habitación y mira el móvil de la señora Fraile. Lo primero que te saldrá es la fotografía de la que te he hablado. Mira a qué hora se ha realizado. La contraseña del móvil es 1111.

–Adri, están los de la Científica...

–Me importa una mierda. Entra y míralo. No me cuelgues.

Le oye resoplar por encima de los ruidos que hacen los policías que atestan la planta. Escucha con claridad cómo accede a la habitación y los gritos de los compañeros para que salga de inmediato.

–Órdenes de la jefa, queridos –suelta Igor con su vozarrón característico.

Se desata un griterío. Al cabo de dos minutos, tiene la respuesta:

–Se ha hecho a la una y veintinueve minutos.

El corazón de la agente se desboca. «No puede ser, debe de haber una explicación racional para todo esto».

–Subinspectora. –Un agente camina hacia una Adriana absorta en la información que acaba de recibir. «Para eso hizo el asesino la fotografía, para que comprobáramos la hora de la muerte y la veracidad del correo»–. Hemos encontrado al marido de la señora Fraile. Estaba en su puesto de trabajo. Lleva allí todo el día. Va camino de la comisaría.

Adriana suspira. Ya no tiene a un posible sospechoso, sino a un viudo al que dar la noticia de la muerte de su esposa. No hay duda de que ningún asesino despechado por la infidelidad de su mujer enviaría un correo para anunciar su arranque de locura. Salvo que la motivación fuera otra, salvo que se buscara una distracción, salvo que fuera otro asesino...

–Esto es lo que haremos –se dirige al periodista, que sigue con su móvil sobre la mesa–. Reenvíame el correo ahora mismo y vas directo a la redacción. Cuando estés delante de tu ordenador, llama a este teléfono y pregunta por Fran, es uno de nuestros técnicos. Le llamo ahora mismo. Él te dirá lo que hay que hacer. Necesitamos que se conecten en remoto a tu ordenador para rastrear el correo y ver desde dónde lo han enviado.

Echeverría asiente obediente, nervioso ante la posibilidad de ser él la noticia en lugar de contarla. Le remite el correo. Antes de que se marche, Adriana le agarra del brazo.

–De esto ni una palabra, Iban. No quiero que aparezca una sola noticia hasta que lo hayamos contrastado, ¿está claro? Si necesitas más argumentos, mi jefe puede llamar al tuyo en cuestión de minutos. Pero por nada del mundo quiero que ese hijo de puta se nos escape porque te hayan entrado las prisas por teclear.

El periodista no dice palabra alguna, se limita a asentir rápidamente y mirarla a los ojos, evaluando hasta dónde estaría dispuesta a llegar si infringe las instrucciones.

–¿Es cierto que le han asestado siete puñaladas?

La pregunta deja bloqueada a la subinspectora.

–El asesinato aparece relatado al final del capítulo –aclara él–. Dios mío..., pensé que era todo mentira, alguna broma pesada o algún loco... Si lo hubiera leído antes, quizá...

Se marcha cabizbajo. Adriana abre nuevamente el correo y lo lee. Hacía unos instantes todavía conservaba la esperanza de estar ante un perturbado, una macabra coincidencia. Pero las siete puñaladas despejan cualquier duda. Decide ir a la comisaría para seguir el trabajo allí y leer con calma el dichoso capítulo.

Antes de apagar el móvil, repara en el asunto que encabeza el correo electrónico. La sensación amarga de estar adentrándose en una pesadilla invade su cuerpo. Lee el texto un par de veces, buscando respuestas a las preguntas que se agolpan en su cabeza.

«No se pierda el próximo capítulo. Usted podría ser la próxima víctima».

### 3

*Extracto del vídeo del interrogatorio de Gorka Suances, marido de la víctima, realizado por la subinspectora Adriana Collante.*

**AC:** Señor Suances, en primer lugar, quiero trasladarle mi más sincero pésame y el de todos mis compañeros por la muerte de su esposa. ¿Han hablado ya con usted, le han explicado las circunstancias de la muerte?

**GS:** Solo el agente que ha venido a la oficina. Me ha dicho que ha sido víctima de un crimen. No podía darme más detalles, no sé nada más...

*Se escuchan sollozos, el hombre está cabizbajo, con los codos sobre la mesa y las manos sujetando su cabeza.*

**GS:** Esto es una pesadilla.

**AC:** No puedo ni imaginar por lo que estará pasando, lo siento de veras. Como comprenderá, tengo que hacerle algunas preguntas,

aunque podemos tomarnos todo el tiempo que necesite. –*Él asiente con la cabeza*–. ¿Cuándo ha sido la última vez que ha visto a su esposa?

**GS:** Esta mañana, después de desayunar. Se ha marchado antes porque tenía un día muy ajetreado...

**AC:** ¿Le ha parecido que estaba especialmente nerviosa? ¿Hay algo que le haya llamado la atención?

**GS:** No, la verdad es que no.

**AC:** ¿Y estos días atrás? ¿La notaba inquieta? ¿Algo fuera de lo habitual?

**GS:** No, tampoco.

**AC:** Señor Suances, tengo que hablarle con franqueza, por mucho que me cueste hacerlo en estas circunstancias. Le contaré hasta donde sabemos, que de momento no es mucho. Su mujer ha sido encontrada muerta en la habitación de un hotel, asesinada por varias heridas de arma blanca.

**GS:** ¿En un hotel?

**AC:** ¿Le dice algo el nombre de Goyo Irastorza?

**GS:** No, ¿por qué? ¿Debería?

**AC:** Ha sido la persona que la ha encontrado en la habitación. Habían quedado allí al mediodía, como venían haciendo las últimas semanas. Señor Suances, ¿sabía que su esposa estaba teniendo una aventura?

**GS:** Yo... yo no... no puedo creerlo...

**AC:** ¿Quiere un poco de agua? ¿Prefiere que nos tomemos un minuto?

*Niega con la cabeza.*

**GS:** Daniela y yo teníamos problemas desde hacía tiempo, como todo el mundo. Con las niñas y el trabajo nos habíamos distanciado un poco..., pero nos queríamos... No puede ser, no puedo creerlo... ¿Está usted segura de todo esto?

**AC:** Me temo que sí, señor Suances, al menos es lo que ha confesado Irastorza. ¿Tuvieron alguna crisis en el pasado?

**GS:** No, nunca...

**AC:** Daniela era una importante agente inmobiliaria, por lo que hemos podido comprobar. ¿Tuvo o tenía algún problema en el

trabajo? ¿Con algún cliente?

**GS:** No, que yo sepa, le iba muy bien, tenía mucho trabajo...

**AC:** ¿Algún enemigo? ¿Alguien que quisiera hacerles daño?

**GS:** ¿Daño? ¡Han matado a mi mujer! ¿Quién podría querer hacer algo así? ¡Somos un matrimonio normal! Que no estuviéramos en nuestro mejor momento no nos convierte en diana de ningún criminal. –*Se toma un momento para reponerse*–. Disculpe... No, desde luego que no tenemos enemigos dispuestos a matarnos.

**AC:** Lo comprendo, lo comprendo. Terminamos ya, señor Suances. Seguramente tengamos que volver a hablar con usted, si no tiene inconveniente. Necesitaríamos también realizar algunas comprobaciones. Es pura rutina, pero es necesaria en toda investigación. Tendremos que registrar su vivienda y acceder a las cuentas de correo de su esposa y también a las suyas, además de a extractos bancarios y ese tipo de información.

**GS:** ¿Soy sospechoso?

**AC:** En modo alguno, señor Suances. Pero cuando se produce un asesinato se rastrea todo el entorno de la víctima en busca de cualquier indicio, de cualquier pista que pueda sernos útil.

**GS:** Hagan lo que quieran.

## 4

Todo el equipo asignado a la investigación del asesinato de Daniela Fraile, excepto el agente primero Igor Velasco, que se encuentra todavía en el hotel, se junta en una sala de reuniones de la comisaría central. Hace casi dos horas que han encontrado el cadáver.

La subinspectora Collante ha sugerido que le asignen bajo su mando a los cabos Sara Angós y Xabier Peña, dos de los mejores profesionales de la Jefatura de Investigación Criminal y Policía Judicial en Guipúzcoa, y para su sorpresa se lo han concedido. Sara es una mujer algo más joven que Adriana, de mirada sagaz y sonrisa amplia, con una corta pero fructífera carrera en la Policía gracias a

una insaciable capacidad de trabajo. Xabier, con su escaso pelo blanco, unas oscuras bolsas bajo los ojos y una voz ronca por sus excesos con el tabaco y el alcohol, ha cosechado importantes éxitos persiguiendo criminales en sus cuarenta años de experiencia, aunque su carácter agrio y su gusto por la bebida han impedido su ascenso.

Los tres están sentados a una mesa presidida por el inspector jefe, Iker Zubieta. Es un hombre alto y fornido a pesar de rondar los sesenta años, de mirada severa y rostro enjuto, pegado siempre a su tableta y a sus dos teléfonos móviles, que mira sin cesar. En cuanto ha recibido las novedades por boca de Adriana, se ha interesado en el asunto y ha convocado una reunión de urgencia. Quiere saber qué demonios es todo eso del dichoso correo electrónico antes de que la prensa y el Departamento de Seguridad se le echen encima.

Adriana Collante acaba de desplegar copias del expediente frente a cada uno de los participantes. Se sienta ante el jefe, ordena sus papeles y da un sorbo a un café de medio litro que la acompañará toda la tarde. Tiene por delante jornadas complicadas donde el consumo de cafeína se incrementará notablemente para poder mantener el ritmo.

Tras el jefe hay una enorme pizarra blanca, todavía sin garabatear, cuya superficie plastificada proyecta el reflejo de la habitación. Adriana aprovecha para valorar su aspecto antes de comenzar, pues no ha tenido oportunidad de mirarse en ningún espejo.

Vestida con unos vaqueros y un jersey azul marino ajustado, lleva la melena oscura recogida en una coleta alta, su peinado habitual en las jornadas de trabajo. Ojos almendrados de color oscuro, nariz recta y labios carnosos coronan un rostro atractivo que no acostumbra a maquillar demasiado, más allá de rímel y colorete. Una belleza admirada en la comisaría, pero contenida por un carácter fuerte, serio y directo, ajeno a la confraternización con los compañeros, que la mantiene a una cómoda distancia de los cotilleos. Nunca se ha ayudado de su aspecto físico para atajar ningún camino, pero tampoco ha permitido que le suponga perjuicio



alguno. Para lograrlo, siempre ha intentado ser una buena compañera, aunque con el cartel de NO DISPONIBLE bien claro.

Salvo los cuatro expedientes, algún ordenador portátil y los correspondientes cafés, el resto de la mesa aparece yermo. Antes de iniciar la reunión, la subinspectora piensa que en solo unos días, conforme avance la investigación, esta sala blanca y vacía se colmará de archivos, papeles, fotografías y anotaciones recubriendo las paredes, con agentes yendo y viniendo y jornadas interminables donde irán asentándose los habituales sentimientos de desesperanza, frustración y cansancio. Un torbellino de emociones que solo culminará cuando logren detener al causante de todo esto. La caza que ahora inicia la ha vivido ya muchas veces a lo largo de sus quince años de carrera. Y aunque el coste personal al que se enfrenta en cada investigación cada vez le pesa más, es mayor la necesidad de hacer justicia, de evitar que la muerte de una mujer, tumbada en la cama en ropa interior, sola y desvalida, quede impune.

—Están rastreando el correo electrónico que le llegó a Iban Echeverría —comienza Adriana—. Confiamos en tener noticias pronto. Pero de momento lo único que sabemos es que a la una y diez ha recibido este *email* anunciando la muerte de Daniela Fraile, casi quince minutos antes de que se produjera el asesinato. Y lo ha hecho acompañado de este texto, que se supone que es una especie de capítulo primero de un libro titulado *Infidelis*.

—¿Qué coño significa eso? —brama Zubieta.

—«Infiel» en latín —responde la subinspectora.

—Eso ya lo sé, joder, pero ¿para qué va un asesino a anunciar la muerte de la víctima antes de matarla?

—Ahí está la cuestión, Iker. Y ojalá que lo que he podido ver en la página web de ese chiflado no sea cierto. Acabo de enviársela a Fran para que se ponga con ella. A ver qué nos dice.

—No debería ser complicado rastrear la compra del dominio y su alojamiento —apunta Sara.

—Eso espero —dice Zubieta—, aunque todo esto no me gusta nada.

—Antes de ponernos con la web —continúa Adriana—, si os parece empezamos con el famoso capítulo. Lo que he podido ver me ha

dejado de piedra. Lo tenéis en los expedientes, pero lo voy a leer en voz alta.

El inspector jefe asiente intrigado, entrelaza las manos tras la cabeza y escucha con atención.

***INFIDELIS***  
**CAPÍTULO 1**  
**DESGARRO**

Cuando por fin asumió que era verdad, que sus peores temores tomaban forma, que lo que habían sido meras sospechas se convertían en puñales clavados en lo más hondo de su ser, sintió una tristeza infinita, una pena que anudó su garganta, amenazando con ahogarle en sus propias lágrimas.

Fue solo un instante, un beso robado en mitad de una noche oscura a la luz de una calle solitaria, a las puertas del restaurante Jaizkibel de Fuenterrabía, que acababan de abandonar con las manos entrelazadas. Un momento nada más, dos labios abrazados que nunca debió haber visto. De no haberlo hecho, de no haber seguido aquel impulso y haberlo presenciado, entonces esa angustia que mecía su cabeza y hacía palpar sus sienes no existiría, y seguiría viviendo tranquilo y feliz en la comodidad de una ficción. Pero aquella imagen lo cambiaba todo.

Volvió sobre sus pasos apresurado, tragándose el orgullo. Quería llegar a casa antes que ella, meterse en la cama y hacerse el dormido cuando oyera sus pasos en la habitación; quería aparentar que la excusa había funcionado, que era el perfecto marido imbécil que había creído sin rechistar que su mujer llegaría tarde porque tenía que trabajar. Necesitaba tiempo, tiempo para pensar qué hacer, qué decir, qué sentir. Ni siquiera era capaz de mirarla sin miedo a derrumbarse de pena y de rabia. Aquel beso asediaba su conciencia con intención de arrasarlo todo, de llevarse por delante casi veinte años de un aparente matrimonio feliz. No estaba preparado para afrontar algo así. Cuando sintió que ella se metía en la cama, cerró los ojos con fuerza para evitar que las lágrimas lo delataran.

En un intento por tratar de calmarlo, o quizá precisamente para terminar de perturbarlo, su mente bombardeaba el duermevela con imágenes del pasado, con anécdotas de tiempos mejores en los que eran una pareja modélica.

Febrero de 2007 fue el inicio de una historia que nació por casualidad. Él trabajaba en un importante despacho de abogados de la ciudad. Había conseguido ascender a asociado y tenía ya la vista puesta en la condición de socio, que todavía requeriría algunos años de intensa dedicación. Se

empleaba a fondo todas las horas del día y parte de la noche, siempre dispuesto a asumir responsabilidades y aceptar nuevos asuntos.

Aquella anodina tarde de febrero tenía previsto encerrarse para preparar la vista de un juicio, hasta que uno de los socios le pidió que lo sustituyera en una reunión a la que no llegaba porque le habían desviado el vuelo a Vitoria. Como recordarían después, fue precisamente el clima de San Sebastián el que le brindó la oportunidad de entrar en aquella sala donde una brillante Daniela Fraile había llegado para deslumbrarlo. Lo que empezó como el asesoramiento en la compra de un centro comercial en Logroño para la empresa en la que trabajaba Daniela supuso horas de trabajo conjunto, reuniones, cervezas a última hora para relajar la tensión y una fiesta por todo lo alto para celebrar la firma de la operación, tras dos meses de ardua negociación. Fue tras aquella fiesta, después de que sus miradas hubieran hablado por encima de los brindis, los efluvios del alcohol y la algarabía de sus compañeros, cuando buscaron la soledad con falsas excusas y al abrigo de la noche se dieron su primer beso.

Dos años después, el compromiso se hizo oficial y se casaron en una íntima ceremonia celebrada en la ermita de Guadalupe, acompañados de un puñado de familiares y amigos que asistieron a la promesa de amor y fidelidad eterna que ambos se profesaron. Después, un apartamento en el centro cumpliría sobradamente el sueño compartido de una vida de ilusión, ambición y prosperidad. Entre aquellas paredes, ajenos al cansancio de jornadas laborales interminables, acariciaban las noches con una pasión que no encontraba descanso.

Sus respectivas carreras progresaron al compás de una vida juntos. Gorka no tardó en convertirse en el socio más joven de la firma y su dedicación e inteligencia se vieron recompensadas con un considerable aumento de su cuenta bancaria. Daniela alcanzó la suficiente experiencia y madurez en el negocio como para lanzarse a la aventura e iniciar una carrera en solitario como agente inmobiliaria. Con la ayuda del sueldo de Gorka, apenas necesitó un par de meses de siembra para recolectar altísimas comisiones con la venta de los mejores inmuebles de la ciudad.

Tumbado en la cama, reprimiendo las lágrimas, Gorka recordaba con una nostalgia abrasadora aquellas cenas en la pequeña mesa del salón, sentados en el suelo, mientras entre copas de vino se quitaban el uno al otro la palabra, y después la ropa, en una rutina de la que estaban convencidos que jamás podrían cansarse.

«Fuimos felices» se convenció a sí mismo. Sin duda lo fueron.

Cuando despertó al día siguiente le dolía la cabeza, sentía el cuerpo inestable y la mente atribulada. Necesitó un par de minutos para rememorar aquel beso en la puerta del restaurante y sentir todo el peso de la frustración recaer de nuevo sobre sus hombros. Afortunadamente, Daniela se había marchado ya y no tuvo que enfrentarse a ella.

Las preguntas arreciaban, trataban de abrirse paso entre toda aquella desazón intentando buscar respuestas. Interrogantes que iban asediándole sin descanso: por qué había ocurrido todo aquello, qué había hecho él para provocarlo, cómo había podido Daniela tirar por la borda años de felicidad, quién era aquel hombre, cómo se supone que tendría que reaccionar... Lo único que tenía claro era que necesitaba más tiempo para pensar con claridad, quería despojarse de aquella sensación de irrealidad que lo embargaba.

Conforme avanzaba el día, fue cumpliendo con sus obligaciones como un autómatas, sin prestar atención a la charla matutina con sus hijas, o a las reuniones en la oficina, o al tráfico que se abría frente a él mientras conducía, o a la comida que ingirió en la soledad de su despacho. Y, sin embargo, casi sin darse cuenta, con el paso de las horas una semilla fue anidando en su ánimo atormentado; primero en forma de mera sombra, un resquicio que le hizo cuestionarse si no estaría yendo demasiado lejos, si no habría alguna explicación, quizá habría malinterpretado aquella imagen... Y la duda fue germinando, aliviando la presión con el paso de las horas, liberándolo de tanta pregunta sin respuesta, disipando por fin la angustia que lo atenazaba. Fue al término del día, mientras preparaba la cena, cuando creyó haberse convencido de que aquello debía tener una explicación, de que no podía arruinar su vida por un simple beso, de que las mentiras detectadas hasta la fecha podrían no ser sino meros malentendidos. La convicción de que él, Gorka Suances, un hombre bueno, trabajador, honrado, padre entregado y marido amantísimo, no se merecía pasar por todo aquello terminó por desordenar la realidad en su interior, como si de pronto las piezas de aquel caos se hubieran recolocado, ofreciendo un cuadro bien distinto. No hay como querer creer para terminar creyendo.

Cuando Daniela entró por la puerta, fue como si una corriente de aire fresco se hubiera colado en la casa. Saludó cariñosa a las niñas, que estaban preparando la mesa para la cena, y luego regaló un beso a Gorka. Se excusó por la tardanza, que justificó por la comisión de ochenta mil euros que acababa de cobrar por la venta de un ático en la calle Hernani. El resto de la velada se desarrolló como tantas otras y Gorka tuvo que esforzarse por detectar en toda aquella cotidianeidad signos de alarma. No encontró gestos esquivos, ni miradas impregnadas de remordimientos, no la vio ensimismada ni menos habladora, no estaba irascible ni nerviosa, ni tan siquiera la encontró pegada al teléfono móvil, que reposaba en la repisa de la entrada. Por un momento, envuelto entre las risas de las niñas, que contaban divertidas una anécdota, Gorka llegó a pensar si no estaría perdiendo la cabeza y si lo que creyó ver la noche anterior no era más que fruto de su delirio.

Las niñas... Otro episodio más de una historia de amor plena. Y es que las niñas, como se empeñaban en llamarlas pese a haber cumplido quince y diecisiete años, habían llegado a sus vidas para cambiarlo todo. A la primera no la esperaban, aunque tampoco hicieron nada por esquivarla, y la sorpresa se impuso un día de vacaciones cuando Daniela se presentó en el dormitorio con una prueba de embarazo positiva. A partir de entonces, el mundo que hasta entonces había sido únicamente de los dos pasó a ser compartido con una criatura.

Fueron tiempos de cambios. Gorka acababa de abandonar el despacho para trabajar en exclusiva para uno de sus clientes, una importante empresa del sector ferroviario que lo había contratado como responsable de la asesoría jurídica. Daniela acababa de suscribir un acuerdo millonario con la mayor empresa promotora de España para la intermediación de sus inmuebles de alto *standing* en la zona norte. Ambos estaban en puntos cruciales de sus carreras y no estaban dispuestos a renunciar a ellas, a despertarse del sueño en el que se habían sumido a costa de trabajo y sacrificio. La llegada de la pequeña no trastocó su ritmo más allá de lo imprescindible. Aplicaron a su vida familiar el mismo dogma con el que habían construido una sólida relación de años: no importaba la cantidad de tiempo en común, sino la calidad de este. Y así es como disfrutaban intensamente de la compañía mutua y de la niña, regalándose mil atenciones y cariño, aunque solo fuera el fin de semana.

La segunda hija fue también una sorpresa inesperada, aunque la acogieron con el mismo entusiasmo que a la primera. La única rutina que cambió con su llegada fue la de la joven Rocío, la chica colombiana que habían contratado para que cuidara de las niñas día y noche, quien vio incrementada su carga de trabajo.

Habían construido un hogar, asentado en un magnífico piso en el paseo de Miracóncha, revelador del estatus que habían alcanzado. Un hogar feliz, una vida feliz. No estaba dispuesto a arrasarlo todo por un ataque de celos. Tan solo deseaba que ese renovado optimismo, esa amnesia voluntaria en la que se había sumergido permitiera el retorno a una normalidad que añoraba más que nada en el mundo.

Pero cuando se navega a la deriva, por mucho que trates de convencerte de que lo haces sobre aguas calmadas, terminas siendo engullido por la ola que te niegas a mirar. Pasados los días de renovada esperanza, una noche, como las últimas vísperas de los miércoles, no pudo dormir.

Fue durante el desayuno cuando aquella paz de la que había disfrutado volvió a desaparecer con una simple frase: «No me esperes levantado, llegaré tarde. Tengo mucho trabajo». Pronunciada cualquier otro día al azar, quizá habría pasado inadvertida. Él también tenía que quedarse algunos días hasta tarde en la oficina. Pero desde hacía algunas semanas

aquellas palabras emergían siempre a la hora del desayuno, de manera rápida, furtiva, mientras le besaba la frente a modo de despedida. Siempre los miércoles.

–Pero ¿todo esto es verdad? –interrumpe el cabo Xabier Peña, poniendo voz a las dudas de los demás.

–Todavía no lo sabemos –responde Adriana–, he quedado en una hora con el marido en su casa para realizar el registro y continuar el interrogatorio. Pero suena muy concreto, desde luego...

–Son detalles muy íntimos, algo que solo conocerían un puñado de personas.

–Siempre que no sea todo una invención –sentencia tajante el inspector jefe–. Continuemos, que ahora parece que viene lo interesante.

Adriana prosigue:

Aquel día oyó por primera vez el nombre de Goyo Irastorza, que quedaría inquebrantablemente unido al fin de su matrimonio.

Cuando sus hijas se marcharon al instituto, el piso quedó sumido en el silencio, una calma que Gorka no pudo apreciar. Su cabeza volvía a ser un hervidero de voces, emociones, ideas descabelladas, pensamientos que fluían en un mar de dudas y resentimiento. Cogió el teléfono y llamó a la oficina para decir que no iría porque estaba enfermo. No podía seguir así, tenía que desenmascarar esos miércoles infames y salir de aquella situación si no quería terminar perdiendo la razón. Estaba decidido a afrontar las respuestas con valentía, tanto si aquello suponía terminar definitivamente su relación con Daniela como si tenía que acabar confesándole sus delirios y pidiéndole disculpas por sus celos.

Como no iba a usar su coche para seguir a su esposa por razones obvias, alquiló un vehículo en una oficina de la estación de autobuses, junto al río Urumea. Tardó en encontrar un sitio adecuado donde aparcar cerca de la oficina de Daniela, con la suficiente visibilidad de la entrada como para verla salir sin ser detectado. Tenía la oficina en un coqueto local en pleno centro de San Sebastián, en la calle Fuenterrabía, frente al que tenía aparcado su Land Rover negro.

El tiempo de espera allí agazapado, presa de sus miedos y tribulaciones, se le hizo eterno. A las once, por fin vio a Daniela en compañía de Idoia Álvarez, su asistenta. Las dos iban hablando con sus respectivos móviles cuando se subieron al automóvil.

La primera parada la hicieron en la calle Amezti, en pleno monte Igueldo, frente a una bonita casa de ladrillo en dos alturas. Un matrimonio sonriente las esperaba en la puerta y entraron en la vivienda. Quince minutos después se despedían y reemprendían la ruta, sin entrar en la ciudad, hasta la calle Lasarmendi, en el barrio de Ibaeta. Nueva parada ante una casa independiente que apenas se vislumbraba por el alto seto. Después en Ategorrieta y así hasta tres visitas más, esta vez en el centro de la ciudad. Un total de seis reuniones en casi dos horas, toda una hazaña logística ante un tráfico imprevisible.

Cerca de la una del mediodía, Gorka comenzó a impacientarse y de nuevo las dudas arreciaron mientras trataba de no perderlas de vista. ¿Y si de verdad tenía tanto trabajo? ¿Y si las visitas se acumulaban los miércoles, por la razón que fuera, y lo único que tenía por delante era una interminable jornada de reuniones inmobiliarias?

En ese momento el vehículo se detuvo junto a un paso de cebra. Lo hizo el tiempo justo para que Idoia se apeara y se despidiera de Daniela con un gesto. Esta prosiguió su camino y, tras ella, los nervios de su marido, que no le perdía el rastro. El coche comenzó a circular por las calles de la ciudad hasta tomar la variante. Él la seguía a una distancia prudencial. Daniela salió de la vía, circuló por una carretera comarcal y al cabo de unos minutos enfiló un camino que ascendía por el monte.

Cuando el coche desapareció tras la puerta del hotel Iturmendi, las dudas de Gorka se esfumaron con él. No se trataba de una reunión de trabajo, nadie iba a ese hotel para hacer negocios. No, Daniela estaba allí por un motivo bien distinto y no se marcharía hasta averiguarlo. Obviamente, no podía presentarse en la recepción y preguntar por ella, pues de ninguna forma revelarían su presencia allí, como buen establecimiento comprometido con la privacidad de sus clientes. Tampoco podía llamarla para preguntar dónde estaba, recibiría una simple mentira a modo de excusa, eso si le cogía el teléfono. Y desde luego no podía ponerse a deambular por los pasillos en busca de los gemidos de su esposa.

Desde el vallado exterior, contemplaba absorto la entrada del hotel, por donde entraban y salían sus distinguidos huéspedes, tratando de averiguar cuál de aquellos hombres disfrutaría de los placeres de su mujer.

Mientras meditaba una salida, contempló al botones ayudando a una pareja a descargar sus maletas del taxi. Era un chico joven, de rostro amigable, confiado, quizá la persona que podía facilitarle información. No le fue difícil hablar con él y menos aún quedar a la mañana siguiente en una cafetería del centro, con la excusa de ofrecerle un puesto de trabajo. Cuando en los primeros compases de la conversación el chico descubrió que no había puesto alguno, estuvo a punto de marcharse. Solo se detuvo al observar el sobre que apareció sobre la mesa. Lo abrió y observó los

cinco mil euros que escondía. Necesitaría varios meses de trabajo para alcanzar aquella suma.

En cuanto Gorka pronunció el nombre de su esposa, el botones esgrimió una sonrisa pícaro; sabía bien de quién hablaba.

—La señora Fraile, claro que la conozco. Es cliente habitual, una de esas «media pensión». Así llamamos a ese tipo de clientes, ya sabe, amantes que se esconden en el hotel unas horas para pasar un buen rato sin que sus parejas se enteren. Se sorprendería usted.

—¿Y está seguro de que la señora Fraile es... una media pensión?

—A juzgar por la cara con la que sale, casi le diría que es pensión completa. Ese tal Irastorza debe de ser un fenómeno. Entre usted y yo..., tengo un compañero que los miércoles casualmente tiene algo que hacer en la segunda planta, que es donde siempre se hospedan. Las puertas no son lo suficientemente gruesas para acallar los gritos, ya me entiende.

—¿Y quién es ese Irastorza?

—Goyo Irastorza..., bilbaíno, un magnate de las finanzas o algo así. Mucho dinero. Todo un personaje. Lo mejor de todo es que no es la primera mujer que lleva al hotel. Antes que ella había otras. Y se viene desde Bilbao expresamente para sus conquistas. Lo dicho, un fenómeno.

No necesitó escuchar más.

A partir de ahí, oscuridad.

Gorka deambuló por las calles tratando de digerir aquella bilis que le subía por la garganta, ajeno a todo cuanto acontecía a su alrededor. Una oscuridad que le impedía incluso descifrar sus sentimientos, por muy crudos y primarios que fueran. Oscuridad en el alma, oscuridad en el corazón, oscuridad en sus intenciones.

Suena el teléfono de Adriana. Al ver que es Igor, lo pone en manos libres.

—Adri, sigo en el hotel. Hemos terminado con el registro y los interrogatorios de los huéspedes, los doce que se encontraban en el interior en ese momento y los nueve comensales del restaurante, además del personal. Nada. Nadie ha visto nada. Tenemos una ficha de cada uno con todos sus datos, pero me temo que poco más podemos hacer. A partir de aquí, lo que me digas. O abrimos el hotel, o me das permiso para pegarle un tiro al director. No puedo más con él.

Adriana mira a Zubieta buscando una orden. Este asiente con la cabeza.

—Está bien, Igor, ábrelo. ¿La Científica sigue allí?



–Sí, les quedará una hora como máximo. Ya ha venido la jueza para el levantamiento del cadáver y se lo llevan ahora. En cuanto a las cámaras de grabación, no te hagas muchas ilusiones. Tienen pocas y todas alrededor del perímetro, ninguna en los espacios comunes ni en el interior. Al parecer, a los huéspedes no les hacía gracia que los grabaran entrando con la querida de turno.

–¿Algo más? –corta Adriana, que quiere terminar con el relato.

–Sí. Tres detalles. Primero, la puerta se abrió con la llave maestra de una de las empleadas que se encontraba limpiando habitaciones en la primera planta. Tiene la mala costumbre de dejarla colgada en el carro y en cuanto advirtió su desaparición acudió a recepción para cancelarla y emitir otra. Esto ocurrió a la una y veinticinco minutos.

–A esa hora el asesino ya había entrado en la habitación –dice Sara–. ¿A qué hora la mataron?

–La fotografía está hecha a la una y veintinueve –responde Adriana y, dirigiéndose al teléfono que reposa sobre la mesa, pregunta–: ¿Qué más?

–La coartada de Irastorza es cierta. Un cliente que venía al restaurante se encontró con el mismo problema. Un tipo había bloqueado el acceso con un vehículo parado. Una Transit de color azul oscuro, algo antigua. Según ha contado el cliente, Irastorza se encaró con él, encabronado. A punto estuvieron de llegar a las manos. Tenía prisa, claro, se le estaba enfriando la comida...

–Por Dios, Igor –interrumpe Sara.

–Al final, consiguió que se apartara y que les permitiera el paso. Estamos tratando de localizar la furgoneta.

–¿Y la tercera cosa? –pregunta impaciente Adriana.

–Una nota. Estaba en la papelera bajo el escritorio. Escrita a mano en una tarjeta del hotel, seguramente una de la propia habitación. Dice... «Cortesía del hotel. A su invitado le gustaría que lo tuviera puesto cuando llegara».

Se produce un momento de silencio para asimilar ese descubrimiento.

–¿Alguien de recepción la escribió? –pregunta Xabier.

–No, ya lo he comprobado.

Nuevo silencio.

–Joder, Adri, no es tan difícil –interrumpe Igor, llenando la habitación con su estruendosa voz–. El asesino le dejó las esposas y el antifaz junto a la nota, para que la buena mujer se lo pusiera y no le viese entrar.

–Y para matarla sin que le viera la cara... –concluye el inspector jefe–. Que analicen la nota enseguida, vosotros investigad de dónde sacó las esposas y todo eso.

–Gracias, Igor, me vas contando.

Adriana cuelga el teléfono y vuelve a la lectura:

La oscuridad se mantuvo durante toda la semana y en aquella espesura negra que pudrió su alma trazó el plan. No fue algo repentino, no fue un arrebato que de repente apareciera en su mente ideando una salida. No. Necesitó impregnarse de esa ira que crecía cada vez que la tenía enfrente, cada vez que la veía representar el papel de madre entregada y amantísima esposa. Preso de una furia incontrolable, lo que primero fue un mero deseo, que pagara por el mal que le había causado, se convirtió en una obsesión, en la única salida, su objetivo vital. En la soledad de su despacho, ajeno a cualquier actividad cotidiana, supo que la única forma que Daniela tenía de pagar por lo que había hecho era sencillamente desaparecer de su vida.

Y así llegó el día, el momento en que la infamia sería enmendada.

Esta noche Gorka ha dormido profundamente, con un sueño reparador, como hacía tiempo que no conseguía conciliar. Se ha levantado esperanzado, impaciente, consciente de que despertará de la pesadilla; por fin podrá librarse de esa mujer capaz de dormir en su propio lecho después de haberse acostado con otro hombre.

Durante el desayuno, ajena por completo a su propio destino, Daniela ha vuelto a pronunciar ingenua la frase que terminará por convertirse en su propia sentencia: «Llegaré tarde, no me esperes levantado». Gorka ha tenido que acallar una carcajada. «Desde luego que no lo haré», ha pensado mientras aceptaba un beso en la frente.

Después, como cada mañana, ha dejado a las niñas en el colegio y ha acudido a su trabajo en Beasáin. Ha desplegado una intensa actividad durante toda la jornada, asistiendo a reuniones, participando en videoconferencias y revisando contratos y documentos. Nadie de su entorno podrá declarar después que aquel hombre estaba ausente, ensimismado, angustiado.

A las doce y media ha anunciado a su secretaria que tiene una comida de trabajo y que volverá pronto. Lleva consigo una mochila negra.

Conduce rumiando su plan, hasta alcanzar la cuesta de acceso al hotel. Aparca en una vereda y sube a pie. Antes de llegar, enciende el teléfono de prepago que ha comprado días atrás en un locutorio. Es el momento de la verdad, el punto de partida que lo inicia todo y del que ya no habrá marcha atrás. Ni un ápice de duda, ni una vacilación. Marca la única llamada que pretende hacer con el dispositivo antes de arrojarlo a un contenedor de basura.

—¿Hotel Iturmendi? —responde una voz femenina.

—Buenos días, soy Goyo Irastorza. —No simula ninguna voz concreta, pues desconoce el tono de aquel miserable—. Tengo una reserva para esta tarde y me gustaría dejar una sorpresa para mi invitada antes de llegar. ¿Qué número de habitación nos han asignado?

Gorka es consciente de que algunos aspectos de su plan quedan al antojo del azar. Este es uno de ellos. Cabe la posibilidad de que la mujer de recepción se dé cuenta de que no es Irastorza, y con eso todo se vendría abajo.

—Buenas tardes, señor Irastorza. Tiene la 12. Si le podemos ayudar en algo...

—Nada más. Muchas gracias, luego nos vemos.

Sonríe aliviado.

A la hora convenida se aproxima al hotel, confiando en que Daniela no aparezca de pronto. Llega hasta la puerta principal y pasa de largo, gira en la esquina y se adentra en el acceso de servicio, mucho menos vigilado que la recepción y que cuenta únicamente con una cámara de vigilancia.

El edificio tiene una escalera de servicio anclada a la pared lateral, una salida de incendios que nadie pisa a lo largo del día. Es una escalera de metal, cubierta en los laterales, a salvo de cualquier mirada indiscreta. Las puertas de acceso a las dos plantas están paneladas con lamas de madera, lo que le permite mirar al interior prácticamente sin ser visto.

Espera no tardar demasiado en hacerse con una tarjeta para acceder a las habitaciones. Es otro de los aspectos críticos, de nuevo en manos del azar, aunque confía en que el carácter justo y repositivo de su plan reciba algún apoyo divino.

Encuentra el carro de la limpieza en la primera planta. Respira aliviado. Tal y como ha comprobado días atrás, la tarjeta cuelga de uno de los laterales, lo cual más adelante pondrá en un aprieto a la mujer encargada de las habitaciones, que en ese momento se afana en hacer una enorme cama.

A las 13:20 horas se sitúa frente a la puerta de la habitación 12, se pone unos guantes, inspira profundamente para relajar su ánimo y entra con decisión. La habitación está vacía, como estaba previsto. Sin demora, acude al escritorio, en cuyo cajón encuentra los típicos artículos de papelería. Coge una cartulina y el bolígrafo con la mano izquierda, pese a

ser diestro, para evitar cualquier reconocimiento caligráfico. Con letra ajena y mayúscula escribe: «Cortesía del hotel. A su invitado le gustaría que lo tuviera puesto cuando llegara».

De la mochila saca unas esposas y un antifaz, que coloca seductoramente sobre la cama, junto a la nota. Se da la vuelta y, tras comprobar que no hay nadie fuera, sale de la habitación. La salida de incendios está justo al lado, entre las habitaciones 11 y 12. Espera fuera.

Confía en que el estúpido del conductor cumpla su parte del plan. Ni tan siquiera hizo preguntas cuando recibió los cuatrocientos euros a cambio de bloquear la entrada del acceso al hotel durante el máximo tiempo posible, una vez que el Land Rover de Daniela hubiera accedido.

Dos minutos después oye unos pasos. Un rápido vistazo y el corazón comienza a latirle con fuerza. Es ella. Tiene grabado a fuego ese modo de andar, ese balanceo de caderas que en otro tiempo le hipnotizaba.

En ese momento le surge otra incógnita. ¿Cuánto tiempo necesitará Daniela para ponerse las esposas y el antifaz? Ni tan siquiera se ha planteado qué hacer si entra y la encuentra todavía sin arreglarse. Niega con la cabeza. Sabe bien que eso no ocurrirá. En su tormento, piensa que Daniela empleará poco tiempo, deseosa como estará de recibir a su amante, tal y como él ha ordenado.

A los cuatro minutos vuelve al pasillo, se sitúa frente al número 12 y escucha atentamente por si detecta algún movimiento. Nada. Daniela está dispuesta y preparada para recibir a su Goyo Irastorza. De la mochila saca un cuchillo de cocina nuevo y con la hoja bien afilada. Pasa la llave por el detector y una luz verde anuncia que puede girar el pomo. Entra.

Penumbra. Quietud. Y si alberga alguna mínima duda de lo que va a hacer, el primer sonido que oye la disipa sin contemplaciones. Una respiración agitada proviene del dormitorio. La conoce, la ha escuchado miles de veces. Es la excitación que surge de los labios de su mujer, el resuello previo al sexo. La ve tendida en la cama, ataviada con un conjunto de lencería nuevo que resalta la blancura de su tez pálida, aquel cuerpo que admiraba y adoraba, que había amado infinitas veces, abierto ahora para un hombre que no es él. Un torrente de furia y dolor invade todo su ser.

Daniela advierte la presencia de un hombre, su hombre, el amante que la ha embriagado de ilusión desde que lo conoció en una reunión de trabajo, que la ha rescatado de esa rutina a la que había abocado su existencia, que la ha hecho sentir de nuevo mujer, de nuevo deseada, de nuevo viva. Mueve las caderas excitada, abre la boca, anhelando recibir unos labios que desea más que nada en el mundo. Se los humedece con la lengua, jadeante, preparada para el placer.

La primera puñalada, profunda y violenta, penetra en su cuello y casi lo traspasa. Con la ferocidad de un depredador sediento de carne, Gorka

levanta de nuevo el cuchillo y lo clava en el pecho de su mujer, a la altura del corazón. La sangre brota de ambas heridas y la garganta emite un gorgojeo áspero. Las esposas impiden la reacción de Daniela, sorprendida ante ese dolor desgarrador que recorre su cuerpo.

Esperaba caricias, besos, el tacto de unas manos expertas acariciando suavemente su cuello, sus pechos, sus caderas, en un éxtasis de placer. Pero son cinco dentelladas más las que le atraviesan la garganta y el pecho, impidiéndole respirar. Se ahoga en su propia sangre, incapaz de inhalar. Las últimas bocanadas de oxígeno encharcan sus pulmones mientras su cuerpo convulsiona, consumiendo los instantes finales de una vida que se apaga. Una agonía retratada en una fotografía, con su propio móvil; el mismo que había usado para urdir su engaño, para escribir a escondidas, para desear a distancia, es ahora testigo de su propia muerte.

Unos segundos después, el silencio confirma la falta de vida, que se escapa con una sangre que sigue fluyendo de aquel cuerpo inerte.

–No me esperes levantada, querida.

Un silencio denso e incrédulo inunda la sala cuando Adriana termina de leer. Cada uno trata de analizar esas palabras y aclarar sus ideas antes de emitir cualquier opinión. Sara revisa las notas que ha estado tomando durante la lectura, Xabier busca un precedente parecido en su extenso historial, Iker intenta evaluar el impacto mediático que todo esto puede tener y Adriana no puede quitarse de la cabeza la imagen de la mujer, tendida en la cama medio desnuda, víctima de una trampa atroz y canalla.

Conocer todos esos detalles de su biografía, dando por válido que sean ciertos, ha humanizado todavía más a la víctima, la ha hecho más cercana, y eso provoca que la indignidad y la rabia por lo ocurrido se acrecienten todavía más.

Adriana despierta la primera:

–Bien, ahora me gustaría que echemos un vistazo a esto.

Coge el mando a distancia que reposa sobre la mesa y enciende el televisor. Lo conecta en remoto con su ordenador y en unos instantes todas las miradas se concentran en la pantalla. Unas grandes letras amarillas con el título «Infidelis» encabezan una página web que a simple vista no dista de la típica página promocional de un libro. Un inquietante subtítulo, «Usted podría ser la próxima víctima», corona el encabezado junto con un contador

denominado «Descargas», que tiene únicamente un 2 en su marcador.

El contenido de la página lo compone una columna principal que ocupa dos tercios y que en este momento ofrece dos entradas. Adriana va bajando el cursor para que todos vayan leyendo.

El primer *post* dice así:

### **Bienvenidos**

Queridos lectores:

Es un placer darles la bienvenida a este proyecto editorial que, de forma pionera en la historia de la literatura, ofrecerá un libro basado en hechos reales que en el momento de publicarse todavía no han ocurrido.

Por expresarlo de forma sencilla, esta novela narrará una serie de crímenes que se cometerán minutos después de la publicación de cada capítulo. La obra detallará la historia de los protagonistas, la relación entre ellos, la aparición de la infidelidad como causa de la ruptura y el consiguiente asesinato del traidor. Ustedes, lectores, podrán tener acceso al crimen que se va a cometer con todo detalle y sabrán con precisión cuándo y cómo encontrará la víctima la muerte... ¡y todo ello antes de que ocurra!

Tendrán la oportunidad de adelantarse a la historia real, de vivir el desenlace del capítulo con la misma intensidad, emoción y nerviosismo que ha de sentir el propio asesino. Una experiencia literaria inmersiva y única.

A continuación, y durante un plazo máximo de 24 horas, les ofrecemos el primer capítulo del libro de forma gratuita. Posteriormente, y de forma exclusiva en esta página web, iremos publicando el resto de los capítulos al precio de 9,99 euros hasta completar el libro.

Les invitamos a que nos dejen su correo electrónico en el siguiente enlace, de forma confidencial y segura, para que puedan recibir el aviso de que el nuevo capítulo está disponible... Recuerden: tendrán acceso minutos antes de que ocurran los hechos.

Confiamos en que disfruten con nuestro proyecto y con la oportunidad de conocer a nuestros protagonistas, gente que vive entre nosotros, personas reales que han sido escogidos para pasar a la historia de la literatura.

Disfruten de la lectura.

La incomodidad es más que evidente entre los cuatro compañeros, que se mueven inquietos en la silla mientras Adriana continúa mostrando la página.

Baja hasta la segunda y última de las entradas, que dice así:

### **Primer capítulo de *Infidelis***

La vida de Gorka Suances y Daniela Fraile fue una historia de amor, felicidad y prosperidad. Tras años de un matrimonio ejemplar y con dos maravillosas hijas fruto de este, con unas carreras profesionales excelentes que los llevaron a lo más alto de la Concha, la pareja era la envidia de amigos y extraños.

Y, sin embargo, nada de eso pesó lo suficiente para Daniela cuando decidió arriesgarlo todo por una aventura. Su felicidad parecía plena: disfrutaba de la comodidad y seguridad de un hogar forjado junto a su marido mientras, a escondidas, gozaba del cuerpo de otro hombre.

Hasta que un día Gorka descubrió la verdad.

### **DESCARGUE EL PRIMER CAPÍTULO AQUÍ**

—Y lo que hay a la derecha es una especie de blog o algo así, ¿no? —apunta Sara, señalando hacia la columna situada en el extremo de la pantalla.

—Sí, eso parece —dice Adriana—, pero está vacío, no hay nada publicado. Bien, pues esto es lo que tenemos hasta ahora. En un rato sabremos algo de Informática Forense, a ver qué nos dicen de la página.

—Es prioritario que eliminen esto cuanto antes —ordena el inspector jefe, abrumado por todo eso—. No podemos permitir que un descerebrado difunda esta basura a su antojo. Díselo a Fran de mi parte, es urgente. Quiero esto fuera de Internet en media hora. Si hace falta alguna orden o permiso especial, que me lo pida.

—Entendido —responde Adriana.

—No tengo claro de qué va todo esto —sigue, más para sí mismo que para el resto—. No sé si es el marido, alguien que quiere incriminarle, algún chiflado, no tengo ni idea. Pero, como la historia del libro sea verdad y mañana tengamos otro asesinato, podemos darnos por jodidos. Así que poneos manos a la obra y, Adriana, actualízame cualquier información.

Iker Zubieta recoge sus dos móviles y la tableta y se dispone a marcharse. Antes de salir por la puerta dice:

–Nada de comentarios a la prensa. No haremos ninguna comparecencia ni emitiremos ninguna nota hasta tener algo más claro.

–¿Y qué hacemos con el periodista? –pregunta Sara.

–Lo primero interrogarle, por supuesto. Es la única conexión que tenemos con el asesino. Yo veré si alguien aquí arriba puede hacer la gestión con el director de *Euskadi Hoy* para pedirles paciencia. Y ahora, a trabajar.

Se marcha dejando la sala en silencio. Aún necesitan un par de minutos antes de arrancar, para poner en orden toda esa locura.

–No podemos descartar nada –empieza Adriana mientras escribe un mensaje en el teléfono–, eso es evidente. Lo más seguro es que todo esto del libro no sea más que una patraña para distraernos de lo importante, que no es otra cosa que la propia Daniela Fraile. Hay que poner la vida de esa pobre mujer patas arriba para encontrar quién querría hacerle algo así.

–Si es una patraña como dices –sigue Xabier–, puede suponer una ventaja para nosotros. Todo lo que haces en Internet deja rastro y esta web puede ser uno de los caminos que nos lleven al asesino.

–¿La escena del crimen es tal y como se describe? –pregunta Sara.

–Tal cual. Y tengo la impresión de que el informe forense corroborará los detalles de la muerte. Acabo de escribir a Igor para que la Científica amplíe el rastreo a la escalera de incendios, a ver si encuentran algo.

–Un cazainfieles... –Xabier tiene la vista perdida en el televisor, que todavía sigue proyectando la web–. A la prensa le va a encantar todo esto.

–Esperemos que tarden en enterarse. Chicos, hora de trabajar –ordena Adriana–. Me marchó a casa de la víctima. Sara, vente conmigo. Xabier, tú al despacho de Daniela, habla con el personal y regístralo. Necesitamos su ordenador y acceso a todas sus redes sociales y correos electrónicos. Nos vemos aquí en tres horas. Voy a citar al periodista y a Irastorza para el final de la tarde.

–A la orden, subinspectora... Un día largo –dice Sara, que habla por boca de todos.



## 5

Adriana cruza el umbral de un edificio residencial de mediados del siglo pasado en pleno paseo de Miraflores, cinco plantas con amplios balcones, enclavado a escasos metros de la playa, donde la bahía muestra su máximo esplendor. Imposible no admirarlo embelesada.

Respira hondo y se llena los pulmones de ese oxígeno a salitre y arena que sabe a vida. Espera a que lleguen todos antes de entrar. La acompañan Sara y cuatro agentes no uniformados, más allá de la placa que les cuelga del cuello.

De momento saben poco sobre la víctima, más allá de los retazos que su asesino ha querido dibujar en un par de páginas. Pero no es suficiente, necesitan más. La caza de un criminal requiere de un conocimiento exhaustivo sobre su víctima, no hay otra forma de dar con él. Y Adriana quiere saberlo todo sobre Daniela, adentrarse en el mundo que dejó atrás, desenterrar sus secretos, sus miedos, descubrir los recovecos de su vida para que de la oscuridad termine por emerger una sombra, un personaje olvidado, un encuentro casual, un enemigo invisible, un depredador.

Envía un mensaje a Mario para que no se preocupe:

Llegaré tarde, cariño, no me esperes.  
Tengo lío. Ya te contaré.

Enseña la placa al portero y le indica que los acompañe a la vivienda de Gorka Suances.

—Sí, me ha dicho que vendrían. Pobre mujer, era un encanto — señala mientras cruzan el portal hacia el ascensor—. Qué tragedia.

Las noticias vuelan.

En la quinta planta los espera Suances, apoyado en la puerta, despojado ya del traje y ataviado con unos vaqueros y una camiseta. Se muestra contrariado ante la presencia de tanta gente, se le ve hundido, vencido. Se hace a un lado y los deja entrar.

—Siento que tenga que pasar por todo esto, señor Suances, pero nuestra única intención es encontrar al asesino de su esposa. Es lo que llamamos un registro cordial: no se trata de revolver toda la casa, sino de conocer a su esposa, de entrar en su vida. No

tardaremos más de una hora y lo dejaremos todo como estaba. Entretanto, si le parece, usted y yo podemos sentarnos para hablar un rato.

Un discurso tranquilizador, aunque algo cínico. Él es el marido de la víctima, muerta, según parece, por haberle sido infiel con otro hombre. Aunque no sea el autor material, Adriana no puede descartar cualquier otro grado de implicación, así que el registro no será solo para rebuscar en el pasado de Daniela, sino también en el presente de Gorka.

—Claro... —responde cabizbajo—. ¿Le apetece un café?

La subinspectora asiente y le acompaña. Un enorme recibidor circular divide la vivienda en tres zonas. A la derecha se abre una cocina, enfrente aparece un imponente salón comedor y a la izquierda se extiende un pasillo donde seguramente estén las habitaciones. Una luz suave se cuelga por los ventanales que dan a la calle. Es un piso espectacular.

Sara organiza a los agentes mientras Adriana entra en la cocina. Disimula su admiración, como si para ella fuera lo más normal del mundo sentarse en un taburete frente a una imponente isla, vislumbrando tras el ventanal un mar encrespado. El viudo inserta una cápsula en la cafetera y entierra la cabeza entre los hombros mientras el café gorgotea.

—Todavía no me lo puedo creer... —dice, arrastrando las palabras con un tono sincero—. Es como si en cualquier momento fuera a aparecer por la puerta y todo esto no fuese más que una pesadilla.

—Lo siento mucho, señor Suances.

—Llámemme Gorka, por favor. —Le coloca el café delante, junto con un pequeño tarro con leche—. Lo peor ha sido decírselo a las niñas... Ha sido horrible. —Se da la vuelta de nuevo para preparar su café y ocultar unas lágrimas—. Las he mandado a casa de mis padres. No quería que vieran todo esto.

—Lo comprendo, Gorka. Debe de ser durísimo. Por nuestra parte, intentaremos molestar lo menos posible.

—No molestan, subinspectora. Solo les pido que cojan a ese malnacido. Es como si... como si la venganza fuera lo único que me da fuerzas para seguir.

Adriana pone sobre la mesa la notificación que debe firmar para autorizar el registro y el acceso al ordenador de Daniela. Le explica lo que es. El hombre la firma sin mirar. A lo lejos se oye el murmullo de los compañeros rebuscando por la casa. La subinspectora saca su bloc de notas, da un sorbo al café y comienza:

–Necesito completar el interrogatorio de esta tarde con algunas preguntas. Voy a ser directa, Gorka, sin andarme con rodeos. Es la mejor forma de terminar con esto cuanto antes.

El la mira algo perplejo. Asiente con la cabeza mientras se sienta al otro lado de la isla.

–¿Sospechaba que Daniela tenía una aventura? –pregunta Adriana.

–No –responde con rapidez–. Como le dije, las cosas no iban bien entre nosotros. Nos habíamos distanciado. Pero no pensaba que pudiera serme infiel.

–¿Ha estado alguna vez en el hotel Iturmendi?

–No, nunca.

–¿Conoce a alguna persona que trabaje allí? ¿Un botones quizá? La mira sorprendido.

–Claro que no.

–¿Es cierto que Daniela solía ausentarse los miércoles más de lo normal?

Arquea las cejas y baja la mirada.

–Daniela trabajaba mucho..., no sé si los miércoles... Trabajaba mucho, le iba muy bien como agente inmobiliaria.

–Al parecer quedaba con el señor Irastorza los miércoles en el hotel. ¿No se percató de la coincidencia de ese día de la semana?

–No, la verdad.

–¿Siguió alguna vez a Daniela?

Ahora la expresión cambia, lanza a la policía una mirada que se torna reproche.

–¡Por supuesto que no! Ya le he dicho que no sospechaba nada.

–¿Han tenido Daniela o usted algún problema en el trabajo? ¿En su entorno cercano?

–No. Bueno, todos tenemos problemas, pero no como para que nadie quisiera hacernos esto. De los clientes de Daniela no conozco

demasiado. Son empresas en su mayoría, clientes importantes... No lo sé... Desde luego nunca me dijo que tuviera ningún problema.

—¿Le contó alguna vez si tenía algún cliente conflictivo?

—No, que yo recuerde, no.

—Cambiano de tema, ¿podría decirme cómo se conocieron?

La pregunta le sorprende y en un instante consigue rebajar la tensión; con la guardia baja, el brillo de su mirada, hasta ahora alerta por la intensidad de las preguntas, se difumina y se apaga. Consciente de que las lágrimas vuelven a agolparse en sus ojos, se levanta del taburete y vuelve a la cafetera para prepararse otro expreso.

—Hace una eternidad. Yo trabajaba en un despacho de abogados, y ella con un cliente de la firma, una empresa propietaria de varios inmuebles. Querían comprar un centro comercial y nosotros los asesoramos en la operación. Así fue como nos conocimos.

Corroborado un primer detalle íntimo del capítulo.

—Luego se casaron —prosigue Adriana—, vivieron en un pequeño apartamento del centro, a usted le hicieron socio y ella se lanzó como agente inmobiliario. Empezaron a tener éxito. Llegaron las niñas. Siguieron apostando por su carrera mientras hacían piruetas para conciliar con la familia. Ah, y contaron con la ayuda de Rocío en casa.

Gorka mantiene la taza a medio camino, sin llegar a tocar sus labios.

—Sí..., bueno, más o menos, así es. Veo que ha hecho sus deberes. Aunque no sé muy bien en qué ayuda todo esto a buscar al asesino de mi esposa.

—¿Y Goyo Irastorza? Me ha dicho antes que no le conocía de nada, pero necesito que sea del todo sincero, Gorka. ¿Nunca ha oído ese nombre?

Niega con la cabeza sin demasiada convicción. Adriana nota esa pequeña punzada en el estómago que siente cuando alguien no le está contando toda la verdad. Ha llegado el momento de dar el siguiente paso. Saca de la mochila una copia del capítulo y se lo coloca justo enfrente.

–Verá, Gorka, diez minutos antes de que asesinaran a Daniela, un periodista de *Euskadi Hoy* recibió esto. Parece ser el primer capítulo de un libro, según afirma el autor, donde las víctimas son personas que han sido infieles a sus parejas. Lo sé, parece una locura y confiamos en que así sea. Pero puede ser también una simple distracción para evitar centrarnos en lo importante. No lo sabemos todavía.

Suena el teléfono de la subinspectora. Es Fran, de la Tecnológica.

–Tengo que contestar. Me gustaría que se tomara unos minutos para leerlo y luego lo comentamos. Le anticipo que no le va a gustar, pero solo usted puede ayudarnos con esto.

Gorka deja el café y se lanza a por el dossier mientras ella abandona la cocina.

–Dime, Fran –dice, boquiabierta ante el gigantesco salón en el que se adentra.

Unos ventanales ofrecen una escena de postal, con la bahía imponente y casi desierta, sin gente en la playa ni barcos en el agua. La isla de Santa Clara aparece más solitaria que nunca bajo un nubarrón de noviembre.

–Tenemos un problema, y serio. –Fran no supera la treintena y es un friki de competición, siempre pegado a un ordenador, ajeno al mundo y desde luego a cualquier cotilleo de la comisaría; pero cuenta con el respeto de todos porque no hay nada relacionado con la tecnología que se le resista–. Esto que me has enviado no es una simple página web, Adriana, es un montaje muy fino, un trabajo realmente bueno.

–¿Y eso qué quiere decir, Fran?

–Que no es un tipo que ha comprado un dominio en GoDaddy y ha montado una web con WordPress, dejando un infinito rastro de IP, *emails* y números de tarjetas que nos lleven directos hasta su casa. Olvídate. Esta web está hecha por un profesional, un *hacker* de los pies a la cabeza que tiene claras dos cosas: la primera, que no le van a coger; y la segunda, que no van a bloquear su web.

–Fran, quiero esa web fuera de circulación antes de que cuelgue el teléfono. Son órdenes del inspector jefe. Si necesitas alguna autorización, pídelas. Pero cierra esa basura.

–Imposible. Por más que quiera. Cuando vengas te lo explico, pero de momento es imposible eliminar o bloquear la página.

–¿Y el correo electrónico? ¿El que le mandaron al periodista?

–Lo mismo. Creado con Tor, enviado desde una cuenta de Tailandia, direccionada a una IP en Delhi..., blablablá... No se puede rastrear. Lo que sí he podido hacer es sacar el listado de *emails* al que fue enviado, todos de periodistas. Te lo paso.

–Prepara un informe provisional, por favor. Luego te veo.

Adriana tiene una intuición negativa que le advierte de que están ante algo mucho más complejo que el asesinato de una mujer en un hotel.

–Pero ¿qué es esto?!

El grito proviene de la cocina. Gorka estrangula con las manos las tres hojas grapadas, está temblando de ira.

–¿Qué es esta basura? ¡Yo no he matado a Daniela! ¡No la he matado! –grita histérico.

La subinspectora se acerca a él y le quita el capítulo con delicadeza. Le acaricia un hombro tratando de tranquilizarle.

–Lo sabemos, Gorka, no tiene de qué preocuparse...

–¿Y cómo sabe todo eso? ¡Es nuestra vida! –dice fuera de sí.

–Por eso quería enseñárselo, para que me dijera qué hay de cierto en todo esto y de dónde pudo sacar alguien toda esta información.

–No lo sé. Supongo que nos conocerá... No tengo ni idea... Esto no puede estar pasando.

Hunde el rostro entre las manos y rompe a llorar. Adriana decide que ya es suficiente.

–Voy a ver si han terminado mis compañeros y nos marcharemos. Le dejamos solo. Tiene mi tarjeta, Gorka, llámeme si recuerda cualquier cosa, por nimia que sea. Si algo del relato le llama la atención... Toda ayuda será bien recibida.

El viudo sigue sollozando. Adriana sale de la cocina, que ha perdido su encanto bajo aquel drama. Encuentra a Sara en el pasillo.

–Aquí casi hemos terminado –le dice la joven–. Poco reseñable. Nos llevamos el portátil de Daniela. He echado un ojo a sus redes sociales y era muy activa. Era fácil seguir su vida a través de Facebook. ¿Qué tal el marido?

–Roto. Le he enseñado el capítulo. No tiene ni idea de quién ha podido hacerlo. De momento no nos aporta gran cosa.

–¿Sospechoso?

–No lo sé, me inclino a pensar que no. Sobre todo después de hablar con Fran. Me dice que la página está hecha por un profesional y vaticina problemas.

–¿La ha bloqueado?

–No puede.

–Vaya. Pues si Fran no puede, tenemos un problema de verdad.

## 6

El hotel ha recuperado cierta normalidad a última hora de la tarde. Una vez recogidas las cintas de seguridad y desaparecidos los coches patrulla, la rutina invade de nuevo sus paredes con el trasiego de los huéspedes y los vecinos de la zona. Nadie repara ya en lo ocurrido. Mientras cruza el umbral de la entrada, Adriana no puede evitar pensar en la pobre Daniela Fraile, acuchillada salvajemente hace tan solo unas horas mientras el mundo sigue girando ahora sin ella.

En el interior se respira un ambiente distinto, aunque todavía se palpa cierta tensión. Los policías han desaparecido de la recepción y en su lugar algunos huéspedes se desperdigan por las zonas comunes, atendidos por el personal, que aún mantienen un gesto incómodo y contrito.

La encargada de recepción reconoce en el acto a Adriana y se pierde por una puerta tras el mostrador. A continuación, aparece seguida por el director.

–Buenas noches, subinspectora –le dice el hombre, tendiéndole la mano–. Su compañero está en uno de nuestros despachos terminando de visualizar los vídeos de seguridad. ¿La acompaño?

–Sí, por favor. ¿Todo bien por aquí? ¿Recuperada la calma?

La pregunta, que no tiene otra intención que amenizar el camino, parece sorprender al director, que arquea incrédulo las cejas.

–¿Calma? Todos los clientes que teníamos esta mañana han pedido la cuenta y se han marchado.

–¿Y los que hay por ahí?

–Acaban de llegar y no se han enterado de nada. Obviamente, no seremos nosotros quienes se lo digamos. Además, un evento programado para hoy también ha sido cancelado. Un drama, agente.

–Y eso sin contar con que una de sus clientas, la señora Daniela Fraile, ha sido asesinada.

–Oh, sí, por supuesto, por supuesto... –responde contrariado.

El cuerpo de Igor sobresale de una pequeña silla que hace esfuerzos por no desmoronarse mientras consume unas chocolatinas cuyos envoltorios van amontonándose sobre la mesa. Está concentrado en la pantalla de un ordenador donde van alternándose imágenes de grabación de las cámaras de seguridad.

No hace amago de levantarse cuando su compañera irrumpe en el pequeño despacho, ni siquiera desvía la mirada.

–Con esto termino, jefa, y me voy a casa. Llevo toda la tarde aquí encerrado.

–¿Algo interesante?

–¿Por quién me tomas? Pues claro que sí. –Deja durante unos segundos la pantalla y se vuelve para mirar a Adriana–. Hemos localizado la furgoneta y a su propietario, un tal Kiki, imagínate al personaje. Tenemos sus datos y su declaración. Muy interesante. –Abre otra chocolatina–. Le dieron cuatrocientos euros por retardar la llegada de Irastorza. El encargo era sencillo. En cuanto el coche de Fraile accediera a la cuesta de acceso al hotel, él tenía que entorpecer el camino el máximo tiempo posible. Y lo cumplió a la perfección, hasta que nuestro amante casi le arranca la sonrisa de un guantazo.

–¿Podría reconocer a quien le dio el encargo?

–Oh, sí, por supuesto, pero no te emociones. Era un adolescente que se le acercó en Zumaya, uno de esos críos con monopatín que seguramente se habrá llevado otros cuatrocientos pavos por hacer el encargo. Y si después de un mes de investigación conseguimos dar con ese imberbe, nos dirá que había sido otro chaval el que se lo



pidió, y así sucesivamente. Nuestro hombre es un cabrón bien listo, tenlo claro.

Adriana emite un gruñido de protesta. Igor vuelve de nuevo al ordenador y busca un vídeo.

—Y aquí, mi gran aportación del día... Subinspectora Adriana Collante, le presento a su asesino.

La imagen proyecta una explanada en un lateral del edificio, correspondiente al acceso para el personal del hotel y los proveedores. No está demasiado bien orientada, pues se centra en la explanada, que aparece en el centro y no abarca completamente ni el acceso desde la carretera ni la puerta de servicio.

Igor inicia el vídeo. Los segundos transcurren sin movimiento, como si la imagen estuviera congelada. De pronto, una figura oscura cruza rápidamente por el borde inferior derecho de la pantalla. Casi imperceptible, en esa fracción de segundo tan solo se aprecia el paso de una cabeza agachada, ataviada con una gorra, que mira hacia el otro lado. La mala iluminación hace imposible distinguir ningún rasgo de esa silueta casi negra.

—No sale muy favorecido que digamos, pero aquí tienes a nuestro hombre. Y ahora le verás saliendo.

Rebusca otro archivo, mismo ángulo, misma iluminación tenue, misma silueta que atraviesa la escena, esta vez en sentido contrario y con la mirada opuesta a la cámara.

—Esto es una mierda. —Es cuanto acierta a decir Adriana.

—Llevo tres horas para encontrar esta mierda, querida. —Igor muestra un falso tono de indignación—. Lo enviaré para que lo analicen, por si pueden sacar algo de aquí. Lo único que podemos concluir es que parece un hombre, si es que eso ayuda, y que, por la hora de salida, para cuando llegó el primer *ertzaina* ya se había esfumado.

—¿No hay más cámaras?

—Un par más rodeando el perímetro, pero no se ve nada. He hablado con Tráfico para que nos faciliten las grabaciones de las cámaras que tengan más cercanas a la zona, pero, vaya, no es para hacerse muchas ilusiones.

Adriana se apoya en la mesa. La adrenalina que invade los primeros compases de una investigación criminal comienza a diluirse y se siente cansada, con ganas de irse a casa. Saca su bloc de notas para comprobar su lista de prioridades, los puntos que urge aclarar. En tercera posición está escrita la palabra «botones». Le cuesta un instante recordar de qué se trata. En el capítulo del libro, el asesino confesaba haber hablado con uno de los botones del hotel para sonsacar información acerca de Daniela y su supuesto amante. Será uno de los muchos aspectos contenidos en el dichoso texto que habrá que corroborar.

Se dirige al director, que permanece observando desde el marco de la puerta.

–Necesitaría hablar con el botones si es posible.

–Claro, ahora mismo. –El hombre se detiene—. ¿Cuál de ellos?

–¿Cuántos tiene?

–Son dos en plantilla. Ahora mismo tenemos aquí solo a uno.

Adriana recuerda el capítulo.

–Creo que es un chico joven.

–Entonces es Alberto. Hoy es su día libre. ¿Quiere que le avise?

–Es un poco tarde, dígame que venga mañana por la mañana y hablaremos con él.

–Por supuesto. ¿Y al resto del personal?

–De momento no es necesario.

Adriana asiente con la cabeza y el director se marcha a su despacho, extrañado con esa petición. La subinspectora mira la hora, las nueve y media de la noche, y revisa nuevamente su listado para ver si puede postergar el resto para el día siguiente. La víctima seguirá muerta y el asesino permanecerá escondido, así que decide dar por terminada la jornada. Llamará a Zubieta para informarle de las últimas novedades, consciente de que no le van a hacer ninguna gracia las noticias de Fran respecto a la página web.

–¿Lo has leído? –pregunta a Igor, en referencia al capítulo que le ha enviado por correo electrónico horas antes.

–Sí... No sé, huele a cortina de humo, pero vete a saber. En este país el índice de chiflados por metro cuadrado está disparado.

Adriana comparte la misma inquietud. ¿Será verdad todo eso del libro y están ante el primer capítulo de un asesino en serie, o es una simple distracción para demorar la resolución del caso de Daniela Fraile?

–¡La recepcionista! –dice entonces Igor–. Y con eso me voy a casa.

–¿Qué?

Se levanta con dificultad, haciendo crujir hasta el último resorte de la silla, y se dirige hacia la puerta. Adriana va tras él. Salen al vestíbulo y se sitúan frente al mostrador de recepción, que se encuentra libre de clientes en ese momento. La trabajadora levanta la vista de su ordenador y los mira desconcertada.

–Buenas noches, bonita. ¿Has recibido esta tarde una llamada de Goyo Irastorza?

Adriana lo había olvidado. Era otro de los puntos que había que comprobar.

La chica permanece en silencio, nerviosa. Ante sus dudas, Igor se apoya en el mostrador y habla con un tono suave y relajado, ajeno a sus formas habituales. Solo quiere terminar y marcharse.

–No te preocupes, no pasa nada. Tenemos que corroborar esa información, nada más.

–Bueno... Llamó al mediodía, le atendí yo –responde con un hilo de voz.

–¿Te pareció la voz del señor Irastorza?

–Ese es el problema, que yo nunca había hablado con él. Estoy todavía en la Escuela de Turismo y estas son mis prácticas, no sabía...

–Lo comprendo, lo comprendo –interrumpe Igor–. ¿Y qué te dijo exactamente? Haz memoria, por favor, es importante.

–Quería llevar algo a la habitación antes de que llegara su acompañante... –Los ojos se le llenan de lágrimas y empieza a balbucear–. Quería saber..., me preguntó...

–El número de habitación –confirma Adriana.

La chica asiente con la cabeza y se derrumba en sus remordimientos.

## 7

*Extracto de la grabación del interrogatorio de Idoia Álvarez, asistente de Daniela Fraile, realizado por el cabo Xabier Peña.*

**XP:** Pero, entonces, ¿tenían una especial actividad los miércoles?

**IA:** ¿Especial actividad?

**XP:** Sí, ya sabe, más visitas a clientes y esas cosas.

**IA:** No, no especialmente. Aquí tenemos mucho trabajo todos los días. O teníamos, ya no sé qué va a ser de nosotros.

**XP:** ¿Lleva mucho tiempo trabajando aquí?

**IA:** Casi diez años.

**XP:** ¿Conocía bien a la señora Fraile?

**IA:** Desde luego... Pasamos muchas horas juntas. Cuando yo empecé, ella ya tenía una agencia conocida, pero nada que ver con lo que es ahora. La he visto crecer durante todo este tiempo. Es... Era una mujer increíble.

**XP:** ¿Cómo definiría la relación con el señor Fraile?

**IA:** Bueno..., no creo que estuvieran en su mejor momento. Daniela era reservada para esas cosas, pero no estaba bien en casa. Eso seguro.

**XP:** ¿Diría que se sentía amenazada de alguna manera por su marido? ¿Nerviosa, preocupada...?

**IA:** No, no..., al menos nunca nos dijo nada. Estaba desilusionada, triste, pero no con miedo. No creerán que ha sido él, ¿verdad?

**XP:** No lo sabemos. ¿Le parecería imposible?

**IA:** Sí... Bueno, no..., no lo sé. A Gorka apenas lo conozco, no aparecía mucho por aquí.

**XP:** ¿Conoce a un tal Goyo Irastorza?

**IA:** Claro, es un buen cliente de la agencia.

**XP:** ¿Sabía que tenía una aventura con la señora Fraile?

*Silencio.*

**XP:** Señora Álvarez, Daniela ha muerto asesinada y estamos haciendo lo posible para encontrar al asesino. Pero para eso necesitamos que su entorno sea sincero con nosotros, que nos

ayude a conocerla. Nada de lo que nos cuente podrá hacerle daño a ella.

**IA:** Ayudamos al señor Irastorza con varias operaciones. Es un hombre muy rico y educado, y muy atractivo también. Estaba obsesionado con Daniela. Al principio ella se resistió, intentaba mantener una relación con él lo más profesional posible, pero poco a poco fueron intimando.

**XP:** ¿Cuándo cree que formalizaron su relación?

**IA:** No lo sé con seguridad, pero yo diría que hace unos meses. Las primeras veces estaba muy nerviosa, fuera de sí. Pensaba que su marido la iba a pillar y de vez en cuando le entraba el remordimiento.. Ya sabe, en las fechas de cumpleaños y esas cosas. Pero bastaba con un mensaje de Irastorza para que lo dejara todo.

**XP:** ¿Sabe que quedaban en el hotel Iturmendi?

**IA:** Sí, me lo contó un día por si acaso había alguna urgencia. Solía tener el teléfono apagado.

**XP:** ¿Cree que su marido la descubrió?

**IA:** No, no..., no lo creo. Al menos ella no me dijo nada. Aunque...

**XP:** ¿Aunque?

**IA:** Hace unos días me dijo que creía que la seguían. Me hizo salir incluso detrás de ella para comprobarlo. No vi nada. Una vez íbamos en coche y se puso especialmente neurótica. Decía que llevábamos un coche detrás toda la mañana.

**XP:** ¿Recuerda qué día fue?

**IA:** No, la verdad es que no.

**XP:** Hummm... Haga memoria, puede ser un día que tuvieron unas seis visitas. La primera en Igueldo, en la calle Amezti, luego en Ibaeta, Ategorrieta...

**IA:** El ático de Ategorrieta lo vendimos al día siguiente. ¡Sí, eso es! Ese fue el día. Decía que había un coche de alquiler con la pegatina de AVIS que la llevaba siguiendo desde la agencia. Yo la verdad es que no vi nada, pero no me fijo mucho en esas cosas, me paso el día pegada al móvil. O me pasaba... ¿Qué va a ser de nosotras ahora?

## 8

Ha sido un día largo y difícil para Adriana, de los que caen a plomo a última hora, cuando la tensión se diluye con el paso de la jornada para rendirse a un cansancio invencible. Un plato reposa sobre un mantel individual en la mesa del comedor al lado de tres cajitas de comida china. Un plato que la esperaba, una cena que se ha perdido.

En el televisor aparecen las imágenes de un partido de fútbol sin sonido; la estancia queda iluminada con una luz suave y parpadeante. Está buscando el mando para apagarla cuando le ve, dormido en el sofá, con las gafas puestas y un libro sobre el regazo. Papeles del trabajo y el ordenador invaden la mesita que tiene enfrente. Ha estado trabajando, como siempre. La historia de su vida. Es lo que ocurre cuando una agente de Homicidios se casa con un consultor de una importante firma. Las horas del día menguan, engullidas por las obligaciones, y al final la comida china pensada para compartir se convierte en mero alimento engullido en soledad.

Se detiene a mirarle unos instantes, antes de despertarle. Las canas comienzan a clarear sus sienes y tiene algunas arrugas en la comisura de los párpados, aunque mantiene todavía intacto el atractivo del que siempre ha hecho gala. Los años pasan y aquí siguen. Pese a todo.

Cuando esta mañana ha leído el dichoso capítulo y la reflexión que se hacía acerca de cómo el trabajo marcó distancia entre Gorka y Daniela, no ha podido dejar de sentirse aludida. Como el resto de sus compañeros, supone, como medio mundo. En el fondo es consciente de que todo ese tiempo que dedica a su profesión algún día le pasará factura y se le presentará en forma de reproche, de arrepentimiento, cuando ya sea demasiado tarde y no tenga solución.

Le ve dormido, vulnerable, ajeno al pasado, a todo. Le ve tan cerca de su mano, pero a la vez tan distante, y solo desea que el tiempo les dé la oportunidad de seguir construyendo. Adriana sonríe mientras le observa. En el caos que la rodea, después de adentrarse

en todas las perversiones y maldades de que son capaces los hombres, la reconforta verle ahí tumbado, dormido. Le devuelve la sonrisa, la vida.

Se agacha para darle un beso en la mejilla, le quita las gafas y el libro y él se despereza.

–He intentado esperarte... –balucea Mario.

–Chissst, es muy tarde. Vete a la cama, yo iré enseguida. Gracias por la cena.

Como un sonámbulo, él se levanta del sofá y camina hacia el dormitorio arrastrando los pies.

Sentirse en casa le ha deshecho el nudo en el estómago y le ha abierto el apetito. Adriana se sienta a la mesa para tomarse unos *noodles* mientras busca en el móvil algún rastro de la noticia. Casi todos los periódicos informan de manera aséptica de que una mujer ha sido hallada muerta en un hotel de Guipúzcoa, pero que la investigación no permite de momento dar más detalles. Entra en *Euskadi Hoy* para asegurarse de que el periodista ha cumplido su palabra, y así ha sido.

Hace un repaso a la jornada mientras abre otra de las cajitas y descubre un delicioso *kubak* con gambas. Daniela Fraile en ropa interior sobre la cama, cubierta de sangre, el amante preocupado por su matrimonio, la llegada del periodista y el descubrimiento del libro, anunciar al marido que su mujer no solo estaba muerta, sino que había sido asesinada en la cama mientras esperaba a otro hombre... Todavía le retumba la conversación con el inspector, fuera de sí cuando le ha anunciado que no podían bloquear la página.

Empieza a pensar en lo mucho que tiene que hacer y una sensación de urgencia la invade de nuevo. Busca en un cajón de la cocina una pastilla para dormir, sin su ayuda va a ser imposible. Recoge el plato, apaga las luces y entra en silencio en la habitación.

Diez minutos después se mete en la cama. Una respiración profunda denota que Mario está ya en el paraíso. La pastilla empieza a hacer efecto y Adriana siente un ligero peso en los párpados. Pone a cargar el móvil en la mesilla cuando suena un mensaje.

Es Igor:

Entra en INFIDELIS.

Se debate por un instante entre apagar el teléfono y dejarlo para el día siguiente o atender las novedades. Cede finalmente a la tentación, consciente de que ya puede olvidarse de dormir, y accede a la página web. En un principio le da la sensación de que todo sigue igual, sin novedad respecto al contenido que ha visto por la tarde, hasta que ve el blog. Un primer *post* ocupa la columna hasta ahora vacía con el siguiente título: «Iban Echeverría, el periodista que inició la aventura». Accede al enlace.

A las 13:10 horas, el joven periodista de *Euskadi Hoy* Iban Echeverría ha recibido el primer capítulo del libro y ha tenido la fortuna de ser el primer lector de esta obra única. Fueron otros los periodistas que tuvieron en su mano haber hecho historia y, sin embargo, no fueron capaces de calibrar la importancia del mensaje. Iban sí.

Haciendo gala de su olfato periodístico, acudió al hotel Iturmendi para corroborar la historia y enfrentarse a la verdad, aunque lo hizo después de que tuviera lugar la acción. Algo que con toda seguridad le atormentará el resto de sus días, por haber perdido la oportunidad de salvar a la bellísima (aunque traidora) Daniela Fraile.

Junto a él, y gracias a su aportación, ha arrancado una apasionante investigación policial para buscar al asesino, de la que trataremos de informar cumplidamente a través de este blog.

Queremos agradecerle a Iban su profesionalidad y buen hacer. Nunca olvidaremos su contribución a nuestro proyecto.

Lee varias veces la noticia, pero una nebulosa mental le impide pensar con agilidad. La pastilla empieza a hacer su efecto y ralentiza sus reflejos. Mañana será otro día. Antes de salir de la página se fija en un detalle.

En el marcador de descargas del capítulo, donde antes había un discreto 2, correspondientes a la suya y a la de Fran, ahora aparece un 37.



Adriana ha sido la primera en llegar. Le gusta madrugar para evitar el tráfico y disfrutar de unos minutos de soledad entre esas paredes para poder pensar tranquila antes de que se desate el torbellino de actividad habitual. Hábito o vicio que en todo caso comparte con Mario, lo que les permite disfrutar de un primer café juntos antes de marcharse.

Mientras desayunaban, le ha contado el caso a grandes rasgos, pero como le ha visto más interesado en el resumen deportivo que emitían en la televisión que en su relato ha preferido omitir más detalles. Al marcharse le ha tenido que prometer que irán esa noche al cine, antes de que quiten de la cartelera una de esas películas de guerra que tanto le fascinan y con la que probablemente ella se quedará dormida antes de que lleguen a efectuar el primer disparo. Pero la forma en la que Mario se lo ha pedido y las ganas que tienen de pasar más tiempo juntos la ha terminado de convencer.

La sala asignada para la investigación sigue igual de vacía que el día anterior, aunque Adriana ha comenzado a decorarla con algunas fotografías colgadas en la pared. Daniela Fraile preside la escena en el centro, con un primer plano obtenido de la página web de su agencia inmobiliaria, en el que se la ve radiante, muy guapa con su mirada azul y una sonrisa. Junto a la fotografía, otras más pequeñas de la escena del crimen, con la víctima semidesnuda y esposada, tumbada en la cama rodeada de su propia sangre y ese rictus de sorpresa y horror dibujado en el rostro que Adriana no puede quitarse de la cabeza.

Después, una fotografía de Gorka Suances, su marido; otra de Goyo Irastorza junto a una desconocida que Adriana supone que será su esposa; otra de la asistente de Daniela, Idoia Álvarez, y del periodista Iban Echeverría. Por último, algo más apartado del bloque fotográfico, las tres páginas del primer capítulo de *Infidelis*.

En resumen, no tienen nada.

A lo lejos, el sonido del ascensor descargando voces aún somnolientas, ruidos de sillas, ordenadores que se activan... El bullicio retoma su melodía mientras Adriana apura sus últimos momentos de paz con la mirada perdida en la pared.

—Buenos días, jefa.

Sara y Xabier irrumpen en la sala, cafés en mano, y ocupan sus asientos en la larga mesa. Dejan la mochila y sacan el ordenador mientras acaban su conversación, o más bien el monólogo de Sara, que Xabier se limita a escuchar con aparente atención. Adriana los contempla y una vez más concluye que son la noche y el día.

Sara es risueña, siempre alegre y habladora, con una sonrisa que únicamente pierde cuando se lo exige el trabajo, pero que recupera tan pronto como abandona la comisaría. Una actitud vitalista a la que no está dispuesta a renunciar, por muy lúgubre que se vuelva todo. Xabier, en cambio, es un hombre apesadumbrado, algo cenizo, vencido por los casi cuarenta años de trabajo que le han pasado una importante factura. Conoció el alcohol en los años de lucha contra el terrorismo, cuando aprendió a aplacar los nervios y la tensión a golpe de *whisky*, un hábito que destrozó su matrimonio y le impidió un merecido ascenso.

Cuando los ve, Adriana piensa cómo, paradójicamente, esos dos personajes tan distintos pueden llevarse tan bien. En cualquier caso, agradece contar con ellos en esta investigación. Aunque cada uno tiene su estilo y emplea métodos de distintas generaciones, lo cierto es que ambos son magníficos policías, colaboradores ideales para acompañarla en una búsqueda tan compleja.

—¿Has dormido aquí? —La potente voz de Igor interrumpe sus reflexiones y reverbera en el espacio, tanto como su propia e imponente presencia física—. Buenos días, compañeros. Bueno, bueno, qué tenemos aquí... Veo que ya has empezado con el *collage*. —Se acerca a la fotografía de Daniela—. Qué lástima... Habría que introducir un agravante en el Código Penal por asesinar a bellezas así.

—Muy bonito, Igor —le interrumpe tajante Sara.

—Lo digo en serio.

Por desgracia, todos saben que lo dice en serio.

El inspector jefe Iker Zubieta hace por fin su entrada, hablando por teléfono, ajeno a los demás. Le sigue Fran, el responsable de la Unidad Tecnológica, que lleva en los brazos un ordenador, como si de un delicado bebé se tratara. Todos esperan en silencio a que

Zubieta termine. Igor lanza un par de toses descaradas y la impertinencia tiene éxito.

–No quiero que me contéis todo el rollo –lanza el jefe–, eso os lo dejo a vosotros. Quiero saber por qué tenemos todavía esa maldita página disponible y cómo es posible que tenga casi doscientas descargas del capítulo.

Ese detalle pilla por sorpresa al equipo, que se lanza a corroborarlo en sus respectivos ordenadores.

–Inspector, ya puede olvidarse de bloquear la página, al menos de momento –dice serio Fran, con sus gruesas gafas de pasta y un flequillo que amenaza con dejarle ciego–. Es un trabajo espectacular, ingeniería de alta calidad, si me lo permiten. Sabía que íbamos a intentar bloquearla y se las ha ingeniado para hacerlo prácticamente imposible. Primero está alojada en las Islas Cocos, un auténtico paraíso tecnológico donde es casi inviable acceder a su servidor.

–¿Dónde coño está eso? –pregunta Zubieta.

–Cerca de Australia o algo así.

–¿Por eso tiene el dominio .cc en lugar del típico .com? –pregunta Sara.

–Exacto. Pero es que, además del lugar de origen, al parecer utiliza una especie de sistema de secuenciación progresiva de dominios que...

Adriana levanta la mano y le interrumpe bruscamente:

–Fran, por favor, intenta que lo entendamos todos.

–Eso es, piensa en el abuelo Xabier –interviene Igor–, todavía no sabe cómo funciona un fax.

Fran toma aire, molesto por el esfuerzo de traducción que se le pide, como si le costara despojarse de su lenguaje técnico.

–Bien, es como... Imaginad un servidor instalado en las Islas Cocos, con un dominio abierto a todo el mundo. Ese servidor está preparado para que, si algún país consigue bloquear su acceso, de manera automática e inmediata se genera una nueva página, distinta de la anterior pero con idéntica apariencia y que apunta al mismo dominio, que ocupa su lugar. Y ahora imaginad que es capaz de hacer ese proceso en cuestión de milésimas de segundo y de forma infinita. Si yo consigo bloquear la página ahora mismo, lo cual

os adelanto que es imposible sin acceso a su servidor, la página se sustituiría de inmediato por otra, con la genialidad de que ninguno de los usuarios notará absolutamente nada, ni en la apariencia de la web, ni en su nombre..., nada, aunque tengan la página abierta en el momento del cambio.

—¿Y no puedes crear un sistema de bloqueo automático, igual que él? —apunta Sara; parece que es la que mejor está siguiendo la argumentación tecnológica.

—No, porque no sabemos desde qué IP ni qué dominio original la va a sustituir. Yo tendría que empezar el proceso de bloqueo de forma manual en cuanto aparezca el nuevo, y por mucho que lo consiga no servirá de nada porque en cuanto lo bloquee saldrá otro nuevo y vuelta a empezar. —Guarda silencio unos segundos, esperando que los asistentes asuman la explicación—. No hay forma de bloquear esto. Al menos hasta dar con el ordenador con el que se conecta al servidor y destruirlo desde allí.

—¿Alguna posibilidad de localizarlo por el resto de los elementos de la página? —pregunta Adriana—. Me refiero a los *emails* que manda o al número de cuenta bancaria al que se hace el pago de los capítulos...

—Todavía no me ha dado tiempo a ponerme con eso. Estoy hasta arriba de trabajo, Adriana, y que yo sepa es más probable que esta página sea solo una simple distracción que la obra de un asesino en serie. Al menos eso me dijiste ayer.

—Nadie se toma tantas molestias por una simple distracción —sentencia el inspector—. ¿Y qué me dices de las descargas? ¿Será verdad que lleva doscientas ya?

—Todavía no lo sé, pero creo que podríamos llegar a averiguar si son descargas reales o no. A ver si hoy puedo deciros algo.

—Bien, tengo que irme. Gracias por la información, Fran —dice el inspector—. Saca tiempo de donde puedas y sigue echando un ojo a esa jodida página. Los demás, tenéis un asesino al que encontrar. Si hay cualquier novedad me avisas, Adriana.

Una vez que el equipo de investigación se queda solo, ponen en común lo descubierto el día anterior, que por desgracia no es

demasiado. Comparten abiertamente sus dudas e inquietudes, en especial por la veracidad de la página.

–Bien, aquí poco tenemos que analizar porque ahora mismo estamos lejos de tener siquiera un sospechoso, así que vamos a ponernos manos a la obra –concluye Adriana–. Lo de la página se lo dejamos a Fran y nosotros nos centramos en lo único tangible: Daniela Fraile. Tenemos que seguir indagando en su vida, a ver qué nos encontramos. Nos organizamos. Sara y Xabier, ocupaos de corroborar la parte del capítulo que se corresponde con el pasado del matrimonio. Hay detalles íntimos que debemos saber si son reales o inventados y, en caso de que sean ciertos, quién puede tener acceso a ese nivel de intimidad. Yo hablaré con Irastorza, también con su mujer, y volveré a interrogar al periodista. Igor, vuelve al hotel para hablar con el botones y luego vas a Tráfico a ver si tenemos alguna cámara en los alrededores.

–De acuerdo, jefa –contesta el agente, que comienza su pesado proceso de ponerse en pie–. Y no olvidemos las dichas descargas. Somos muy pocos los que hemos tenido acceso a la página, habría que indagar quién se ha ido de la lengua y va enseñándola por ahí.

–Adelante, entonces, nos vemos por la tarde.

## 10

Adriana está sentada frente a Marina Otero, la psicóloga a la que visita una vez por semana para disfrutar durante sesenta minutos de la calidez de su despacho y de sus reconfortantes palabras y silencios. Un paréntesis rápido antes de ir a ver a Goyo Irastorza y su mujer.

–Recuerda que lo importante es no marcarse plazos, olvídate de los tiempos, Adriana, aquí no hay un cronograma que cumplir, no hay metas. Vas avanzando y progresando, y eso está bien. Mientras las semanas concluyan mejor que las pasadas, querrá decir que vamos por buen camino. Y, cuando te entren dudas, acuérdate de cómo viniste aquí la primera vez y mírate ahora.

La última frase es abrumadora, por directa y clara. Tiene razón, como siempre. Adriana no quiere ni pensar en aquella primera sesión, su sola evocación le provoca un escalofrío. Rememorar aquellos días aciagos, cuando su mundo se desmoronó y se vio tan perdida que terminó derrumbada en aquel sofá frente a una desconocida, hace que asome de nuevo a la ansiedad que lo oscureció todo. Sonríe nerviosa para ahuyentar ese pensamiento y recuerda que en ese mismo sofá fue también donde tocó fondo y comenzó a ascender, en busca de la superficie en la que ahora se encuentra.

—Ayer volví a tomar Lexatin para dormir, pero esta vez es por el trabajo. Tengo un caso que presiento que me va a alterar los próximos días.

Durante todos estos meses, Marina le ha brindado una ayuda inestimable. Nunca había acudido a un psicólogo, ni se le había pasado por la cabeza, y sin embargo ahora cuenta los días que le restan para volver a verla. Y no es que antes no tuviera problemas dignos de consejo y orientación, pero siempre había pensado que podía hacerles frente por sí misma, sin recurrir a nadie. Si le llegan a decir hace un tiempo que iba a estar ahí sentada, abriéndose en canal, mostrando todas sus debilidades y temores, tan vulnerable, se habría horrorizado y avergonzado de sí misma.

—Es importante que duermas, Adriana. Si estos días lo necesitas, tómate una pastilla por las noches mientras dure la investigación. Luego ya lo reduciremos, no te preocupes. —Suspira hondo—. ¿Otro de esos horribles crímenes?

Adriana sonríe.

—Marina, soy policía de Homicidios. Esos horribles crímenes son mi trabajo.

—La verdad es que no sé cómo puedes afrontar eso todos los días.

La subinspectora se dispone a levantarse. El tiempo ha concluido demasiado rápido, como siempre, y sale con la habitual y satisfactoria sensación de querer más.

—Creo que no me cambiaría por ti. Al menos mis muertos no me dan la tabarra con sus problemas.

Cien euros más pobre y con un puñado de consejos que confía en no olvidar, Adriana sale a la calle y revisa el móvil. Está en la plaza de Benta Berri, a dos manzanas de la comisaría. Esa fue la razón principal por la que escogió a Marina, por su cercanía con el trabajo y también porque a Tania, una amiga inspectora de Delitos Económicos, le vino fenomenal para afrontar sus problemas. Y ella los tenía, y de un calibre más que considerable.

Mario la animó también a buscar ayuda. Lo hizo desde el principio, aunque ella no quiso hacerle caso, ni siquiera escucharle, pues no aceptaba ningún tipo de apoyo psicológico. Para cuando quiso darse cuenta del error, ya era demasiado tarde.

Ahuyenta esos pensamientos de la cabeza; ahora está bien, eso es lo único importante.

Tiene un mensaje de Royo, el forense encargado de la autopsia de Daniela Fraile. Lleva trabajando toda la noche en el cuerpo y se comprometió a informarla en cuanto supiera algo. La subinspectora respira hondo antes de leerlo.

Adriana, te enviaré a última hora el informe provisional. De momento nada que no hayas visto. Causa de la muerte: dos heridas cortantes con arma blanca provocadas con gran violencia. La primera en el cuello, con orificio de entrada y salida que provoca la sección de la aorta y la tráquea. La segunda, con rotura de tres costillas, provoca el desgarramiento del corazón a la altura de la aurícula izquierda, dividiéndolo en dos. Dos heridas mortales infligidas de manera consecutiva y muy rápida, con mucha fuerza. Provocó la muerte tras 60 o 90 segundos desde la primera herida. Por el ángulo de los orificios, el asesino estaba situado justo a su lado, al borde de la cama, no encima de la víctima. Se corresponde con una persona diestra. El resto de las heridas son también graves, sobre todo por la pérdida abundante de sangre, pero podría haber sobrevivido a ellas. No hay presencia de alcohol ni drogas. No hay rastro de abusos sexuales. Te lo mandaré todo.

En efecto, nada que Adriana no hubiera podido deducir de la escena del crimen, pero cuando lo ve descrito con ese lenguaje médico tan aséptico, esa descripción carente de sentimiento que convierte el cuerpo de una mujer en un simple objeto, carne diseccionada sobre una mesa metálica, siente aún con más fuerza el

peso de la indignidad. «Te encontraré, estés donde estés», se promete a sí misma.

Tarda una hora en llegar a Bilbao, donde vive Irastorza con su familia. Ha hecho el trayecto absorta en la investigación, sin apreciar el paisaje que se abre frente a ella ni percatarse siquiera del tráfico. Entra en la ciudad para acudir a la comisaría central, donde la espera el papeleo antes del interrogatorio. Recoge la documentación y ultima la colaboración que necesita de los compañeros.

Al cabo de media hora, vuelve al coche y atraviesa Bilbao para adentrarse en Punta Galea, la exclusiva urbanización en Getxo donde viven. Le sorprende comprobar cómo en un pequeño lapso ha pasado del bullicio incesante de la ciudad a la tranquilidad bucólica de este barrio residencial. Hace un esfuerzo para seguir conduciendo y no quedarse absorta ante las imponentes casas que se alzan a cada lado, rodeadas de jardines y frondosos árboles, con lujosos vehículos aparcados en las parcelas.

Trata de no perderse y buscar el número en la calle Cadi Carlos. Ve a algunos jardineros trabajando, personal de mantenimiento sobre un tejado o junto a una acequia, y un coche de seguridad que la lleva siguiendo desde que ha accedido a la zona.

Por un instante imagina cómo sería vivir en este lugar, en una de estas casas de película. No es difícil soñar. Mario leyendo un libro junto a la piscina, frente a un daiquiri y fruta cortada, mientras ella zanganea en el agua. Sin horarios, sin trabajo, sin responsabilidades, sin criminales que perseguir. Todo el tiempo para ellos. El sueño se desvanece de pronto. Los barrios residenciales no son precisamente para parejas, sino para familias, lugares donde criar a tus hijos lejos del impersonal asfalto, entre la calidez de los amigos y los vecinos, entre bicicletas, barbacoas y fiestas de cumpleaños.

Familia... Esa fue también su ilusión durante varios años, a la que Mario y ella se entregaron en cuerpo y alma hasta que la naturaleza decidió mirar para otro lado y comenzó la pesadilla.

Aparca frente a la casa, idéntica en tamaño y majestuosidad a las construcciones vecinas. Sube las escaleras de la entrada y toca un timbre de tono discreto. Instantes después, abre una mujer con uniforme que la acompaña hacia un salón en cuanto se identifica. Si



la casa de Daniela Fraile la impresionó, esta ya la deja sin respiración.

En cinco minutos está sentada frente a un matrimonio cariacontecido, ambos agarrados torpemente de la mano y con el rostro compungido. Él trata de mantener un porte más digno y seguro pese a que sus ojos delatan una expresión de pura angustia; ella, en cambio, está al borde del llanto, con los ojos humedecidos y un temblor incontrolable en sus labios. Les pide entrevistarlos por separado y acceden a regañadientes. Goyo se ofrece a ser el primero.

—¿Ha puesto a su esposa en antecedentes? —le pregunta Adriana cuando se quedan solos.

—Cuando me ha llamado esta mañana para anunciarme su interrogatorio, no me ha quedado más remedio. Prefería que se enterase por mí que por usted.

—Lo entiendo. Ha hecho bien. ¿Cómo se lo ha tomado?

El hombre hace una mueca de disgusto.

—Bien, permítame unas preguntas rápidas. ¿Desde hace cuánto mantenía una relación con la señora Fraile?

—No lo sé con exactitud, algo más de cuatro meses.

—¿Todos sus encuentros tenían lugar en el Iturmendi?

—Casi todos, sí.

—¿En algún otro sitio?

—Al principio nos veíamos en su oficina cuando se quedaba sola. O... también en alguno de los apartamentos que ella vendía y que estaban vacíos. Luego le entró miedo de que nos pillaran y decidimos quedar en el hotel.

—Comprendo. ¿En alguna ocasión los sorprendieron?

—No, nunca —responde con seguridad.

—¿Ha tenido la sensación en los últimos tiempos de que le siguieran?

La pregunta le sorprende.

—No, no, al menos no he notado nada.

—¿Y ella? ¿Se lo dijo alguna vez?

—Ella sí era más neurótica con todo eso. Hace unas semanas me dijo que estaba segura de que un coche la había seguido, pero no le

di importancia, la verdad. –Se detiene y mira a Adriana–. Siguen sospechando del marido, ¿verdad?

–El marido tiene una sólida coartada, señor Irastorza, pero obviamente no descartamos nada. ¿Ha recibido alguna amenaza, ha tenido algún problema grave en el trabajo, hay alguien que quisiera hacerle daño?

Irastorza niega con la cabeza, pensativo, mientras se frota las manos y mueve la pierna de forma compulsiva.

–No, nada. Desde luego no como para que alguien quisiera hacerme algo así.

–¿A qué se dedica, señor Irastorza?

–Tengo un fondo de inversión tecnológico.

–¿Inversión tecnológico?

–Sí, invertimos en empresas relacionadas con el sector de las telecomunicaciones.

–Empresas de Internet.

–Bueno, no solo eso, pero puede llamarlo así.

–¿Le suena de algo la palabra *infidelis*?

La mira, piensa, desvía la atención hacia el fondo del salón, sigue pensando y, finalmente, se encoge de hombros.

–Eso es latín, ¿no?

Un hombre culto.

–Exacto.

–No sé a qué tendría que sonarme.

Adriana prefiere no dar más detalles.

–Bien, gracias por su tiempo. Me gustaría hablar ahora con su esposa.

–Claro, por supuesto.

Se pone en pie, todavía más nervioso. Se dispone a salir de la habitación, pero sus piernas no se deciden a moverse.

–Verá, subinspectora, me preguntaba... ¿Es estrictamente necesario que Begoña conozca todos los detalles de lo ocurrido?

–A estas alturas me temo que tarde o temprano va a enterarse, señor Irastorza.

Los nervios dejan paso a una caída de hombros en señal de derrota. Sale del salón. Dos minutos después entra su esposa, que

sin la presencia de Irastorza ha perdido prestancia y seguridad. Se la ve inquieta, quizá angustiada, con una mirada que ahora se muestra apagada y compungida. Se sientan.

–Su esposo me ha dicho que ha hablado con usted. Lamento mucho todo lo ocurrido, señora...

–Llámemme Begoña, por favor. Aún no lo puedo creer.

–¿Es la primera vez que su marido le es... infiel?

–Le diría que sí, pero ahora ya... no lo sé.

Se saca de la manga del jersey un pañuelo que usa para limpiarse las lágrimas.

–¿No sospechaba nada?

–No, claro que no.

–¿Conocía a la señora Fraile?

Aquí titubea, lanza una mirada a la puerta.

–Bueno, sí. Nos vendió hace un año más o menos un ático en Málaga.

–¿Mantuvo algún contacto posterior con ella?

–No, ninguno. Mi marido se ocupaba de todo.

–¿Dónde estaba ayer al mediodía, Begoña?

De súbito enmudece, abre los ojos asustada, consciente de la trascendencia de una pregunta que ha sonado rutinaria, pero que guarda un indudable trasfondo.

–Acaso... ustedes... ¿Soy sospechosa?

–Claro que no, es una comprobación, nada más.

–Estuve... aquí en casa. No salí en todo el día.

–¿Alguien puede corroborarlo?

–Estela, nuestra empleada. No sé quién más... Estuve en casa, hablé con amigas, quizá ellas podrían decir que...

La puerta se abre para dar paso a un exaltado Irastorza. Señala nervioso hacia el ventanal.

–¿Qué quiere decir esto? ¿Qué hacen todos esos policías aquí?

–¿Han llegado ya? –Adriana mira sorprendida la hora–. Vaya, es verdad. Verán, señores, mis compañeros vienen con intención de realizar un registro rápido de su vivienda y de sus principales comunicaciones, siempre que contemos con su visto bueno, por

supuesto. No tardaremos más de una hora y lo dejaremos todo en perfecto estado.

–¡Pero no pueden registrar la casa sin una orden judicial! –replica el hombre.

–Oh, no, claro que no. –Adriana saca de su cartera unos papeles que pone sobre la mesa–. Contaba con que ustedes nos autorizaran el registro. Al fin y al cabo, no tienen nada que esconder y es pura rutina en la investigación.

Se miran desconcertados, buscando una respuesta.

–Creo... creo que voy a llamar a mi abogado. No sé si todo esto es normal o no. Yo nunca...

–Por supuesto, claro que sí, llámele. No obstante, no tardaré más de una hora en lograr una orden, aunque entonces las cosas sí serían distintas. Ustedes tendrían que salir de inmediato de la casa y procederíamos a requisar cualquier material que entendiéramos relevante para la investigación. Ya sabe, un registro como en las películas, con todo el mundo revolviendo la ropa interior, rasgando colchones, tirando libros de las estanterías, los vecinos viéndonos salir con cajas...

La sobreactuación surte efecto. La mujer vuelve a recurrir a su pañuelo para reprimir un llanto inconsolable, réquiem para un mundo que se le derrumba. Se marcha de la habitación, dando por concluida la conversación. Irastorza, igualmente superado, se sienta para ojear los papeles antes de firmar.

## **11**

El equipo ha destinado todo el día a realizar sus respectivas tareas y no han podido volver a la comisaría. Adriana ha optado por convocarlos al día siguiente a primera hora para hacer balance de la investigación y dejarlos descansar por hoy. Así, además, le da tiempo para ir al cine, a la última sesión, tal y como ha quedado con Mario.

La conversación que ha mantenido con el periodista Iban Echeverría ha sido preocupante. Su categórico anuncio de que publicarán la noticia la ha pillado desprevenida. Adriana ha desplegado todo su elenco de amenazas policiales sin que surtiera el menor efecto. Dice que la decisión la han tomado desde arriba y que él se limita a cumplir con su trabajo.

—Tiene que entenderlo, subinspectora. Llevan casi setecientas descargas en un solo día. Se propaga como un reguero de pólvora. Ya sabe cómo venden estas cosas. ¿Cuánto cree que tardará en salir publicado? ¿Y cómo quedaremos nosotros si llegamos tarde a nuestra propia noticia?

—No solo estáis dando pábulo a un asesino —siguió intentando convencerle—, sino que, lo que es peor, le estáis regalando la mejor publicidad gratuita que pueda soñar. Piensa en la cantidad de descargas que tendrá a partir de mañana, y todo gracias a vosotros.

—O igual contribuimos a que alguien le delate, o a que se ponga nervioso, a que cometa un error. No lo sé, agente, lo mejor sería que cerraran esa página y toda esta basura desapareciera. ¡Pero si salgo hasta en el blog!

Adriana encuentra por fin un sitio para aparcar. Nada más salir del coche suena el teléfono.

—Hola, Igor, ¿sigues trabajando?

—Por supuesto, jefa, como siempre. Acabo de hablar con Fran. Va a enviarte un informe para que lo veas, pero lo de las descargas es real. Aunque no puede llegar a la página de origen, sí puede conocer las IP de las que se han descargado los archivos, por cierto, casi todas en Guipúzcoa y Vizcaya. Y todas direcciones reales.

—Lleva setecientas en día y pico.

—Espectacular. Y espérate mañana a que nuestros amigos de *Euskadi Hoy* lo conviertan en noticia nacional. Si el tío buscaba distracción, la va a tener, y buena. ¿Has hablado con Zubieta?

—Sí, se lo llevan los demonios. Ha movilizado a media Ertzaintza para tratar de evitar la publicación, pero de momento nada.

Ya puede ver el cine, y frente a la entrada, a un impaciente Mario paraguas en mano. Ella se acerca sorteando los charcos. Cuando se miran, aún en la distancia, se sonríen.

–Oye, Igor, tengo que colgar. Por cierto, ¿alguna novedad con el botones del hotel?

–Sí, muy interesante, pero prefiero esperar hasta mañana.

–Como quieras. Gracias, Igor, que descanses.

Cuelga cuando llega junto a su marido y se besan. A Adriana le parece que está muy guapo con esa gabardina que deja entrever su traje oscuro y la camisa azul, sin corbata. Mario le coloca un mechón tras la oreja y la mira con cariño.

–Llegas tarde.

–Perdona, pensaba que no iba a poder escaparme. Pero aquí estoy –contesta, esbozando una sonrisa.

–Y después de todo el día trabajando, ¿cómo puedes estar aún más guapa que cuando has salido de casa? –le pregunta mientras pliegan los paraguas y acceden al cine.

–Quizá perseguir asesinos sea bueno para el cutis.

## 12

Además de los cafés, los miembros del equipo de investigación traen consigo sus ordenadores y unos dossieres que van creciendo en tamaño y ocupan buena parte de la mesa. Por ahora conservan el rostro descansado, pero con el paso de los días irá tiñéndose de palidez y ojeras.

Frente a Adriana está extendido el *Euskadi Hoy*, que ha comprado nada más salir de casa, alertada por un mensaje del inspector que amenazaba con amargarle el día:

Ya ha salido. Voy a convocar una rueda de prensa a las dos de la tarde.

Estarás conmigo. Espero noticias antes.

No le importa recibir órdenes, por algo es policía, pero el tono de ese hombre la enerva. Como si para las dos menos cuarto fuera a poder llevarle a un culpable esposado y con la acusación en el juzgado.

En cuanto al *Euskadi Hoy*, lo único bueno es que el crimen no es noticia de portada y ha quedado relegado a una discreta página 24.

## **ANUNCIAN UN ASESINATO ANTES DE COMETERLO**

**Daniela Fraile murió asesinada en el hotel Iturmendi quince minutos después de que su asesino anunciara todos los detalles del crimen en un relato.**

–Bien, vamos a empezar –anuncia por fin–. Antes de entrar en materia, lo que todos ya sabéis: hoy ha salido la noticia publicada en *Euskadi Hoy* y tenemos una rueda de prensa para las dos de la tarde. A ver qué contamos, porque Zubieta está nervioso. Y lo que es más grave: en solo dos días, la maldita página acumula mil quinientas descargas.

Igor emite un silbido.

–Esto se está disparando, Adri.

–Si quería publicidad, la va a tener y mucha –dice Xabier.

–Hasta que no aparezca otro cadáver, vamos a tenerlo por un mero fuego de artificio. Fran está con la página y en ese frente poco podemos hacer nosotros. Así que a lo nuestro. Novedades... –pide la subinspectora.

Sara toma el testigo.

–Estuvimos todo el día diseccionando el capítulo para ver quién podía tener una información tan cercana de Daniela y Gorka, y la respuesta es que cualquiera de nosotros hubiera podido hacerlo. –Adriana la mira sorprendida–. Con una búsqueda más o menos concienzuda en Internet, encontraríamos todos los elementos necesarios para la redacción del... relato, como dice el periódico.

–Todos los aspectos de la vida profesional de la pareja –continúa Xabier– los encontramos en entrevistas que les hicieron en medios especializados, financieros en el caso de Gorka e inmobiliarios en el de Daniela. Eran gente de éxito, no hay duda. Sus inicios, sus progresos, todo está recogido allí. En cuanto a los aspectos más personales, la principal fuente, además de las entrevistas, es Facebook.

–Ella tenía un perfil muy activo –completa Sara mientras reparte copias de un dossier elaborado con pantallazos de ordenador–. Los primeros *posts* eran más personales, cotilleos para sus familiares y amigos, lo típico. Luego, conforme fue cogiendo altura, se limitó a publicar solo acerca de temas profesionales, pero al principio encontramos fotos y comentarios sobre su boda, las niñas...

Adriana revisa las fotografías, incómoda ante la presencia de esa Daniela, que aparece en plenitud de una vida que se le ha arrebatado. Se la ve sonriente, feliz. Se detiene en una de ellas.

–Las cenas en el salón de casa –dice mientras contempla la foto de dos jóvenes Daniela y Gorka cenando sentados en el suelo de un pequeño apartamento justo bajo el texto: «No hacía falta más para ser felices».

–Su primer beso –continúa Igor, apuntando a la fotografía de un bar donde Daniela escribió: «Y aquí fue donde sellamos con nuestro primer beso tantas horas de tonteo».

Al principio todo eran fotografías de las niñas, de su cuidadora, vacaciones familiares..., y luego, con el paso del tiempo, el tipo de imágenes cambia: desaparecen las personales y quedan solo anuncios de operaciones, ventas de inmuebles, firmas de contratos...

–Hay un par de vídeos interesantes en YouTube –interviene Xabier–. En el primero, Daniela pronuncia un discurso en la entrega de un premio a la mejor mujer empresaria o algo así. Aporta algunos detalles del escrito. El otro es una entrevista que le hacen en una feria inmobiliaria, donde le preguntan por aspectos personales, como la conciliación del trabajo y vida familiar, por ejemplo.

–Os hemos mandado los enlaces por *email* –dice Sara–. Con esto hemos podido completar la primera parte del capítulo, la que habla de la historia de la pareja. Otra cosa es lo referente a los detalles de la infidelidad. Obviamente, de eso no hay ni rastro.

–¿Y en los ordenadores de los dos? –pregunta Adriana.

–Nada. Todo normal. Esta gente no hacía más que trabajar. Los *emails* que se envía Daniela con Irastorza son también estrictamente profesionales, no hay intimidad alguna. En cuanto a Telegram, que es como quedaban y se comunicaban los amantes, todas las conversaciones están borradas y es imposible recuperarlas.



Adriana se frota la cara con las manos, tratando de buscar algún resquicio de luz por el que poder colarse.

–Tampoco en los ordenadores de los Irastorza hemos visto nada – prosigue ella–. Él tiene un fondo de inversión tecnológico, así que dispondría de conocimientos y medios como para poder crear esa página web. Pero no veo móvil alguno. Parecía bastante enganchado con Daniela.

–¿Su mujer? –pregunta Igor.

–Está desquiciada. Ayer su marido le confesó la infidelidad. – Adriana recuerda su imagen derrotada, angustiada, una mujer con una vida de millonaria al borde del precipicio–. No la veo dándole siete puñaladas a Daniela, la verdad. En cuanto al periodista, afirma que se marchó hacia la una y veinte de la redacción para comer algo antes de una entrevista que tenía en Cestona, cerca del hotel. Me han facilitado su fichaje para comprobar su salida del edificio. No veo posible que hubiera llegado a tiempo, aunque nunca se sabe.

–Tampoco es el que habló con el botones –anuncia Igor, deseoso de contar sus averiguaciones–. Ayer interrogué a ese inadaptado y al principio negó haber hablado con nadie sobre una clienta del hotel. Estaba indignado con la sola idea. Tuve que apretar mucho para que por fin confesara. El muy cabrón terminó lloriqueando como un bebé. Reconoció haber recibido dos mil euros de un tipo que le pidió información sobre Daniela.

–¿Gorka? –pregunta Adriana.

–No, le enseñé una fotografía y lo tuvo claro. También le mostré una imagen del periodista y nada. No fue capaz de darme una descripción muy detallada. Un tipo moreno, alto y fuerte. Hoy vendrá a la comisaría a ver si el dibujante es capaz de realizar un retrato robot.

–¿Hace cuánto fue el encuentro?

–Dice que algo más de un mes.

–Uf... –resopla Sara–. Nuestro hombre lleva tiempo preparando todo esto, obsesionado con esa mujer. Creó la web, redactó el capítulo después de informarse bien de todos los detalles, comprobó a conciencia el hotel, la falta de cámaras, la posibilidad de hacerse con una llave para entrar en la habitación...

–Nos lleva ventaja –concluye Adriana tras el análisis de Sara–. Igor, ¿y las cámaras de Tráfico?

–Nada. Las más próximas son las que tienen situadas en la AP-8, pero es perder el tiempo. Ni siquiera sabemos si fue desde San Sebastián y, en caso de hacerlo, si lo hizo por la autopista.

La subinspectora tiene una sensación de bloqueo, sin apenas líneas de investigación, y ese punto muerto es desmoralizador. Es mejor incluso perseguir una pista falsa aunque luego experimentes un fiasco; al menos la cabeza se mantiene activa, con la adrenalina propia de la persecución.

–No desesperes, jefa. –Igor es capaz de adentrarse en sus pensamientos con una sola mirada–. Todavía no tenemos el informe de la Científica con las posibles huellas de la habitación, ni Fran nos ha deleitado con sus averiguaciones tecnológicas.

–Internet es el único lugar donde siempre dejas una huella, por más que intentes borrarla –concluye Xabier.

–¡Bravo, Zuckerberg! –sigue Igor–. Tenemos al abuelo en plena forma.

–Bueno –concluye Adriana, que necesita un café y un rato a solas para pensar–, cuando estamos en una situación así, ya sabéis lo que toca. Volver a empezar. Repetir los interrogatorios, revisar las pistas, las grabaciones, las redes sociales. Tengo cinco horas antes de enfrentarme a los periodistas con nuestro querido Zubieta, así que vamos a intentar hacer lo imposible.

## 13

Lo imposible no ha dado sus frutos. Las pesquisas realizadas durante toda la mañana han dejado al equipo en el mismo lugar en el que se encontraban, es decir, en ninguna parte. El inspector ha recibido con notable disgusto las escasas novedades y amenaza con reemplazar a todo el grupo si no hay resultados pronto. Aun así, Adriana se las ha ingeniado para preparar un pequeño dossier a modo de carnaza para distraer a los periodistas durante unos días:

fotografías de la víctima, extractos del informe forense, la imagen del sospechoso en el acceso al hotel... La idea es minimizar en lo posible la importancia de la página web, eliminar todo el morbo que pudiera despertar y dirigir la atención hacia la vida de Daniela Fraile. Una mujer muerta. Una desgracia, pero, al fin y al cabo, un asesinato más; un par de reportajes en los periódicos y luego al cajón mediático del olvido hasta que encuentren al asesino.

Adriana suspira aliviada cuando comprueba que no hay siquiera una decena de periodistas en la sala de prensa de la comisaría. La convocatoria ha despertado poco interés. Zubieta también lo acoge con buena gana mientras, en la habitación contigua, revisa unas notas con la brevísima intervención que quiere exponer. Cuando lo tiene listo, hace un gesto a Adriana con la cabeza y entran.

En el estrado, Zubieta aparece tranquilo, serio y contundente, la imagen propia de un inspector jefe que, por otro lado, se ha enfrentado durante años al escrutinio público. Adriana trata de aplacar los nervios toqueteando una carpeta con el dossier que han repartido hace unos minutos a los asistentes; no le gustan las ruedas de prensa, no le gusta que su trabajo sea expuesto y juzgado por un puñado de periodistas sin ningún tipo de formación ni conocimiento criminal, que lo único que quieren es vender periódicos y publicidad. Si por ella fuera, no habría comparecencias ni comunicados de prensa hasta haber encontrado al asesino. Pero, para su desgracia, el mundo y la política funcionaban de otra manera.

Se tranquiliza al ver a Igor y Sara, de pie, al fondo de la estancia.

—Buenos días a todos —comienza Zubieta—. El motivo de esta comparecencia es informarles acerca del asesinato de Daniela Fraile, donostiarra de cuarenta años, que fue encontrada muerta este miércoles al mediodía en el hotel Iturmendi. Como pueden comprender, nos encontramos en plena investigación y no podemos permitirnos ofrecer ningún tipo de información que pudiera perjudicar la búsqueda del asesino. La jueza titular del Juzgado de Instrucción número 5 de San Sebastián ha decretado el secreto de sumario para proteger las investigaciones, y eso es lo que haremos. Les ruego, por tanto, que tengan paciencia. Todo lo que podemos

contarles está en el expediente que les han remitido. Lo importante es que hemos perdido a una vecina, esposa y madre de dos hijas, además de una destacada empresaria del sector inmobiliario. Queremos pedirles que se centren en eso. Junto a mí está Adriana Collante, subinspectora de la Jefatura de Investigación Criminal, a la que algunos de ustedes ya conocen, quien lidera el equipo de investigación. Se ha designado a los mejores agentes de esta unidad para encontrar al asesino de la señora Fraile, y no duden de que en los próximos días le encontraremos y le pondremos a disposición de la justicia. Entretanto, una vez más, les ruego paciencia. La subinspectora responderá a continuación a sus preguntas, pero recuerden que buena parte de lo que les gustaría saber no lo podemos contar en este momento. Al igual que para ustedes, lo prioritario para nosotros es encontrar al asesino.

El silencio se rompe entonces en un estallido de preguntas que se superponen mientras Zubieta da un paso a un lado y deja a Adriana colocarse frente al micrófono. Ella señala a uno de los periodistas de la primera fila para dar comienzo a su particular interrogatorio.

—¿Es cierto que el capítulo de *Infidelis* que se ha publicado en Internet narra todos los detalles del crimen?

—Preferiríamos no profundizar demasiado en esa página web — responde ella con más seguridad de la que pensaba—, no descartamos que sea una simple distracción del propio asesino de la señora Fraile y no nos gustaría seguirle el juego.

—Pero ¿lo que dice sobre su muerte es cierto?

—A grandes rasgos, sí.

—Por ejemplo, ¿es cierto que recibió siete puñaladas? —insiste el mismo periodista.

—Sí, la señora Fraile recibió siete puñaladas en un brutal asesinato.

—¿En la habitación número 12? —pregunta una mujer—. ¿Apareció con esposas y los ojos vendados? Inspectora, ¿puede confirmar que los detalles del asesinato que narra el capítulo son reales?

—Esos detalles circunstanciales se corresponden con la escena del crimen y están bajo secreto de sumario.

Adriana muestra un gesto contrariado, no quiere seguir por ese camino.

–¿Podemos afirmar, por tanto, que el texto lo ha escrito y enviado el propio asesino?

–No podemos afirmar ni desmentir eso. De momento nuestros expertos de la Unidad Tecnológica están trabajando en la página y en encontrar a su autor.

–¿Cómo se explica que el capítulo se remita a los periodistas quince minutos antes de la muerte de la mujer?

–Estamos investigándolo.

–¿Creen que podemos estar ante un asesino en serie? ¿Una especie de cazainfieles?

–Eso es precisamente lo que queremos evitar –responde ahora el inspector–, atribuir cualquier tipo de motivación a dicha página. Por ahora lo único cierto es que la señora Fraile ha sido asesinada y estamos haciendo todo lo posible para encontrar a su asesino.

–¿La señora Fraile tenía una aventura con el empresario Goyo Irastorza? –pregunta otro.

–No vamos a responder a eso –contesta Adriana.

–¿Qué veracidad otorgan entonces a la web y al capítulo? ¿Es la principal línea de investigación, la principal vía para encontrar al asesino?

Zubieta se mueve inquieto y Adriana es consciente de que está perdiendo el control de la situación. Es hora de poner fin a la comparecencia, que por otra parte nunca debió haberse celebrado.

–La única línea de investigación es la propia Daniela Fraile, como en cualquier otro asesinato.

–¿Está diciendo que consideran probable que la página web no sea más que una distracción del asesino?

–Con la información que tenemos ahora mismo, es lo más probable.

Un gesto de Adriana parece dar por terminada la comparecencia y los periodistas se lanzan a disparar sus últimas preguntas, atropellándose unos a otros.

Pero, antes de que los dos policías lleguen a bajar del estrado, en un solo instante, todo cambia. Las voces van acallándose, ensordecidas bajo el tintineo de los teléfonos móviles, y la sala queda sumida en un mutismo expectante. El atril ha dejado de ser el

centro de atención. Todos los periodistas de la sala revisan con ansia los teléfonos. Adriana siente que el suyo, escondido en el bolsillo trasero del pantalón, vibra también. El silencio se apodera de la estancia e incomoda a los propios comparecientes, incrédulos, con la mirada puesta en aquella situación que no comprenden.

La subinspectora observa cómo Sara e Igor se lanzan también sobre sus respectivos móviles. La mirada que le dirigen evidencia que todo ha cambiado, y no para bien.

Saca entonces su teléfono y comprueba que tiene un nuevo correo electrónico. Cuando accede a él y lee el asunto, las preguntas estallan de nuevo y rasgan el silencio. Pero Adriana ya no las escucha, no distingue las voces que la asaltan con la intención de conocer una verdad que ella misma se ha resistido a aceptar los dos últimos días.

Vuelve a mirar el móvil antes de salir corriendo de la sala.

Ya disponible un nuevo capítulo de *Infidelis*: «Humillación».

## Capítulo 2

### HUMILLACIÓN

*Los niños se quedaron quietos unos segundos. Les pareció oír el ruido de un coche acercándose y detuvieron en el aire sus pinturas. Era difícil apreciar nada bajo el repiqueteo incesante de la lluvia sobre el tejado y el rugir del viento contra los árboles. Volvieron a sus dibujos.*

*La madre seguía encerrada en la habitación. Apenas salía, lo justo para preparar la comida y atender las necesidades básicas de sus hijos. Y cuando lo hacía siempre era de manera esquiva, sin apenas contacto con los niños. No quería que vieran los moratones de su rostro, los ojos hinchados de tanto llorar.*

*El miedo se había instalado en la casa y la vida familiar de la que habían disfrutado hasta entonces, tranquila y apacible, se había evaporado. Las horas del día en las que el padre trabajaba constituían la única tregua a los gritos y los golpes, y la casa se sumía entonces en un inquietante silencio.*

*En unos días terminarán las vacaciones de verano y deberán volver al colegio. Nunca hubieran imaginado que tendrían ganas de empezar las clases, pero en aquella ocasión estaban deseando hacerlo cuanto antes. A la madre, en cambio, le aterraba la idea. Tendría que incorporarse a su puesto de trabajo como profesora y no se sentía ni física ni mentalmente preparada para afrontar ese primer día. Dudaba de que las heridas sanaran por completo y no tenía una excusa que ofrecer a sus compañeros y alumnos sobre su aspecto.*

*Y, por encima de todo, lo que más la angustiaba de volver al trabajo era reencontrarse con él. La última vez que lo vio salía corriendo desnudo por la puerta trasera para huir después en su coche bajo los disparos de su marido. No había vuelto a saber nada.*

*El esperado reencuentro también atormentaba a su marido; notaba cómo la tensión entre los dos crecía cada día, igual que los golpes.*

*Desde que él lo había descubierto se sentía bloqueada, no sabía cómo salir. No tenía acceso al teléfono, ni a Internet, ni a un coche para huir, y el vecino más cercano estaba a kilómetros de distancia. Podía escapar a pie, lo había pensado, coger a los niños y perderse en el bosque. Luego pediría ayuda o simplemente desaparecería en España o en Francia. Pero lo descartaba enseguida. Para hacer algo así se requería de un valor que ella no tenía. Sabía que tarde o temprano la encontraría y entonces la mataría.*

*El ruido del coche. Los dos niños se asomaron por la ventana y lo vieron aparcar frente a la casa. La niña agarró la mano del pequeño y le arrastró hasta su habitación. Cerraron la puerta con pestillo y entre los dos movieron una cómoda hasta colocarla enfrente, a modo de parapeto. Luego se metieron bajo la cama y se abrazaron. Ella le tapaba los oídos mientras murmuraba palabras de consuelo, confiando en que aquella noche su padre llegara cansado y el recital durara poco. Él cerraba los ojos con fuerza y, cuando lo hacía, volvía una y otra vez la imagen de su madre desnuda, protegiendo al otro hombre desnudo.*



# 1

Sentado junto a Adriana en el coche patrulla, Igor lee en voz alta el nuevo capítulo del libro, al que ella no presta demasiada atención. Lo único que quiere es llegar y descubrir que todo es mentira, que no es más que una invención macabra, que allí no los espera ningún cadáver.

Ambos sienten cierto alivio por dejar atrás la comisaría. Las preguntas de los periodistas, que, en cuanto han desaparecido tras la puerta, se han lanzado a la carrera; los gritos de Zubieta, histérico por el ridículo que han hecho en la rueda de prensa; los miembros del equipo, que no daban crédito a lo que estaban leyendo...

Alcanzan la GI-636 y el tráfico, hasta ahora complicadísimo, mejora. Están llegando. Diez minutos para cruzar San Sebastián y llegar hasta Pasajes de San Juan no es un mal registro.

Suena el teléfono de Adriana. Es Zubieta.

–Acaba de llegar una patrulla. Han localizado el barco.

–¿Y? ¿Han entrado? –pregunta ella, desanimada por la confirmación.

–Sí. ¿A cuánto estáis?

–A un minuto.

–Llamadme cuando lleguéis.

Cuelga sin más, con la duda de si lo que han encontrado los agentes se corresponde con el macabro relato que Igor ha venido narrando todo el trayecto.

Bordean la bahía y entran en Pasajes. Un coche patrulla situado en el *parking* al final de la calle Donibane, detrás del Ayuntamiento, señala el fin del trayecto. Al verlos llegar, un agente les hace señas para que suban a la acera y sigan algo más adelante, bordeando el paseo peatonal que se alza sobre el puerto, para acercarse con el coche lo más posible al agua.

El puerto de Pasajes es uno de los más importantes del País Vasco. En los últimos años se ha convertido en un referente para la distribución del sector automovilístico y siderúrgico, pero también como puerto comercial para embarcaciones de recreo. En este

momento se divisa una buena colección de embarcaciones amarradas a los pantalanes, a los que se acercan. Al otro lado de la ensenada se alzan imponentes las grúas de los puertos de carga. Un escenario que, bajo un cielo encapotado por unas densas nubes oscuras y ante la perspectiva de lo que está por llegar, le provoca a Adriana un escalofrío en cuanto sale del coche.

Avanzan hacia el cordón policial que acaban de colocar en el acceso a los muelles y que comienza a atraer la atención de los escasos peatones que circulan por el paseo. Finas gotas de lluvia azotan sus rostros, azuzados por un viento persistente; no está el día para andar paseando. Adriana e Igor se identifican ante el agente que custodia la entrada, que les da paso enseguida. Los están esperando.

Casi todos los amarres están ocupados por embarcaciones, decenas de ellas, mecidas levemente al abrigo de las aguas. Un policía custodia un barco situado al final del estrecho pantalán por el que caminan.

–Sois de Homicidios, ¿verdad? –pregunta cuando llegan hasta él.

–La subinspectora Collante y el agente Velasco –anuncia Adriana mientras se ponen los guantes y las calzas antes de subir.

–Genial, todo para vosotros. Si necesitáis algo, nos decís. Acaban de avisar que los de la Científica están de camino, así que no toquéis demasiado.

Suben al barco por estribor, haciendo equilibrios con el pasamanos para no caer al agua. Es un velero grande, de unos quince metros de eslora, con la cubierta despejada, las velas recogidas y sin rastro de aparejos ni cabos, como si llevara tiempo sin salir a navegar. La puerta está abierta y deja entrever unas escaleras empinadas que descienden.

Bajan con cuidado de no resbalar y enseguida se acostumbran a la luz tenue que se cuela con desgana por unos portillos ocultos tras unas cortinillas. Un vistazo rápido basta para ver que se trata de un interior más amplio de lo esperado, con sofás enfrentados, cocina americana y varias puertas que permanecen cerradas. Al fondo, en la pared diáfana que separa dos camarotes, lo ven por vez primera. Un hombre desnudo permanece colgado de la pared por un arpón

que le atraviesa el pecho. A sus pies, un charco de sangre resbala por un suelo blanco, liso y pulcro.

–Vaya cuadro.

Igor ha conseguido bajar su peso por las escaleras sin desmoronarse, jadeando por el esfuerzo. Ambos se quedan quietos unos instantes para evaluar la situación.

–Tal y como lo describe el capítulo, querida –anuncia Igor–. Te presento a Andrés Sola, hasta hace media hora el cocinero más famoso de España. Nueve estrellas Michelin, guapo, exitoso, rico, el programa de cocina más visto en televisión, para más señas... Y ahora colgado como un atún. No deja de ser paradójico. En fin, la víctima número dos de nuestro nuevo mejor amigo.

Adriana da un paso al frente y tropieza con algo en el suelo. Es un fusil de pesca, de casi metro y medio, del que sale un grueso sedal que enlaza con el arpón que sujeta al cadáver contra la pared. El arma del crimen, que el asesino ni tan siquiera se ha molestado en esconder.

Se acerca con cautela al cadáver. La imagen es macabra. De la herida infligida en el pecho, en pleno corazón, se desliza un reguero de sangre que empapa parte de su cuerpo desnudo, como si de una túnica roja se tratara. Es un hombre no muy alto, delgado, con un abundante pelo oscuro y unos bonitos ojos que permanecen petrificados mirando hacia el suelo. Un rostro que ha visto cientos de veces en televisión, en libros de cocina, paseando incluso por San Sebastián...

Bajo el cuerpo, en el charco de sangre se aprecian las líneas que han dejado sus pies en su intento por mantenerse erguido y que se han resbalado con su propio fluido. A diferencia de Daniela Fraile, su gesto no es de sorpresa, sino de dolor intenso y desgarrador.

–Joder, Igor, se va a liar la mundial. –Es lo máximo que Adriana acierta a decir.

–Y que lo digas, jefa. La fama de este tío es espectacular. Si nuestro asesino quería publicidad, ahora la va a tener de verdad.

El voluminoso agente da un paso para observarlo mejor. Lanza un sonoro suspiro.

—Y así encontró la muerte a nuestro desdichado atún —apunta—, desnudo y solo, esperando a una preciosa Marta Blázquez que conoció por Tinder y que ha terminado por empotrarlo contra la pared... —sonríe ante su propio comentario— y no en el sentido que él esperaba, precisamente. En fin, pobre idiota. Me estoy mareando con este olor. Te espero arriba.

Adriana se queda sola y entonces el lugar le parece aún más pequeño y cerrado de lo que es, un espacio angustioso con la imagen de ese hombre colgado, desnudo, expuesto en semejante estampa... Es humillante. Recuerda el título del capítulo, «Humillación», y no se le ocurre mejor muerte para coronarlo.

Mira alrededor buscando algún indicio de lo que ha ocurrido mientras saca unas cuantas fotografías con el teléfono. Aunque intenta moverse lo menos posible para no manchar la escena, no puede dejar de mirar en el interior de los camarotes, que aún permanecen cerrados. Nada.

Repara en una cubitera en la que se enfría una botella de champán. Dos copas a su lado presagiaban una jornada muy distinta de la acontecida. Sobre uno de los sofás, encuentra un ovillo de ropa, imagina que de la víctima.

Siente la tentación de leer nuevamente el capítulo, esta vez prestando la debida atención, pero reconoce que la situación la supera y no puede pensar con claridad.

Nunca se ha enfrentado a un asesino en serie y ni siquiera tiene claro que el inspector quiera mantenerla al frente de la investigación. Reconoce que sentiría un alivio inmenso si ahora mismo la llamara para comunicarle que la releva; adiós a la presión y a la exposición pública que todo esto va a generar. Le quitaría un gran peso de encima. Pero al mismo tiempo está deseando que no ocurra. Un reto como este podría ayudarla a superar muchas cosas, aliviarla de penas, aunque sea a costa de tener que enfrentarse de nuevo a la maldita ansiedad que siempre amenaza con engullirla.

Prefiere no pensar. «Que sea lo que tenga que ser».

Mira al pobre desdichado y siente la misma lástima que experimentó por Daniela Fraile. La vida cercenada de pronto, interrumpida en un momento íntimo, privado, en plena aventura,

una página llamada a quedar oculta en sus biografías, quién sabe si un suceso del que en un futuro se hubieran arrepentido. «Ya no tendrán esa oportunidad, ya no podrán pedir perdón ni será posible olvidar. Quedarán siempre retratados en esta infidelidad en la que los congeló la muerte».

Advierte el ruido cada vez más intenso que se cuele por la escotilla. Poco más tiene que hacer aquí. Una última ojeada a la víctima, una promesa interior de justicia que espera cumplir. Cuando asoma la cabeza por la superficie, lo primero que ve es al grupo de periodistas que surge en el paseo, encima del muelle. Por ahora hay solo fotógrafos que se afanan por retratar la escena, a la espera de que sus compañeros terminen de montar las cámaras de vídeo para poder transmitir en directo.

Igor está en el muelle revisando sus notas.

–Se está armando una buena ahí fuera –apunta cuando la ve–. Pareces cansada. ¿Quieres un café? –dice más solícito de lo normal, quizá sarcástico–. Si quieres, te lo traigo yo, que ahora que eres famosa igual con un poco de suerte me firmas un autógrafo o nos hacemos un selfi.

–¿Qué coño te pasa? –pregunta ella, inquieta ante la mirada bufona de Igor.

El agente saca su teléfono, busca algo y se lo enseña. Es *Infidelis*. Una nueva entrada en el blog. Adriana le arrebató el móvil y lee incrédula:

### **¡Ya tenemos equipo de investigación!**

Al margen del ridículo que han hecho nuestros queridos agentes de policía, restando importancia y credibilidad a nuestro proyecto editorial en el mismo momento en que se publicaba el segundo capítulo, lo importante es resaltar que ya tenemos equipo de investigación asignado. En el vídeo que reproducimos con la rueda de prensa (por cortesía de ETB), encontrarán al inspector jefe Iker Zubieta y a la subinspectora de Homicidios Adriana Collante.

¡Bienvenidos!

Corona la noticia una imagen de Zubieta y de Adriana durante la rueda de prensa, ambos con cara de circunstancias. Verse allí

retratada, expuesta, le genera una corriente de angustia que invade todo su cuerpo. No puede evitar pensar que, si esto va a ser así, casi mejor que la releven de la investigación y que lo hagan pronto.

Mira a su alrededor y observa el aparcamiento que se abre por encima del muelle. Trata de encontrar alguna cámara de vigilancia, sin éxito.

Se da la vuelta hacia uno de los agentes que custodian el barco.

–¿Sabes quién gestiona todo esto? ¿Hay alguna oficina aquí?

–Ni idea, subinspectora, pero allí tiene la caseta de seguridad. – Señala en dirección contraria, hacia la entrada principal del muelle–. El guarda permanece dentro a la espera de que le interroguen.

–Voy a echar un vistazo –le dice Adriana a Igor–. Llama a Xabier y que localicen a la mujer de Sola.

Mientras camina por el muelle, oye a algún periodista gritar su nombre desde arriba. Son los mismos que han estado en la rueda de prensa media hora antes. Hace caso omiso de sus reclamos y llega hasta la caseta. En su interior, un hombre mayor vestido de uniforme está sentado en un taburete frente al ventanal, desde el que divisa todo el puerto. En una barra a modo de escritorio tiene varios transmisores portátiles, puestos en fila, para comunicarse con los barcos. Una pantalla de grabación corona la estancia.

Ambos se identifican mutuamente. El hombre muestra una tarjeta de acreditación de la empresa de seguridad. Se llama Joseba González.

–¿Desde qué hora lleva trabajando?

–Desde las cinco de la mañana.

–¿Y ha sido una jornada normal? ¿Mucho jaleo?

–No, para nada. Con este tiempo cualquiera se anima. La mañana estaba siendo muy tranquila.

–¿Ha salido o entrado algún barco hoy?

–Ha entrado uno, el Atenea. Es ese grande que hay amarrado al fondo. Viene a recoger al dueño. Se irá a última hora.

–¿Hay alguien en este momento en los barcos?

–Que yo sepa no. Quizá un par de tripulantes en el Atenea, pero poco más.

–¿Y propietarios del resto de los barcos? ¿Ninguno?

–A excepción del señor Sola, no ha venido nadie esta mañana.

–Solo hay esta entrada al muelle, ¿verdad?

–Sí, solo esta, y únicamente se puede acceder con acreditación.

–¿A qué hora ha venido el señor Sola?

Revisa el ordenador.

–Ha accedido a las dos y media. Ha entrado por aquí.

–¿Ha hablado con él?

–Un momento nada más.

–¿Le ha parecido nervioso? ¿Algo extraño?

–No, en absoluto. Estaba como siempre. Es un hombre muy cordial y simpático a pesar de ser famoso.

–¿De qué han hablado?

–Oh, nada especial. Me ha dicho que esperaba a una persona, la señora Blázquez, que la dejara pasar cuando llegara. Y yo le he comentado que le había dejado el paquete en el barco.

–¿Qué paquete?

–Eso mismo preguntó él. Le habían traído un paquete a media mañana, debía de ser una caña de pescar o algo así, por la forma que tenía. Estaba sorprendido, me dijo que no había comprado nada. De todas formas, yo se lo dejé en el barco en cuanto lo trajeron.

–¿Quién lo trajo?

–Una compañía de transporte. Espere. –Rebusca entre unos papeles–. Aquí tiene el recibo.

Se lo entrega. Es un justificante de MRW donde aparece como remitente Decathlon, el gigante de productos deportivos. Adriana saca una pequeña bolsa de plástico y lo introduce en su interior.

–¿Y no ha entrado nadie más en toda la mañana?

–No.

–¿Ni ha visto nada extraño? ¿Algún movimiento en el barco del señor Sola?

–Nada en absoluto, subinspectora. Quitando la entrada del Atenea y el paquete del señor Sola, nada... –Pero, de pronto, recuerda algo–. Bueno, y las llamadas del señor Iribarren.

–¿Quién?

–El señor Iribarren, ya sabe, el industrial. Han llamado de su oficina esta mañana para que buscara en su barco un iPad que al parecer no encontraban.

«Interesante». Recuerda vagamente algo así del capítulo.

–¿Cuál es su barco?

–Ese de ahí –dice, señalando uno de los grandes situados al fondo.

–¿A qué hora ha sido?

–Hace veinte minutos, más o menos. Pero nada, el iPad no ha aparecido.

–¿Puede facilitarme el número desde el que han llamado?

Solícito, comprueba el registro de llamadas en el teléfono.

–Me temo que sale un número oculto.

–¿Ha ido usted al barco en ese momento?

–Sí, claro. Pero ya le digo que no estaba la tableta.

–A ver, Joseba, la tableta me importa una mierda. Lo que quiero saber es cuánto tiempo ha estado en ese barco.

Se pone tenso, preocupado ante la perspectiva de estar metiéndose en un lío.

–Bueno..., eh..., no sabría decirle. Cinco minutos como máximo la primera vez y...

–Pero ¿cuántas veces ha ido?

–Dos veces. Primero he mirado en la cubierta principal, tal y como me han dicho. Solo si aparecía tenía que llamar a este teléfono. –Le enseña a Adriana un cuaderno donde ha garabateado el número de un teléfono móvil–. Como no ha aparecido, no he llamado. Y luego al rato me han vuelto a llamar para pedirme que mirara en la bodega, que creían que podía estar allí. Vuelta otra vez.

–¿A qué hora ha sido?

–Hace quince minutos máximo, más o menos.

–¿Puede acceder a las grabaciones de seguridad?

–Claro que sí.

–Bien. Necesito una copia de todas las cámaras, de las últimas cuarenta y ocho horas.

–Enseguida lo preparo, deme diez minutos...



Adriana sale a buscar a su compañero. Necesita leer con calma la nueva entrega del asesino, pero no ha dado siquiera dos pasos cuando oye lamentos en la caseta que acaba de abandonar.

–No puede ser, no puede ser...

Se asoma de nuevo y encuentra al hombre agachado bajo el mostrador, junto al ordenador. La mira consternado, visiblemente nervioso, y le muestra entonces un cable sin enchufar.

–Han apagado el disco duro.

–No toque nada más, salga ahora mismo de la caseta y espere aquí.

Acaban de llegar los compañeros de la Científica. Cinco en total, que ya se despliegan en torno al barco. Uno de ellos aparta a Igor de malos modos y se oyen con claridad los exabruptos del agente.

Adriana se dirige hacia ellos mientras llama a Fran. Le pide que consiga la copia de las grabaciones que la Policía y el Ayuntamiento tienen de los alrededores.

–Las quiero ya.

Seguidamente, ve cámaras situadas en las entradas al puerto, pero nada más.

–Tenéis que revisar la caseta de seguridad –indica a los de Científica–. Distrajeron al guarda con una llamada para apoderarse del disco duro con las grabaciones de las cámaras.

–Lo sabemos, subinspectora –contesta uno mientras se coloca un buzo blanco impoluto–. También tenemos el capítulo.

Se maldice a sí misma una vez más por no haber estado atenta a la lectura. Ahora parece que todos le llevan la delantera y anda perdida. Y esas voces que la mortifican, que creía ya olvidadas... Está desconcertada.

Mira hacia el muelle y no se sorprende al comprobar que cada vez se agolpan más periodistas. Algunos de ellos lanzan sus preguntas a voz en grito.

–¿Han asesinado a Andrés Sola?

–Subinspectora Collante, ¿es cierto que le han atravesado con un arpón?

–¿Han detenido a su mujer?

–¿Le dan ahora credibilidad a *Infidelis*?

Igor advierte el bloqueo de su compañera y va en su ayuda.

–Vamos a poner un poco de orden en este circo, Adriana –anuncia con su vozarrón grave. Se dirige a uno de los policías que custodia el barco–: ¡Quiero a esa escoria fuera de aquí! –Señala a los periodistas sin bajar la voz, lo que le acarrea algún que otro insulto, que ignora–. Cerrad toda la zona y que solo permanezcan dentro los que estaban aquí hace quince minutos. Que esperen a ser interrogados. El resto, fuera.

El policía asiente y se marcha, dando instrucciones por radio.

Suena el teléfono de Adriana.

–Dime que no es verdad. –La voz de Sara suena igual de nerviosa que la suya.

–Al pie de la letra.

–Joder, Adriana, esto va a ser una pesadilla. Estoy con Xabier. ¿Instrucciones?

–Localizad a la mujer de Sola y agilizad el registro en su casa y en su restaurante. Redes sociales, correos electrónicos... Necesitamos intervenir sus comunicaciones para analizar el capítulo a fondo.

–Que no se olviden de Tinder –comenta Igor–. Debía de ser el rey.

–Todo. Uno te puede salir bien, pero dos ya no –dice Adriana, más para sí misma que para los compañeros–. Las posibilidades de cometer un error son inmensas. Poneos en marcha, por favor. Nosotros trabajaremos la escena. Luego nos vemos en comisaría.

Los periodistas protestan ante las peticiones de desalojo y el ruido todavía se incrementa más. Adriana necesita cinco minutos de respiro para leer el capítulo y ponerse al día.

Entonces lo ve. Un solo instante, pero ahí está. Iban Echeverría se asoma entre la multitud de cabezas que van retrocediendo con desgana, arrastradas por la policía. Lo ve sacando algunas fotografías con el teléfono. Luego, desaparece entre la multitud.

**INFIDELIS**  
**CAPÍTULO 2**  
**HUMILLACIÓN**

Durante un tiempo trató de convencerse a sí misma de que apenas ya dolía. Con cada nueva ocasión se persuadía de que nada sentía en realidad, que después de tantos años e innumerables decepciones ningún efecto provocaba en ella. Y aprendió, o al menos eso intentó, a que el rubor de sus mejillas no la delatara, que el temblor de sus labios no se advirtiera, que los latidos de su corazón no se oyeran cuando resonaban con violencia bajo su pecho ante cada nueva aventura.

Así había sido. Al menos, hasta aquella noche.

No encontró en esos vídeos nada que no hubiera imaginado anteriormente, imágenes que ya había recreado en su cabeza cada vez que se acostaba sola preguntándose dónde y con quién estaría su marido. Pero verlo retratado, con toda la crudeza de los detalles explícitos, contemplar la cara extasiada de su marido junto a aquellas mujeres desnudas, había superado con creces su propia imaginación.

Cuando decidió que ya había visto suficiente, su cuerpo temblaba convulsivamente y tardó un par de minutos en apagar el ordenador, cuyo cursor se movía al compás de sus espasmos.

Se sirvió una copa. La bebida se había brindado a acompañarla en las noches de ausencia y desde entonces era una fiel compañera. Pero una copa resultaba insuficiente en aquella ocasión, así que dejó la botella en la mesilla de noche.

A Lorena Vázquez le costaba recordar cuándo había sido simplemente Lorena antes de convertirse en la señora de Sola. Las imágenes de su juventud le venían a la mente relatadas en tercera persona, como si no fuera ella misma la protagonista, sino una mera espectadora, como si en realidad correspondiera a una vida diferente. La mujer risueña, segura de sí misma, vitalista y divertida que era antes de conocer a Andrés hacía mucho que ya no se reconocía en el espejo.

A los veintipocos años disfrutaba de una modesta carrera de modelo que, si bien no llegaba a despuntar entre las de las grandes profesionales, le permitía un buen nivel de vida. Campañas publicitarias nacionales, desfiles en grandes almacenes, imagen de marca de algunas empresas, eventos continuos en una carrera ideal para una mujer con tantas ganas de trabajar como poco talento para otra cosa que no fuera posar ante la cámara. Se ganaba la vida honradamente explotando su mayor virtud, la belleza, y lo hacía además sin grandes esfuerzos. No pedía más.

Entre los hombres tenía éxito y no había acontecimiento al que acudiera en el que no tuviese que rechazar más de una proposición. Cuando el solicitante era de su agrado, no mostraba remilgos a un coqueteo

divertido, un par de chupitos, una copa en su casa y después una noche de grata compañía. Pero a la mañana siguiente se enfundaba de nuevo los tacones para seguir con la función.

No es que tuviera aversión al compromiso, en absoluto, pero se veía demasiado joven para cerrar ese capítulo de su vida que tanto estaba disfrutando. Era tiempo de reír, de bailar, de viajar, de posar.

Se conocieron en junio de 1992 en el Villa Magna de Madrid. Ella estaba en una presentación del Jeep Grand Cherokee, acontecimiento por todo lo alto en el mundo del automóvil. Lorena, junto con otra modelo, acompañaba al coche en un espectacular escenario. Las dos atraían tantas miradas como el propio vehículo, ataviadas con insinuantes vestidos indios.

Fue en el aperitivo cuando lo conoció. Durante la presentación, Andrés Sola se había sentado en primera fila, muy cerca de ella, y no había dejado de perseguirla con sus intensos ojos azules durante todo el evento. Tenía entonces veintiséis años y acababa de empezar a trabajar en un conocido restaurante de la capital. Aún tardaría un tiempo en dar el salto, montar su propio restaurante y empezar su programa de cocina en televisión, donde alcanzaría la fama. Entretanto, por aquel entonces destilaba más entusiasmo, ambición y ganas que fortuna.

El hombre apenas pudo concentrarse en las características y bondades del vehículo, absorbo como estaba en aquella belleza rubia. A decir verdad, el coche le traía sin cuidado. Había acudido al evento aprovechando la invitación de un amigo y no desperdiciaba ocasiones como aquella para conocer gente y hacer contactos.

Tras la presentación, se sirvió un aperitivo y los asistentes llenaron el enorme salón. Andrés buscó desesperado a su india, pero entre aquella marea de cabezas no era fácil reconocerla. Fueron las plumas tribales que se alzaban sobre su melena las que la delataron junto al vehículo, en medio de un círculo de hombres.

Se acercó a ella con determinación y, haciendo caso omiso a las protestas del resto de los pretendientes, le pidió que se montara en el vehículo para poder hacerle una fotografía. Ella obedeció divertida y accedió al asiento del acompañante por la puerta abierta que le ofrecía Andrés. Una vez acomodada, el cocinero rodeó el coche con rapidez para entrar por la puerta del conductor. Cerró el seguro automático y el ruido ensordecedor de la fiesta quedó amortiguado. Los concurrentes protestaban divertidos ante el gesto audaz del joven, que por fin había conseguido unos minutos a solas con aquella belleza.

Ajenos al mundo, iniciaron una conversación que continuó en la barra del bar, sentados después en un banco del parque y más adelante en el vestíbulo antes de culminar la noche en una habitación del hotel, despojadas las plumas de la princesa india.

Arrancó así la historia entre el cocinero y la modelo, ambos jóvenes, guapos, con ganas de amar y de vivir. Ella siguió disfrutando de una profesión cómoda y él comenzó a prosperar en una fructífera carrera de alta cocina. La vida les sonreía mientras disfrutaban de su mutua compañía.

Pero apenas habían empezado a saborear la convivencia cuando saltó la sorpresa. Un par de rayas rosas en un test de embarazo cambiaron la vida de Lorena, de una manera mucho más radical de lo que en ese momento pudo calibrar.

### 3

Adriana intenta concentrarse en el capítulo de marras, pero no es fácil. Sigue en el puerto, tratando de analizar la escena del crimen sin dejarse distraer por el ruido que lo envuelve todo.

Los compañeros han montado con rapidez una tienda de campaña encima del embarcadero para establecer un puesto de mando. Necesitan un lugar para guarecerse de las cámaras donde pensar y trabajar. Cuenta con dos mesas amplias sobre las que van desplegando algunas pruebas y donde un agente de la unidad de Fran ha instalado su equipo informático.

Adriana está sentada en un rincón, enfrascada en la lectura, cuando entra Igor.

—Te cuento, Adri. —Se aposenta en una de las sillas y se enciende un cigarro—. El registro de los barcos ha sido infructuoso, como era de esperar. A los de la Científica les quedará una hora como máximo, siguen en el barco con nuestro atún. Los buzos ya han llegado y se sumergirán en unos minutos. Tú, friki —se dirige al pobre informático, que no se atreve a devolverle la mirada—, en un rato tendrás el móvil del asesino, a ver qué puedes sacar de ahí.

—La jueza está a punto de llegar —interviene Adriana—. En cuanto terminen los de la Científica, entrará.

—¿Y el resto del equipo? ¿Es que aquí solo trabajamos nosotros?

—Xabier está en casa de la víctima interrogando a la mujer y Sara en el restaurante de Sola. Todos tienen el capítulo, así que saben qué buscar.

–Y que lo digas, todos lo tienen. ¿Has entrado en la web?

Hace rato que no accede. Saca el móvil, abre el navegador y refresca la página de *Infidelis*. No puede creerlo.

–¡Dos mil descargas!

–Exacto, jefa. Dos mil, y esto no ha hecho más que empezar. Y, por si te lo estás preguntando, querida, son casi veinte mil euros lo que nuestro hombre ha recaudado hasta el momento.

–Medio año de trabajo nuestro... y en un par de días.

–Como esto le salga bien, mañana me pongo yo a matar infieles, veganos, animalistas o lo que se tercie.

Suena el teléfono móvil de Adriana. Es Mario.

–El dinero...

La subinspectora cae en la cuenta. Cuelga a su marido para poder hacer una llamada. Es una pista que deben seguir cuanto antes. Marca el número y se lo cogen enseguida, al primer tono.

–¡Fran! Tenemos que seguir el rastro del dinero. Los pagos con tarjeta llevarán a alguna cuenta bancaria.

–Sí, teníamos previsto ponernos con eso. Vamos a hacer un pago ahora a través de una tarjeta nuestra para tratar de ver adónde nos lleva. Te mantengo informada.

Adriana cuelga y mira a Igor, que permanece ligeramente inclinado observando una pantalla de televisor encendida, pero sin voz. Están retransmitiendo en directo desde el puerto mientras hablan de la muerte de Sola y le dan todavía más publicidad al ya evidente asesino en serie.

–Recapitulemos. –Adriana echa mano de su libreta–. A las dos y veinticinco horas se publica el capítulo del libro, en plena rueda de prensa.

–Momento épico –la interrumpe Igor impertinente.

–A esa misma hora llaman al encargado de seguridad para pedirle que acuda al barco del señor Iribarren. En ese momento nuestro hombre aprovecha para colarse en el embarcadero y accede al barco. Allí dentro estaba ya esperándole el arpón, que había llegado por la mañana. Lo desembala, lo monta y se prepara.

–El vigilante no encuentra nada y vuelve a su puesto. A las dos y media aparece Sola. Entra en el barco y... –Hace un gesto como si

disparara el fusil.

–Nuestro hombre le amenaza, le exige que se desnude y le mata. A las dos y cuarenta y uno hace una nueva llamada al de seguridad, que va una vez más al otro barco. Se marcha. –Adriana entrelaza las manos tras su nuca–. Un plan sencillito, simple, que implica un buen conocimiento de este lugar y sobre todo de las posibles cámaras. Pero poco más.

–Buen resumen, jefa, lo tienes todo bien apuntado en el propio capítulo. Creo que vas a tener que esforzarte un poco más si quieres que te mantengan en la operación.

–Para empezar, no sé si quiero. Una parte de mí está deseando que llame Zubieta para decir que me releva.

–Y una mierda. Estás perfectamente preparada para llevarlo, Adri. Déjate de tonterías y lucha para que te mantengan. En lo que a mí respecta, estoy disfrutando, nunca habíamos tenido un asesino en serie, así que no quiero que nos aparten del caso.

Siente cierto ánimo al comprobar que un compañero la encuentra capacitada para afrontar algo así, aunque no es menos cierto que añade un componente de inseguridad, de inquietud, al hacer que se pregunte si estará o no a la altura de tanta expectativa.

Adriana le observa durante unos instantes, rebosante en esa silla de plástico. Es un hombre peculiar, de eso no hay duda; «alta gama», como él mismo se define. Cuando se lo asignaron como segundo, se horrorizó. Su mal carácter, su falta de educación y sus comentarios inapropiados eran ya una leyenda en la comisaría y, aunque había oído hablar de sus dotes como policía, la idea de tener que pasar los próximos años pegada a él le pareció insoportable. Hasta que le conoció mejor. O casi.

Y es que Igor es un misterio en sí mismo. Está al tanto de la vida y milagros de todos los miembros del equipo, pero en cambio casi no se sabe nada sobre su vida privada. Divorciado desde hace años, tiene una hija a la que apenas ve desde que su mujer se marchó de casa; no se le conoce familia, ni amigos, ni aficiones y cualquier intento por indagar es cortado con vehemencia y algún insulto.

Sin embargo, ocho años después de que empezaran a trabajar juntos, Adriana no concebiría ser subinspectora sin tenerlo a su lado.

No solo por sus aptitudes profesionales, extraordinarias, sino porque después de Mario es la persona que mejor la conoce. Sabe interpretar sus silencios, conoce sus debilidades, advierte cualquier atisbo de turbación casi antes de que aparezca en su mente, potencia sus habilidades... Y, cuando te pasas la vida persiguiendo asesinos, esas cualidades en un compañero se convierten en esenciales.

También fue un apoyo incondicional en los momentos de oscuridad, cuando la invadieron los demonios. Estuvo siempre pendiente, nunca agobiante, en un papel que Adriana no ha llegado nunca a agradecerle lo suficiente.

—De todas formas, no me lo creo, Igor. Es imposible matar dos veces en tres días y no cometer ningún error. Imposible.

—Eso sin contar con lo que está por venir.

Un agente de policía se cuela por la puerta de la tienda.

—¿Subinspectora? Aquí lo tengo. ¿Quiere que pase?

Ella asiente con la cabeza. Sabe quién es. Hace un rato que ha pedido que le buscaran.

—Pero ¿a quién tenemos aquí? —exclama Igor cuando Iban Echeverría aparece con su habitual semblante despistado, como quien se siente incómodo en una fiesta a la que no le han invitado.

Adriana se levanta para ponerse frente a él, un gesto que le pone nervioso.

—No te he visto en la rueda de prensa —le dice.

El periodista mira al suelo.

—No..., no he podido estar. Ha ido una compañera.

—¿Por qué no? ¿No llevas tú el caso?

—Sí..., bueno, pero no podía estar y...

Igor levanta su voluminoso cuerpo y se coloca junto a su compañera.

—A ver, chaval —le dice a Iban, mirándolo fijamente—, ¿pretendes hacerme creer que en la primera rueda de prensa que damos sobre este caso, precisamente tu caso estrella, no podías estar? ¿Y qué se supone que estabas haciendo? ¿Dónde estabas a las dos y media?

Se frota las manos con ansiedad y no consigue fijar la mirada en ninguno de sus dos interlocutores.



–Si no me dices dónde estabas, te detengo ahora mismo y te paseo delante de las cámaras –suelta el policía.

–En una cafetería... –contesta rápidamente–. En Rentería.

–Eso está muy cerca de aquí. ¿Qué hacías allí?

Nuevo momento de silencio. A Igor se le acaba la paciencia.

–Bien, se acabó –se acerca hacia él, haciendo amago de sacar las esposas–, estás detenido.

–¡No! –reacciona el otro por fin, alterado. Da un paso atrás. Mira asustado a Adriana–. No..., no he hecho nada, lo juro. Recibí un *email* del mismo remitente que el anterior.

Saca el móvil del abrigo con manos temblorosas. Busca el correo y lo muestra.

**De:** Infidelis <[autor@infidelis.cc](mailto:autor@infidelis.cc)>

**Fecha:** jueves, 24 de noviembre, 13:43

**Para:** Iban Echeverría <[iban.echeverria@euskadihoy.com](mailto:iban.echeverria@euskadihoy.com)>

**Asunto:** No se pierda el próximo capítulo. Usted podría ser la próxima víctima

Estimado Iban:

No quisiera perder la oportunidad de agradecerle su colaboración, cuando gracias a su profesionalidad dio al mundo la oportunidad de conocer nuestro proyecto editorial.

Como agradecimiento por su labor, le invito a que esté en algún punto de Rentería hacia las 14 h y tenga disponible su teléfono.

Será un paso más hacia su merecido Pulitzer.

Atentamente.

Adriana nota cómo la sangre se le acumula en la cabeza y le arden las mejillas. Siente la tentación de soltarle un guantazo a ese imbécil. En lugar de eso, deja el móvil en la mesa del informático.

–Tienes trabajo extra. Este cretino ha recibido este *email* del asesino.

Igor no deja de intimidarle mirándolo fijamente.

–Yo... pensaba que era mentira..., que todo esto era una patraña. No podía imaginar... –Al periodista le tiembla la voz, lo que acrecienta la imagen de chiquillo asustado.

–Oh, vaya por Dios –contesta Igor con voz aguda y sarcasmo–, parece que el chiquitín se nos pone a llorar... A ver, imbécil, acabas

de cometer al menos un delito de obstrucción a la justicia, ¿es que no te das cuenta? Si nos hubieras mandado ese mensaje, podríamos habernos preparado y haber desplegado agentes en la zona.

–Pero si ni siquiera vosotros le creáis –se lanza a rebatir–. Lo habéis dicho en la rueda de prensa.

–Rueda de prensa que he dado sin saber que el asesino se había puesto en contacto contigo –salta Adriana–. Una información que nos has ocultado y que le ha permitido actuar. Esto es muy grave, Iban, no podemos dejarte marchar.

El periodista se frota la cara para aliviar la tensión y respira hondo. Después saca una tarjeta del abrigo y se la tiende a Adriana. Es una tarjeta de visita de Pedro Azcárate, el director de la Asesoría Jurídica de *Euskadi Hoy*.

–Me dijo que si ocurría esto le llamara. ¿Puedo?

La subinspectora suspira desesperada. No tiene ninguna intención de meter en todo esto a un abogado con ganas de marcha, es lo que le faltaba en este momento.

–¿Quién más lo sabía en la redacción?

–Mi jefa.

–¿Has recibido algún otro mensaje?

–No, solo ese. Luego el del capítulo, claro, como todo el mundo.

–Y has venido aquí –afirma Igor.

–Sí, he venido en cuanto lo he recibido.

–¿Has llegado el primero?

–Diría que sí.

–¿Has visto algo? ¿Te has cruzado con alguien sospechoso?

Niega con la cabeza. Parece sincero.

–¿Has grabado con el móvil?

–He sacado algunas imágenes, sí. –Mira hacia la mesa, donde reposa todavía su teléfono.

La intuición le dice a Adriana que está diciendo la verdad y no tiene nada que ver, pero no se puede fiar. Con ese aspecto vulnerable, anñado, preso de los nervios, no le ve con la sangre fría necesaria para idear y ejecutar algo así. Pero no piensa ser la inspectora imbécil que dejó escapar al asesino cuando lo tenía bajo la misma carpa.

–¡Agente! –El policía asoma la cabeza por la puerta–. Llévatelo y que espere fuera.

–¿Estoy detenido? –pregunta el periodista, asustado.

–Por ahora no, pero tenemos que hacerte más preguntas. Un compañero hablará contigo. Y por ahora el móvil queda requisado.

Adriana concluye que, si está en lo cierto y este memo no es más que un artista invitado, podría ser una oportunidad de contacto con el asesino, una conexión entre ambos que, bien utilizada, podría generar un acercamiento.

–¡Lo tengo!

El informático alza los brazos en señal de victoria.

–Ha costado, pero aquí está. Las imágenes de las cámaras de seguridad. –Sigue tecleando en el ordenador, entusiasmado, cuando de pronto se detiene y alza la vista hacia sus compañeros, que permanecen congelados ante su expresión incrédula–. Tenéis que ver esto.

## 4

La noticia del embarazo lo cambió todo. A Andrés le horrorizó la atadura que aquello supondría para su recién estrenada vida en Madrid y ejerció toda la presión posible para que Lorena abortara. Insistía en que era lo mejor para los dos, lo más sensato para poder continuar disfrutando juntos del mundo.

Ella estuvo tentada de hacerlo y llegó incluso a pedir cita en una clínica privada. No se veía siendo madre, no tan joven, y era consciente de que el embarazo supondría renunciar a su carrera profesional; nadie querría a una embarazada desfilando en la pasarela y ella no tenía otra cosa que ofrecer al mundo que una bonita silueta. Y, sin embargo, sentada en la sala de espera, no tuvo el valor de hacerlo y se marchó. La ilusión naciente y el apego que sentía por esa criatura que crecía en su interior le impidieron tomar aquella decisión.

Como era de esperar, Andrés se lo tomó mal, abandonó el piso y amenazó con dejarla para siempre. Pero a los pocos días volvió en compañía de sus padres, fervientes católicos, para pedirle disculpas y proponerle matrimonio. No fue una declaración precisamente romántica, con los futuros suegros flanqueándolo en el sofá mientras él balbuceaba

esas incómodas palabras; pero Lorena no dudó de su respuesta, no era el momento de andarse con remilgos, consciente de que cualquier escenario era mejor que convertirse en una madre soltera perdida en Madrid.

Se casaron en una discreta ceremonia, ella ataviada con un sencillo vestido blanco que no ocultaba la protuberancia de su vientre, él con un esmoquin que realzaba aún más su presencia de galán. En los votos matrimoniales, Andrés juró con toda solemnidad amarla y respetarla, serle fiel todos los días de su vida... Las noches debieron de quedar fuera del compromiso.

Lorena se sirvió otra copa, que bebió rápidamente antes de desparramarse de nuevo sobre la almohada. Los recuerdos le hacían daño, casi tanto como las imágenes que acababa de ver en el ordenador de su marido. Le costaba encontrar un momento en su vida en el que se hubiese considerado plenamente feliz.

Cuando la pequeña nació, ambos decidieron asentar su nido familiar en San Sebastián para criar a su hija en un ambiente más recogido y cercano que una gran urbe. Con los credenciales que había logrado en Madrid, él consiguió trabajo en un conocido restaurante de la ciudad.

Aunque los inicios de la familia no habían sido precisamente idílicos, Lorena se dedicó en cuerpo y alma a construir un hogar feliz. Centraba buena parte de sus atenciones en la niña, pese a lo cual intentaba hacer de su casa un lugar cálido y acogedor en el que su marido pudiera también contagiarse de su felicidad. Y al principio así fue y el futuro se asomaba prometedor para los tres.

La televisión llegó por casualidad y encontró en Andrés un filón que explotar. Era divertido, rápido, inteligente y aportaba unas recetas originales que recibieron enseguida el calor del público. La televisión autonómica ETB suscribió con él un contrato para un programa semanal que finalmente pasó a ser diario. La fama no tardó en llegar y ante el reclamo de sus propios seguidores decidió abrir su propio restaurante: Casa Sola.

Un segundo y tercer embarazo se presentaron sin avisar y la báscula, conforme los kilos aumentaban, fue convirtiéndose en una obsesión para Lorena. Otro trago de ginebra en honor a esos tres niños que había criado prácticamente sola. La soledad de su cama fue cubierta en aquellos años por una rutina absorbente que la engulló, inmersa en idas y venidas al colegio, actividades extraescolares, ayuda con las tareas y visitas al pediatra. Sonrió al recordar el miedo que le daba de joven convertirse en madre soltera, cuando al final fue precisamente lo que terminó siendo. Sabía muy bien que no era un pensamiento justo, pues sin necesidad de trabajar había podido disfrutar de una cómoda posición económica gracias al éxito de su marido, que terminó suscribiendo un contrato millonario con

una cadena nacional. Una vida a la que se había acabado acostumbrando, una vida a la que era difícil renunciar.

Él traía el dinero a casa, a veces sin siquiera pisarla, y ella se afanaba en colmarla de cariño para sus retoños. Su carrera de modelo quedó enterrada entre pañales, termómetros y juguetes, y para cuando quiso darse cuenta aquellos kilos que se habían instalado en su figura se negaron a marcharse; no así sus hijos, que crecieron y, muchos años después, volaron del nido. Quedó así a la deriva del mundo laboral, a merced de la cuenta corriente de su marido.

La primera vez que presintió que Andrés ocupaba sus ausencias en algo más que trabajo fue en una velada de Navidad que la cadena ofreció a sus colaboradores, empleados y parejas. Lorena percibió el acercamiento de más de una mujer hacia su marido y la incomodidad patente de este, que las despachaba con una complicidad anómala; pero por encima de todo se sintió objeto de miradas indiscretas, de comentarios vertidos entre aquellas bellezas que la observaban con una mezcla de curiosidad y lástima.

A partir de ahí se acumularon las señales, o quizá ella comenzó a prestar más atención y se presentaron con mayor claridad ante sus ojos. Pero las llamadas furtivas, los mensajes a un teléfono del que jamás se despegaba, las interminables jornadas encerrado en su restaurante... eran indicios cada vez más evidentes que terminaron convirtiéndose en una obsesión para Lorena.

Cuando en una ocasión, mientras hacían el amor, Andrés pronunció el nombre de otra mujer (Lidia, todavía le dolía escucharlo), Lorena montó en cólera. Él se disculpó, le restó importancia, lo atribuyó al simple cansancio físico y a las muchas ocasiones en que pronunciaba a lo largo del día el nombre de su jefa de sala; ella, aun siendo consciente de que le mentía, lo perdonó. A lo largo de los años se reprendió a sí misma por haberlo dejado estar, por no haberse plantado en aquel primer embate. Pero no lo hizo, le resultó más sencillo el perdón que mantener la herida abierta. Y así la simple comodidad le hizo cavar su propia tumba. Porque no fue la única vez. En las contadas ocasiones en que se buscaban, el nombre de Lorena era a menudo sustituido por el de alguna otra mujer, un descuido que la propia víctima acallaba intensificando su fingido disfrute. Ella aprendió así a guardar su dignidad en el baúl de los reproches para poder seguir viviendo como si nada hubiera ocurrido.

El dolor se acrecentó cuando la evidencia salió de la intimidad del hogar. Las continuas infidelidades de Andrés no pasaban desapercibidas para su entorno y corrían como un reguero de pólvora entre el círculo de amistades y conocidos del matrimonio. Fue entonces cuando a la tristeza se le unió también la humillación.

Lorena llenó de nuevo la copa para intentar ahogar las lágrimas que se agolpaban, pero por muchos tragos que diera la vergüenza y el ultraje eran imposibles de disimular. Un alud de sentimientos que la habían acompañado durante años, acogidos en silencio, pero que ahora habían estallado tras esos vídeos infames que la consumían en una furia desconocida. Ver a su marido en los brazos de aquellas mujeres, en una orgía de placer, le había generado un efecto inesperado y vídeo tras vídeo, copa tras copa, la humillación fue dando paso a una rabia descarnada, visceral.

Había algo que le había dolido casi tanto como las propias imágenes; y cuando averiguó qué era le pareció pueril, insignificante en comparación con el dolor de la traición descubierta. Sin embargo, no dejó de atormentarla. Y es que Andrés no había mostrado el menor interés en tratar de ocultarlo. Esconder aquellos vídeos bajo una triste contraseña 1234 evidenciaba o bien que la consideraba incapaz de descubrir algo así, o bien que no le importaba lo más mínimo que lo hiciera. En cualquiera de los dos casos, la consideración que él tenía de ella le pareció ya inasumible, una gota más en un vaso que hacía años se había colmado.

Cuando la botella quedó vacía, Lorena se quedó dormida y en su delirio soñó que volaba, que era libre, que se había despojado de tanta indignidad, que recuperaba el control de su destino y que saboreaba de nuevo, por primera vez en mucho tiempo, la felicidad. Y cuando despertó descubrió que la única forma de lograrlo era acabando con aquella pesadilla.

Así decidió matar a Andrés.

## 5

La calle Árbol de Gernika se desliza a la vera del río Urumea, acogiendo una hilera de edificios señoriales que se alzan junto a un luminoso paseo. Palacetes con refinadas vidrieras, miradores y terrazas que decoran elaboradas fachadas, jardines en las plantas principales que transportan al visitante a una época diferente, a una ciudad distinta.

A la altura de la calle Prim se encuentra la vivienda de Andrés Sola, un impresionante ático con vistas al río. Xabier acaba de llamar al timbre. La puerta se abre antes de recibir respuesta y entra, junto con tres agentes, en un amplio recibidor donde los recibe una mujer

de unos cincuenta años, rubia, alta y esbelta, con apariencia serena pese a sus ojos enrojecidos.

–¿Es la esposa del señor Sola? –pregunta Xabier.

–No, soy su hermana, Silvia Vázquez. Me ha avisado después de su llamada y he venido corriendo. Está muy alterada. He tenido que darle una pastilla.

–Comprendo. Lamento todo esto, señora, pero, por desgracia, necesitaría hablar con ella unos minutos mientras mis compañeros hacen un registro de la casa.

Mirada de sorpresa.

–¿Acaso es sospechosa?

–En absoluto. Es pura rutina en circunstancias como estas.

Silvia Vázquez accede, claramente superada por los acontecimientos.

La viuda se encuentra acurrucada en un sofá, bajo una manta y arropando entre sus manos una taza con una infusión humeante. Apenas levanta la vista cuando entra Xabier; tiene la mirada cargada de lágrimas y perdida en el infinito. Se parece a su hermana, pero en una versión más actualizada, con unos labios y unos pómulos artificialmente alejados de la genética común. Aunque está hecha un ovillo, se intuye también una constitución más gruesa que la de Silvia, que hace las presentaciones mientras silencia el enorme televisor que preside el salón.

–Siento mucho lo ocurrido, señora Vázquez –dice Xabier apesadumbrado mientras toma asiento frente a la mujer–. No queremos importunarla en este momento, pero es vital para la investigación que hablemos unos minutos.

Ella asiente, deja la taza sobre la mesa que los separa y se limpia las lágrimas con un pañuelo.

–Os dejo solos, Lorena –dice Silvia–, voy a ayudar a los otros agentes. Si necesitas algo, avísame, cielo.

–¿Cómo ha sido? –Su voz suena por fin, invadiendo la estancia con un tono contenido.

–Le hemos encontrado hace cerca de una hora. Le han asesinado en su barco.

–¿Cómo? –insiste.

Xabier traga saliva. «¿Por qué no habrá venido Sara? Ella tiene mucho más tacto para este tipo de conversaciones». Con su forma de hablar y su mirada limpia genera una cercanía que él ni por asomo puede emular. Los años le han arrebatado cualquier atisbo de empatía.

–Le han disparado con un fusil de pesca.

La mujer de Sola cierra los ojos, incapaz de contener las lágrimas, que vuelven a brotar.

–¿Y con quién estaba?

–¿Cómo dice?

–¿Con quién estaba Andrés? Al barco nunca iba solo, y menos un jueves al mediodía.

Xabier decide no andarse con rodeos.

–Había quedado con una mujer, una tal... –revisa las notas– Marta Blázquez. Aunque todavía no estamos seguros de esto, puede ser que fuera una trampa.

La mujer suspira.

–Lo más probable es que fuera real.

–¿La conoce?

–No, pero sería una más.

–¿Su marido tenía una aventura?

La viuda lanza entonces un amago de carcajada que se entremezcla con la congestión y termina sucumbiendo al llanto. Se suena la nariz y toma aire para tranquilizarse.

–Mi marido vivía en una aventura continua, agente... Ahora que ya no está, no tiene sentido seguir fingiendo, supongo.

Y, sin embargo, detrás de ese evidente resentimiento, Xabier piensa que las lágrimas parecen auténticas; una mujer a caballo entre el dolor por la pérdida de su marido y el hartazgo de una vida abocada a la infidelidad. Una mujer rota, en cualquier caso.

–¿Ha notado algo raro en él los últimos días? ¿Más nervioso de lo habitual, preocupado...?

Lorena niega con la cabeza.

–¿Ha recibido alguna llamada o visita extraña, algo fuera de lo normal?



–Las llamadas extrañas, como usted dice, las hacía encerrado en su despacho. En lo que a mí concierne, no he notado nada anómalo.

–¿Conoce usted a la señora Daniela Fraile?

–¿Otra?

–¿La conoce?

–No.

–¿Y a Gorka Suances? –Nueva negativa–. ¿Goyo Irastorza?

La respuesta no llega. Solo silencio. Cuando Xabier levanta la mirada de la libreta, los ojos de la mujer ya no se dirigen a él. Con una expresión diferente, impactada, mira al fondo del salón, hacia el televisor.

–¿Un asesino en serie? –pregunta la viuda, incrédula.

Xabier se gira y observa sorprendido en la pantalla un primer plano de Adriana e Igor en el muelle de un puerto deportivo, junto a un nutrido grupo de policías. Una noticia de última hora acaba de interrumpir una tertulia política para conectar con un enviado especial al lugar del crimen. Un titular preside la imagen: «Un asesino en serie acaba con la vida del cocinero Andrés Sola».

La viuda coge el mando y sube el volumen: «... de momento la Ertzaintza no ha hecho ninguna declaración y continúan recabando pruebas en el lugar del crimen, el barco propiedad del famoso cocinero Andrés Sola, que ha sido salvajemente asesinado».

–Xabier. –La voz de uno de los agentes le saca del ensimismamiento–. Ven, por favor.

El policía se levanta y camina hacia la salida mientras el reportero sigue su crónica: «De confirmarse, estaríamos ante el segundo asesinato cometido en menos de cuarenta y ocho horas por el presunto asesino, que se hace llamar Infidelis»...

Xabier entra en un despacho luminoso, cuyas estanterías están repletas de artículos que reflejan el éxito de su propietario: premios, fotografías con personajes famosos, una bufanda de la Real Sociedad firmada por los jugadores... Un escritorio moderno preside la habitación y, sobre este, hay una pantalla frente a la que se encuentra otro de los agentes.

Xabier no se quita de la cabeza la imagen de sus compañeros en el televisor y está angustiado, calibrando la exposición que todo eso

va a tener en el equipo.

–No me he leído el dichoso capítulo todavía –anuncia el informático sin dejar de teclear el ordenador–, pero si le tilda de mujeriego, creo que se queda corto.

Xabier se sitúa tras él para mirar la pantalla.

–Además de tener varias cuentas falsas en redes sociales, su perfil público cuenta con cientos de mensajes privados de mujeres. Tardaréis una eternidad en chequear todo esto, Xabier, te lo aseguro. No hay una sola aplicación de citas que no tuviera descargada y en plena ebullición. Yo no sé si cocinaba mucho este hombre, pero sí te digo que invertía horas en su vida social.

–Nos lo llevamos todo. ¿Algo más?

–Sí. Sus secretos mejor guardados los tenía a buen recaudo, bajo una potentísima contraseña: 1234. Ironía informática, por si no lo has pillado. O no tenía ningún miedo a ser descubierto o simplemente le daba igual. Pero te aseguro que, si yo tuviera esto en el ordenador de mi casa, ni Bill Gates podría desencriptarlo.

Abre una carpeta de la que se despliegan varias líneas, cada una correspondiente a un vídeo distinto.

–¿Es lo que me imagino? –se atreve a preguntar Xabier.

–Exactamente lo que te imaginas.

El agente abre uno de los vídeos al azar y se muestra una escena grabada desde un teléfono móvil. Parece una habitación de hotel en penumbra; en el centro de la imagen una cama grande acoge a un sudoroso Sola bajo las caderas de una mujer que aparece de espaldas.

–He silenciado el sonido, no es plan de llenar todo esto de gemidos. Pero te digo que hay por lo menos doscientos vídeos como este, en distintos lugares, diferentes posiciones, varios ángulos y, por supuesto, con un sinfín de mujeres.

Xabier piensa que en comisaría habrá cola de agentes dispuestos a analizar ese material.

–Lo dicho, nos lo llevamos. Y en cuanto a...

Un grito interrumpe la conversación. Xabier sale corriendo del despacho, temiendo que a la pobre viuda le haya dado una crisis de ansiedad. Al fondo del pasillo se recorta la silueta de Silvia, la

hermana, tapándose la boca con una mano para acallar un gesto de horror y el móvil temblando en la otra. Intenta hablar, pero no puede. Se limita a tender su teléfono a Xabier.

Un minuto después, es él quien se lleva una mano a la boca.

## 6

No necesitó mucho tiempo para prepararlo y entretanto no le fue difícil seguir interpretando el papel de la esposa insulsa y descafeinada en la que en realidad se había convertido. Andrés no fue capaz de percibir que, tras aquellas miradas perdidas o los silencios en mitad de la cena, su mujer estaba en realidad tramando cómo asesinarlo.

Lo primero que decidió fue la ubicación. «¿Quieres más salsa, querido?». La casa estaba descartada para evitar su inculpación; debía ser otro lugar, lejos de allí, pero con cierto simbolismo que tratara de reparar tanta injusticia. «¿Te ha gustado la carne? ¿Demasiado hecha, quizá?». Una sonrisa se dibujó en su rostro cuando dio con el lugar ideal: el barco. A ella nunca le había gustado y tardó tiempo en comprender el motivo de aquella compra inútil, pues las ocasiones en que habían navegado en familia se contaban con los dedos de una mano. El barco se había convertido en el refugio sexual de su esposo, el lugar de encuentro para sus aventuras, como bien había podido comprobar en algunos de los vídeos. Por eso, lo atracaba en el puerto de Pasajes y no en el de San Sebastián. «¿Te apetece un café?». El método la obsesionaba. Debía ser algo fácil de ejecutar, que no requiriera un excesivo esfuerzo ni supusiera enfrentamiento físico con él. No... Debía ser algo que no implicara contacto, que le otorgara cierta distancia... Un veneno tal vez..., difícil de conseguir; un incendio con él encerrado..., en el puerto no tardarían en sofocarlo; un sicario, un profesional que pudiera ejecutarlo..., ni por asomo se perdería el placer de hacerlo ella misma; un disparo con su propia pistola..., demasiado ruido, podría alertar al guardia. «¿Te llaman? ¿Vas al despacho?». Cuando lo vio alejarse susurrándole al móvil en busca de su ansiada intimidad, lo vio como un depredador en el mar agitándose entre las aguas en busca de la próxima presa. La imagen le gustó, le pareció poética y justa, y se vio a ella misma en la proa del barco alzando un fusil para pescar al escualo. Lo tenía.

Solo necesitó una semana de preparativos, nada más. Se sorprendió a sí misma de lo fácil que era planear el crimen perfecto y se recriminó por no haberse decidido a hacerlo antes.

Primero buscó información acerca de los distintos fusiles de pesca. Visitó páginas web especializadas y leyó algún que otro blog para investigar sobre tamaños, tipos, potencias y arpones. Se sentía incapaz de seleccionar uno, así que optó por el modelo más caro y potente.

Luego pensó que necesitaría un cebo para atraer a su presa. Estaba entusiasmada con su símil náutico. Sabía que Andrés tenía Tinder, no era ningún secreto, pues él mismo se había encargado de airearlo en más de una ocasión ante una concurrencia divertida. «Es por una cuestión profesional, nada más, para ver si pillo a algún famosete engañando a su esposa en mi restaurante». Lo acompañaba de alguna risotada estridente para evidenciar que ni siquiera él se creía la excusa.

Lorena se puso manos a la obra. Creó un perfil con el nombre de Marta Blázquez y lo acompañó con un par de fotografías que encontró en Facebook perteneciente a una mujer anónima de un país lejano. «Me gusta la vida tranquila, hogareña. Disfruto cocinando con una copa de vino, cenando con amigos, escuchando música. Como sueño por cumplir tengo pendiente viajar a Nueva York». En realidad, se describió a sí misma; le pareció divertido hacerlo, pues estaba convencida de que su querido marido no vería más allá del generoso escote que ofrecía una de las fotografías. En menos de cinco minutos había lanzado ya la solicitud a Andrés.

Lo siguiente era analizar la escena del crimen. Aunque conocía el lugar, pensó que debía comprobar el terreno para evitar sorpresas. Necesitó varias incursiones al puerto para apuntar todos los detalles, lo hizo discretamente, sentada en uno de los bancos que rodeaban el embarcadero. La posición de las cámaras, la presencia del vigilante del puesto de seguridad, el poco ajetreo que había en el puerto las tardes entre semana, el guardia accediendo a los barcos en más de una ocasión... Estaba orgullosa de sí misma, pletórica, dispuesta a salir del papel de esposa humillada para restaurar su honor, para reencontrarse, aunque fuera fugazmente con su antiguo yo.

Solo hicieron falta dos días para que su marido picara el anzuelo. Y, paradojas del destino, lo hizo junto a ella, mientras veían una película sentados en el sofá. Que ni siquiera se escondiera para hacerlo no fue sino un punto más a favor de proseguir con el plan. Sacó su móvil, distraído, accedió a la aplicación y aceptó la invitación. Lorena se ausentó para ir al baño, desde donde inició un torpe y descarado tonto con su propio marido.

No hizo falta demasiada conversación para que Andrés se sintiera prendado de aquella desconocida y la invitara a pasar una tarde juntos. Y así, uno en el sofá y la otra sentada en el inodoro, fijaron el día y la hora de la muerte. Cuando ella regresó al salón, él no mostró nerviosismo

alguno, no le hacía falta disimular siquiera, pues aquello no era más que rutina. Siguieron viendo la película.

## 7

Dentro de la tienda de campaña, Adriana e Igor se colocan tras el informático para comprobar las cámaras de grabación de la zona. El especialista está manipulando el ordenador, abriendo y cerrando pantallas, preparando la exposición. Muestra en primer plano una imagen cenital del aparcamiento colindante al puerto, donde se aprecia la garita de entrada al muelle. Comienza a pasar a una velocidad más rápida. Se ve gente anónima paseando y algún coche aparcando que aparece y desaparece con celeridad del ángulo de visión.

–Aquí el primer invitado –anuncia mientras irrumpen un furgón de reparto.

En la imagen se ve cómo sale un hombre, coge un paquete del interior del vehículo y lo acerca a la garita. Instantes después se marcha. Joseba González, el guardia, camina por el muelle con el paquete. Sale del ángulo de la cámara. El informático selecciona una nueva pantalla con el ratón y aparece otra grabación, esta vez enfocando el frontal del embarcadero. Muestra al guardia junto al barco de Sola, donde entra para volver a su puesto poco después.

–Todo según el plan previsto, al pie de la letra de lo que cuenta el capítulo –dice Igor–. Ya tenemos el arma del crimen en su sitio.

Avanza más rápido el vídeo y el guardia sale nuevamente de su garita y camina hacia uno de los barcos más grandes.

–Y aquí la sorpresa –anuncia el informático, nervioso.

De la parte inferior de la pantalla emerge una persona que se aproxima con rapidez hacia la puerta de entrada. Gira el torno y entra en el embarcadero. La cuestión es que parece una mujer. Adriana e Igor acercan la cabeza a la pantalla hasta casi tocarla.

No contaban con esto.

–Para y amplía –ordena la subinspectora.

La resolución no es buena, pero en efecto es una mujer. Lleva una bufanda y una gorra de la que sale una coleta rubia y bajo el abrigo largo se ve lo que parecen unas mallas y unas zapatillas deportivas de color fucsia. La mujer entra en el muelle, accede a la caseta de seguridad, sale de nuevo al embarcadero, lo cruza y entra en el barco de Sola.

El informático acelera el vídeo hasta que Andrés llega, habla con el guardia y camina después hacia su barco. Se le ve recorrer el muelle tranquilo, despreocupado, ignorante de su destino.

Los segundos que transcurren son inquietantes para todos. Adriana siente un profundo malestar pensando que, en ese preciso instante, ante la quietud de una imagen que solo ofrece un barco meciéndose junto al resto de las embarcaciones, se está cometiendo un asesinato.

Sigue la escena. El guardia abandona la garita en dirección contraria y poco después la mujer vuelve a salir del barco, mirando siempre hacia el suelo, y llega al muelle sin mucha dificultad.

—Aquí parece que tira algo al agua —afirma el informático, poniendo a cámara lenta el momento en que salta el pasamanos para acceder al embarcadero—. Debe de ser el móvil.

Después la mujer se marcha por la salida contraria.

—¿Has conseguido saber adónde va? —pregunta Adriana.

—Seguimos sus pasos. —El informático va seleccionando pantallas con distintas cámaras que ofrecen diversos ángulos, algunos más cerca, otros situados más lejos, pero en todos se ve cómo la mujer atraviesa el aparcamiento y se pierde por una calle cercana al Ayuntamiento—. Hasta aquí. Ya no hay más cámaras públicas en los alrededores, habrá que probar suerte con las privadas. Portales, negocios, cajeros automáticos... De momento, se mete en esta calle y desaparece.

—Nadie desaparece —refunfuña Igor.

—Hay alguna cámara en el perímetro del municipio, pero tardaremos horas en visualizarlas. Las dejaré preparadas y os las pasaré. Desde luego, por lo que he podido ver hasta ahora, de aquí no sale.

–Imprime varias copias con la foto de la mujer, busca la que esté más nítida –ordena Adriana–. Que los agentes la distribuyan entre los testigos para ver si alguien se ha topado con ella. Y que se la enseñen al imbécil de Echeverría.

Se oyen voces en el exterior y deciden salir. Agradecen tomar aire para despejarse y dejar de respirar el olor a lona y ordenador que desprende la tienda.

Un Ford Mondeo con la sirena de policía encendida acaba de irrumpir en la zona acordonada. El inspector jefe hace su aparición, enfundado en su abrigo para refugiarse del frío que comienza a imperar a esa última hora del día. Iker Zubieta contempla el lugar como si de un turista se tratara: el embarcadero, la tienda de campaña instalada, los policías rodeando el perímetro, los periodistas apuntándolos con sus cámaras e iluminando el lugar con los focos, algunos peatones agrupados hablando con un par de policías...

–¿Novedades? –pregunta a bocajarro.

Adriana toma aire, consciente de que cada palabra puede determinar su futuro en el caso.

–La Científica está a punto de terminar y se llevan ahora el cadáver, en cuanto venga la jueza de guardia, que estará al caer. Un buzo está buscando el teléfono que tiró al agua. Todo lo que dice el capítulo se ha cumplido a rajatabla. Acabamos de revisar las cámaras de seguridad y lo atestiguan.

–¿Se le ve?

–Más bien, se la ve. Es una mujer, aparentemente.

Zubieta clava en ella su mirada, severa y profunda. No está para más sobresaltos.

–¿De qué estás hablando? ¿No era un hombre?

–Las grabaciones no son precisamente espectaculares y además sabe muy bien dónde mirar para evitar las cámaras. Pero, sí, en la única imagen que tenemos suya del hotel Iturmendi parece que es un hombre y ahora en cambio es una mujer, o lo parece. –Igor sale de la tienda y les tiende a cada uno la imagen ampliada de la asesina–. Aquí la tienes.

–Bufanda, abrigo, gorra... –El comisario la analiza con detalle–. Puede ser un disfraz.

–Claro –interviene Igor–, podría ser yo mismo. O también podría ser un disfraz lo que se puso en el hotel.

–¿La viuda?

–La está interrogando Xabier –continúa Adriana mientras caminan hacia la tienda–. Estoy esperando que me llame. Tenemos a Sara en el restaurante, hablando con los empleados y registrando el despacho. Y los de la Tecnológica andan detrás de la cuenta bancaria donde se ingresan los cargos de la tarjeta, a ver qué averiguan.

El inspector jefe se sienta en una de las sillas y pide a un agente que le traiga un café. Se frota las sienes con las manos, parece cansado. Adriana se sienta frente a él e Igor permanece de pie junto a la puerta, consultando el teléfono.

–Esto va a ser un infierno. Todos los medios están hablando del tema. Nuestra comparecencia se está haciendo... ¿Cómo dicen los jóvenes? Viral, eso es. Y no para bien, desde luego. Ya he recibido llamadas del comisario principal, del consejero de Interior y de su puta madre para pedirme explicaciones por el jodido ridículo que hemos hecho.

–Lo siento, Iker, pero no teníamos información suficiente y...

Alza la mano para interrumpir las explicaciones y prosigue:

–Seamos francos, Adriana. –Le traen el ansiado café, que acoge entre las manos–. La cuestión es que no nos enfrentamos al asesinato de una pobre mujer en una habitación de hotel, sino a un maldito asesino en serie. Un asesino que sabe perseguir a sus víctimas, estudiar los escenarios del crimen, hackear páginas web y hasta escribir un puto libro. Un asesino que nos lleva meses de ventaja y que nos va a hacer sudar sangre hasta que le pillemos.

–Amén, hermano –suelta Igor.

–Y, al menos que yo sepa, tú no has llevado nunca una investigación así.

Adriana decide callar. No encuentra argumentos para defender su posición, es del todo cierto que nunca ha perseguido a un asesino en serie y supone que habrá algún compañero en el cuerpo con



experiencia en ese tipo de criminales. Tampoco tiene claro si realmente quiere seguir con todo esto o no, así que opta por permanecer callada y resignarse a acatar las órdenes.

–La cuestión es que, gracias a Dios, no tenemos pirados en serie todos los días, así que no contamos con una unidad especializada. Y en cambio sé cómo trabajas, eres una buena inspectora, Adriana, y te veo capaz de dirigir esto. Así que tú decides. Te lo quedas o se lo paso a otro subinspector.

–Tendrás al asesino antes del tercer capítulo –sentencia animado Igor.

Adriana no contaba con esta encrucijada y recibe una sacudida de inseguridad. Si dice que no, será como admitir sus limitaciones y ya puede despedirse de una fructífera carrera; si dice que sí, tendrá que enfrentarse al perturbado o perturbada que ha montado todo esto y hacerlo además delante de las cámaras de televisión.

Asiente con la cabeza. No hay otra salida.

–Bien, pues nada más que hablar. Nos reuniremos todos los días a primera hora para hacer el seguimiento. Este tema tiene prioridad absoluta, Adriana, así que pasa los casos que estés llevando a Josu o a Mada y céntrate en esto. Y tu equipo también. A nivel de recursos ya sabes cómo andamos, pero si necesitas algo me lo dices. En cuanto a permisos y órdenes, dalos todos por firmados.

–¿Y la prensa? Tenemos que contener esta locura.

–Se acabaron las comparecencias ridículas. La jueza me ha echado una bronca monumental. Quiere silencio absoluto. Solo hablaremos cuando tengamos algo que decir y contemos con su autorización.

Un policía de la Científica con el buzo blanco abierto hasta la cintura aparece en la tienda.

–Ya hemos terminado y lamento decir que, al igual que en el hotel, no hay gran cosa. Sí que hay huellas por todo el barco, la mayoría de la víctima. El resto tendremos que analizarlas.

–¿El arma? –pregunta Adriana.

–Limpia como una patena. Como era nueva no hemos dado con ninguna huella, por lo que obviamente el asesino habrá utilizado guantes.

–¿Alguna prueba relevante? –interviene Zubieta.

–Un pelo... rubio, junto al fusil. Nada más.

–¿Natural o de una peluca?

–*A priori* diría que es natural, pero te lo diré cuando lo analicemos.

Se marcha y Adriana e Igor permanecen en silencio, meditando sobre el alcance de la situación. Está convencida de que ha tenido que cometer un error, un simple fallo que permita acercarse a él... o ella. «Cuando ni siquiera tienes claro el género del criminal, es que estás mucho más perdido de lo que crees», piensa.

Se oye una risotada ahogada de Igor.

–Me encanta este país –sentencia–. Queridos compañeros, en este momento nuestro *Infidelis* acumula más de quince mil descargas. Y subiendo cada minuto.

Todos sacan el móvil para comprobar el dato y se quedan petrificados.

–Casi ciento cincuenta mil euros... –se lamenta el informático, parapetado tras la pantalla.

Suena el teléfono de Adriana. Es Xabier.

–¿Le has enseñado el capítulo a la viuda? –pregunta ella a modo de saludo.

–Adriana, acabo de enviarte el vídeo.

–¿Qué vídeo?

–El que debe de estar recibiendo ahora mismo toda la lista de contactos de Andrés Sola.

–Eso es imposible. El teléfono lo han tirado al agua, lo hemos visto en las grabaciones, y estamos esperando que los buzos lo recuperen.

–Pues no sé cómo lo ha hecho, pero aquí lo acaban de recibir la viuda y su hermana.

La subinspectora cuelga y busca el mensaje de Xabier. Abre el vídeo.

Si la prensa quería más carnaza, ahora la tendrá en abundancia.

*Extracto del vídeo del interrogatorio de Lorena Vázquez, esposa de Andrés Sola, realizado por el cabo Xabier Peña.*

**XP:** ¿Ha podido leer el capítulo del libro *Infidelis* que le hemos proporcionado?

**LV:** Sí.

**XP:** ¿Qué hay de cierto en lo que se dice allí?

**LV:** Cosas..., muchas cosas... No sé cómo han podido averiguar todo eso, no lo sé. Pero yo no le maté, le juro que no le maté. Todo eso es mentira.

**XP:** Eso ya lo sabemos, señora Vázquez, y no hace falta que insista en su inocencia. Está fuera de toda duda. La parte que habla del asesinato del señor Sola no le concierne en absoluto. Lo que necesitamos saber es cuántas personas podían tener acceso al resto de la información, cuando habla de su vida o su relación con él.

**LV:** Nadie... Casi nadie, diría yo. Bueno, hay algunos detalles que sí, nuestros amigos, por supuesto. Pero otros temas más íntimos no, desde luego.

**XP:** ¿Por ejemplo?

*Se mueve incómoda en el sofá, mira a su hermana, que está sentada a su lado y le coge la mano.*

**LV:** Nuestra intimidad... está allí al descubierto. Compréndame. No voy hablando por ahí con todo el mundo sobre cuántas veces me acostaba con mi marido o si sabía o no que me era infiel.

**XP:** Pero con alguien sí que lo hizo.

**LV:** ¡Claro! Todo el mundo tiene amigos..., personas con quienes uno se desahoga.

**XP:** Bien, pongamos algún ejemplo más concreto. Su marido pronunció en alguna ocasión el nombre de otra mujer mientras mantenían relaciones íntimas. ¿Es cierto?

**LV:** Eso..., eso..., eso es algo humillante. Muy pocas personas lo saben, muy pocas...

**XP:** ¿Podría decirme cuáles?

**LV:** Pues..., no sé... Se lo conté en su día a mi madre, eso lo recuerdo bien...

*Interviene Silvia Vázquez.*

**SV:** Nuestra madre falleció hace un par de años.

**LV:** Se lo conté también a Silvia, claro, a ella se lo cuento todo.

*La aludida agacha la cabeza.*

**LV:** Creo que a Susana también, mi mejor amiga. Y es posible que a alguna que otra amistad de las que ya no frecuento. Fue hace años.

**XP:** Cuando habla de cómo se conocieron...

*Xabier revisa sus notas.*

**XP:** La presentación del Jeep..., sus embarazos...

*Ella asiente, enérgica.*

**LV:** Todo eso es verdad. Pero eso lo hemos contado muchas veces, lo sabe gente...

**XP:** El día que descubrió que su marido le era infiel, durante la velada de Navidad.

**LV:** Eso..., eso creo que nunca se lo he contado a nadie... Ni siquiera lo recuerdo con precisión. Es como si a lo largo de los años hubiera creado ese recuerdo..., pero, sí, es cierto que la primera vez que noté algo raro fue allí.

**XP:** Y nunca se lo contó a nadie.

**LV:** Nunca nunca.

**XP:** ¿Lo ha escrito en alguna parte, en algún diario, quizá?

*Niega enérgica con la cabeza. De pronto se detiene.*

**LV:** Un momento... Sí, creo que sí. No lo recuerdo con exactitud, pero es muy posible que se lo contara... Sí, quizá al principio... Sí, sí, estoy segura de que se lo conté a ella. A Nagore, Nagore González. Mi psicóloga.

## 9

Ha llegado el gran día. Lorena está preparada. Y nerviosa, preocupada, excitada, feliz. Un torrente de adrenalina y juventud recorre cada poro de su piel y la hace sentirse de nuevo viva.

—¿Tienes que trabajar esta tarde? —le dice cuando él se despide con un casto beso en la mejilla—. Podríamos aprovechar para pasar la tarde juntos.

No lo propone por remordimientos ni por darle una oportunidad para el arrepentimiento, es algo diferente, más visceral; de repente, necesita digerir sus mentiras, masticar esa humillación por última vez, como un homenaje póstumo a tanta infamia vivida.

–Imposible, cariño. Tengo el restaurante a tope y hoy me vienen un par de productores a hablar sobre el programa. Según vaya la cosa, igual no llegaré ni para cenar.

Respuesta correcta.

La mañana se le escapa en un suspiro. Su cabeza ha ensayado la operación decenas de veces, intentando captar cualquier posible error, cualquier detalle pasado por alto que pudiera dar al traste con su plan. Pero no hay nada: es sencillamente perfecto.

A las doce y cuarto suena el móvil que compró días atrás. Decathlon la avisa de que su pedido está en camino, a cinco paradas de distancia para llevarle su arpón. Hora de ponerse en marcha.

A las doce y media sale de casa ataviada con ropa deportiva, un abrigo que le llega por debajo de las rodillas, una gorra y una bufanda ancha que le oculta el rostro. Sonríe al pensar que no le hace falta llevar más que un simple teléfono de prepago para cometer un crimen. Así de fácil.

Opta por coger un taxi y evitar su coche. Lo para en una rotonda cercana y luego camina despreocupada hacia el embarcadero. Desde un lugar seguro y a cierta distancia, se sienta a contemplar el puerto deportivo mientras aguarda su momento. Con extraordinaria puntualidad (le dará cinco estrellas de valoración en su web), ve cómo aparca el furgón de reparto delante de la entrada del puerto y el conductor se apea con desgana, rebusca en la parte trasera y camina hacia la garita de entrada con un paquete grande y alargado entre las manos. Cuando se marcha, el guardia de seguridad toma el testigo y se dirige hacia el barco familiar, prostíbulo de su marido, para volver a su puesto unos instantes después.

Al cabo de unos minutos, Lorena comprueba la hora. Ha llegado el momento. Saca el teléfono y marca un número. Contesta una voz cansada y mayor.

–*Arratsalde on*. Puerto deportivo de Pasaia, ¿en qué puedo ayudarle?

–Buenos días, soy María, secretaria del señor Iribarren. Verá, tenemos un problema. Estamos tratando de localizar un iPad que el señor no sabe dónde ha dejado. Me ha comentado que lo llevó hace unos días al barco, así que es posible que se encuentre allí. Me pregunta si, por favor, puede usted acceder al velero para comprobarlo. Debe de estar en el comedor o en su camarote, según me dice.

–Claro que sí. Lo miro ahora mismo. ¿A qué teléfono la llamo si lo encuentro?

–Apúntese este. –Le da uno falso–. Llámeme únicamente si lo encuentra, ¿de acuerdo? De lo contrario no hace falta, seguiremos

buscando.

Cuelga y comprueba cómo el solícito guardia cumple las instrucciones y se dirige con su habitual parsimonia hacia uno de los barcos, uno de los grandes, que descansa en un lateral del muelle alejado del lugar del crimen.

Lorena sale de su escondite y camina con paso raudo hacia la cancela de entrada, que permanece abierta. Atraviesa el muelle, satisfecha al comprobar que ninguna mirada se cruza con la suya. Entra en su barco. Primer objetivo logrado.

Debe darse prisa, el tiempo, ahora sí, juega en su contra. Rompe el envoltorio de la caja y extrae el fusil de pesca. Rememora los pasos que ha visto en los tutoriales de YouTube y en menos de cinco minutos tiene el arpón cargado y listo para utilizarlo. Saca de su bolsillo un trípode para móviles y lo coloca encima de la mesa del comedor. Junto a él, despliega una hoja de papel con unas palabras escritas en mayúscula.

Oye a lo lejos el murmullo de voces y distingue con claridad la de su marido. Andrés, tras una breve conversación con el guardia, se dirige hacia el barco.

Lleva consigo una bolsa con hielo y una botella de champán. Está excitado, como siempre con cada nuevo encuentro. No hay nada para él comparable con esa sensación que precede al cortejo, ese cosquilleo que siente, sobre todo cuando no hay duda de cómo acabará el flirteo. Su último pensamiento antes de subir al barco es para el paquete que, según el guarda, ha recibido y que desde luego él no ha pedido.

Cuando baja las escaleras y la ve allí plantada, apuntándole decidida con un enorme arpón, Lorena siente compensados tantos años de ignominia; aquella cara de sorpresa, de incredulidad, de terror, alivia la carga que ha tenido que soportar durante tantos años. Él la contempla como si lo hiciera por primera vez, como si no reconociera a la mujer que tiene frente a él, aguerrida, valiente, atrevida.

—¿Qué estás haciendo, cariño?

—El tiempo de las palabras ha terminado, Andrés. No hay lugar para el perdón, el arrepentimiento, las excusas. Es hora de dejar todo eso atrás. Deja tu teléfono sobre la mesa y ponte ahí. —Le sale tal y como ha ensayado tantas veces frente al espejo. Señala hacia la pared situada entre las dos puertas de los camarotes—. Desnúdate.

—¿De qué estás hablando?

Su marido hace amago de acercarse a ella, que responde alzando la mira del arpón hacia su cabeza.

—Es el fusil más potente del mercado, Andrés, un solo movimiento de mi dedo y te destrozaría la cabeza. Y estoy dispuesta a hacerlo. Así que obedece.

Él lo hace y sus movimientos temblorosos todavía satisfacen más a una despechada Lorena, que está disfrutando como nunca en su vida.

En apenas un minuto Andrés está desnudo, contra la pared, mientras balbucea palabras que ella no escucha:

—Mi vida... Sé que no he sido el marido que deseabas, que he sido un desgraciado... —Lorena enciende el teléfono de Andrés sin dejar de apuntarle con el arma, lo coloca en el trípode y lo orienta hacia él—. Pero puedo remediarlo, puedo cambiar, volver a ser el de antes. —Ella despliega el papel para que él pueda verlo—. Debes creerme, puedo cambiar.

—Entonces lee esto.

No comprende nada. Está aterrado, preguntándose hasta dónde estará dispuesta a llegar esa mujer a la que ya no reconoce, y avergonzado también por encontrarse vulnerable y expuesto, desnudo.

—Obedece.

No tiene otra salida. Lorena pulsa el botón de grabación de vídeo en el móvil, el mismo botón que su marido ha accionado cientos de veces para recrear sus encuentros sexuales. Está grabando. Se aleja un par de metros.

Con voz derrotada, las dos manos ocultando sus genitales, Andrés recita su último discurso:

—Humillación. Eso es lo que he hecho sentir a mi familia, a mis hijos, a mi esposa, a mis padres. Mi comportamiento durante todos estos años ha sido repugnante. He vivido obsesionado con el placer, con el mío propio, utilizando a cientos de mujeres para satisfacerlo. —Se detiene, sopesando las siguientes palabras—. Ahora..., ahora toca redimir mis pecados, cargar con una mínima parte de la humillación que he ocasionado a los demás. Me desnudo ante vosotros para pedir perdón... y decir... adiós.

Dispara. El arpón sale con tal fuerza que casi le hace perder el equilibrio. En un pestañeo, el que provoca el impacto, comprueba el antes y el después, la vida y la muerte, la humillación y la reparación. Ha sido más fácil de lo que pensaba, más sanador incluso. Sonríe satisfecha.

Andrés trata de agarrar el arpón para intentar apartarlo, romperlo, pero es grueso y está fuertemente agarrado a la pared. Y, cuanto más lo mueve, más ahonda en la herida y la sangre corre a borbotones por su cuerpo.

Lorena no pierde el tiempo. Detiene la grabación del móvil, visualiza el vídeo para comprobar que nada la incrimine, organiza el envío retardado a la lista de contactos y lo apaga. Se muestra ajena al balbuceo de su marido, que trata de aferrarse a la vida. Andrés hace esfuerzos por no perder el equilibrio ante una sangre que encharca sus pies y le hace resbalar. Las fuerzas se le van debilitando.

Ella recoge el trípode, el escrito y saca su móvil. Vuelve a llamar al guardia de seguridad:

–Buenas tardes, soy nuevamente María, la secretaria del señor Iribarren. Andrés intenta gritar cuando la ve hablar por el móvil, puede ser su última oportunidad de pedir ayuda... Pero no lo logra, siente cómo sus pulmones se encharcan y le ahogan.

–Al parecer acaba de recordar que lo dejó en uno de los camarotes de invitados, metido en una cómoda. ¿Por favor, puede comprobarlo? Muchas gracias. Me llama si lo encuentra.

Echa un último vistazo a su marido antes de subir las escaleras. Clavado contra la pared, con la piel pálida en contraste con la sangre brillante que recorre su cuerpo y el suelo bajo sus pies. Él la mira, incrédulo, asustado y triste. Una fuerte convulsión sacude su cuerpo y ladea la cabeza al espirar su última bocanada de aire.

Lorena sale del barco, tira al agua el teléfono de Andrés y huye del embarcadero. Intenta no apresurarse para no llamar la atención, pero al cabo de unos instantes no puede evitarlo.

Corre, corre con todas sus fuerzas para dejar atrás la vida pasada, la humillación que coronó sus días, una humillación que se desvanece ahora con cada zancada en ese torrente de optimismo, de vitalidad, de felicidad inmensa que recorre su cuerpo entero.

Atrás queda la señora de Sola, adelantada por una Lorena con todo un mundo por recorrer.

## 10

–Tu madre está de los nervios.

Es lo primero que le dice Mario desde la cama nada más verla aparecer en la habitación. Son las doce de la noche y Adriana no tiene el cuerpo para sermones.

–No me ha dado tiempo de llamarla. Y a ti tampoco, lo siento mucho.

–Mándale un mensaje aunque sea, dile que estás bien, que mañana habláis. Te ha visto en las noticias y ha entrado en la web. Está muerta de miedo.

Miedo... Adriana no lo ha visto de ese modo. En realidad, es un sentimiento que no tiene. Inseguridad, temor ante el futuro, ansiedad... Son muchas las emociones que se agolpan dentro de ella, pero no el miedo.



Se desviste y se mete en el cuarto de baño contiguo en ropa interior. Mario la mira mientras se desmaquilla.

–Joder, Adri, esto no puede ser. –Levanta algo la voz, el silencio de ella le está alterando–. Que salgas en esa página, con tu nombre, tu cara... Comprende que estemos nerviosos con todo esto.

–Claro que lo comprendo, Mario, pero es mi trabajo –dice mientras se lava los dientes–. Ya lo sabes.

–¡Pues déjalo! Mándalo todo a la mierda y llama a Carmelo para aceptar su propuesta. No veo qué necesidad tienes de jugarte la vida por unos desconocidos... De verdad, no lo comprendo. Piensa en mí, en nosotros, en todos los que te queremos.

Carmelo es un viejo amigo de Mario, un abogado que forma parte del consejo de administración de la empresa propietaria de la Torre Iberdrola de Bilbao. Buscan un jefe de seguridad y se lo propusieron a Adriana. Cobraría el doble de sueldo con la mitad de las responsabilidades. Cualquiera lo hubiera aceptado con los ojos cerrados..., cualquiera menos ella. Aunque ante Mario se haga la indecisa, como si se lo estuviera planteando, lo tiene claro.

Le gusta su trabajo, esa es la realidad. En momentos así parece difícil de creer, pero está haciendo precisamente lo que siempre había soñado. Todo eso de defender a los buenos, perseguir a los malos, hacer más seguras las calles..., en su caso lo cree de verdad y da gracias todos los días por llevar una placa colgada del cuello. Así que no, no piensa renunciar a eso para sentarse en una oficina a controlar accesos y ver cámaras de seguridad.

–Ahora no, Mario.

–¿Y cuándo piensas hacerlo? No te van a esperar toda la vida, Adri..., y creo que una situación como esta, con todo eso de *Infidelis*, es lo que necesitas para aceptarlo.

–Mario, he dicho que ahora no –responde más tajante–. Cuando termine este caso, te prometo que lo pensaré de verdad y decidiremos.

Él lanza un bufido, enfadado.

Adriana sabe que está preocupado y lo entiende, pero no puede tener más frentes abiertos. Nada más llegar a casa ha vuelto a ingerir dos pastillas, ración doble. Sin ellas la posibilidad de dormir

un par de horas seguidas sería una quimera. La condenada ansiedad asoma de nuevo. Teme que, en cuanto cierre los ojos, se le aparezcan de nuevo el vídeo, el arpón, la sangre, y sea imposible dormir. No puede añadir a todo esto una disputa conyugal.

–Solo quería que supieras que esto no me gusta nada, Adri, y a tu madre ni te cuento –dice Mario, que ahora muestra un talante más conciliador–. Esto es diferente. Un asesino en serie, un perturbado... Nunca has llevado un caso así. Seguro que tienen a gente especializada en ese tipo de chiflados, alguien más...

–¿Más capacitado que yo? –le corta ella en un tono más duro del que le habría gustado.

–Sabes que no es lo que quería decir. –Mario se quita las gafas, cierra el libro y deja ambos objetos sobre la mesilla de noche. Se frota los ojos y suspira cansado–. Eres la mejor agente de Homicidios de toda la Ertzaintza, y eso es lo que me preocupa. Vas a quedarte con el caso y vamos a tener que verte expuesta en Internet, con tu cara, tu nombre y apellidos en la página web de de un criminal. Al menos no nos pidas que estemos encantados con todo esto.

Adriana acaba de prepararse mientras le escucha. Se mira en el espejo y contempla el cansancio reflejado en la falta de brillo de sus ojos y en la tez pálida.

Inspira hondo y mantiene el aire en sus pulmones, como tantas veces, exhalando luego por la boca, despacio, concentrada en dejar escapar la angustia. El efecto de las pastillas comienza a adormecer su pensamiento y a ablandar su estado de ánimo.

Ve entonces el tatuaje que tiene en la cara anterior del antebrazo. Un dolor que surge de muy adentro le presiona el corazón como si fuera a detenerlo... «Emma». Pasa un dedo por el trazo liso mientras lo observa ensimismada y, cuando siente que el torbellino de emociones que evoca su imagen amenaza con desatarse, desvía la mirada. Se lava la cara con agua fría y se dirige hacia la cama.

–Tienes razón, cielo. –Hora de ceder. Decide no ponerse el pijama y se cuela bajo las sábanas–. Lo siento, ha sido un día un poco estresante. A ver cómo va la investigación y vamos decidiendo, ¿te

parece? Dame algo de margen. Y prometo que mañana llamaré a mi madre.

Abraza a su marido, se pega a su cuerpo y le envuelve la cintura con la pierna, sintiendo la calidez en su piel. Mario le acaricia una mejilla con delicadeza y la besa en los labios. Esboza la primera sonrisa de la noche mientras su mano va descendiendo por su espalda.

–Te lo agradecerá. Estaba muy nerviosa. No hay vecina que no la haya llamado. –Le levanta la barbilla para volver a besarla en los labios–. ¿Y a mí? ¿No vas a compensarme?

Ahora es Adriana quien esboza la primera sonrisa del día.

–Tus deseos son órdenes. Apaga la luz.

## 11

La pared de la sala de la comisaría asignada a la investigación empieza a tomar forma. A un lado, Daniela Fraile, viva y muerta, de la que cuelgan varias líneas que conectan con fotografías de su marido, su amante, la mujer de su amante, su ayudante y el periodista. Sobre la víctima, la foto poco nítida del sospechoso entrando en el garaje. Al otro lado de la pared aparece Andrés Sola, con tres líneas bajo las que cuelgan su esposa, su cuñada y un rótulo en el que se lee MUJERES. La idea es ir apuntando la lista de amantes del cocinero, al menos las últimas o las más recurrentes, aquellas que pudieran aportar algo a la investigación.

Adriana coloca la fotografía de la mujer sospechosa encima de Sola. Da un paso atrás y observa lo que tienen. Nada. Son las piezas de un puzle recién empezado, desparramadas sobre la mesa sin conexión aparente. Ahora toca ir encajándolas.

Xabier, Sara e Igor presencian la escena. Este último se levanta y se acerca a otra de las paredes, también cubierta con pintura plastificada, para escribir con rotulador en letras mayúsculas «Infidelis». Es otra línea fundamental de la investigación, el único

punto abierto de conexión con el asesino. Lo subdivide en dos bloques y escribe «Servidor» y «Cuenta bancaria».

–En mi humilde opinión, la única forma de echar el guante a nuestro asesino hermafrodita es a través de su página web. No sabemos quién es, dónde se esconde, a qué se dedica, qué está tramando..., pero lo que sí sabemos es que en este momento está frente a su ordenador, con el programa de edición abierto, preparado para seguir publicando una entrada en su blog o, directamente, un nuevo capítulo.

–Sin olvidar su cuenta bancaria –sigue Sara–, estará frotándose las manos ante cada euro que recibe.

–Es indignante –se sincera Xabier.

Y lo es, sin duda. Cada minuto que pasa se incrementan las descargas, haciendo más rico a un criminal.

–¿Y no es ilegal pagar a un asesino? –plantea Xabier.

–Hemos quedado luego con la jueza y la fiscal para tratar el tema –responde Adriana–. La idea es que la propia Fiscalía emita un comunicado advirtiendo que la compra de capítulos se considerará financiación del crimen organizado y se perseguirá a quienes los descarguen.

–Con eso solo conseguirás aún más descargas –dice Igor con su visión optimista de la vida–. No van a procesar a veinte mil personas, Adri, la amenaza es una chorrada. Ocurrirá como con la piratería. Millones de personas se descargan cada día películas de manera ilegal. ¿Cuántas conoces que hayan ido a la cárcel?

–No podemos quedarnos de brazos cruzados viendo cómo la gente compra capítulos que narran la muerte de personas reales. De verdad, no sé en qué mundo vivimos. He quedado en media hora con Zubieta. Brevemente, Xabier, resumen de ayer.

–Coartada de Lorena Vázquez verificada. No se movió del piso en todo el día. Es rubia, única coincidencia con la fotografía de la supuesta asesina, pero ni siquiera la complexión parece encajar. El capítulo le causó una gran conmoción, se puso histérica. El vídeo no lo vio, afortunadamente su hermana se lo prohibió.

–¿Del relato del capítulo tenemos hechos comprobados?

Sara toma el testigo mientras revisa sus apuntes.

–Aquí el patrón es algo diferente del caso de Daniela Fraile. Mientras que en el primero existía una intensa actividad en redes sociales que permitió configurar prácticamente toda la historia de la pareja, en el caso de Sola es distinto, hay componentes más..., cómo diría..., personales. Sí que hemos podido encontrar algunos elementos disponibles en abierto, sobre todo a través de entrevistas que le hicieron a Andrés.

–He visto alguna –apunta Igor–. El muy cerdo se las da de amantísimo esposo.

–Un poco de respeto, por el amor de Dios –interviene Xabier.

Sara retoma los apuntes y comienza a repartir hojas conforme va relatando:

–La carrera de ella como modelo. –Aparecen fotografías antiguas de una joven Lorena en diversos desfiles y en un par de anuncios de negocios locales–. Los inicios profesionales de Sola, una entrevista en *El País*, el día en que se conocieron y su primera noche en el Villa Magna –enlace a un vídeo de YouTube con una entrevista de 2001–, su ascenso en televisión –biografía publicada en la web de la cadena–, su boda de penalti –imagen del enlace publicada en Facebook, con el evidente embarazo de Lorena bajo el vestido–, incluso su fama de mujeriego... Aquí tenéis varias tertulias y entrevistas donde alardea de su afición por el sexo opuesto.

–¿Y por qué dices que es más personal? –pregunta Adriana, absorta en la documentación que tiene delante.

–Porque esto no son más que detalles. Si os fijáis, el capítulo habla continuamente de sentimientos, se hace referencia a la humillación que tuvo que sentir Lorena ante las infidelidades de su marido. Se introducen pensamientos, confesiones muy íntimas que obviamente no se expresan en una entrevista ni se publican en redes.

–Solo un puñado de personas podían saber esto –piensa Adriana en voz alta.

–Exacto.

–¿Y los vídeos sexuales del marido? ¿Conocía ella su existencia, como afirma el capítulo?

–Pues le costó confesarlo –sigue Xabier–, porque pensaba que podía inculpinarse de alguna forma. Pero, sí, finalmente afirmó que era cierto, que le supuso un gran impacto y que todo lo que dice sobre la contraseña y lo que sintió al verlos es cierto.

–¿A quién se lo contó?

–Al parecer hay un común denominador en todas estas confesiones, alguien a quien se lo confesó todo. Su psicóloga, una tal Nagore González.

–Me suena, creo que es conocida. ¿Sabemos algo de ella? –pregunta Adriana.

–He quedado con ella a las doce en su consulta –apunta Sara–, aunque no ha respondido con demasiado entusiasmo.

–Bien. Gracias, chicos, buen trabajo. Igor, tu turno.

–Siguiendo instrucciones de la jefa, me he centrado en las mujeres. Sabéis que es lo mío. Tengo un par de agentes visualizando las horas de porno *amateur* que nuestro hombre almacenaba en su ordenador, con él como protagonista. Tratamos de identificar a las mujeres y de obtener alguna pista, algún comentario provechoso entre jadeo y jadeo. Necesitaremos un par de días.

–¿Y el arpón? –sigue preguntando la subinspectora.

–Dato interesante. Antes de venir he hablado con un directivo de Decathlon, donde lo compró. Al principio se ha mostrado un tanto cretino, aunque luego se ha ido ablandando. He quedado en ir a verle esta mañana. Lo interesante es que a través del número de pedido del albarán ha podido comprobar que la compra se realizó mediante una tarjeta regalo.

–¿Perdón?

–No se ha pagado con una tarjeta de crédito normal, sino con una de esas tarjetas regalo que venden los propios establecimientos. La cuestión es que esas tarjetas solo pueden adquirirse en una de sus tiendas y es posible que, a través del código de identificación, puedan comprobar dónde y cuándo se adquirió.

–A ver si tenemos suerte. La tienda estará plagada de cámaras. No vuelvas sin la cara del comprador, Igor. Tenemos que revisar también el aparcamiento contiguo al puerto, donde se esfumó

nuestra mujer. Hay que comprobar las cámaras privadas que pueda haber en la zona, detrás del Ayuntamiento.

Suena el teléfono de Adriana. Es un mensaje de Zubieta. Quiere verla en su despacho, por lo que es hora de zanjar la reunión.

Cada vez que suena el móvil le da un vuelco el corazón. La perspectiva de un tercer capítulo la tiene angustiada. Necesita tiempo, ganar la iniciativa, ponerse a la altura, evitar que lo vuelva a hacer... y escribir a su madre.

## 12

El Palacio de Justicia de San Sebastián está situado en la plaza Teresa de Calcuta, en el lado este del río. A las dos de la tarde su sala de prensa es un hervidero de periodistas. Más de cincuenta medios acreditados enfocan sus cámaras y micrófonos hacia el estrado, que acaba de ser ocupado por tres personas.

En el centro, frente al atril, se sitúa una mujer de mediana edad, morena, de rostro serio y mirada severa mientras espera que se imponga el silencio en la sala. Es Olivia Rojo, fiscal jefe de Guipúzcoa. La flanquean el consejero de Seguridad del Gobierno Vasco y el director de Investigación Criminal de la Ertzaintza.

–Buenas tardes –inicia la comparecencia la fiscal–. Acabamos de mantener una reunión con la jueza de instrucción número 5 de San Sebastián, así como con el Departamento de Seguridad y los responsables de la investigación de los asesinatos de Daniela Fraile y Andrés Sola. El objeto de esta comparecencia no es revelar ninguna información sobre la citada investigación, que se mantiene bajo secreto de sumario, sino tratar un aspecto crucial.

Revisa sus notas, deleitándose del silencio conseguido en apenas unos instantes.

–Como todos ustedes saben, el supuesto asesino ha publicado los detalles de los dos crímenes, unidos a comentarios injuriosos hacia las víctimas y sus familiares, a través de un portal de Internet denominado Infidelis. Supuestamente lo ha hecho, además, con

unos minutos de antelación respecto a la ejecución de los crímenes. Aunque en este momento todas las líneas de investigación están abiertas, la Ertzaintza no descarta que el móvil de estos asesinatos sea económico, pues para descargar cada uno de los capítulos hay que abonar la cantidad de 9,99 euros. Pues bien, ahora mismo la página cuenta con casi cuarenta mil descargas. Han oído bien, cuarenta mil descargas. Esto quiere decir que hay cuarenta mil ciudadanos que han comprado un artículo directamente a un asesino, facilitándole por tanto no solo los medios para seguir actuando, sino, sobre todo, la motivación para continuar con su plan. Casi cuatrocientos mil euros en tres días, salidos del bolsillo de ciudadanos como nosotros, de vecinos de Daniela Fraile y Andrés Sola. Debemos parar esto, y debemos hacerlo de inmediato.

Pasea la vista en derredor, permitiendo que los distintos medios capten su mirada inquebrantable, ávida de justicia.

–Pagar a un asesino para que pueda cometer asesinatos es ilegal. Tras analizar la situación provocada por la página Infidelis, la Fiscalía ha decidido considerarlo un delito de cooperación necesaria. Los compradores, y sobre todo aquellos que piensen adquirir los capítulos en el futuro, deben saber que este delito está castigado con penas graves de prisión si dicha cooperación se ha prestado con carácter previo a la comisión del crimen. Como en este caso el capítulo se adquiere con anterioridad al asesinato, se pedirá la máxima pena para aquellos que lo cometan. Y deben creerme: no es un farol, no estamos exagerando para intentar evitar las descargas, estamos dispuestos a perseguir con todas sus consecuencias a todo aquel que adquiera un capítulo en la página. Las promesas de confidencialidad que el propio asesino hace en la web son del todo infundadas. En el momento en que ustedes hacen un pago con tarjeta bancaria o dejan un correo electrónico, queda un rastro imborrable en la red, y la Policía Judicial cuenta con medios tecnológicos para averiguar la identidad de los compradores. Y pueden estar seguros de que por parte de esta Fiscalía se van a perseguir.

Detiene el discurso para comprobar el impacto que el mensaje está teniendo sobre los periodistas. Es consciente de que casi todos



ellos han adquirido los capítulos y se habrán apuntado a la lista de envíos. No encuentra inquietud en sus miradas, que siguen atentas a sus explicaciones.

Olivia Rojo lanza un suspiro y niega con la cabeza, como si no diera crédito a la situación. Exactamente lo que indica en mayúsculas el discurso que lleva escrito y que ha memorizado convenientemente.

—¿De verdad es esta la sociedad que queremos? —Rebaja el tono para hacerlo más cercano y confidente—. Han asesinado a dos de nuestros vecinos de una manera salvaje. A Daniela Fraile, una profesional brillante y madre de dos niñas, le asestaron siete puñaladas en la habitación de un hotel. A Andrés Sola, admirado por muchos de nosotros, le han disparado con un fusil de pesca. Pónganse en el papel de sus familias, de sus amigos, de sus compañeros de trabajo... ¿A ustedes les gustaría que su vecino pagara al asesino de su esposa para leer los detalles del crimen, publicados por el propio asesino? ¿En eso nos hemos convertido? ¿Nuestra curiosidad, nuestro morbo acaso no conocen límites?

Rostros impávidos frente a ella, como era de esperar. Solo sus dos acompañantes reaccionan con muestras de malestar.

—Si el asesino busca lucrarse con este derramamiento de sangre, no le demos el placer de la victoria. Evitemos que salga ganando con toda esta locura y que mañana puedan salir imitadores. Paremos las descargas. Y si no lo hacen voluntariamente, tienen el compromiso de la Ertzaintza y de esta Fiscalía de que recaerá todo el peso de la ley contra quienes adquieran el contenido. ¿Alguna pregunta?

Una avalancha de voces y manos levantadas irrumpen, buscando la atención de la interlocutora. Ella señala hacia uno de ellos.

—¿Van a procesar a cuarenta mil ciudadanos?

—La decisión que hemos adoptado es no actuar contra los que ya han descargado el capítulo. Podemos entender que la situación necesitaba de una calificación jurídica que los ciudadanos no tenían por qué conocer. Pero, ahora que la advertencia ha quedado clara, a partir de este momento se procederá al procesamiento de todo el que compre un capítulo en la página o lo distribuya por cualquier medio.

–Señora Rojo, ¿no sería más sencillo eliminar la página de Internet?

Una mueca rápida muestra incomodidad con la pregunta.

–Se está trabajando en ello.

Exclamaciones de sorpresa, nuevas peticiones de preguntas.

–¿Está diciendo que la Policía no es capaz de bloquear la página web?

–Estamos seguros de que pronto lo conseguirán –trata de justificarse la fiscal.

–¿Cómo van a perseguir a quienes acceden al contenido si no son capaces de bloquear la propia página?

–No hay más preguntas.

## 13

Adriana se pone nerviosa. Tiene mucho trabajo y la reunión se le está haciendo pesada, improductiva, sobre todo a esta hora de la tarde. Igor, sentado a su lado, debe de pensar lo mismo a juzgar por los resoplidos que lanza sin ningún disimulo.

Están sentados en los incómodos sofás que amueblan el despacho del inspector jefe en compañía del propio Zubieta y de César Benítez, psicólogo de la División de Investigación Criminal, que lleva media hora de disertación. Este se muestra incómodo, forzado a presentar un informe preliminar sobre el perfil del asesino, sin apenas tiempo ni información para haberlo podido realizar con la debida profundidad.

Adriana mantiene las formas, más allá de la pierna que mueve arriba y abajo con impaciencia.

–Resumiendo, César –ordena el comisario.

–Según las primeras estimaciones, y dejando claro una vez más que hasta la fecha no tenemos demasiada información, nos enfrentamos a un varón blanco, de entre treinta y cincuenta años, con formación académica seguramente relacionada con la tecnología. Nos decantamos por una ingeniería, profesión que

combina con inquietudes humanistas, lector empedernido. Pensamos en una profesión técnica no por una conclusión metodológica, sino porque es más fácil encontrar un ingeniero que sepa escribir bien que un escritor que sea capaz de crear el desarrollo tecnológico que ha supuesto *Infidelis*. Divorciado, abandonado recientemente por su mujer, mantiene aún viva la herida de una infidelidad reciente. Recibe, o lo ha hecho hasta ahora, asistencia psicológica.

—¿Cómo coño sabes eso? —lanza Igor.

Su presencia en la sala incomoda claramente al psicólogo, que se muestra en actitud defensiva hacia él.

—Por cierta terminología utilizada en los capítulos, especialmente en el segundo. Se hacen reflexiones acerca de los sentimientos, del impacto que la infidelidad causó en las parejas, que suenan a recital de consulta. Los propios nombres asignados a los capítulos, «Desgarro» y «Humillación», son dos de los efectos analizados en cuadros de depresión o angustia por situaciones de infidelidad conyugal.

—¿Hay más efectos? —pregunta Adriana, adelantándose a los títulos que podrían tener futuros capítulos.

—Claro. —Benítez revisa sus notas—. Existe un trabajo académico muy interesante publicado por el profesor Miguel de la Torre que trata estas cuestiones, se llama *Intervención psicológica en terapia de pareja. Respuesta emocional ante la infidelidad*. —Adriana apunta el nombre del libro—. Creo que de allí ha extraído tanto el título de los capítulos como incluso algunas manifestaciones. En el libro, además de estos dos efectos, se analizan otros recurrentes en este tipo de situaciones: los celos, la falta de autoestima, la desconfianza, la inseguridad, la dificultad para volver a rehacer la vida de pareja, la tristeza, el arrepentimiento...

—Joder —Igor deja de tomar notas—, va a tener capítulos como para escribir una enciclopedia.

—No lo creo —interrumpe el psicólogo—, solo los necesarios para cumplir su objetivo.

—¿Ganar dinero? —plantea Adriana.

—Exacto. La infidelidad es una mera excusa, un gancho muy atractivo para atrapar lectores. No hay más que ver la repercusión

mediática que está teniendo, el interés que ha suscitado. Pero este hombre lo único que quiere es vender capítulos, nada más.

Igor se revuelve en el sillón.

–Pero ¿no acabas de decir que ha sufrido una infidelidad, que va al loquero, que se acaba de divorciar? ¿Montar todo este pollo únicamente para ganar pasta? No sé si me lo creo... Esto es una jodida pérdida de tiempo.

–Es compatible. La motivación es ganar dinero, vengarse mejorando su posición. La mecha que enciende esa motivación es la infidelidad sufrida.

–Así que ya nos estamos preparando para el siguiente asesinato –concluye el inspector jefe, sin apartar la mirada de sus dos teléfonos móviles.

–Me temo que sí –dice Benítez.

–Pero no será inminente. –Adriana piensa en voz alta, habla despacio–. Seguramente dejará pasar unos días. Ahora tiene lo que quería, repercusión mediática. Por eso ha matado a un famoso cocinero, para acrecentar el interés de todo el país. Las descargas siguen disparadas, todo el mundo habla del asunto, está en los periódicos, las radios y las televisiones. Dejará que pasen unos días antes de cometer el siguiente, no muchos para no darnos demasiado tiempo, pero los suficientes para que se siga caldeando el ambiente.

–Lo que nos deja cierto margen para prepararnos. –Zubieta hace un gesto con la cabeza al psicólogo–. Gracias por tu trabajo. Envíanos el informe, por favor.

–Preliminar –matiza el psicólogo.

–Lo que tengas. Pero mándanoslo. Y dadle prioridad al asunto. Si llegáis a nuevas conclusiones, nos lo contáis.

El hombre recoge sus papeles, se despide y se marcha. Los tres policías permanecen en silencio, asimilando la información.

–Es tarde, me voy a casa –afirma por fin Zubieta–. Adriana, aprieta a Fran para que nos diga algo sobre los pagos con la tarjeta cuanto antes.

–Hemos quedado en ir a verle ahora.

–Y mañana pásame un informe con las novedades. No sé cuándo va a volver a actuar este hijo de puta, pero está claro que lo va a

hacer. Y tenemos que estar preparados.

–El primer capítulo se publicó unos quince minutos antes de la hora del crimen, el segundo diez minutos antes. Es el margen que tenemos para actuar en caso de un tercer aviso. No va a ser fácil. Hemos enviado una orden de alerta a todas las comisarías para que estén preparados, pero todo dependerá de la ubicación.

–Diez minutos... –Zubieta medita el tiempo de respuesta–. Según dónde se cometa puede ser suficiente para llegar, alguna unidad puede estar cerca. Pero no confiemos en la suerte. Adriana, hay que pillarle antes como sea.

## 14

Adriana e Igor atraviesan los pasillos de la comisaría, prácticamente desiertos a esa hora de la tarde. Comentan las últimas novedades, que no son muchas, mientras se dirigen a visitar a Fran para conocer el avance de la investigación tecnológica.

–¿Qué plan tienes para el fin de semana? –pregunta el policía para amenizar el recorrido.

–Me gustaría hacer algo de deporte. Correré por la playa mientras Mario nada.

–¿Sigue con eso de bañarse todos los fines? Se le acabarán quedando las pelotas como aceitunas si sigue metiéndose en el mar con este frío.

Adriana se ríe con el comentario.

–Las tiene bien puestas, gracias por tu interés. ¿Y tú? ¿Alguna cita? ¿Cómo va de conquistas nuestro flamante agente?

Igor lanza un gruñido. Sabe que con un chiste malo puede esquivar la pregunta.

–Igual llamo a la viuda de Sola, ahora que se ha quedado so...

–No, por Dios.

–Soy un lobo solitario, ya lo sabes. Supongo que aprovecharé para dormir, veré alguna serie y trataré de buscar a nuestro Infidelis, un

varón blanco, de entre treinta y cincuenta años, divorciado. Medio Euskadi, vaya. Esto de los perfiles es una patraña.

–¿Sabes algo de tu hija?

–La semana que viene es su cumpleaños. Quince.

–¿Quedarás con ella?

La conversación comienza a incomodarlo.

–Ya veremos... Es una edad complicada, ya sabes. A ninguna adolescente le gusta estropear su TikTok con un padre como yo.

–No digas tonterías.

Cruzan un recibidor del que parten varios pasillos repletos de despachos. En un mostrador, un policía está terminando de recoger unos papeles antes de marcharse. Colgado de una pared, un televisor emite una tertulia con un volumen bajo, pero que, en el silencio reinante, permite escuchar los comentarios.

–Euskadi está consternada tras la publicación del vídeo con el asesinato de Andrés Sola. Es simplemente brutal. No se habla de otra cosa. ¡Un cazainfieles! –dice un tertuliano.

–Y a juzgar por el número de descargas, que, según podemos ver ahora mismo, ascienden ni más ni menos que a ochenta mil, vivimos en una comunidad repleta de infieles asustados –añade otro.

–Conozco a maridos que no se separan del móvil ni para dormir.

Los tres tertulianos ríen. Adriana observa la pantalla con desprecio. No puede creer que frivolicen con algo así.

–Llevan todo el día –dice el policía del mostrador–. No hay una sola cadena que no esté hablando del tema.

Encuentran a Fran parapetado tras su escritorio, repleto de monitores de ordenador, portátiles y cables. Tras él hay varios informáticos haciendo horas extras. Solo se oye el repiqueteo constante de los teclados.

Igor se sienta frente a la mesa y brama con su vozarrón habitual:

–Amigo mío, llevo trabajando desde las seis de la mañana y estoy agotado. Me niego a aguantar un rollo de los tuyos a estas horas. Por favor, cuéntanos lo que has averiguado como si fuéramos niños de cinco años.

–¿Algún avance con la página? –pregunta Adriana, igualmente cansada.

–Ninguno –responde Fran, tajante–. Nuestros intentos de ataque han resultado infructuosos. Le hemos bombardeado con toda clase de virus y sistemas de rastreo y no hay manera de parar esto. Una preciosidad, las cosas como son.

–Ahórrate los elogios –Igor saca un caramelo de su bolsillo–, te recuerdo que es un asesino. ¿Y si pedimos ayuda al CNI? Entre sus funciones está el velar por la seguridad en las telecomunicaciones a nivel estatal, así que tendría sentido contactar con ellos.

–Tengo un colega que trabaja allí, puedo llamarle. Pero, vaya, no te hagas muchas ilusiones. Es un trabajo muy fino. Incluso las descargas. Ha establecido un sistema de codificación del archivo para que solo pueda abrirse en el dispositivo desde el que se adquiere.

–Vaya, un hombre concienciado con la piratería –afirma Igor.

–No quiere perderse un solo cliente.

–¿Y los pagos? –pregunta Adriana–. Dime que hemos avanzado con eso.

–Eso es aún mejor. Una maravilla. Sencillo en cuanto al planteamiento, complejo en su ejecución. Utiliza mulas digitales. Lo sé, un poco visto, pero muy bien montado. Bastante sofisticado.

–¿Qué son mulas digitales? –pregunta el agente.

–Como las mulas de los narcotraficantes –responde el otro con paciencia–, gente que carga con la droga de un lugar a otro. Pues aquí es igual, pero con dinero digital. Alguien lo carga en una cuenta y lo pasa a otra, a veces conscientemente y otras, como en este caso, sin tener ni la menor idea... –Observa sus caras perplejas y se desespera–. Vamos, hombre, ha salido mil veces en las noticias, ¿de verdad no sabéis lo que es?

Ante la cara de estupefacción de sus compañeros, Fran decide empezar por el principio. Recupera cierto brillo en su voz, que Adriana interpreta como el entusiasmo de quien se siente retado. El informático coloca una tableta de gran tamaño en mitad del escritorio y con un lápiz digital empieza a garabatear un esquema.

–Este de aquí soy yo con mis 9,99 euros, dispuesto a comprar el capítulo. Los tengo en mi cuenta bancaria. Pues bien, compro en la página y mis 9,99 pasan de mi cuenta a la cuenta bancaria de un

pobre jubilado de Móstoles. Es literal, no es ficción. Este jubilado es una de nuestras mulas digitales. El buen señor ingresa en su cuenta mi dinero y veinte mil euros más de diversos compradores morbosos como yo. Él no se entera de nada. Es un hombre de ochenta y cinco años que seguramente no sabrá ni acceder a la página web del banco, así que se enterará de todo esto cuando actualice su cartilla en la sucursal.

–Pero ¿de qué coño hablas, Fran? –Igor está agotando sus últimas reservas de energía–. ¿Qué pinta un puñetero jubilado en todo esto?

–Nada, es una víctima más. Hemos comprado varios capítulos con distintas tarjetas y el esquema se ha repetido exactamente igual, pero con distintas mulas, distintas cuentas bancarias, todas ellas con una característica en común: pertenecen a gente mayor.

–¿Y entonces? –Adriana se anima–. ¿Podemos localizar el dinero?

–No –vuelve a decir Fran, tajante, rompiendo cualquier esperanza–. Aquí va la segunda parte, os va a encantar. –Se inclina de nuevo sobre su pantalla–. Cuando las cuentas bancarias de nuestras mulas jubiladas reciben la cantidad de veinte mil euros, se produce una transferencia automática, previamente programada en su área de usuario. Los veinte mil euros salen de la cuenta de la mula hacia otra cuenta, otro banco, otro país. En concreto, todas se dirigen a un banco denominado First Capital Bank, que, oh, sorpresa, está situado... ¿en?

Mantiene la tensión mirando a uno y otro agente. Sus caras denotan que no están para intrigas.

–¿Baracaldo? –suelta Igor.

–Las Islas Vírgenes Británicas. Un paraíso no solo por sus playas caribeñas, sino también por su secreto bancario. Uno de esos lugares donde no basta con enseñar una placa para que te confíen de quién es una cuenta corriente.

Adriana se recuesta en la silla y entrelaza las manos tras la nuca. No entiende nada. El cansancio pesa y le cuesta pensar con lucidez.

–Si te he entendido bien, Fran, y de verdad que es difícil, la gente paga con su tarjeta y el dinero se ingresa en las cuentas de las mulas, jubilados o algo así. Cuando la mula recibe pagos por veinte



mil euros, se transfiere el saldo a una cuenta en las Islas Vírgenes, un paraíso fiscal. ¿Es así?

–Cristalino. Bravo, Adriana.

–¿Y para qué tantas molestias? –La subinspectora sabe que algo se le escapa–. ¿Por qué no transfiere directamente el dinero desde la tarjeta de crédito de los compradores a la cuenta bancaria de las islas?

Fran alza los brazos, entre incrédulo y desesperado.

–¿Y vosotros sois los detectives? Es evidente. Si lo hiciera así, no tendríamos más que solicitar a VISA o American Express que nos dijera qué clientes han hecho un pago a las Islas Vírgenes. Además, podríamos exigirles el bloqueo de cualquier futura operación a dicho país. Pillaríamos a los compradores y evitaríamos que se produjeran más pagos. Fin de *Infidelis*.

A pesar de las horas y la tensión, Adriana comienza a entender la operación.

–En cambio, al transferirlo a una cuenta española, a las famosas mulas –sigue la inspectora–, resulta imposible de rastrear, es uno más de los millones de pagos con tarjeta que se producen al día en el país.

–Exacto.

–Pero sí que podremos saber –interviene Igor– el banco de los jubilados que transfiere dinero a las Islas Vírgenes. Y si tenemos el banco tendremos la relación de pagos realizados.

–Muy bien, Igor –dice Fran sarcástico–, veo que te vas despertando. El problema es que no es un banco de un jubilado, son muchos. Cada pago que hemos probado nos remite a un banco diferente. Tendréis que hacer muchas llamadas para lograr esa información.

Adriana e Igor resoplan a la vez. No es un simple asesino en serie, un perturbado que quiere vengarse de su exmujer haciéndose famoso por matar infieles. Están ante algo mucho más sofisticado, un trabajo profesional que requiere meses de preparación, además de notables conocimientos técnicos.

Empiezan a confiar en el perfil psicológico que les han contado.

–Entiendo, por tanto, que esto implica hackear la cuenta de los jubilados para poder acceder a sus datos bancarios –dice Adriana.

–Así es. Pero esa es la parte más fácil de ejecutar. Un simple *malware* insertado en un PDF y enviado a un listado masivo de correos electrónicos de personas de cierta edad, y en unos minutos tendrás las contraseñas de acceso de miles de cuentas. A partir de ahí, a seleccionar el banco que menos seguridad ofrezca y a jugar.

La subinspectora se levanta de la silla. Es hora de irse a casa, tomarse una pastilla y repeler la ansiedad que la lleva en volandas durante todo el día.

–Conclusión: que no puedes desconectar la página, no puedes parar las descargas y no puedes acceder al dinero. ¿Es así?

–Al menos por ahora.

–A Zubieta le va a encantar.

## 15

Adriana ha tenido que vencer la pereza y obligarse a levantarse a las siete de la mañana de un domingo. Un domingo gris, triste y con una llovizna fina y persistente, ingredientes ideales para quedarse refugiada bajo el edredón. Pero ahí está, corriendo por una Concha desierta mientras Mario se baña en un mar todavía más desierto.

Aunque le ha costado levantarse y pese a que su forma física es manifiestamente mejorable, agradece haber venido. La brisa marina jaspeada de pequeñas gotas, el sonido de las olas rompiendo contra la playa y el susurro de sus zapatillas al pisar la arena son sensaciones que la reconfortan y le regalan una paz perdida en los últimos días. No piensa en nada, se limita a correr y a centrarse en la respiración y el ritmo, nada más; durante unos minutos ha logrado aparcarse los detalles de la investigación.

Está en baja forma y comienza a respirar con dificultad. Ya ha tenido suficiente. Se sienta en la arena para recuperar oxígeno mientras trata de distinguir a Mario braceando entre las olas. El color del neopreno se confunde con las aguas oscuras y le cuesta

encontrar los brazos que, lentamente, emergen y desaparecen una y otra vez. De no ser por la boya de natación que arrastra tras de sí, de color naranja chillón, sería incapaz de localizarle.

Adriana mira a su alrededor y le reconforta la soledad que respira la bahía. No hay ni rastro de los turistas que en verano convierten el lugar en un parque temático, oleadas de personas que inundan las calles del centro y la playa, barcos fondeados que aprovechan cualquier recoveco donde echar el ancla. En noviembre y con este tiempo, solo los cuatro incondicionales se atreven a bajar a la arena a estas horas de la mañana.

Mario sale del agua y se dirige a ella.

–Pero si estás morado –le dice Adriana, sorprendida por el tono oscuro de su rostro y sus manos–. Si te llega a pasar algo, no me meto ahí ni loca.

Él se ríe mientras recoge la mochila del suelo.

–La verdad es que está fría, pero no hay nada como un buen baño para relajarse y pensar.

–No me has contado qué tal vas con la operación.

Mario trabaja desde hace años como asociado en la oficina de la consultora KPM de San Sebastián. Lleva meses dirigiendo una operación de compra de un importante grupo industrial que está a punto de culminar.

–Los de Legal están revisando los contratos, nuestra parte está ya más o menos terminada, a falta de algún fleco. Si todo va bien, en un par de semanas podremos firmar en la notaría y seré libre por fin.

–¿Os han vuelto a hablar del bonus?

–No, pero, en cuanto lo cerremos, hablaré con el socio.

Aunque no entiende demasiado los detalles de su trabajo, y tampoco le resultan especialmente estimulantes, le gusta oírle hablar de sus temas. Primero, porque le apasiona su trabajo y lo transmite cuando habla; segundo, porque le gusta pensar que más allá de los asesinatos hay un mundo que sigue girando.

Se duchan en los baños ubicados bajo los porches y van a desayunar a la cafetería de La Perla.

Han comprado la prensa, él la económica y ella la generalista, y leen en silencio mientras se toman un café con tostadas. *Infidelis* ha escapado al ámbito autonómico y copa ya portadas de los periódicos nacionales. Todo el mundo habla de la muerte de Sola y el misterioso asesino en serie. Con toda esa promoción gratuita, hoy las descargas se dispararán seguro. Adriana se plantea si entrar o no en la página cuando suena su teléfono.

–Hola, mamá –dice, saliendo a la calle para poder hablar.

–Por fin, hija, no hay forma de hablar contigo.

–Lo sé, mil perdones, estos días están siendo difíciles.

–Ya me imagino, cariño, ya me imagino. A mí todo esto me tiene muy preocupada, Adri.

–Pues no te preocupes, mujer, que las viudas no pueden ser infieles. No te va a pasar nada.

–No digas tonterías. –La mujer no pilla la gracia–. Estoy preocupada por ti. Me llamó tu tía para decirme que salías en la página del loco ese.

–Gajes del oficio. Mamá, tranquila, está todo bien. Le cogeremos más pronto que tarde y se acabará esta historia.

–Ayer hablé con Mario. –Justo cuando pronuncia su nombre, Adriana le está mirando a través de la cristalera de la cafetería, mientras lee el periódico; no puede dejar de pensar que sigue igual de guapo que siempre–. Me dijo que todavía no habías decidido lo del puesto en Bilbao, que te lo estabas pensando.

Adriana pone los ojos en blanco. Preferiría que no hicieran frente común en esta historia.

–Mamá, por ahora no me voy a ninguna parte. Estoy bien en el trabajo, ya lo sabes, y más ahora con este asunto y...

–Ya lo sé, hija, ya lo sé, y también sé que no pararás hasta que lo atrapes. Es que me aterra que pueda pasarte algo... Pero no quiero añadirte más preocupaciones, solo quería hablar contigo.

–El domingo que viene iremos a comer, si te parece bien.

–Me parece perfecto. Cuídate mucho, cariño, y mándame un mensaje de vez en cuando para saber que estás bien.

–Lo haré. Te quiero mamá.

–Y yo, hija.

Justo cuando cuelga, Adriana recibe un mensaje. Es de Igor.

Lo ha conseguido. Ya es millonario.

Accede a la web y tiene que apoyarse en la pared para no perder el equilibrio. Ciento sesenta mil descargas. O lo que es lo mismo: un millón seiscientos mil euros.

## 16

–Tengo una paciente famosa. –La psicóloga Marina Otero esboza una de sus características sonrisas reconfortantes–. Te vi en las noticias, en aquel puerto deportivo. Es horrible, Adriana.

–Sí, lo es...

–¿Cómo te sientes?

No es fácil responder, son muchos los sentimientos que pelean en su interior buscando prevalecer unos sobre otros. Puede pasar de la tristeza a la alegría, de la ansiedad a la tranquilidad en una fracción de segundo.

En cuatro días su vida se ha convertido en un torbellino imparable que trastoca todo a su paso, con ella en el centro. En todos sus años de profesión jamás ha vivido algo así.

–Supongo que bien. Físicamente algo cansada, están siendo muchas horas trabajando y no duermo bien. Mentalmente estoy nerviosa, inquieta. Toda esta exposición no ayuda. Y luego está la presión de estar a la altura. Cada hora que pasa sin lograr un avance me hace cuestionarme si estoy preparada para algo así.

–Claro que lo estás, Adriana, eres una gran profesional y estás trabajando duro para intentar atrapar a ese tipo. Lo conseguirás, ya lo verás.

–Eso espero.

La subinspectora mira el teléfono una vez más, lo hace de forma inconsciente. Es un hábito adquirido en estos días, en los que espera encontrarse en cualquier momento con el aviso de un nuevo capítulo.

–¿Y Mario? ¿Cómo lo lleva?

–Está preocupado, cabreado a ratos. Hace esfuerzos por no ponerse en modo protector, pero lo tengo todo el día encima. Y a mi madre ni te cuento.

–Es normal, debes comprenderlo.

–Soy policía, Marina, subinspectora de Homicidios. Mi trabajo es perseguir asesinos.

–Claro que sí, y lo saben, pero este es un caso especial, tiene un componente truculento, con un asesino en serie que para colmo ha hablado de ti en su blog. Además, como tú misma has dicho, toda esa exposición mediática no ayuda.

Sabe que tiene razón. Es evidente que se preocupan por ella y eso es positivo, a todo el mundo le gusta sentirse querido, protegido, con una familia atenta a lo que te pasa. Es algo que la reconforta, pero también, por alguna razón, no deja de irritarla.

«Hay momentos en la vida, y este es uno de ellos, en los que debes mantenerte centrada, no puedes permitirte ninguna distracción. Es un poco egoísta que Mario y mi familia me sigan reclamando cuando sobre la mesa tengo a un asesino que lleva dos víctimas y Dios sabe cuántas más por delante», piensa.

–No puedo distraerme, Marina, no puedo –concluye–. Hay vidas que dependen de nuestro trabajo y tengo dos muertos que piden justicia. Y no hay nada que pueda detenerme.

–No creo que ellos quieran detenerte, Adriana.

–Lo sé, lo sé, pero es que tanta preocupación me irrita. Sé que no es justo y a veces lo pago con ellos. Hoy, por ejemplo, hemos discutido. Quiere que vayamos a un entierro y obviamente yo no puedo, y le parece inconcebible que no saque un rato para ir.

–¿Ha muerto alguien cercano?

–Cercano no. Era de nuestro antiguo barrio. Lo peor es que lo leí en Internet y ni tan siquiera caí en que eran ellos. No tengo la cabeza para más tragedias, Marina, te lo aseguro. Era una abuela que vivía con su nieto adolescente a unas casas de distancia en nuestra misma calle. No los había vuelto a ver desde que nos mudamos el año pasado. Un incendio, han muerto los dos. Pobre mujer... Era una tragedia anunciada. Todos en el vecindario sabíamos

que podía ocurrir, con todos aquellos empalmes que hacían al poste de la luz. Cuando se lo he recordado, Mario se ha enfadado todavía más ante mi supuesta falta de sensibilidad. ¿Sabes lo que me ha dicho? «Vives con tanta sangre que ya nada te impresiona». En fin... Y, además, solo pensar en ese barrio se me revuelven las tripas. Es un capítulo cerrado para mí, con todo dentro.

–Eso, Adriana, como tú dices, es un capítulo cerrado. Pero no quiere decir que no puedas ir a un funeral de un antiguo vecino. Mira, si no tienes tiempo para ir, no pasa nada, pero si encuentras un minuto libre, piénsatelo. No por darle la razón, sino por desconectar un poco de todo esto. Aunque un entierro... Igual mejor una cena, ¿no crees?

La subinspectora sonríe.

–¿Y del malo? ¿Se sabe algo ya? –pregunta la psicóloga, a modo de despedida.

A Adriana se le borra la sonrisa, como cada vez que piensa en la investigación.

–Para empezar, no sabemos si es malo o mala, lo cual es estar bastante perdido.

Suena de pronto su teléfono y con el primer tono casi se le corta la respiración. Es Sara.

–Ven a la comisaría –le pide.

–¿Qué ocurre?

–Acaba de presentarse aquí un tal Javier Prieto, un detective privado. Debes oír lo que dice.

## 17

*Extracto de la grabación del interrogatorio de Javier Prieto, detective privado, realizado por la subinspectora Adriana Collante y la agente primera Sara Angós.*

**AC:** Para que conste, diga su nombre, apellido y profesión, por favor.

**JP:** Me llamo Javier Prieto y soy investigador privado, licencia número 1.219. Soy socio de la Agencia Mainé & Prieto, ubicada en Gros.

**AC:** Nos han dicho que quería vernos.

**JP:** Sí, bien, verá, subinspectora... Como lo están grabando, me gustaría que esto constara también. Antes de venir he consultado con nuestro abogado para preguntarle si podía hablar con ustedes sobre esto y ha concluido que sí. Es una investigación criminal y...

**AC:** Cuéntenos, señor Prieto.

**JP:** Estoy aquí por el asesinato de Daniela Fraile. Ya sé que está en todas las noticias y no se habla de otra cosa, pero he estado unos días trabajando fuera, en Madrid, y no me he enterado de nada hasta ayer por la tarde.

**SA:** ¿Y bien?

**JP:** Gorka Suances contrató los servicios de la agencia, yo mismo atendí su encargo. Fue hace unos dos o tres meses. Sospechaba que su esposa estaba teniendo una aventura y quería información.

**AC:** ¿Gorka Suances le contrató para espiar a su mujer?

**JP:** Nosotros no lo llamamos así, como puede comprender. El hombre estaba angustiado ante la posibilidad de que su esposa le estuviera engañando y quería confirmarlo o desmentirlo. Nos pidió que hiciéramos un seguimiento.

**AC:** ¿Y qué descubrieron?

**JP:** Pues..., al parecer lo que ya es público. Tenía una aventura con el empresario Goyo Irastorza.

**SA:** ¿Cómo lo averiguaron?

**JP:** No fue complicado, la verdad. La seguimos un par de semanas y descubrimos que pasaba unas horas en el hotel Iturmendi todos los miércoles al mediodía.

**AC:** ¡El botones! Era usted el que habló con él.

**JP:** Me quedé horrorizado cuando leí el capítulo. Solemos usar coches de alquiler en los seguimientos para no llamar la atención y, sí, fui yo quien habló con el botones del hotel para confirmar la identidad del amante. Tal y como lo contaba el capítulo, aunque era yo y no el señor Suances el que hacía el seguimiento. Pero les juro que no tengo nada que ver con todo esto, nada.



**AC:** ¿Le dio algún informe?

**JP:** Sí, claro. Le adjuntamos un informe detallado con hechos constatados, el histórico de las reservas del hotel realizadas por el señor Irastorza, el registro de ella en la misma habitación, fotografías de la señora Fraile entrando y saliendo casi al mismo tiempo que él, incluso cenando juntos un día que Gorka Suances estaba de viaje de negocios. La conclusión del informe no dejaba duda alguna acerca de la infidelidad de su esposa.

**SA:** ¿Y cuál fue su reacción cuando se lo contó?

**JP:** Puede imaginárselo. Se quedó abatido, apenas preguntó nada. Cogió el dossier y se marchó.

**AC:** ¿Le contó al señor Suances sus métodos, lo del coche y el botones?

**JP:** No, al menos que yo recuerde. Nunca solemos especificar nuestros métodos.

**AC:** ¿Y quién más podía saber algo así?

**JP:** No lo sé. Creo que no lo he comentado con nadie... Diría que nadie más.

**AC:** ¿Cuánta gente trabaja en la agencia?

**JP:** Somos cinco personas. Pero es un trabajo que hice yo directamente, ninguno tuvo contacto con Suances, solo yo.

**AC:** ¿Lo habló con alguien? Haga memoria, es importante. ¿Alguien pudo conocer de alguna forma esta información?

**JP:** Diría que no. Tratamos los casos complicados entre todos cuando necesitamos ayuda, pero esto era algo bastante sencillo. Diría que no lo hablé con nadie, aunque ahora mismo no puedo asegurarlo.

**SA:** ¿Dónde estaba el miércoles al mediodía?

**JP:** Imaginaba que me lo preguntaría. Llevo fuera de la ciudad toda la semana. Puedo demostrar el viaje sin problemas.

**AC:** Bien, señor Prieto, le agradecemos mucho su colaboración. Un par de agentes acudirán hoy a su agencia para interrogar al resto de los empleados. Me gustaría que los reuniera a todos y que nos facilitara el expediente del señor Suances.

**JP:** Por supuesto, por supuesto, se lo prepararé de inmediato.

**AC:** Gracias, señor Prieto.

No le gusta que nadie le mienta en una investigación, y mucho menos que desaparezca cuando se le descubre. Adriana no quiere dar todavía la voz de alarma y ordenar una búsqueda y captura, pero empieza a impacientarse. No hay nadie en su casa, no responde en su teléfono móvil, ni en casa de sus padres, ni en el trabajo, al que no acude desde la muerte de Daniela... Pero aun así no deja de ser el viudo de una de las víctimas y puede haber una explicación racional a todo esto. Una cosa es ocultar que has contratado a un detective y otra que cargues con dos asesinatos a tus espaldas. De todas formas, ha pedido una orden judicial para entrar en la casa por si no aparece. Le da una hora como máximo.

Xabier está camino de la agencia de detectives para iniciar los interrogatorios y requisar información. Igor y Sara esperan a Adriana en una cafetería situada cerca de la casa de Gorka Suances, por si aparece o tienen que entrar.

La subinspectora ha decidido dar un rodeo para hablar con Nagore González, la psicóloga de la viuda de Andrés Sola; no quiso recibir a Sara pese a haber concertado una entrevista y quiere saber por qué. Una psicóloga que, a juzgar por la lujosa recepción de la consulta, juega en una liga diferente a la de su querida Marina. Techos altos escayolados, amplios ventanales, una decoración moderna, el ruido relajante de una cascada artificial que preside la pared tras el mostrador... Un lugar ideal para que los millonarios lloren sus penas por trescientos euros la hora.

Una señorita de espléndida sonrisa le pregunta si tiene cita y le informa de que la señora González no recibe a nadie sin cita previa. La sonrisa se le congela ante la placa que Adriana coloca sobre el mostrador.

—Dígale que será solo un minuto, tengo que verla ya.

Cinco minutos después, está sentada frente a una mujer que rondará los cincuenta años, media melena rubia, mirada inteligente y sonrisa ladeada que parece cincelada en un rostro inexpresivo. El despacho es espectacular y Adriana tiene que hacer esfuerzos por

no desviar la mirada para observar los elegantes sofás, los cuadros modernistas que decoran las paredes con tonos neutros, las estanterías blancas repletas de libros. Sobre la mesa, una gran pantalla de ordenador, un teclado y un ratón, nada más.

–Siento molestarla, señora González, pero estamos investigando el asesinato de Andrés Sola. Imagino que habrá oído hablar del asunto. Su interlocutora asiente con la cabeza.

–La viuda del señor Sola, Lorena, nos ha contado que es paciente suya desde hace tiempo. ¿Es cierto?

–Si ella lo dice.

La respuesta contraría a Adriana no solo por su contenido, sino por el tono cortante.

–Sí, ella lo dice, pero ahora se lo estoy preguntando a usted.

–Verá, subinspectora... Collante. –Junta las manos sobre el pulcro escritorio–. Bajo ningún concepto voy a revelar información sobre ninguno de mis pacientes. Si es lo que pretende, creo que está perdiendo el tiempo.

–Sabe que puedo...

–Pedir una orden judicial –corta rápido–. Hágalo y luego veremos.

La estrategia no funciona, debe presionar.

–... detenerla ahora mismo.

Efecto conseguido. La media sonrisa se le congela todavía más y aparece fuera de lugar bajo unos ojos abiertos que muestran sorpresa, puede que algo de miedo.

–No tiene ningún derecho –dice con una voz que pierde fuerza.

–Claro que sí. Resulta que el asesino ha publicado un capítulo con intimidades acerca de la viuda que nadie conocía, información a la que nadie ha tenido acceso. Nadie, excepto usted. Así que o me cuenta lo que quiero saber, o le leo ahora mismo sus derechos y se viene conmigo a comisaría.

Sigue sin pestañear, mirándola fijamente. Adriana se reconforta pensando que ha dado con la tecla oportuna. Nadie quiere un escándalo, y mucho menos alguien que trabaja en un despacho como ese. Revisa su libreta dispuesta a seguir con el interrogatorio.

De pronto, la mujer vuelve a relajar las facciones, suspira hondo y extiende sus muñecas hacia Adriana.

–Si cree que tiene suficiente base para una detención legal, adelante. No voy a impedirselo. Pero con esa burda amenaza de policía de barrio no va a obligarme a vulnerar el secreto profesional médico-paciente. Si quiere hacerlo, traiga una orden judicial y me cita a declarar, no antes. Ahora, si es tan amable, tengo mucho trabajo.

Se levanta y se acerca hacia la puerta, que abre esperando que su incómoda visita se marche. Adriana se dispone a abandonar la estancia, incrédula ante esa reacción. Es evidente que no tiene base alguna para detenerla y no quiere verse empantanada ante una legión de abogados carísimos que acudirán a su llamada. Habrá que pedir la orden.

–En media hora voy a llenar su consulta de policías y le aseguro...

La psicóloga cierra de un portazo.

Cuando Adriana sale a la calle, el frío no mitiga el enfado que la corroe por dentro. Su intuición hacia esa mujer no le dice nada, no es capaz de percibir si tiene algo que ver con todo esto o simplemente ha topado con una estúpida estirada que no quiere codearse con gente de la calle. ¿Cómo la ha llamado? ¿Policía de barrio? Está crispada, alterada.

Camina hacia el coche mientras graba un audio dirigido a uno de los funcionarios del juzgado, un contacto directo que le han facilitado para agilizar cualquier trámite. Está dando los argumentos necesarios para que puedan fundamentar la petición. Como máximo en una hora tendrá la autorización firmada para el registro y el interrogatorio.

Se detiene frente a un escaparate situado junto a su coche. Hay una pantalla de televisión donde emiten las noticias. La imagen de Sola, desnudo, justo antes de recibir el impacto del arpón, ha copado todos los medios de comunicación. El vídeo ha sido emitido sin ningún pudor e inunda las redes sociales. Basta una simple advertencia de contenido sensible para emitirlo tal cual, un asesinato en vivo y en directo. Verle allí retratado, inmóvil, le parece deleznable.

Su enfado no amaina ante ese comportamiento que no logra entender. Miles de visualizaciones de cómo asesinan a una persona,

gente comprando al propio asesino el relato de sus crímenes... No se reconoce en el reflejo de una sociedad que ha perdido cualquier referencia moral, cualquier valor.

Cierra los ojos y se concentra en aplacar la ansiedad que la consume, rebajar las palpitaciones que amenazan con salirse del pecho. Respira hondo. Es su enemigo, siempre al acecho, dispuesto a abalanzarse sobre ella a la menor ocasión y arruinarle la vida. A punto estuvo de hacerlo en el pasado, en aquellos días oscuros... Se le nubla la vista, está en plena crisis de ansiedad. No es la primera vez y no será la última. Llega sin avisar, en situaciones de estrés como esta. Se apoya en el escaparate y respira, esforzándose por no perder el equilibrio y caer al suelo.

Y entonces se le presenta, una vez más. La visión de aquella sala blanca e impoluta. Las personas ataviadas con batas y mascarillas alrededor de la camilla donde está tendida, las conversaciones, el ruido del instrumental, el tintineo de sus constantes vitales... La imagen del paritorio es tan real que siente como si estuviera allí de nuevo y eso le provoca un fuerte dolor en el pecho. Es un recuerdo surgido a traición, un desgarró íntimo que no cesa y que parece querer acabar con ella.

Trata de relajarse, pero no consigue zafarse de esa imagen que tanto le duele. Intenta respirar hondo para mantener la serenidad. El flujo del aire entrando y saliendo le recuerda a la cadencia de sus jadeos en aquella fría sala, rodeada de médicos y enfermeras, haciendo un esfuerzo por recordar el ritmo aprendido en las clases de preparación al parto. Ve de nuevo a Mario a su lado, agarrando su mano, intentando calmarla. «Un último empujón, vamos, cariño, un último esfuerzo...». Siente que le fallan las piernas. Tiene que detener ese recuerdo que la destroza... Una lágrima resbala por su mejilla cuando evoca aquel último empujón y, con él, el mayor dolor al que un ser humano se puede enfrentar.

—¿Está usted bien, señorita?

Adriana se sobresalta al notar una mano sobre su hombro. Una mujer mayor, con gesto de preocupación, la observa con lástima. Se mira entonces en el escaparate, que le devuelve una imagen vencida.

- Mediterráneo –balucea.
- ¿Cómo dice? –pregunta la mujer.
- Mediterráneo, Mediterráneo...

Una nueva bocanada de aire y se centra en repetir el recurso tantas veces ensayado con Marina. «Cuando lleguen los demonios, ahógalos en el Mediterráneo e imagínate a orillas de sus aguas cristalinas, disfrutando de una copa de vino mientras te bronceas bajo un sol luminoso, en una vida ficticia alejada del pasado y sus fantasmas, de las muertes, los vídeos, los infieles...». Cuando abre los ojos la señora se ha marchado, seguramente asustada por su reacción de chiflada.

Ligeramente repuesta, Adriana fija entonces su atención en la pantalla tras el escaparate. El Mediterráneo se evapora y la realidad irrumpe con toda su crudeza. Un titular rotula la noticia que un presentador está dando con gesto serio. No puede oír lo que dice a través del cristal, pero no le hace falta: «*Infidelis* suma 300.000 descargas. El asesino se embolsa casi tres millones de euros con sus crímenes».

Esta vez es la rabia, y no la tristeza, la que aflora. Necesita lanzar un grito en mitad de la calle, un alarido contra esa gente que pasea a su lado, ciudadanos anónimos que matan su aburrimiento financiando a un criminal.

Sin embargo, por muy liberador que sea, no se ve gritando como una perturbada en plena calle. En lugar de eso, se limpia las lágrimas, sube al coche y llama a Igor.

- ¿Ha aparecido Suances?
- No todavía.
- Pues no esperamos más. Entrad ya. Ahora nos vemos.

## 19

Igor, Sara y Adriana rodean la enorme isla que decora la cocina de Gorka Suances, en mitad de la cual han colocado el informe de la Agencia Mainé & Prieto. Más de treinta fotografías de Daniela

aparecen desplegadas en la encimera. Las han encontrado en un sobre color sepia escondido dentro del horno.

Una decena de agentes están terminando de registrar el resto del piso, centímetro a centímetro. A diferencia de la primera vez, en esta ocasión sí se trata de buscar pruebas, y el resultado salta a la vista. El apartamento está completamente desordenado, caótico, como si un huracán lo hubiera arrasado.

Sin embargo, no han encontrado nada más que el informe.

–Esto no prueba nada –dice Igor–. Sí, nos ha mentado, de eso no hay duda, y cuando encontremos a ese imbécil tendrá que dar muchas explicaciones. Pero, aunque esta pista nos da un móvil para el asesinato de Daniela, él no tiene nada que ver con Andrés Sola, no hay ninguna vinculación entre los dos.

–Y mira esto –Adriana extiende los brazos para abarcar la majestuosa cocina–, ¿de verdad va a asesinar por dinero? No parece que le vaya precisamente mal.

–No te fíes de los ricos –apunta Sara.

Suena el teléfono de la subinspectora. Es Xabier. Lo pone en manos libres.

–Salgo ahora de la agencia de detectives. Tendremos que volver. Son varios trabajadores. Se confirma que en el asunto solo trabajó Javier Prieto, pero eso no quiere decir que el resto no hubiera podido tener acceso. Primero, porque al menos dos le ayudaron con alguna tarea administrativa: imprimir el informe, preparar las fotografías..., y, segundo, porque toda la información la tienen en una nube compartida a la que todos tienen acceso. Así que necesitaré a alguien que me ayude a corroborar las coartadas de todos estos para los días de los asesinatos.

–¿La de Prieto es cierta? –pregunta Adriana.

–Sí, sí, no hay duda. Ha preparado un dossier para demostrar su viaje: gastos de gasolina, reserva del hotel, recibos de las comidas y cenas, un listado de testigos que lo pueden confirmar... Está limpio.

–De acuerdo, te mando un par de agentes. ¿Algo más interesante?

–Sí, una cosa más, jefa. Al parecer es una agencia importante, posiblemente la más importante del norte, especializada en temas

matrimoniales. Un Gorka Suances chequeando la fidelidad de su esposa debe de ser el cliente tipo por aquí. Colaboran también con muchos despachos de abogados para los divorcios conflictivos. Trabajo no les falta, eso seguro. Tienen unas buenas oficinas.

–Al grano, abuelo –interviene Igor.

–Tienen un listado de colaboradores habituales, y una simple ojeada rápida me ha dado un nombre interesante: Nagore González.

Los tres digieren la información tratando de calibrar el alcance.

Adriana se anima ante la idea de estar ante el primer punto de conexión de los dos crímenes. La concentración de los tres les impide apreciar el vocerío que se inicia en el recibidor de la casa.

–Pero ¿qué demonios significa todo esto?

Un desaliñado Gorka Suances, flanqueado por sus dos hijas adolescentes, aparece bajo el umbral de la puerta. Adriana toma la iniciativa:

–Señor Suances, tenemos que hablar con usted, a solas –indica, señalando hacia las hijas.

–Esperadme en vuestras habitaciones –les dice, mientras cruza la cocina para situarse junto al teléfono inalámbrico que descansa sobre una alacena.

Lo coge, pero la subinspectora interviene de inmediato:

–Deje ahora mismo el teléfono y atiéndanos, es importante.

–Estoy llamando a mi abogado. Han destrozado mi casa. No tienen respeto por nada, por el amor de Dios... ¡Acaban de asesinar a mi mujer! –grita.

–Señor Suances, deje el teléfono y atiéndanos –repite–. Luego podrá llamar a su abogado.

En ese momento, Gorka ve el informe y las fotografías sobre la encimera. Palidece al comprenderlo todo y cuelga despacio.

–No he tenido nada que ver... –balbucea, sin rastro de la cólera precedente.

–Lo primero de todo, díganos dónde estaba. Llevamos todo el día buscándole.

–Me llevé a las niñas a las Landas. Tenemos allí un bungaló para ir a pescar. Pensé que nos vendría bien algo de desconexión.



–No es lo más inteligente, si me lo permite –responde Igor–. Estamos en mitad de una investigación policial para buscar al asesino de su esposa ¿y se le ocurre perderse en un lago?

Suances le lanza una mirada furibunda, con el cuerpo en tensión.

–¿Esta investigación va a traerme de vuelta a Daniela? –Los tres agentes empuñan sus armas ante la pregunta. El silencio otorga la respuesta–. Entonces me importan una mierda su investigación, el asesino y todos ustedes. Lo único que quiero es recomponer esta familia y estar con mis hijas.

–Nos mintió.

Adriana decide reconducir el interrogatorio, señalando hacia el informe.

El viudo asiente con la cabeza.

–Pensé que si se lo contaba sospecharían de mí, y soy inocente. No tengo nada que ver con todo esto. Teníamos problemas, sí. Contraté a un detective para que corroborara lo que sospechaba. También. Pero eso no me convierte en un criminal.

–¿Compartió el informe con alguien?

–No es algo para ir contándolo, como puede comprender.

–¿El detective le habló de los métodos utilizados en el seguimiento?

–No. Cuando leí el capítulo, imaginé que habría sido alguno de los detectives quien la siguió con aquel coche, pero él no me contó nada.

–¿No hay nadie, entonces, con quien compartiera esta información? Su familia, un amigo íntimo... Haga memoria, señor Suances –le pide Sara.

–Claro que no. Ni tan siquiera llegué a hablarlo con ella, no le dije que lo había descubierto. Fingí durante un par de semanas y hubiera seguido fingiendo. No sabía qué hacer, no podía enfrentarme a un divorcio... –Se frota la cara con las manos. Es un hombre derrotado. Suspira hondo–. Fueron días horribles, estaba perdido, desolado... La única persona a la que obviamente le conté la infidelidad de Daniela fue a mi psicóloga porque necesitaba ayuda. Y ni siquiera le llegué a dar detalles. Comprendan que era algo muy doloroso para mí y...

Los tres agentes levantan al unísono la cabeza, comprobando con la mirada que han tenido la misma corazonada.

–¿Quién es su psicóloga? –pregunta Adriana, aguantando la respiración.

–Nagore González.

## 20

No ha dejado de preguntarse por qué, de entre todos los agentes de policía que trabajan en la Ertzaintza, ha tenido que ser precisamente ella la encargada de visualizar esos vídeos. En el fondo sabe la respuesta, pero le parece demasiado humillante para ser cierta y se niega a aceptarla. A sus casi sesenta años, Marga está soltera y sin compromiso, le gusta la vida tranquila y hogareña, con gatos incluidos, y es claramente el perfil más asexual de toda la comisaría. Y hacía falta tener la mente despejada y ningún apetito carnal para pasarse horas enteras viendo a aquel hombre acostándose con un largo listado de mujeres y mantener la concentración en los detalles.

¿Es así como la ven sus compañeros? ¿Una mujer sin ningún tipo de deseo? Pasa al siguiente vídeo. Esta vez es morena, esbelta, con un cuerpo escultural que expone ante la cámara en todos sus ángulos durante la media hora que dura la grabación.

Aunque le cueste reconocerlo, sabe que no hay nadie mejor que ella para realizar este cometido. La frialdad y la profesionalidad con que ha visionado ya más de veinte horas de porno casero se reflejan en un detallado informe que entregará a sus superiores cuando termine la tarea. No le queda mucho. Describe a las mujeres, transcribe su nombre en los casos en que él lo pronuncia, llama la atención sobre algún tatuaje o rasgo específico que facilite la identificación de las chicas, trata de localizar dónde fue grabado, apunta el día y la hora, pero, sobre todo, se centra en las pocas conversaciones que mantienen. Esto es lo verdaderamente relevante.

En las veintiocho páginas que lleva escritas, lo cierto es que no hay mucho donde rascar. Pero eso no es asunto suyo.

La morena y Andrés Sola culminan su hazaña entre jadeos, y aún queda un minuto cuarenta segundos más de vídeo, así que este es uno de los interesantes. Marga se ajusta los auriculares y sube el volumen. Es una habitación de hotel casi en penumbra, la cámara está situada en una mesilla de noche y enfoca hacia la cama. Todavía entrelazados, se oyen comentarios y algunas risas, pero de momento nada inteligible. El cocinero se despereza, se levanta y va al baño, que aparece al fondo de la imagen. Deja la puerta abierta.

La chica ahueca dos almohadones y se sienta.

—Andrés, ¿puedo fumar?

Marga para el vídeo. Apunta: «Entre 25 y 35 años. 1,65 metros, aprox. Melena larga, morena. Tres pendientes en cada oreja. Lleva un pequeño tatuaje bajo la oreja izquierda. Dos alas negras. Se adjunta pantallazo. Acento indeterminado».

—Claro que sí, cielo. Es una habitación para fumadores. —Se oye de fondo, junto al ruido del agua. Sola se está duchando.

La chica se levanta y sale de escena. Aparece de nuevo fumando un cigarrillo. Se sitúa frente a la otra mesilla, la más cercana al baño, donde se ven dos copas de champán. Le da un sorbo a una de ellas y la vuelve a dejar. Inhala una calada y luego mira hacia la mesilla. Algo le llama la atención. Coge lo que parece un expediente. No se aprecia bien. Marga amplía al máximo la imagen, que pierde resolución. Vuelve al plano normal.

—¿Y esto? ¿Lo has escrito tú? —pregunta la chica.

—¿El qué?

—Los papeles que tienes en la mesilla.

—Ah, ni idea. Al parecer alguien me lo ha dejado para que lo lea. Hay gente que de vez en cuando me envía manuscritos, proyectos de libros, guiones y cosas así. Se creen que voy a hacerlos famosos porque salgo en la tele. Ya ves tú.

La chica se sienta en la cama con el manuscrito en el regazo. Da otra calada al cigarro y lo abre por la primera página.

La agente detiene el plano. Vuelve hacia atrás. Abre bien los ojos. Su corazón se acelera. No puede creerlo. ¿Está leyendo bien? Amplía

al máximo la imagen, lo suficiente para corroborarlo sin que pierda resolución.

El título del manuscrito ocupa entonces toda su pantalla: «Infidelis». Debajo, en letras algo más pequeñas, las iniciales del supuesto autor: J. A.

La imagen se distorsiona. La joven mira hacia la cámara.

–Te están llamando.

–Pásamelo.

Se recuesta en la cama y coge el teléfono. Se corta la grabación.

## 21

Adriana apenas ha dormido cuatro horas seguidas. Lo ha intentado, pero ha sido imposible. Las pastillas la ayudaron al inicio y cogió el sueño, pero en cuanto abrió un ojo la imagen de Sola arponeado irrumpió en su mente para arrebatarse cualquier pretensión de descanso. Así que a las cinco de la mañana ha decidido ir a trabajar, pese a ser sábado, y ha dejado a Mario roncando a pierna suelta.

Tenían previsto ir a Pamplona para comer con su suegra y pasar el día con ella. Para Mario esas visitas son una necesidad, la forma de acallar los remordimientos de hijo único por la poca atención que presta a una madre víctima de alzhéimer desde hace años. Era sin duda un bonito plan familiar, pero ha sido imposible. Adriana se ha pasado todo el día trabajando, encerrada en la oficina analizando la información y tratando de profundizar en los avances que han realizado. Necesita ganar tiempo, arañar cada minuto antes de que el asesino vuelva a actuar.

Lleva todo el día esperando la orden de registro e interrogatorio de Nagore González. En contra de lo que pensaba, ha tenido que pelear para conseguirla, pero por fin acaban de llamarla del juzgado de guardia para que se pongan en marcha porque la remitirán en breve. Manda un mensaje a Igor para convocarle en veinte minutos, tal y como tenían previsto.

Hace una llamada rápida a un agente apostado frente a la consulta de la psicóloga. Le confirma que sigue allí, no ha salido en todo el día. «Otra adicta al trabajo», piensa. Recoge las cosas y se dispone a salir. Recibe un mensaje en el móvil. Es Mario.

Traigo un táper de mi madre con raviolis de carne. Te hemos echado de menos. Te manda muchos recuerdos, aunque te ha llamado Eva. Dime que vendrás a cenar.

Responde mientras espera el ascensor para bajar al *parking*.

Confío en que sí. En un par de horas como máximo estoy en casa.

No cree que el interrogatorio dé para mucho más, espera llegar y recuperar algo del tiempo perdido.

Genial. Te veo luego. Ten cuidado.

Mario y Adriana son hijos únicos, aunque ella tiene más familia que él. Su padre tenía ocho hermanos y eso suma un total de veintiún primos por línea paterna. Aunque no se ven demasiado, las pocas veces que se reúnen son divertidas. El caso de Mario es diferente. Es hijo único sin más familia. Sus padres lo tuvieron ya mayores y el padre falleció cuando él todavía era un adolescente. Y, para colmo, su madre comenzó con el alzhéimer al poco de jubilarse, lo que acrecentó una soledad que en el fondo le angustia.

Adriana la conoció ya enferma y, aunque estaba en los primeros estadios de la dolencia, nunca pudo intimar ni tener una conversación relevante. Últimamente está peor, en ocasiones no reconoce ni siquiera a su propio hijo y las visitas dejan a Mario bastante hundido. Cocinar es lo único que no se le olvida y lo hace francamente bien, siempre bajo la supervisión de la cuidadora que vive con ella. Pero la mayor parte del tiempo permanece callada y cuando habla es para soltar incoherencias.

La última vez que Adriana estuvo con ella, hará quince días, la agarró fuerte de la muñeca, la miró con ojos suplicantes y le dijo susurrando:

–Quise ir a verla, de verdad que quise, pero no me dejó... Quise... y no me dejó...

Lo repitió un par de veces con intensidad y luego desvió la mirada hacia la pared. Cuando al rato volvió a interactuar, no reconoció a ninguno de los dos.

Adriana siente pena por Mario y le asusta cómo se lo tomará el día que falte. Le habría gustado acompañarle hoy, sabe que le hace falta, que la necesita a su lado en esas visitas. Pero para su desgracia hoy no ha tenido opción.

Quince minutos después, la subinspectora se encuentra con Igor en una cafetería cercana a la consulta de Nagore González.

–Gracias por venir, siento citarte tan tarde, pero hasta ahora no he conseguido la orden.

–¿Por qué han tardado tanto? Podríamos haberlo hecho ayer mismo –dice Igor.

–La mujer tiene buenos contactos. Me llamaron del juzgado ayer para pedirme un informe detallado acerca de los indicios que nos llevan a solicitar la orden. La jueza quería más información. Se lo mandé, todo lo extenso que pude, y llevan todo el día pidiéndome más y más explicaciones. Es increíble. Hace media hora me han enviado un mensaje para decir que con eso es suficiente, pero que nos andemos con ojo. Según me han contado, Nagore González tiene una larga lista de políticos, empresarios y artistas de todo el país que pasan por su diván. Incluso viene gente de Francia. Un portento.

–Es ella la que se ha negado a hablar con nosotros –responde Igor.

Adriana asiente con la cabeza. Da un sorbo a su café triple, saca el teléfono móvil y lo deja sobre la mesa. Llama a Xabier y a Sara en manos libres para hacer un breve repaso conjunto mientras echa un ojo a su libreta.

–Aunque vamos contra reloj, creo que por primera vez empezamos a ver la luz –dice a modo de presentación–. Como ya sabéis todos a estas alturas, tenemos dos novedades importantes. Por un lado, nuestra psicóloga Nagore González y su punto de conexión con los dos crímenes, pues tiene como pacientes a Gorka

Suances y Lorena Vázquez, los dos viudos de *Infidelis*. Además, es una colaboradora habitual, o viceversa, de la agencia de detectives Mainé & Prieto.

–La he investigado por Internet y no la termino de ver como asesina en serie –apunta Sara–. Presidenta de la Asociación de Psicología de Familia de Euskadi, miembro de un sinfín de fundaciones para la salud mental, ponente en varios congresos y cursos...

–¿Sabíais que se formó como psiquiatra en una cárcel para mujeres? –pregunta Igor.

–De todas formas –continúa Sara–, no me la imagino apuñalando a nadie.

–Eso ya lo veremos –dice Adriana–. De momento está en su consulta trabajando, así que en cuanto me llegue la orden subo con Igor a hablar con ella. Bien, segunda novedad. El vídeo.

–Una mujer espectacular. ¿De dónde las sacaba? –interviene Igor.

–No empecemos, por favor. –Sara resopla al otro lado del teléfono.

–No, lo digo en serio. ¿Ligaba por ser famoso o hablamos de prostitutas?

–Imagino que habrá de todo –apunta Xabier.

–Eso es lo que debemos determinar –sigue la subinspectora–. Han analizado el vídeo y parece que están en una habitación de hotel. La grabación es de hace casi un mes. ¿Un voluntario para investigar dónde se pudo realizar?

–Yo, jefa. –Igor se lo adjudica.

–Perfecto. –Coge una hoja con un fotograma del vídeo impreso, justo donde aparece la portada del manuscrito–. *Infidelis*, escrita por J. A. Parece que tenemos las iniciales de nuestro hombre, o mujer. Xabier, si te parece trabajas sobre esto. A ver si encuentras algo con esas iniciales que valga la pena. Si le entregó el manuscrito a un cocinero como Sola, por muy famoso que fuera, es que estaba desesperado por publicarlo y no encontraba editorial. Podríamos hacer un listado con las editoriales más importantes y llamar para ver si han recibido algo similar.

–No olvidemos temas pendientes –apunta Igor–. Tenemos la compra del arpón, perseguir a los de la Científica para ver si el pelo rubio encontrado era natural o no, hablar con los frikis para ver si han avanzado con las grabaciones de seguridad...

Suena un mensaje. Es un aviso de correo electrónico en el móvil de Adriana.

–Tenemos la orden. Manos a la obra.

Adriana e Igor se despiden de Sara y Xabier, y caminan hacia el portal del edificio que alberga la consulta. Tienen todavía diez minutos antes de que lleguen los agentes de apoyo, tiempo suficiente para que el policía se deleite con un par de cigarrillos.

–¿Has visto el blog? –pregunta.

–¡No! –Se sorprende de no haber revisado la página en todo el día y coge el móvil–. ¿Ha publicado algo?

–Básicamente se mofa de la Fiscalía y de su advertencia de perseguir a sus financiadores. Anuncia que ha contratado a un abogado. Este tío es lo más.

Ella lo mira absorta. «Esto no me lo esperaba». En efecto, un nuevo *post* aparece en la dichosa página:

### **La Fiscalía hace el ridículo**

En un intento de frenar el éxito de nuestro proyecto editorial, la fiscal jefe de Guipúzcoa, Olivia Rojo, ofreció ayer una comparecencia de prensa para intentar asustar a la población, aunque no terminó como ella esperaba. Una actuación teatral inconsistente y ridícula donde pretendió coartar la libertad de expresión de un artista y la libertad de información de sus cientos de miles de seguidores.

Nada ni nadie podrá detener el éxito del libro más original de la historia de la literatura del siglo XXI.

Los lectores que quieran disfrutar de su lectura podrán seguir haciéndolo con plena tranquilidad y la seguridad de estar protegidos tanto por la ley como por nuestro sistema. Y es que nuestro proyecto editorial se asienta en una excelente plataforma tecnológica, a prueba de cualquier intento de la Policía por censurar su contenido, que garantiza la absoluta confidencialidad de los usuarios y compradores.

En breve, nuestro bufete de abogados anunciará públicamente su representación y podrán atender cualquier duda acerca de la legalidad de nuestro proyecto y de las compras realizadas en él.



Entretanto, señora Rojo, deje de perder el tiempo intentando asustar a nuestros lectores y hágase el favor de suscribirse a nuestra página para recibir el próximo capítulo..., no vaya a ser usted la siguiente protagonista.

–Estará que trina –concluye Igor.

–Si Fran no consigue cerrar la maldita página, ya podemos darnos por jodidos. Cuatrocientas mil descargas.

–¿Y te extraña? Es la primera noticia en todo el país, no se habla de otra cosa. Todas las televisiones, radios, periódicos... ¿Sabías que se han acreditado medios franceses e ingleses? Tiene cobertura internacional.

–Acojonante. Como esto siga así...

El coche patrulla aparece por fin y aparca frente al portal. Adriana e Igor se reúnen con los agentes y le dan a la subinspectora la orden original firmada por el juez. Aunque no son ni las ocho de la tarde, ya es noche cerrada. Arrima los papeles a una farola para poder ver y comprobar que esté todo bien. Les da derecho al interrogatorio de la psicóloga, ya sea voluntariamente en su despacho o, si se niega, en la comisaría, previa detención provisional. En cualquier caso, tendrá derecho a la asistencia de un abogado, así que tardarán un rato en poder hablar con ella. Mientras tanto, irán registrando la consulta.

Adriana imparte las últimas instrucciones mientras Igor se aleja un par de metros para disfrutar en paz de su último cigarrillo antes de subir. Por encima del hombro de uno de los agentes, ve cómo este saca con desgana su teléfono móvil. Lo enciende y toquetea la pantalla con su enorme dedo pulgar. De pronto los ojos parecen salirse de sus órbitas. El cigarrillo se le cae al suelo. Mira fijamente la pantalla, transmitiendo con sus ojos el renacer de la pesadilla.

Adriana saca su teléfono y encuentra la notificación.

Ya disponible un nuevo capítulo de *Infidelis*: «Venganza».

Abre el enlace, compra el capítulo lo más rápido que sus temblorosas manos le permiten y accede al archivo. Avanza sin leer hacia los últimos párrafos. La historia le es indiferente, no presta

atención a ningún detalle, ni tan siquiera a la identidad de la víctima. Busca una ubicación, el lugar donde se va a cometer. No es el momento de analizar, sino de correr. La cuenta atrás ha comenzado. Deben salvar la vida de una persona.

Cuando descubre la localización, los ojos se le empañan de lágrimas, pura rabia que emerge de lo más hondo al descubrir que evitar su muerte será imposible.

# Capítulo 3

## VENGANZA

*Encontró a su padre en la parte posterior de la vivienda, sentado sobre el tocón de un árbol que utilizaban para cortar leña. Miraba hacia la espesura del bosque, inmóvil, como una estatua decrepita y triste.*

*El niño se acercó a él despacio, precavido. Cada paso que daba suponía un esfuerzo ímprobo por vencer el miedo. Le llevaba una taza de té que había preparado su hermana. Desde aquella fatídica noche no había vuelto a hablar con él, se limitaba a huir de su presencia, alejarse lo máximo del monstruo en que se había convertido, evitar cualquier contacto con el hombre que llenaba de heridas a su madre.*

*Sin embargo, el recuerdo del padre bueno que había sido seguía vivo, como si estuviera esperando a ser rescatado. Y se veía a sí mismo como el único capaz de romper aquella coraza de violencia y traerle de nuevo a casa. Debía de haber algún motivo que justificara esa corriente de rabia que se había apoderado de su padre... y él creía comprenderlo. Recordaba al hombre desnudo y a su madre, igualmente desnuda, protegiéndole. Si aquella escena le había generado una honda impresión, estaba seguro de que para su padre había sido todavía peor.*

*Le echaba de menos. Una parte de él ansiaba a ese otro padre, al padre que no era malo. Necesitaba su presencia, volver a sentarse sobre sus piernas, escuchar su voz, sentirse seguro entre sus brazos. Los mismos brazos que ahora golpeaban a su madre sin clemencia y llenaban la casa de horror.*

*Llegó hasta él y le tendió la taza. Se quedó consternado por su aspecto, envejecido, sin afeitarse, con la piel amarillenta y oscuras bolsas bajo los ojos, rojos de llorar. Él le miró incrédulo, sin comprender, como si no reconociera aquel objeto que su hijo le tendía, como si hubiera despertado de repente en un mundo que no era el suyo.*

*Alzó entonces una mano y el niño se agachó por instinto, como si fuera a recibir una bofetada, dejando caer la taza de té. El padre continuó la trayectoria del brazo hasta acariciar la cabeza del pequeño, con delicadeza, mientras unas lágrimas recorrían su rostro endurecido.*

*—Yo no quería esto, hijo mío, no lo quería... —Su voz sonaba ronca y dura, en contraste con la caricia que recorría la mejilla del niño—. Nunca te fíes de una mujer, hijo, nunca lo hagas...*

*Se puso en pie, como si no pudiera esperar más.*

*—Busca a tu hermana y esperad en el coche. Nos vamos de pesca.*

*El niño no tuvo valor de cuestionar nada y obedeció. Entró en la casa y buscó a la niña. Le contó las órdenes de su padre. Se cruzaron con él en la puerta. Llevaba una gruesa cuerda enrollada y ni tan siquiera se fijó en ellos cuando pasaron a su lado. Sus ojos estaban más apagados que nunca. Los dos hermanos corrieron hasta el vehículo y se encerraron dentro. Miraron por la ventanilla posterior para ver si alguien salía de la casa. Tenían la sensación de que algo irreversible estaba a punto de ocurrir, no sabían si para bien o para mal.*

*Los segundos transcurrieron eternos y terminaron por vencer la paciencia del niño. Abrió la puerta y salió del coche. Su hermana intentó retenerlo, pero él se escabulló hacia la casa. Al acercarse, escuchó en el interior una especie de jadeos, como si estuvieran forcejeando. Miró hacia su hermana, que le hacía señas desde el vehículo para que volviera con ella. Dudó un instante. Quiso entrar y descubrir qué estaba pasando, decidido a defender a su madre si fuera*

*preciso, también a abrazar a su padre para que recuperara la cordura. Quería que su antigua familia, su anterior vida, volviera de una vez.*

*Cuando supo que no tendría el valor de entrar en la casa, decidió retirarse. Pero justo antes de hacerlo pasó por delante de la ventana del cuarto de sus padres. Y entonces lo vio.*

*Su madre se tambaleaba, colgada por el cuello de una soga mientras sus piernas pataleaban, intentando buscar una sujeción. Tras ella, su padre agarraba con fuerza el otro extremo de la cuerda, que cruzaba una viga del techo. Al cabo de unos segundos aflojó la tensión y las piernas de la madre volvieron a tocar el suelo, su rostro enrojecido encontró entonces una tregua para volver a respirar. Cuando trataba de balbucear unas palabras volvió a elevarse hacia el techo. El mismo jadeo, la misma respiración interrumpida, las manos que intentaban zafarse de la soga, las piernas agitadas en el aire, el padre con el rostro impertérrito mientras agarraba la soga.*

*El niño presenció aterrado e incapaz de moverse aquel subir y bajar, aquella tortura entre la vida y la muerte, mientras un rastro de orín resbalaba por su pierna. Cuando por fin el cuerpo de su madre dejó de moverse, su hermana le agarró el brazo con fuerza y lo llevó hasta el coche.*

*Finalmente, los tres abandonaron la casa para pasar un feliz día de pesca.*

# 1

En la entrada del edificio solo hay un portero parapetado tras un mostrador. El hombre observa estupefacto la irrupción de los cuatro policías, que corren hacia el ascensor sin dirigirle la palabra.

Adriana aprovecha las cinco plantas para seguir leyendo el capítulo mientras su cabeza busca la manera de salvar a la chica. Casi quinientos kilómetros son muchos para recorrerlos en diez minutos. «Vamos, Adriana, piensa», se repite.

La sonrisa de la recepcionista de la consulta se congela ante la llegada de los agentes.

–Buscad a la psicóloga y que espere a ser interrogada –ordena a los dos policías uniformados.

Se sitúa tras el mostrador y aparta bruscamente a la joven, que opta por no abrir la boca y situarse en un discreto segundo plano. Adriana abre el navegador del ordenador. Tiene que haber alguna forma, no puede volver a ocurrir... Teclea «Colegio mayor Ximénez de Cisneros Universidad Complutense de Madrid». La primera búsqueda refleja los datos de contacto. Igor coge el teléfono y marca con rapidez.

Los segundos de espera se hacen eternos.

–No lo cogen. Prueba con la seguridad del campus. Voy a llamar a Zubietta para que localice la comisaría más cercana.

Realiza una nueva búsqueda. «Seguridad. Universidad Complutense de Madrid». Es ella quien marca esta vez. Al tercer tono responde una mujer con voz anodina:

–Seguridad, buenas noches.

–Escuche –su voz suena agitada, demasiado nerviosa–, me llamo Adriana Collante, subinspectora de Homicidios de la Policía Autónoma Vasca. Va a cometerse un asesinato en el campus, en una residencia de estudiantes llamada Ximénez de Cisneros. Manden inmediatamente una patrulla...

–¿Quién dice que es?

Adriana nota cómo le tiembla el auricular en la mano. La ansiedad, de nuevo la ansiedad, le impide pensar con claridad.

–Subinspectora Collante, la llamo de San Sebastián.

–Esto está un poco fuera de su jurisdicción, ¿no le parece? – contesta la mujer, entre sarcástica y descreída.

–Oiga, imbécil, están a punto de matar a una alumna de la Universidad, la señorita Laura Bayona. El asesino acaba de anunciar el crimen por Internet. Y si esto ocurre, tendrá usted que explicar por qué no atendió la llamada de emergencia realizada por un agente de policía.

Silencio al otro lado de la línea. Vuelve la voz:

–¿Dónde ha dicho que es?

–En el colegio mayor Ximénez de Cisneros... Habitación 313.

Se oye teclear en el ordenador al otro lado del auricular.

–Hagan el máximo ruido posible –insiste Adriana–, envíen a todos los agentes de que dispongan y que vayan con las sirenas puestas. Si tienen megafonía, den el aviso de que deben encontrar a Laura Bayona. Solo tenemos unos minutos. La única opción es asustar al asesino y evitar que lo haga.

–¿Laura Bayona?

–Eso es.

Parece dudar.

–Bien, voy a dar el aviso. Deme un teléfono para contactar con usted.

Le da su número y cuelga en el momento en que Igor hace lo propio con el inspector.

–Nos quedan cinco minutos como máximo –anuncia Adriana, mirando su reloj.

–A no ser que la chica haya tenido acceso al capítulo, estamos jodidos. El cretino de Zubieta está que le da un ataque, pero al menos se ha movilizado rápido. Va a llamar a un amigo suyo de la Nacional que trabaja en Madrid.

Adriana se frota la cara. No hay nada más que pueda hacer. Si el crimen se comete en otra comunidad, todo cambiará, incluyendo la investigación y su papel en ella.

Uno de los agentes aparece en el vestíbulo.

–La psicóloga estaba con un paciente. Los hemos separado y están en dos salitas, sin acceso a ordenador ni teléfono. No se ha

movido de aquí en todo el día.

La subinspectora se había olvidado de Nagore González. Si está entre esas paredes es obvio que no es la autora material, así que su interés por ella decae. Hace un cálculo rápido de lo que puede tardar en llegar a Madrid. Unos cuatrocientos ochenta kilómetros... Con la sirena puesta y a toda velocidad, necesitará unas cuatro horas para llegar allí.

Igor le lee el pensamiento:

–¿Adónde coño crees que vas?

–Voy para allá. Tanto si lo consigue como si no, nuestro asesino está ahora mismo en ese campus.

–No sé si te lo llegaron a contar en la Academia, pero hay algo que se llama jurisdicción...

–Me da igual. Me pondré al servicio de quien esté al cargo. Hablaré con Zubieta de camino para que me den la autorización. Ocúpate de todo esto, por favor, pide refuerzos si quieres.

Adriana desea con todas sus fuerzas que la llamen para decirle que han llegado a tiempo y han encontrado a la chica sana y salva, pero la imagen que describe el capítulo no se le quita de la cabeza.

–Hablamos cuando haya alguna novedad.

Su coche atraviesa la ciudad con la sirena puesta y la máxima velocidad que permite el tráfico de un sábado por la noche. Mientras atiende varias llamadas de sus compañeros, escribe a Mario sin apartar la mirada de la carretera y cancela su cena romántica. «Una más... o una menos», piensa con tristeza. Por vez primera en años maldice su trabajo.

Zubieta la informa entonces de que han movilizado a la Policía Nacional, que se dirige ya a la Complutense. Se muestra conforme con su visita a la ciudad y hablará con los responsables en Madrid para que estén al tanto de su llegada. Permanecerá despierto toda la noche a la espera de noticias.

Cuando siente la tentación de llamar nuevamente a la universidad, suena su teléfono.



## 2

Tomás Lorenzo lleva más de treinta años trabajando como guardia de seguridad en el campus de la Complutense. Una vida entera. Con su edad suelen evitar ponerle en el turno de noche, salvo que tenga que hacer alguna sustitución, como ha ocurrido en esta ocasión. Normalmente, le corresponden las mañanas, mucho más placenteras y tranquilas. Alguna riña esporádica, supuestos hurtos que terminan apareciendo en objetos perdidos, algún desalmado que aparca en plazas para personas con discapacidad, parejas que se dejan llevar en mitad del aparcamiento al fragor de la primavera... Un trabajo agradable rodeado de jóvenes ilusionados con ganas de comerse el mundo.

El colegio mayor Ximénez de Cisneros es uno de los más conocidos de Madrid. Es un complejo de varios edificios distribuidos en torno a una pequeña plaza amplia y arbolada. Dos de ellos son las residencias y el tercero alberga las instalaciones comunes de comedor, zonas de estudio y biblioteca. Son construcciones de ladrillo rojizo y ventanas blancas, rodeadas de jardines y zonas arboladas que contrastan con las modernas residencias que se sitúan en otras zonas del campus.

—Compañera, ¿estás segura de todo esto? —pregunta Tomás por radio.

—¡Pues claro que no! —responden al otro lado—. Pero no quiero que nos metamos en un lío por no hacer nada. Echa un vistazo y te vas. Recuerda, habitación 313.

El hombre se aproxima a uno de los edificios. Antes de subir los peldaños que dan acceso a la puerta principal, se detiene para observar algo que le llama la atención. A diferencia de los otros edificios análogos, en este no hay una sola luz encendida que se proyecte a través de las ventanas. «Qué raro», piensa. Sigue adelante.

El recibidor está desierto y completamente a oscuras. Tan solo alguna pequeña luz de emergencia que marca el camino hacia la

salida. Descuelga la linterna del cinturón y avanza hacia las escaleras.

–Se ha ido la luz –comunica por radio–. Avisa a mantenimiento para que venga alguien. Estos malditos edificios...

–Están viejos... como tú –dice la voz femenina, en tono familiar.

Tomás sonríe mientras sube las escaleras.

–Esto tiene pinta de estar desierto.

–Claro, hoy hay varias fiestas en algunas facultades. Los bares de Moncloa estarán a rebosar de estudiantes.

–Aquí desde luego no se oye un alma.

Accede a la tercera y última planta. Las habitaciones se distribuyen por un largo y estrecho pasillo. Se le hacen incómodos el vacío y el silencio que imperan entre esas paredes. Puede oír sus propios pasos.

Habitación 313.

Un calcetín aparece enrollado en el pomo. El clásico aviso a la compañera de cuarto para que vaya a dar una vuelta y regrese más tarde. La habitación está ocupada.

Toca la puerta con los nudillos.

–¿Señorita Bayona?

Silencio.

¿Estará dormida? Intenta abrir la puerta, pero está cerrada con llave. Vuelve a golpearla, esta vez con más intensidad.

–¿Señorita Bayona? Soy Tomás Lorenzo, de seguridad. Necesito hablar con usted. Abra la puerta, por favor.

Arremete con el puño varias veces, pero no se percibe movimiento alguno en el interior.

–No contesta. ¿Qué hacemos? –pregunta por radio.

–No lo sé... ¿Nadie tiene la llave maestra?

–El encargado de noche, imagino, pero vete a saber dónde está.

Se plantea marcharse, aunque le entran dudas. Un aviso de asesinato son palabras mayores, lo nunca visto en sus treinta años de trabajo.

–Tira la puerta abajo. –La voz suena dubitativa, entre la afirmación y la interrogación.

–¿Seguro?

–Sí, hazlo. Prefiero tener que repararla que lamentar penas mayores. Asumo la responsabilidad.

El hombre palpa la puerta midiendo la fuerza que necesitará para derribarla. Se pega a la pared contraria para ganar la máxima distancia. Eleva la pierna derecha y golpea con fuerza a la altura de la cerradura. Se resiente, pero aguanta el impacto. Vuelta a empezar, esta vez con mayor ímpetu. La estructura se tambalea y se advierte un crujido junto al pomo. Tercer golpe, cuarto golpe, quinto golpe... Por fin cede y se abre con estrépito.

Sofocado por el esfuerzo, se apoya en el marco para tomar aire y recuperar el equilibrio.

–¿Todo bien, Tomás? –le pregunta su compañera por radio.

La habitación está en completa oscuridad, con las cortinas corridas. Tomás ilumina el interior con la linterna. Enfoca primero una cama en un lateral. Está vacía, con la colcha estirada y una bufanda del Real Madrid junto a la almohada.

Ilumina entonces la otra cama.

Se queda petrificado, incapaz de moverse.

–Dios mío...

### 3

#### **INFIDELIS CAPÍTULO 3 VENGANZA**

Tiene la respiración agitada y está nerviosa, alterada; duda por un instante de sí misma y no está segura de tener el valor de llevarlo a cabo. Parapetada tras la puerta, en silencio, aguarda a que llegue. La habitación la envuelve con una oscuridad siniestra, como lo son también sus intenciones.

Permanece atenta a cualquier sonido, un murmullo, pasos, un crujido en el suelo del pasillo, cualquier indicio de que su víctima se acerca.

Mientras aprieta con las manos enguantadas la pistola, debe recordarse por qué está ahí, qué y quién la han llevado a planear y ejecutar todo eso. Repasa los argumentos y no le hace falta rebuscar demasiado para afianzar su propósito. Ha sido él, única y exclusivamente. Si está ahora

mismo agazapada esperando cometer un crimen es precisamente porque él, y solo él, la ha empujado a esa situación.

Leo le ha roto el corazón y la vida entera, le ha causado un dolor como jamás había sentido antes; justo es, por tanto, devolverle siquiera una mínima parte de esa angustia, de esa aflicción que amarga cada célula de su cuerpo. Y por esa razón esa chica debe morir.

Está obsesionada con ella. Desde que la vio por primera vez, no puede quitársela de la cabeza.

Cuando descubrió el nombre de Laura Bayona, lo primero que hizo fue buscarla a través de las redes sociales. Necesitaba una foto, ponerle rostro y cuerpo a aquella mujer que había venido para arruinarle la vida. Pero cuando dio con su perfil público de Instagram se arrepintió de inmediato. Fue entonces consciente de que esa felicidad que irradiaba su sonrisa, el desparpajo de sus posados, la vitalidad de sus ojos claros, aquel ánimo que desprendía su juventud..., todo eso quedaría impregnado en su retina y ennegrecería su alma para siempre. Y así fue.

La comparativa, aunque dañina, resultaba inevitable. Las veces que se asomaba al espejo escudriñaba su cuerpo intentando buscar algún aspecto o rasgo en el que saliera bien parada, cualquier parcela que resultara vencedora en comparación con aquella chica a la que ya despreciaba. Y aunque ella era una mujer atractiva, atlética, cuidada y joven a sus treinta y nueve años, cualquier reflejo del espejo palidecía ante la veinteañera que le sonreía desde su teléfono móvil.

Isabel detiene la respiración. Le parece haber oído un ruido, pero es solo una puerta cerrándose en la lejanía o el murmullo sordo de la fiesta despreocupada y alegre que se desarrolla en algún lugar cercano.

Lo había querido con toda su alma; seguramente lo seguía haciendo todavía, por mucho que supiera que la llama se había extinguido. Pero cuando se vive un amor intenso, puro y completo como el suyo, no es fácil arrancar sin más esa página del diario.

Toda la vida juntos. Esa era la conclusión. Se conocieron en la universidad, en la misma clase, y desde entonces habían caminado al unísono en su vida personal y profesional. Ambos se licenciaron en Psicología, ambos se doctoraron tres años después, ambos se dedicaron a la docencia y encontraron trabajo en Madrid, ambos habían escrito libros y habían impartido conferencias. A sus casi cuarenta años, sus carreras eran prácticamente un calco y, sin embargo, aquello no había supuesto un problema en su relación, pues no habían sentido otra cosa que admiración mutua.

Pero no todo había sido idílico. A lo largo de esos años juntos, Isabel había tenido que lidiar con el peor de los sentimientos: los celos. Un dolor que la había acompañado desde los inicios de la relación y al que nunca se había acostumbrado. Leo era un hombre atractivo, carismático, siempre

con la palabra correcta y atento a los sentimientos ajenos; una de esas personas capaces de llenar la estancia con su presencia, de convertir a su interlocutor en el centro de su interés. La universidad era el escenario ideal para alguien como él, con su pelo un poco largo y desenfadado, sus gafas de pasta, su aire de intelectual moderno, sus anécdotas divertidas. Alumnas y profesoras mostraban su atracción con coquetería, a veces contenida, a veces explícita.

Y, pese a todo, la fama de conquistador que seguía su estela no se había hecho evidente nunca a los ojos de Isabel, que no había tenido que enfrentarse jamás a una infidelidad.

Hasta que llegó Laura.

## 4

Igor está cansado y es consciente de que ha sido demasiado agresivo en el interrogatorio de Nagore González. Pero no está para tonterías y menos para aguantar las pretensiones de una ricachona estirada que le mira por encima del hombro. Por eso, ha tenido que emplearse a fondo. No se arrepiente. Las lágrimas que la mujer ha terminado derramando no le han ablandado en absoluto. «Ella se lo ha buscado».

Lo peor de todo es que ha sido una completa pérdida de tiempo. Una hora de interrogatorio y no ha encontrado grieta alguna en su declaración, ni una sola sombra de sospecha en las coartadas que ha ofrecido para cada crimen.

Está sentado en la recepción esperando que Adriana llegue a Madrid para poder hablar con ella, no quiere distraerla cuando sabe que estará circulando a doscientos kilómetros por hora. De momento, en la consulta hay poco que hacer. A la recepcionista y al paciente los ha mandado a casa, no tenían nada que aportar. A González la tiene encerrada en el asiento de atrás del coche patrulla, como si estuviera detenida. Se ha pasado, es consciente, pero piensa que no le vendrán mal un par de horitas de meditación mientras sus vecinos se horrorizan al verla allí sentada, justo frente al portal.

Sara está revisando el archivo de la psicóloga. Cuando ha recibido el nuevo capítulo, ha abandonado una cena familiar para ir a echar una mano. De Xabier no hay noticia, Igor imagina que a esas horas estará ya perjudicado por el alcohol.

–Me temo que hay poco que revisar –afirma Sara, que acusa el mismo cansancio que él–. Todo su archivo está digitalizado, no guarda ningún papel.

–Lo imaginaba. ¿Sabes que no tiene ni siquiera la típica libreta de loquero para ir anotando las chaladuras de sus pacientes? Utiliza un iPad y escribe con un lápiz digital... El mundo se va a la mierda.

Sara se sienta a su lado en uno de los cómodos sofás de espera.

–Son las consultas modernas, compañero. Nada que ver con lo que había antes. En este lugar han invertido una fortuna.

–Ya puede, cobra trescientos euros por sesión.

–Y se nota. Tiene mucha pasta invertida en tecnología, con un buen servidor. Supongo que será más seguro guardarlo todo allí que tener cajas de expedientes almacenadas en un trastero.

Igor asiente mientras sopesa las palabras de su compañera. Inversión tecnológica, archivo digital, seguridad... Arquea las cejas. Una idea le ronda por la cabeza. La medita en silencio. No puede ser tan sencillo. Y, sin embargo, encajarían las piezas, sería una explicación razonable. Nada pierde por comprobarlo.

Saca el móvil y marca un número.

–¿Estás trabajando? –pregunta sin saludar–. También es sábado noche para mí, querido, y aquí estoy. ¿Puedes enviarme a alguno de tus inadaptados? Si vienes tú mejor que mejor... Perfecto. Te mando la ubicación. Tráete tus ordenadores, Fran. Creo que podríamos tener algo.

## 5

Madrid la ha recibido con frío y una ligera llovizna, de las que empapan sin apenas darte cuenta. El trayecto ha durado menos de lo previsto y Adriana ha aprovechado para estudiar a fondo el nuevo

capítulo. Ha utilizado una aplicación del móvil que lee en voz alta y ha escuchado varias veces esa monstruosidad, repetida en tono aséptico y robótico. Al menos esta vez no irá un paso por detrás.

Un importante despliegue de policías envuelve el perímetro sobre la residencia estudiantil. La oscuridad de la noche se interrumpe por la luz azulada de las sirenas, que se proyecta ondulante sobre las fachadas. Nada más llegar al cordón policial, le dan el alto y se identifica. Le piden que espere en el coche mientras hacen la comprobación de rigor. Aprovecha para escribir a Mario.

Acabo de llegar. Todo bien.

Mario está en línea, ella imagina que esperando su mensaje. A su marido le aterra cuando conduce con prisa.

OK, muy bien. ¿A qué hora vendrás? Te espero despierto.

No lo sé, la verdad. No sé cuánto estaré aquí. No te preocupes, duérmete tranquilo. Te mandaré un mensaje cuando salga. Iré directa a casa y desayunamos juntos.

Te pondré los raviolis de mi madre con el café.

Adriana le dice que le quiere justo cuando ve cómo una mujer cruza el cordón policial y sale a su encuentro. Es algo mayor que ella, a juzgar por las arrugas que endurecen sus facciones, pelo corto, marcadas ojeras, cara de cansada. Como todos.

—Collante, ¿verdad?

Adriana le tiende la mano.

—Te estábamos esperando. Sígueme.

La subinspectora se refugia bajo su paraguas y acceden al recinto, donde se alzan los edificios que componen la residencia. No hay ni rastro de ningún estudiante, solo policías.

—Me llamo Amanda Pascual, subinspectora de Homicidios. Me ha tocado hacerme cargo de todo esto, al menos de momento. Ya me han avisado de que la investigación la llevarán desde la Brigada Central, así que estamos esperando instrucciones y que traigan a alguien.

La investigación se va a complicar para todos. Dado que el mismo criminal ha cometido un asesinato en otra comunidad, fuera de la jurisdicción de la Ertzaintza, se establecerá una investigación en coordinación con la Policía Nacional. Y el hecho de que quieran asumirlo desde la central deja claro que pretenden llevar la iniciativa.

Se dirigen hacia uno de los edificios, custodiado por media docena de policías que las dejan pasar. En la recepción se dan de bruces con una mujer que camina con paso enérgico.

–Inspectora –se dirige a Pascual–, todos los estudiantes que estaban en el edificio ya han sido interrogados. Permanecerán en sus respectivas habitaciones hasta nuevo aviso, aunque obviamente no tienen intención de pasar aquí la noche.

–¿Algo interesante?

–Nada. Nadie ha oído nada. Las cinco chicas que estaban en la misma planta solo han oído golpes cuando el tipo de seguridad ha tirado la puerta abajo. Hasta entonces nada.

–¿Y la compañera de habitación?

–La han encontrado en una discoteca, borracha como una cuba.

Suben las tres en comitiva por las escaleras. Antes de acceder al pasillo de la tercera planta deben ponerse calzas y guantes, tal y como les indica uno de los cuatro agentes de la Científica, los únicos autorizados para estar allí. Están tomando muestras de huellas en varios puntos del pasillo.

Avanzan hacia la habitación 313. Es hora de entrar, de abrir una vez más las puertas de la pesadilla.

–No es agradable –le previene a Adriana su compañera.

Nunca lo es.

Lo primero que ven son sus piernas desnudas asomando sobre la cama. Lleva puestas unas Converse negras. El tronco está al otro lado, como si se hubiera caído al suelo de espaldas. Adriana echa una ojeada y encuentra evidentes signos de violencia. Una lámpara caída, la mesilla de noche entre las dos camas tirada en el suelo, manchas de sangre sobre la alfombra y la colcha. Avanza para verla.

Hay poco espacio entre la cama y la pared. Ahí está, acurrucada en una postura imposible, como si la hubieran dejado caer a peso, el



cuerpo en el suelo y las piernas en alto. Lleva puesta una falda y una sudadera de color beis empapada en sangre.

La expresión es aterradora, mirada apagada de ojos grandes e inertes, boca abierta hacia un lado por la que asoma la lengua caída, la piel azulada. El cuello impresiona por una circunferencia rojiza que lo atraviesa de lado a lado, una herida abierta por donde se le han escapado la sangre y la vida.

—Tal y como refiere el capítulo. —Amanda habla en tono bajo, como si quisiera respetar ese santuario al dolor—. Ha sido estrangulada con una cuerda de nailon, fina pero resistente, capaz de ahogar y causar una incisión al mismo tiempo. De ahí toda la sangre perdida.

—Se ha resistido —apunta Adriana.

—Eso parece. Seguramente ha dado alguna patada intentando librarse, de ahí la mesilla y la lámpara en el suelo, aunque la pobre no pudo hacer mucho más. Mira. —Amanda se agacha sobre el cadáver y levanta el puño de la sudadera, descubriendo una marca rojiza sobre la muñeca de la chica—. Antes de matarla le puso unas bridas a modo de esposas para evitar cualquier resistencia. Una vez muerta, se las ha retirado.

—Entonces lo que cuenta el capítulo es cierto, la esperó en la habitación, la amenazó con una pistola, la obligó a poner las manos a la espalda, la esposó y luego la estranguló... Hijo de puta.

La habitación tiene un olor intenso a sangre y a productos químicos utilizados por la Científica. Adriana empieza a marearse.

—Y todo convenientemente a oscuras. Antes de entrar apagó el cuadro eléctrico de todo el edificio. Es horrible.

Le cuesta seguir mirándola. Verla allí, acurrucada entre la pared y la cama, con esa expresión aterrada... Si las muertes de Daniela y Andrés la impresionaron, esta la ha devastado. Es solo una cría.

—Veinte años... —Adriana desvía finalmente la mirada—. ¿Huellas? ¿Alguna prueba?

Uno de los agentes, que está en cuclillas junto a la mesilla de noche, contesta sin mirar:

—Puede que tengamos una huella de zapato, un 43. Hemos encontrado un par bastante nítidas junto al cuadro eléctrico y una

parcial coincidente en la colcha.

–¿Algo identificable?

–Habrá que analizarlo bien. Es una suela regular, algo desgastada, probablemente de una zapatilla deportiva.

La tensión acumulada se materializa en forma de arcada. Adriana aguanta, pues no quiere hacer el ridículo delante de toda esta gente. Sale despacio, disimulando sus nervios. Las dos agentes la siguen.

–¿Y no hay un solo testigo? –consigue preguntar.

–Nadie –responde Amanda. También está aliviada de salir de allí–. Hoy es un día especial, hay convocadas varias fiestas de las facultades. Desde luego el asesino ha escogido el momento ideal. A las diez de la noche no había nadie por aquí.

–¿Y cámaras de vigilancia?

–Solo en los jardines y los accesos a las residencias y colegios mayores, dentro nada. Tengo a una persona ahora mismo reuniendo todas las grabaciones.

A Amanda le suena el teléfono y lo atiende con rapidez. Se quita las calzas y los guantes, y comienzan a bajar las escaleras.

–¿Me puedes explicar cómo lo han encontrado antes que nosotros? –pregunta enfadada–. Voy ahora mismo. Que nadie hable con ellos. Pon un guardia en la puerta hasta que lleguemos.

Cuelga y acelera el paso.

–Quédate aquí por si hay novedades –le dice a su otra compañera–. Adriana, ven conmigo, por favor. Vamos a casa del profesor...

–Leo Millán –completa.

–Eso es. Tiene a veinte periodistas aporreando su puerta. Los muy cerdos han averiguado su domicilio antes que nosotros. Está cerca del campus, no tardaremos.

Adriana lo recuerda bien, como cada detalle del capítulo. Esta vez se lo ha leído a conciencia. «Profesor de Metodología Experimental en la Facultad de Ciencias de la Salud, grado de Psicología, la persona con la que supuestamente había quedado Laura». La sigue a paso ligero. Salen. La llovizna ha remitido ligeramente y ambas agradecen esa sensación refrescante en la cara. Necesitaban respirar, tomar el aire.

Esta vez le suena el teléfono a Adriana. Es Igor.

–Adri, novedades... Sí, sí, lo sé, mira qué hora es y aquí sigo. Mi presencia en esta unidad no tiene precio. Pero buenas noticias. Sabemos cómo nuestro querido amigo escoge a sus víctimas y de dónde saca la información. ¿Preparada? ¿Seguro? Pues ahí va. Hackeo, puro y duro. Está aquí Fran con uno de sus frikis y han tardado media hora en averiguar que el servidor de Nagore González fue hackeado. Recibieron un correo inofensivo hace ocho meses, nadie le prestó atención y el tipo se coló en su sistema. A partir de ahí, ha tenido todo el tiempo del mundo para navegar con calma por los expedientes para buscar a su mejor presa.

–¿Y puede rastrearlo y llegar hasta él?

–Por ahora, imposible. Fran está fascinado con la calidad del hackeo. Creo que, si nuestro asesino apareciera de repente, el muy cretino le pediría un autógrafo en el culo.

–Ocho meses...

Hace falta mucha sangre fría y mucha motivación para orquestar todo este entramado de manera tan meticulosa durante tantos meses.

–Sara ha localizado a Javier Prieto, el detective. Acabamos de hablar con él. Vamos ahora a su agencia. Con toda seguridad habrá ocurrido lo mismo y habrán entrado en su sistema.

Adriana deja reposar la información mientras entra en el coche de Amanda, que arranca y sale disparada. Qué mejor lugar para encontrar historias de infieles que en el servidor de una psicóloga y un detective especializados en crisis matrimoniales. Fotografías, informes, biografías, problemas del pasado, confidencias, todo al alcance de un simple clic. «El tío es listo, hay que reconocerlo», admite.

–Por cierto, el detective está que le da un ataque –continúa Igor–. ¿A que no sabes qué hacía en Madrid esta semana?

–Leo Millán. –Adriana cae de pronto.

–Exacto. Al parecer, la Junta de la Universidad había tenido conocimiento del comportamiento poco ético de su flamante profesor y decidió encargarse un informe. Y prefirieron contratar los servicios de una agencia de fuera de Madrid para evitar cotilleos.

–Dile que me mande todo el dossier con la investigación.  
–Hecho. ¿Cuándo vuelves?  
–Espero que pronto.  
Un silencio tras la línea.  
–¿La chica? –pregunta Igor.  
–Horrible.

## 6

Era, en realidad, una de tantas.

La fama había ido extendiéndose poco a poco con el paso de los años, y, con ella, los rumores de casos concretos. Y así, de boca en boca, iban propagándose historias de encuentros furtivos en el despacho, de visitas nocturnas a residencias de estudiantes, de tutorías a puerta cerrada acallando gemidos, de compañeras de claustro con las que compartía la autoría de libros entre vino y besos... El paso de los años había sido muy considerado con Leo, que, con arte casanovesco, había sorteado a novios y maridos, profesores y conserjes. Hasta que una simple compañera de habitación lo había echado todo a perder.

Laura era una alumna más de Economía, uno de esos perfiles que entran y salen de la universidad sin dejar demasiada huella. Era trabajadora y responsable, con buenas calificaciones, pero también divertida y sociable. Fue en tercer curso cuando escogió una asignatura de libre elección de Psicología, sin saber el impacto que aquella decisión iba a tener en su vida. Le habían hablado bien del profesor y no había precedentes de ningún suspenso. No se podía pedir más.

Sentada en primera fila, Laura encontró en aquellos ojos grises una conexión como nunca había sentido, una atracción que removi6 de golpe cada célula de su cuerpo. No existía la diferencia de edad, ni la relación alumno y profesor, ni por supuesto su estado civil. No había argumento racional que pudiera aliviarle aquel ardor que sentía en cada clase a la que acudía.

Leo encontró en aquellos ojos suplicantes a su siguiente presa y no tardó en desplegar su elenco de encantos para encandilarla. Un cortejo más fácil de lo que había previsto que le abrió la puerta a una pasión más intensa de lo esperado.

Un deseo irracional, obsesivo, una necesidad constante y urgente de encontrarse con Laura le había hecho descuidar sus precauciones habituales. Su trabajo decayó, sus clases palidecieron, todo su ser estaba

al servicio de aquel cuerpo que lo tenía embriagado. Los encuentros se producían en cualquier parte, su despacho, la biblioteca de profesores, un motel, incluso en su propia casa cuando Isabel estaba fuera en algún congreso. Pero de todos los lugares donde se buscaban, el colegio mayor era sin duda su preferido. Hacerlo en una habitación de estudiantes al único abrigo de un calcetín en el pomo de la puerta acrecentaba sin duda la excitación del encuentro.

Se escribían cartas de amor, que dejaban en sus respectivos casilleros. Así fijaban también sus citas sin tener que utilizar el teléfono, siempre peligroso y traicionero.

Pero la presencia cada vez más intensa de aquel calcetín generó en la compañera de habitación de Laura el deseo de conocer al Romeo que había conquistado a su amiga. Al verlo salir furtivamente de la habitación y descubrir que no era un estudiante quien alegraba las noches de su compañera, sino un profesor, mayor y casado, supo que no podía dejarlo pasar.

Y así fue como una conversación con la directora del colegio mayor, la señora Ganuza, se convirtió en una denuncia ante la Junta Rectora, que ordenó abrir una investigación interna. Cuando las fotografías y otras pruebas se desparramaron por la lustrosa mesa de reuniones, la decisión estaba ya tomada.

Isabel cree oír de nuevo un ruido fuera. Se oyen pasos que se acercan, pero pasan de largo y una puerta se cierra a lo lejos.

Una lágrima recorre su mejilla. Aún siente como si fuera hoy la humillación que la invadió cuando encontró por casualidad la notificación en el cajón del escritorio. Lo recuerda palabra por palabra. «A raíz de la denuncia presentada, y recabadas las pruebas pertinentes, esta Junta Rectora encuentra acreditados los indicios necesarios para proceder a la apertura de un expediente disciplinario por su supuesta relación con la alumna de este centro, la señorita Laura Bayona. Se le concede un plazo de quince días para presentar las alegaciones que crea pertinentes y se le comunica la suspensión de empleo y sueldo desde este momento y hasta que la Junta adopte la resolución definitiva».

Isabel rememora con orgullo su reacción. Guardó la carta en su sitio, lloró hasta derramar la última de las lágrimas y dejó que la rabia y el odio consumieran su espíritu como animales carroñeros.

Y desde ese momento solo tuvo una necesidad, una razón para seguir viviendo: la venganza.

En el viaje de vuelta, Adriana intenta combatir el sueño manteniéndose activa. Aunque son las seis de la mañana, no quiere detenerse siquiera a echar una cabezada y prefiere llegar a casa. Ya descansará después, si puede.

Ha parado en una estación de servicio a echar gasolina y tomarse un café. Antes de arrancar, entra en *Infidelis* por si hubiera novedades y, cómo no, las hay.

Dos nuevas entradas en el blog:

### **Rueda de prensa**

Tal y como anunciamos, *Infidelis* cuenta con un despacho de abogados que lo representa y que lo defenderá de todas las injurias y calumnias que se están vertiendo sobre nuestro proyecto. Oier Goytisolo está a disposición de nuestros lectores para despejar cualquier duda que puedan tener, especialmente acerca de la legalidad de las descargas y la compra de nuestros capítulos.

El señor Goytisolo concederá una rueda de prensa mañana domingo a las 11 h en el hotel María Cristina.

«Habrà que investigarlo», concluye Adriana. No puede concebir que un abogado con dos dedos de frente acepte defender a un asesino que no solo no se ha entregado, sino que sigue inmerso en su actuación criminal. «Eso no es defender –se enfada–, es encubrir». Sigue leyendo:

### **Celebramos medio millón de descargas**

Queremos agradecer sinceramente a todos nuestros lectores su compromiso con nuestro proyecto literario y confiamos en que estén disfrutando de su contenido. Especial mención merecen todos nuestros colaboradores, que de una manera u otra están trabajando para promocionar nuestro proyecto, tales como periodistas y policías. Y, por supuesto, no queremos dejar pasar la oportunidad de expresar nuestro agradecimiento a los protagonistas de nuestras historias, que sin saberlo han sido llamados a convertirse en personajes de unas páginas inolvidables de la historia de la literatura.

«Y aquí me bajo del mundo –piensa Adriana–. Medio millón de descargas, medio millón de imbéciles morbosos que alimentan a un asesino». Maldice la incompetencia de la justicia por no detener esto

y se maldice a sí misma y a su excelsa división de la Ertzaintza por no ser siquiera capaces de bloquear la página.

Opta por ser constructiva y centrarse en el trabajo. Activa los audios con las grabaciones de los interrogatorios realizados a Leo Millán que le ha enviado Amanda. Las declaraciones han arrojado poca luz. Leo e Isabel llevaban un mes viviendo separados, desde que ella descubrió la infidelidad de su marido. Mientras Isabel se encontraba en la casa familiar, aterrada por el acoso mediático que la esperaba en la calle, Leo los recibió en una pensión del centro de Madrid donde se alojaba desde que se había marchado de casa.

Adriana se recuesta en el asiento y piensa en la impresión que le han causado ambos: Isabel es una mujer destrozada, al borde del colapso, incapaz de asumir el giro que ha dado su vida en unos días. Leo, por su parte, no se queda atrás. Su aspecto era lamentable, sin afeitar, despeinado, un tono ceniza en la piel propio de quien lleva días encerrado, evidente falta de aseo personal, y todo ello acrecentado por una habitación caótica plagada de libros. Aunque no lo habían despedido aún de la universidad, pues no había todavía una decisión formal de la Junta, llevaba casi un mes sin pisar el campus. Y a juzgar por el caos reinante en su cuarto y el olor, lo estaba pasando francamente mal.

La subinspectora recuerda las notas que ha tomado en su libreta y trata de reflexionar por encima del ronroneo del coche, mientras los altavoces repiten el interrogatorio de Leo. Las preguntas de Amanda y las respuestas en tono monótono del interrogado no ayudan a escuchar bien por encima del ruido del motor:

**AP:** ¿La quería?

**LM:** ¿A quién?

**AP:** A Laura Bayona.

**LM:** Supongo... No sé cómo describirlo. Pero, sí, de alguna forma la quería.

**AP:** ¿Desde hace cuánto no la ve?

**LM:** Desde que recibí el aviso de la Junta. Me enviaron una notificación hace un mes anunciando la investigación. Desde entonces no la he vuelto a ver.

**AP:** ¿Y cómo se lo tomó ella?

**LM:** Preocupada por mí, supongo, y también por ella, pues de alguna forma iba a verse implicada. Traté de calmarla en nuestra última conversación, pero estaba nerviosa.

Adriana avanza la grabación, hasta el momento en que Amanda le permitió hacer algunas preguntas:

**AC:** ¿Dónde ha estado esta noche?

**LM:** Aquí.

**AC:** ¿Alguien puede corroborarlo?

Adriana recuerda que el silencio fue incómodo. Él, encogido de hombros, consciente de que si no daba una coartada decente podía estar en peligro.

**LM:** No lo sé... ¿La casera, tal vez? Casi siempre está en la entrada de la pensión, pero no lo sé. Si lo que está pensando es que yo maté a esa chica, le ruego que no pierda el tiempo y se concentre en buscar al verdadero asesino.

**AC:** ¿Y esta semana? ¿Dónde ha estado? Si no tenía que ir a trabajar, supongo que habrá tenido mucho tiempo libre.

Le ve de nuevo alzando los brazos, como intentando abarcar aquel templo a la depresión y a la locura en que había convertido su habitación.

**LM:** Más allá de cubrir las necesidades básicas y acudir a las reuniones de la Junta, no he salido de aquí.

**AC:** ¿Escribe usted?

**LM:** Claro, soy profesor universitario. He colaborado como coautor en una docena de libros sobre psicología y estoy a punto de terminar un manual para mi asignatura.

A Adriana no le había gustado aquel personaje, aunque eso no conllevara, evidentemente, que tuviera implicación alguna en el



asunto. Llega al final de la grabación.

**AP:** Señor Millán, necesitamos que esté localizable las veinticuatro horas del día. Esta es mi tarjeta por si se le ocurre algún dato adicional que pudiera servirnos de ayuda.

**LM:** Por supuesto que sí, por supuesto... Y ojalá tengan suerte.

**AC:** ¿Profesor Miguel de la Torre?

Recuerda bien ese momento. Se había levantado para marcharse cuando se fijó en una pila de libros que tenía delante, todos manuales universitarios. El que encabezaba el montón era *Psicología de la motivación*, escrito por un tal Miguel de la Torre, un nombre que le resultó familiar.

Como Amanda no supo el motivo de aquella pregunta, mantuvo la grabación encendida.

**LM:** Es una eminencia, un profesor ya retirado, pero que es un maestro para muchos de nosotros.

El silencio posterior se debía a que Adriana estaba intentando recordar dónde había oído aquel nombre.

**AC:** ¿Tiene este hombre un libro sobre infidelidades o algo por el estilo?

Por fin lo había situado. César Benítez, el psicólogo de la División, lo había mencionado cuando presentó el perfil del supuesto asesino ante Zubieta.

**LM:** ¡Sí! *Intervención psicológica en terapia de pareja. Respuesta emocional ante la infidelidad*. Un libro esencial para tratar este tipo de problemas.

**AC:** ¿Sigue trabajando?

**LM:** No, no, se jubiló hace unos años. Cerró la consulta de psicología y dejó la docencia.

**AC:** ¿Dónde impartía clases?

**LM:** Aquí, en la universidad.

## 8

Mario la recibe en la puerta con un largo abrazo y un beso que sabe a preocupación. La mira asustado y es obvio que reprime las palabras de inquietud y reproche que rondan por su cabeza. Pero no es momento de discutir, sino de disfrutar del simple hecho de estar de nuevo juntos.

Mientras ella se da una ducha, necesaria después de una noche sin pegar ojo, Mario prepara un desayuno que confía en saborear con tranquilidad. Y así lo hacen, deleitándose en el sabor de las tostadas y el café recién hechos, manteniendo una conversación intrascendente y liviana que Adriana disfruta con ánimo renovado. Hablan de la madre de Mario, de la comida del día anterior, de la necesidad de arreglar la humedad de la habitación de invitados y pintarla de nuevo, de unas soñadas vacaciones de verano... Ni una palabra de la chica estrangulada, cuya imagen no desaparece de la retina de Adriana.

—¿Pudiste hablar algo con tu madre?

—No mucho, la verdad. En algún momento pareció conectar con la conversación, cuando hablamos de una antigua droguería que había en la esquina de casa, pero luego nada.

—¿Te repitió aquello de que no había podido hablar con ella o algo así?

—¿Lo que te dijo a ti? No, no, ni una palabra.

Él parece un poco distraído, como si quisiera decir algo que está reprimiendo, que no se atreve a soltar. Es en el segundo café cuando decide hacerlo:

—Hoy he hablado con mi socio.

—¿Y? —pregunta Adriana animada—. ¿Te dan por fin el bonus?

—No..., bueno, de eso no hemos hablado. Aunque en cuanto firmemos esta semana no me muevo hasta que me lo conceda. Te lo prometo. Pero, no, no hemos hablado de eso.

Adriana intuye por dónde van los tiros y opta por seguir hojeando el periódico, despreocupada, mientras toma los últimos sorbos de un café apacible.

—Me ha confirmado que si quiero pedir el traslado a Bilbao, lo dé por hecho. Ha hablado con el socio director de la oficina y me acogerían con las mismas condiciones que aquí.

Si espera una respuesta por su parte, ella prefiere no darla. No sabe qué decir y no encuentra palabras que no concluyan en una discusión. Después de toda la noche en vela trabajando y conduciendo, solo quería un desayuno tranquilo con su marido, nada más.

Pero luego le mira a los ojos y algo cambia. Tiene una mirada inquieta, nerviosa, como la del niño que espera el veredicto del padre para ver si le compra un helado. Nota que mueve la pierna de forma compulsiva bajo la mesa. Tiene todos sus sentidos puestos en los labios de Adriana, aguardando una respuesta. Y entonces ella siente lástima. Es verdad que no es justo ponerla en esa encrucijada, y menos en un momento como el que está viviendo; es verdad también que él se enamoró de ella siendo ya agente de policía y lo que le pide ahora es que renuncie a su carrera; es verdad que lo más honesto sería romper de una vez con esa perspectiva que nunca se va a cumplir... Pero, por otro lado, en aquella mirada vulnerable ve la preocupación de un hombre hacia su mujer, de alguien que intenta protegerla ofreciéndole una vida más fácil, segura y sencilla. Y no puede enfadarse por algo así, cuando sin duda alguna ella habría hecho lo mismo de estar en su lugar.

Se levanta de la silla y se dirige hacia él. Cuelga sus brazos alrededor de su cuello y esboza una sonrisa tranquilizadora.

—Te prometo que en cuanto coja a ese malnacido nos sentaremos, lo pensaremos con calma y tomaremos una decisión.

—¿Lo prometes?

—Tienes mi palabra.

Le da un beso en los labios para zanjar la cuestión. Él sonríe, cree haberla convencido.

—Háblalo con Igor —insiste—, estoy seguro de que te animará a dar el paso.

–Lo haré.

En realidad, ya lo hizo, pero se abstiene de comentar la opinión de su compañero al respecto.

Suena su teléfono con un mensaje que viene a trastocar ese oasis de paz. La convocan para una reunión urgente. Alza las cejas y esboza un mohín a modo de disculpa; él sonríe, resignado, triste. Los dos saben que no hay más remedio, que tiene una obligación que atender, que así ha sido siempre.

–Te lo compensaré –le dice Adriana antes de marcharse, alargando el contacto entre sus labios.

–Eso espero –contesta él, acariciándole la mejilla.

## 9

Ha llegado el momento.

Recoge la mochila que tiene preparada con todo lo que necesita y se marcha. Su marido no levanta siquiera la vista del libro cuando murmura una excusa para salir.

Utiliza la bicicleta para evitar tener que aparcar, que alguien reconozca el vehículo o que la matrícula quede registrada en una de las cámaras que inundan las carreteras. Tarda apenas veinte minutos en llegar. Va con el tiempo justo, pero sigue el horario acordado. Deja la bici aparcada en el límite del campus y el resto del trayecto lo hace a pie.

Con la ropa que lleva parece una más de las jóvenes que van y vienen al reclamo de las fiestas universitarias. La lluvia fina que cae le permite enfundarse la capucha y caminar cabizbaja sin llamar la atención ni tener que mirar a nadie.

Llega al perímetro del colegio mayor y lo bordea para entrar por detrás. Quiere evitar la entrada y la calle principal sobre la que se alzan los edificios. Se sitúa tras el tercero. Es un corredor algo estrecho por el que no pasa nadie. Se dirige sin demora al cuadro eléctrico, que cuelga de la pared. Extrae una palanca de su mochila y fuerza la puerta del armario, que cede al primer intento. Apaga todos los interruptores y de repente desaparece la escasa iluminación que se desprendía de un par de las ventanas traseras.

Bordea el edificio y accede por la puerta principal. Normalmente está cerrada con llave, a excepción de ese día, que ha quedado abierta para facilitar la entrada y salida de los residentes el día de fiesta. Sube los tres

pisos rápidamente pero sin correr y en unos instantes se sitúa frente a la puerta 313. Escucha con atención cualquier indicio de presencia en el interior. Nada. Llama a la puerta tres veces. Tampoco. Entonces se pone los guantes y entra.

Deja la mochila en una esquina y saca todo lo que necesita: la pistola, las bridas y la cuerda. Ya con las herramientas necesarias, se coloca tras la puerta y comprueba el reloj. Quedan un par de minutos. Nota cómo se le acelera el pulso y le cuesta quedarse quieta. El silencio es casi total, apenas llegan los ecos de la fiesta y no se oye ruido alguno en el interior de la residencia.

Laura acaba de abandonar a sus amigos en una plaza cercana donde estaban haciendo botellón. Ha puesto como excusa que había quedado con alguien y ha resistido bien las preguntas insistentes por descubrir quién era el afortunado. Como siempre, se ha mostrado hermética.

Maldice el apagón en el edificio y se guía por las luces de emergencia, que emiten una tenue luz. Va bien de tiempo. Suficiente para ordenar la habitación, arreglarse un poco y encender unas velas. La carta simplemente decía que quería hablar con ella, pero sabe bien cómo terminan aquellas conversaciones. Está nerviosa y excitada, como quien es consciente de que está haciendo algo mal, pero un instinto irracional y salvaje le impide evitarlo. Vuelve a mirar el reloj. Sonríe.

Isabel oye pasos que se acercan al otro lado de la puerta. Diez minutos antes de la hora prevista, es una chica previsor.

Se abre la puerta y la habitación se ilumina débilmente con la linterna del móvil; sin llegar a cerrarla, la estudiante se dirige directamente hacia una cómoda, abre uno de los cajones y retrocede con algo entre las manos. De momento no puede ver a Isabel, que permanece parapetada tras la puerta. Coloca el calcetín por fuera del pomo, para que su compañera sepa que tiene compañía si se le ocurre volver. Y la compañía es precisamente el marido de Isabel. Un torrente de rabia le corre por las venas, disipando cualquier duda de lo que está a punto de hacer.

La puerta se cierra y la chica ilumina la cama. Si hubiera enfocado hacia el otro lado, la habría descubierto y quizá el futuro se habría escrito de manera diferente. Pero no ha sido así.

Siente entonces el cañón de una pistola en su nuca.

—Si te mueves, disparo ahora mismo. Si me obedeces, todo irá bien y en unos minutos serás libre. Asiente con la cabeza si lo has comprendido.

Laura acata la orden.

—Pon las manos hacia atrás, voy a atarte un par de minutos. Luego te soltaré. Tienes mi palabra.

La chica sopesa la situación y comprende que no tiene margen de maniobra. Deja el teléfono sobre la mesilla, con la linterna iluminando el techo para despejar esas sombras que amenazan con engullirla, y lleva

despacio las manos a su espalda. Isabel le pone con rapidez las bridas que compró por Internet y las tensa fuerte.

Guarda la pistola en su funda y saca la cuerda de nailon. Se toma unos instantes para coger aire, calmar la ansiedad y evaluar el paso que está dispuesta a dar. Todavía puede salir indemne de allí, correr escaleras abajo y perderse entre el gentío. Quedará en un simple susto, una noticia alarmante que correrá como un reguero de pólvora por el campus y se olvidará un par de días después.

Laura balbucea palabras ininteligibles, está aterrada, no sabe si gritar para pedir ayuda o fiarse de la promesa de una pronta liberación. Pero es tarde para elegir.

La mujer se abalanza contra ella por la espalda y le rodea el cuello con una cuerda fina y cortante. Presiona con fuerza y la respiración cesa. Laura es presa del pánico. Intenta zafarse de esos brazos fuertes que la mantienen sujeta, pero no puede; trata por todos los medios de liberar las manos para luchar, aunque están bien atadas y no logra zafarse... Le falta el aire. Patalea, golpea la mesilla de noche, que cae llevándose consigo la lámpara y el teléfono móvil y con él la única luz de la habitación.

Laura empuja hacia atrás para intentar que la atacante pierda el equilibrio. Isabel tropieza con la cama y decide utilizarla para hacer más fuerza. Se sube en ella para ganar altura y acrecentar la presión. Los quejidos ahogados de la chica evidencian que no le queda mucho tiempo. Con las pocas fuerzas que le restan, Laura se sube también a la cama y empuja hacia atrás para desequilibrarla. Es su último intento, la única defensa que su cuerpo, ya sin oxígeno, puede acometer.

Isabel no cesa en la presión. La cuerda ha abierto la piel de la chica y la sangre caliente comienza a resbalarle por las manos. Pero le da igual. Cierra los ojos y oprime la mandíbula, concentrada en seguir apretando. La garganta de su víctima ya no emite sonido alguno y sus movimientos son cada vez más débiles. El dolor y la asfixia le nublan el conocimiento, no puede pensar, recordar, sentir, siquiera llorar. Una última bocanada que no llega y pierde el conocimiento. Instantes después deja de moverse.

Isabel sigue apretando con la misma intensidad y tarda un par de minutos en dejar de hacerlo. No siente nada, ni pena, ni remordimientos, ni miedo, mucho menos por esa chica que tanto sufrimiento le ha causado. En su corazón solo hay sitio para un sentimiento: la venganza.

Abandona rápidamente la habitación, impaciente por volver a casa, cenar con su marido y acostarse junto a él. Sonríe. No puede esperar a ver su cara cuando la Policía llame a la puerta, pregunten por Leopoldo Millán, lo esposen y lo detengan por el asesinato de Laura Bayona. El dolor por la pérdida de su amante y el miedo ante la acusación derrumbarán su mirada altiva y destruirán por fin al traidor.

Eufórica, se pierde en una noche de fiesta.

## 10

Como era de esperar, hay poca gente trabajando un domingo en la comisaría. De camino a la sala de reuniones, donde el equipo ha sido convocado, Adriana ve a Sara trabajando en su escritorio.

–Ya están aquí –le dice, bajando la voz.

–¿Quiénes?

Sara alza cejas y manos en señal de incredulidad.

–¡La Policía Nacional! ¿Quién va a ser?

Adriana sabía que este momento iba a llegar, pero no tan pronto. Confiaba en tener algo de margen para avanzar más. Con tres asesinatos y una investigación en curso, es consciente de que le va a costar mucho compartir las riendas, cuando no soltarlas. Son tres víctimas a las que ha mirado de frente, que ha tenido junto a ella y a las que ha jurado justicia cueste lo que cueste.

Entra en la sala con gesto desagradable, dispuesta a mostrar la cara menos amable de todo el departamento.

–¡Bruno!

Se queda petrificada. ¡Bruno Vega! Millones de habitantes en este país, miles de agentes de distintos cuerpos policiales y tienen que coincidir en la misma sala. Junto a él se encuentran dos agentes más.

Él sonríe con su despreocupación característica, pues sabía que Adriana estaba al mando de la investigación y venía preparado para la sorpresa. Ella no. Lo primero que advierte es que no ha cambiado prácticamente nada. Han pasado años, pero mantiene un aspecto juvenil, con el pelo castaño siempre despeinado, barba de varios días, expresión impasible y esa mirada intensa e inteligente de la que siempre hizo gala. Desde luego no es el típico policía nacional estirado que ella esperaba. Viste unos vaqueros y una camisa azul sobre la que cuelga su placa.

Se le acerca y le da la mano, diligente, profesional. Es un momento incómodo, como si fuera demasiado formal para un amigo al que no ves desde hace años.

–Me alegro de verte, Adriana. Yo también me he quedado sorprendido cuando me han asignado este caso. Sabía que lo llevabas tú. Te vi en las noticias.

–Ni siquiera sabía que estabas en la Policía Nacional, te perdí la pista...

Ambos coincidieron años atrás en un máster en Criminalística, antes de que Adriana accediera a la Ertzaintza y él saliera de su vida. Teniéndolo delante, llegan a su memoria ráfagas de recuerdos fugaces que compartieron en aquellos meses, salidas con los compañeros de clase, fiestas, cenas, películas en su casa y algún tonto que no terminó de cuajar.

–Ha pasado mucho tiempo –continúa él, con una sonrisa franca–, pero, mírate, estás igual, es increíble.

Ella sonríe. A nadie le disgusta un piropo de un viejo amigo, y más cuando ha pasado tanto tiempo. Un tiempo que se divide para Adriana en antes y después de lo ocurrido hace dos años, aquel capítulo fatídico de su vida que a punto estuvo de acabar con ella y cuyas consecuencias resuenan todavía hoy.

Deja sus cosas en una silla y extrae el ordenador tras saludar a los otros dos compañeros.

–Permite que te los presente –dice Bruno–, son los subinspectores Fernando Gil y Álvaro Oteiza. Ella es Adriana Collante.

Hay sonrisas de cortesía, en un ambiente distendido.

–¿Y tú eres? –le pregunta Adriana a Bruno, esperando conocer su cargo.

–Oh, sí, perdona, soy inspector de la Brigada Central de Delitos contra las Personas.

Ella lanza un silbido.

–Madre mía, sí que has ascendido. –Le sale del alma.

Lo cierto es que se siente animada con su presencia, mejor que si le hubieran asignado el caso a un completo desconocido.

Los policías nacionales se sitúan al otro lado de la mesa, cubierta por completo por los papeles que componen el expediente. Todo el trabajo de una semana se encuentra allí desperdigado, a su entera disposición.



–Hemos continuado con vuestro panel –dice Bruno, señalando hacia la pared–, y hemos incorporado el crimen de ayer y algunos detalles acerca de nuestro J. A.

En efecto, a las otras dos víctimas se une la tercera, y la fotografía de una sonriente Laura aparece rodeada de otras dos, las de Leo Millán y su mujer, Isabel. Bajo ella, una imagen grande con la huella de un zapato, única evidencia recabada en la escena del crimen. En el centro de la pared ha situado en letras mayúsculas las iniciales «J. A.», con una imagen de la chica en la cama del hotel leyendo el supuesto manuscrito. Y entre unos y otros se entrelazan varias líneas de trazo grueso que culminan en un círculo donde pone: «Nagore González y Javier Prieto: hackeo del sistema».

–Veo que estás al tanto de las últimas noticias –le dice Adriana ante esa información.

–Vuestro inspector nos ha remitido a primera hora el expediente completo, con el último informe que acababan de incorporar los de informática. Al parecer llevan toda la noche trabajando.

–Buenos días –saluda Zubieta, que acaba de entrar–, ya os habéis conocido. Gracias por venir un domingo, por desgracia no hay tiempo que perder. Todo oídos, inspector Vega.

–A estas alturas de la investigación –dice Bruno con una voz melódica y suave–, y siendo muy conscientes de que vivimos en una permanente contrarreloj, no tiene sentido montar un nuevo equipo ni llevarnos todo esto fuera. Teniendo en cuenta que venimos de Madrid, a mí me da lo mismo encerrarme en esta habitación que en cualquier otra comisaría de la ciudad.

–Además –interviene Adriana–, dos de los tres asesinatos se han cometido en San Sebastián y todo apunta a que nuestro hombre...

–O mujer –tercia Sara, que también se incorpora a la reunión.

–Sea de aquí –concluye la subinspectora, que se calla, como esperando el veredicto.

El policía nacional asiente, vuelve a revisar los papeles, observa a sus dos subalternos y continúa:

–Con todo ello, trabajaremos juntos, nosotros y vuestro equipo actual, y seguiremos las diligencias en el Juzgado de Instrucción número 5 de San Sebastián para toda la investigación. Para ser

operativos, y habida cuenta de que por razones obvias nuestra brigada tiene más experiencia en la persecución de asesinos en serie, propongo que la iniciativa de la investigación, a efectos estratégicos y de coordinación, recaiga en nosotros. ¿Te parece, Iker?

Adriana reprime un grito de alegría. Siguen en la trinchera. En cambio, la expresión de Zubieta es más sombría, seguramente albergaba la esperanza de apartarse completamente de todo esto.

—Claro que sí, faltaría más —dice al fin sin demasiado entusiasmo—. Y siendo esto así, voy a hablar con el comisario. Os dejo para que os pongáis en marcha. El asesinato de ayer ha encumbrado a *Infidelis* como la noticia estrella de todo el país y media Europa. No se habla de otra cosa. Está en todas las cadenas de televisión y las redes sociales echan humo. Ayer, después del asesinato de la joven, superó el millón de descargas. Hay que coger a este tipo, como sea.

—¿Y estos quién coño son? —Igor ocupa todo el marco de la puerta. Trae una caja enorme con donuts.

Zubieta suspira.

—Son Bruno Vega, inspector de la Brigada Central encargado del caso del asesinato de Laura Bayona, y sus dos subinspectores, Gil y Ozeita.

—Y una mierda. Escúchame bien, lameculos —Zubieta cierra los ojos ante un Igor que señala con el dedo a Bruno—, esta es nuestra investigación, llevamos toda la semana sin pegar ojo para echarle el guante a ese hijo de puta. Así que no pienso consentir que un guaperillas con pretensiones venga aquí a aprovecharse de nuestro trabajo...

—Igor —interrumpe Adriana antes de que su compañero se caliente todavía más—, Bruno nos acaba de confirmar que cuenta con nosotros. Colaboraremos en la investigación.

La mira desconcertado y reacciona de inmediato. Sus mofletes esbozan un intento de sonrisa.

—Magnífica noticia, claro que sí. ¿Te he dicho ya que mi tío Julián fue policía nacional? Qué gran hombre, excelente profesional. ¿Un donut?

–Dicho esto –responde Bruno, inmune a la actuación de Igor–, tenemos un asesino que detener, así que manos a la obra. Sara, a las diez y media comparece un supuesto abogado contratado por el asesino. En cuanto termine la declaración, interrógalo. Y, si es necesario, pide una orden para que revisen sus comunicaciones. Es un contacto directo con el asesino.

En ese momento aparece Xabier, con cara cansada y aspecto algo perjudicado. Le envuelve un ligero aroma a alcohol.

–Perdonadme el retraso... –Tiende la mano a los nuevos policías y se sienta rápido.

–Por el amor de Dios –Igor interviene otra vez–, mira qué pinta, es como si acabaras de despertarte en un burdel.

–No te consiento... –interrumpe Xabier con escasa convicción.

–Igor –prosigue Bruno–, ocúpate de las escenas de los crímenes. Nuestro hombre estuvo en el hotel, el puerto y la universidad, y nadie puede estar en los tres sitios sin cometer un descuido y dejar una pista. Te dejo a cargo de cada detalle que puedas encontrar, empezando por los vídeos, la huella... En lo que respecta a Madrid, mis dos compañeros harán lo mismo.

–Cuenta con ello, jefe. –Le da un codazo a Adriana–. Oye, me gusta este tío.

–Xabier, necesito que persigas a nuestro hombre con la única pista que tenemos: el manuscrito. Investiga el hotel donde estuvieron, busca a la chica, habla con editoriales, agentes literarios... Sé que es domingo y estáis todos cansados, pero el tiempo juega en nuestra contra. No sabemos cuándo volverá a actuar, aunque no creo que tarde demasiado.

Adriana le mira esperando su turno. Con todo lo que ha dicho queda poco por hacer.

–Adriana, quiero echar un vistazo al hotel y al puerto, necesito ver dónde se cometieron los crímenes. Y luego nos vamos a Madrid. Sé que acabas de llegar y lo último que te apetece es volver, pero hay alguien a quien debemos visitar.

*Comparecencia de prensa de Oier Goytisolo, abogado de Infidelis, en el hotel María Cristina, 11 h de la mañana. Noventa periodistas acreditados.*

Buenos días. Mi nombre es Oier Goytisolo y pertenezco al Colegio de Abogados de Guipúzcoa. Soy socio de Goytisolo Asociados y ejerzo como letrado desde hace más de treinta años en el ámbito del derecho penal.

Hay muchas preguntas que querrán hacer que, por razones de confidencialidad abogado-cliente, no voy a poder responder. Por eso, voy a leer un comunicado sin aceptar ninguna pregunta. No obstante, a la salida podrán recoger un dossier con mis datos para que contacten conmigo cuando quieran.

Bien, comienzo.

Esta semana he recibido el encargo de un cliente para asumir su representación y la defensa de sus intereses. No estoy aquí para juzgar su actuación ni para legitimar sus actos, nadie debería hacerlo a la luz de los pocos hechos que se conocen en este momento.

El objeto de esta declaración se circunscribe al encargo que he recibido, y es únicamente defender la legalidad de las descargas de *Infidelis*. Me dirijo especialmente a los ciudadanos que están adquiriendo los capítulos. Deben tener claro que no están cometiendo ningún delito, no infringen ninguna ley, nadie va a perseguirlos. La compra de los capítulos es lícita y legal.

En primer lugar, porque no estamos ante un delito de cooperación necesaria, como de forma imprudente anunció la Fiscalía. Los actos transcritos en los capítulos son ajenos a ustedes y no han tenido ninguna actuación en lo referente a su contenido, en concreto al quién, dónde, cuándo y por qué de los actos narrados. Deben tener en cuenta que cuando adquieren ustedes el capítulo no saben si realmente va a ocurrir o no lo que anuncia.

En segundo lugar, el hecho de que compren el capítulo y paguen por ello no supone una financiación del acto que se va a cometer. En

modo alguno. No deben olvidar que los hechos transcritos en el primer capítulo ocurrieron sin que nadie hubiera realizado ninguna aportación económica, por tanto, no se puede presumir que el autor necesite el dinero para llevar a cabo sus actos.

En tercer lugar, debo recordar que el artículo 20 de nuestra Constitución recoge la libertad de información de los ciudadanos: todos tenemos el derecho de buscar, recibir y difundir información sin ningún tipo de censura por parte de las autoridades públicas. Ese es un derecho esencial de nuestro ordenamiento jurídico.

Con todo ello, no hay ningún obstáculo legal para que ustedes puedan seguir comprando los capítulos con total tranquilidad. Que bloqueen la página web, que la eliminen si quieren de la circulación, luego será la justicia la que determine si esa medida era legal o no. Pero, mientras no puedan bloquearla, no deben seguir mintiendo a la gente con amenazas infundadas.

Muchas gracias.

## 12

El edificio número tres de la residencia ha sido desalojado durante la noche y los estudiantes reasignados a otros centros. A primera hora de la mañana han trasladado el cadáver de la joven al tanatorio y desde entonces ha quedado desierto. Un par de agentes custodian la puerta principal hasta que llegue el informe definitivo de la Científica, para evitar que cualquier morbosos pueda colarse.

A las cuatro de la tarde del domingo, Bruno y Adriana llegan a la residencia. En un rato se les sumará Amanda Pascual, la policía nacional que atendió primero el crimen y que ha prometido comunicarles alguna novedad. Pero ahora mismo están solos. A Adriana le genera cierta inquietud recorrer esas estancias con el único ruido de sus pasos, y eso que la luz del día transmite mayor confianza que la oscuridad de la noche anterior.

Antes de coger el helicóptero de la Policía Nacional que los ha llevado hasta allí, han visitado el hotel Iturmendi y el puerto de

Pasajes. En ambos lugares las escenas de los crímenes permanecen precintadas y Bruno ha tenido la oportunidad de verlas tal y como quedaron tras los asesinatos.

Durante las horas que han pasado juntos no han dicho una palabra respecto de su pasado común y Adriana lo ha preferido así. No quiere añadir ningún tipo de incomodidad personal y quiere tener la mente despejada. Es cierto que no pasó de un mero esgarceo, un intento de entablar algo serio que quedó en grado de tentativa, así que tampoco hay mucho que recordar. En los trayectos en coche sí se han puesto al día respecto de las amistades comunes y han conocido el estado civil de cada uno. Bruno está divorciado, con dos hijos.

El inspector dedica unos minutos a contemplar el rincón donde encontraron agazapada a la joven Laura. Tiene una carpeta con las fotografías obtenidas y las analiza con detalle. Adriana advierte un mayor sentimiento en su mirada entre esas paredes, más que en las otras dos escenas: también a ella le ocurre lo mismo. No quiere decir que no sienta empatía hacia las otras dos víctimas, ni mucho menos, pero esa pobre chica solo tenía veinte años. Casi los mismos que tenían ellos cuando se conocieron en el máster.

—Apuñala a la primera, arponea al segundo, estrangula a la tercera —señala Bruno—. Con cada víctima utiliza un arma diferente.

—Creo que hay un componente teatral en todo esto, lo tiene bien meditado, no es una cuestión al azar. Quiere generar el mayor impacto posible para alimentar el morbo y las descargas.

—Por eso ha escogido a estas víctimas.

—Exacto —responde Adriana, animada al comprobar que su nuevo compañero se ha puesto al día con rapidez—. La primera víctima es una mujer guapa, rica, exitosa, casada y con dos hijas, que engaña a su marido con un magnate de los negocios. La apuñala en la cama, en ropa interior, mientras espera a su amante. La historia negra perfecta.

—La segunda —continúa Bruno— es un afamado cocinero, estrella televisiva, seguido por cientos de miles de personas. Tiene la publicidad perfecta. Y para colmo graba su asesinato y lo difunde por todo el país.

—La tercera le abre el *target* de los jóvenes. Una estudiante, liada con un profesor, aparece estrangulada en la residencia universitaria. Morbo asegurado. Y la prueba está en las descargas, que se han disparado por el efecto de las redes sociales. La cuenta de Laura en Instagram, que hasta hace unas horas era como la de cualquier chica de su edad, ahora tiene millones de visualizaciones.

—No quiero ni pensar qué será lo próximo.

—Espero cogerle antes...

Bruno esboza una sonrisa y sigue observando la habitación. Durante unos segundos se queda mirando la mesilla de noche y la lámpara, que permanecen tiradas en el suelo. Hay algo que le llama la atención, pero Adriana no se atreve a preguntar. Bruno se agacha. Tiene el cajón abierto y su contenido desperdigado por el suelo: una cartera, unas monedas, un cargador de móvil y pequeños objetos de recuerdo.

—No me encaja...

Levanta entonces la mesilla y coloca el cajón de nuevo. Se fija en una llave que continúa en el suelo. La coge y la coloca en la cerradura del cajón. Zarandea la mesa de un lado a otro, la deja caer al suelo. El cajón sigue cerrado.

—Laura golpeó la mesilla —dice, hablando como para sí mismo—, pero es imposible que el cajón se abriera de esta forma y se cayera todo al suelo. Lo cual quiere decir que nuestro asesino abrió el cajón.

—Buscaba algo —confirma Adriana, a quien ese detalle se le había pasado por alto. Se excusa a sí misma alegando que visitó la escena del crimen casi de madrugada, después de todo el día trabajando y con la tensión de tener el cadáver presente—. Por eso, el armario y la cómoda están también revueltos.

Se dan la vuelta y lo comprueban. En efecto, el interior aparece desordenado, como si alguien hubiera rebuscado algo con prisa.

—¿Algo interesante?

Amanda Pascual entra de pronto y Adriana hace las presentaciones, aunque ellos dos ya se conocían. La ponen al día de su último hallazgo y entre los tres revisan la habitación en busca de algo que pueda encajar con lo que quizá buscaba el asesino. No

saben lo que es, pero intuyen que, si dieran con ello, lo reconocerían.

Al pasar los minutos sin encontrar nada, Amanda interviene:

–Si no os importa, y como no es mi investigación, os voy a dejar con esto. Pero antes quería comentaros algunas cosas. La primera, hemos localizado al profesor De la Torre y os espera en una hora en su domicilio. Os he enviado la dirección. La segunda –extrae de una carpeta una fotografía y se la muestra–, Juan Huerta, un estudiante que acudió a la residencia a coger su móvil. Su habitación está en el edificio de enfrente. Asegura que antes de entrar en el recinto cruzó el aparcamiento y se topó con un todoterreno rojo. No sabe el modelo, el chico no tiene muchas luces. La cosa es que vio a un hombre dentro que rondaba los cincuenta años, cosa que le sorprendió un poco. La cuestión es que está seguro, o eso dice, de que cuando cruzó el edificio número tres tenía luz y que, cuando regresó a los pocos minutos, ya no la tenía. En cambio, el hombre seguía metido en el todoterreno. Pero, bueno, esto lo confesó cuando se le interrogó ayer noche, en plena borrachera, y ahora dice que no está seguro de nada. Yo por si acaso os lo digo. Y con esto os dejo, compañeros, suerte con la investigación.

«Lo del todoterreno es interesante», apunta Adriana para sí misma. Cuando se quedan solos, saca el teléfono y marca un número.

–Igor, hay que comprobar cómo pudo venir nuestro hombre a Madrid, partiendo de la base de que viva en San Sebastián. Por favor, revisa los trenes y los autobuses que salieron ayer.

–También pudo venir en coche –apunta Bruno–. Voy a pedir que revisen las cámaras de los peajes. Ya sé que serán un buen puñado de coches, pero no perdemos nada por hacer una muestra y buscar el todoterreno rojo.



*Extracto de la grabación del interrogatorio de Oier Goytisoló, abogado de Infidelis, realizado por la agente primera Sara Angós..*

**SA:** ¿Cómo contactó con usted?

**OG:** Por correo electrónico.

**SA:** ¿Y no pensó en hablar con nosotros?

**OG:** Evidentemente, no.

**SA:** Le recuerdo que es un criminal en paradero desconocido que sigue asesinando.

**OG:** Le recuerdo que en este país existe la presunción de inocencia y que en todo caso desconozco si la persona que contactó conmigo y contrató mis servicios es o no el autor material de los hechos.

**SA:** ¿Podremos tener acceso a sus comunicaciones?

**OG:** Por supuesto que no.

**SA:** Podemos pedir una orden judicial...

**OG:** Mire, agente, llevo toda la vida dedicándome a esto y sé muy bien cuáles son los límites de cada uno. Se lo dejaré muy claro. No sé quién es, no conozco su identidad y desde luego no es posible determinarla por el contenido de los pocos correos electrónicos que nos hemos intercambiado. Así que en eso no puedo ayudarla. Tampoco sé dónde está, y acceder a mi ordenador no le servirá para intentar localizarle.

**SA:** ¿Dónde estuvo ayer por la tarde?

**OG:** ¿En serio?

**SA:** Muy en serio.

**OG:** Trabajando.

**SA:** ¿Alguien puede corroborarlo?

**OG:** Mis clientes. Mire, agente, si no tiene más preguntas...

**SA:** Señor Goytisoló, póngase en mi situación. Tengo a un asesino que ayer estranguló a una pobre chica de veinte años y mañana Dios sabe a quién matará. Y la única persona que ha tenido contacto con él es usted, a quien ha contratado para defenderle.

**OG:** Ya le he dicho que no me ha contratado para defenderle, sino para analizar la legalidad de las descargas de la página.

**SA:** Descargas que son relatos sobre sus propios crímenes, que publica antes de cometerlos y que la gente paga por leer. Una actuación que la Fiscalía considera un delito.

**OG:** Es muy discutible...

**SA:** Eso le convierte a usted en cómplice de dicho delito, al darle apariencia de legalidad y fomentar su compra. Escuche, señor Goytisolo, no pretendo vulnerar su derecho a la confidencialidad, ni mucho menos, pero sabe tan bien como yo que, cuando hay sospechas de que un abogado está involucrado en una actividad criminal, esa confidencialidad se considera una tapadera y se resquebraja. Así que le pido simplemente que colabore con nosotros, nada más. Señor Goytisolo, ¿ha recibido alguna cantidad en pago de sus servicios?

**OG:** Sí.

**SA:** ¿Cuánto y cómo se lo ha pagado?

**OG:** Me hizo un anticipo de cien mil euros a través de un banco de las Islas Vírgenes Británicas.

**SA:** ¿Le prometió más?

**OG:** Sí. Se comprometió a abonarme hasta un millón de euros, en función del trabajo que finalmente resulte necesario. No especificó nada, lo dejaba todo abierto, como si no quisiera arriesgarse, como si no quisiera reconocer que podía necesitar me en el futuro para defenderle ante un tribunal.

**SA:** ¿Algo más? ¿Algo que le llamara la atención?

**OG:** Bueno..., hubo una petición algo extraña. Me pidió que le facilitara un listado de fundaciones dedicadas a la investigación de enfermedades psiquiátricas. Al parecer, quiere donar el dinero recaudado a este tipo de entidades en varios países.

**SA:** Interesante.

**OG:** Y... quizá lo más inquietante... Me pidió que me diera prisa, que esto no duraría mucho. Sí, creo que dijo algo de que ninguna noticia dura más de quince días.

Una hora después están sentados en una salita de un modesto apartamento. Frente a ellos tienen a un hombre mayor, encorvado, acurrucado en un sillón bajo una manta. Miguel de la Torre los recibe solícito y educado. Su mujer les ha pedido antes de entrar que no le alteren mucho, que está delicado de salud y las impresiones fuertes pueden provocarle un empeoramiento.

—Creemos que el asesino se ha basado en su libro *Intervención psicológica en terapia de pareja. Respuesta emocional ante la infidelidad* para analizar el efecto que el adulterio tiene en la pareja —empieza diciendo Adriana—. Los títulos de los capítulos coinciden literalmente con los efectos que usted describe, así como alguna frase suelta.

—Eso es terrible —dice sincero—. Mi libro fue escrito para instruir a mis compañeros psicólogos, para ayudar a los demás, en definitiva. Esto es terrible.

—Eso está fuera de toda duda —le tranquiliza Bruno—. Nos preguntábamos si últimamente ha contactado con usted alguien para hablar del libro o de estos temas. Quizá un antiguo paciente, algún profesor...

—Con los pacientes tengo poca relación ya. Hace ocho años que me jubilé y cerré la consulta. Con algunos profesores sí tengo todavía algún contacto.

—¿Con Leopoldo Millán?

—Por ejemplo. Es un buen investigador y creo que será un excelente clínico el día que dé el paso. Lamento mucho que se haya visto envuelto en todo esto, aunque debo advertir que no me extraña.

—¿Por qué?

—Siempre ha tenido una tendencia natural hacia las faldas. Mucho me temo que la señorita Bayona no haya sido la única.

—¿Ha hablado recientemente con él?

—Está escribiendo un libro sobre psicología familiar y de vez en cuando me pide consejo, sí.

—¿Ha notado algo diferente en el señor Millán? —pregunta Adriana. El hombre medita con calma cada respuesta.

–No lo sé, ahora que lo dice es posible, tal vez estuviera algo más nervioso. Me dijo hace unos días que tenía problemas en casa, pero no profundizó.

–Señor De la Torre –continúa Bruno–, en su carrera como psicólogo, ¿ha podido tener como paciente a alguien dispuesto a hacer algo así? ¿Alguien que hubiera sufrido una infidelidad y que le hubiera afectado de tal modo que estuviera dispuesto incluso a matar? ¿Alguien a quien su libro hubiera podido influenciar de esta manera?

Nuevo momento de reflexión. Apoya los codos sobre los reposabrazos y entrelaza sus manos huesudas mientras pierde la mirada en el infinito.

–La mayoría de mis pacientes eran buenas personas, incapaces de hacer nada similar, por muy afectados que estuvieran por su crisis matrimonial. Pero es cierto que, a lo largo de los años de ejercicio profesional, un grupo reducido mostró en algún momento tendencias violentas. Hablo de impulsos, nada más, comentarios, actuaciones, un trasfondo afectivo complejo, altos niveles de ansiedad... Aunque ninguno de ellos se vio envuelto, al menos que yo sepa, en ningún tipo de incidente. De todas formas, la combinación de esos factores de los que les hablo me llevaba a clasificarlos como «pacientes en vigilancia». Si pasaba un tiempo sin tener noticias suyas, me interesaba por ellos, llamaba a su familia, a las personas de contacto que tuvieran, solo para asegurarme de que todo estuviera bien.

Los dos investigadores se muestran interesados.

–¿Recuerda a alguien especial? –pregunta Adriana–. ¿Alguien que encaje con la descripción? Pensamos en un varón blanco, de entre treinta y cinco y cincuenta años, humanista, buen lector, con conocimientos de informática... y con las iniciales J. A.

El hombre sigue con la mirada perdida, rebuscando en sus recuerdos.

–Han sido muchos años..., no sabría decirles. ¿J. A.? No lo sé. Si les parece, puedo echar un vistazo al archivo para ver si encuentro algo. Lo tiene mi hija Nora en el desván de su casa, tiene más

espacio que yo aquí. La llamaré para que me ayude y les avisaré si encuentro algo.

–Gracias por su colaboración –dice Adriana mientras se levanta.

–¿Cómo ha dicho que se llama el libro del asesino?

–*Infidelis*.

Sigue sentado en el sillón, con la cabeza apoyada en sus manos.

–«Infiel» en latín... *Infidelis*... Les llamaré.

Es la última reunión antes de volver a San Sebastián. Están cansados y no piensan en otra cosa que en llegar a casa. Bruno ha llamado a la Brigada Central para hablar con el comisario y le ha confirmado que cuenta con los agentes que sean necesarios para seguir con la investigación, tanto en Madrid como en Guipúzcoa. La prensa está ejerciendo una fuerte presión que ya se empieza a notar en los estamentos superiores.

Antes de volver tienen que resolver una última gestión.

El decano de la Facultad de Ciencias de la Salud, de la que depende el grado de Psicología, y la directora del colegio mayor Ximénez de Cisneros los reciben en un despacho del edificio central de la propia residencia.

–Lamento todo lo ocurrido –inicia Bruno– y confío en que puedan recuperar la normalidad lo antes posible. Señor Losada, supongo que lo que dice el capítulo sobre la investigación abierta al señor Millán es cierto.

–Me temo que sí, al menos a grandes rasgos. Formo parte de la Junta y he vivido todo el proceso.

–Entiendo que es cierto también que contrataron los servicios de la Agencia Mainé & Prieto para que llevaran a cabo la investigación.

–Así es.

–El señor Prieto estuvo aquí la semana pasada para presentar el informe.

–Sí, lo entregó hace mes y medio, pero le convocamos para que nos lo presentara formalmente. Con eso dimos por cerrada la investigación, estábamos a la espera de que el ponente del asunto redactara sus conclusiones. Ahora, claro, todo ha cambiado.

–Señora Ganuza –continúa ahora Adriana–, ¿han detectado algo raro en la residencia en los últimos días? alguna denuncia, intrusión...

–Nada en absoluto –responde con contundencia.

–En cuanto a Laura...

–Tampoco. Además de su compañera de habitación, la única que conocía la situación con el profesor Millán era yo, tuve que hablar con ella para darle determinadas instrucciones.

–¿Qué tipo de instrucciones? –pregunta Bruno.

–Que no podía volver a contactar con él, bajo ningún concepto, hasta que la Junta decidiera qué hacer.

–¿Cómo se lo tomó?

–Mal, obviamente, aunque era una chica bastante reservada.

–Bien, creo que con esto será suficiente. Si recuerdan algo que pueda tener interés, no duden en llamarnos –concluye Bruno, que les entrega una tarjeta–. Una última cosa: creemos que el asesino buscó algo en el cuarto de Laura después de matarla. No hemos encontrado nada relevante, así que o bien lo encontró, o bien lo que buscaba no estaba allí.

–No sabría decirle –dice la directora.

–Los alumnos guardan todas sus pertenencias en las habitaciones, imagino –prosigue Adriana–. ¿Hay taquillas personales o espacios en la biblioteca, por ejemplo?

–No, no, todo lo guardan en las habitaciones, como usted dice. En la biblioteca no hay espacio reservado, se sientan donde pueden, pero no hay sitio para guardar nada.

–Bien, pues no les molestamos más. Si tienen cualquier...

–Salvo en el vestuario –señala entonces la directora–. Tenemos un pequeño gimnasio en este mismo edificio y los alumnos tienen una taquilla reservada para guardar sus cosas.

–¿Laura solía ir allí?

La mujer se levanta y se dirige a su escritorio. Abre el ordenador y teclea con prisa. Al cabo de un instante asiente con la cabeza.

–Sí, su taquilla es la veinticuatro. Ahora que me acuerdo, tuvimos que darle acceso al detective. Avisaré al conserje para que la abra.

Veinte minutos después se encuentran en un cuarto, anexo al gimnasio, que está repleto de taquillas cerradas. Un hombre rebusca en un manojó de llaves, nervioso ante tanta expectación. La encuentra y abre la taquilla.

## 15

Igor se levanta con un sobresalto. Está desubicado y sudando. Enciende la luz de la mesilla. Pesadillas, otra vez. Son habituales durante una investigación, cuando los crímenes relucen con toda su crudeza. Pero esta vez es peor, esta vez son más vívidas y reales.

Todavía está inmerso en ese duermevela, en ese intervalo en el que uno no sabe si sigue soñando o se ha despertado. Las imágenes, ya más difusas, no terminan de desaparecer y le ofrecen su último espectáculo de sangre y terror. Se frota los ojos para desperezarse. Y entonces recuerda las letras: NVV.

Es algo estático, no hay movimiento en el recuerdo, es como una foto, pero tiene claro que lo ha visto antes. Las puntas características de las letras. Grises quizá. Sí, puede ser. Aunque hay algo que lo oculta, que no lo deja ver por completo. Se esfuerza en recordar, en rebuscar en la pesadilla. Unas letras grises, fugaces, impresas sobre algo, quizá una almohada, ocultas por... un hombro. El hombro de una mujer. Se anima. Está desnuda, tumbada en la cama. Se incorpora. Es la amante de Andrés Sola, la chica que descubrió por casualidad el manuscrito de *Infidelis*.

Se levanta y busca su ordenador. Tiene guardado el vídeo, lo ha visualizado cientos de veces y no ha caído hasta ahora en el único detalle que puede llevarle hasta el hotel donde ocurrió. Lo busca entre las carpetas, lo pone en marcha de nuevo y acelera hasta el momento en que ella se sienta apoyada en un almohadón. Y ahí está. Cuando se incorpora levemente para coger el teléfono se aprecian las puntas de unas letras: la primera parece una «N», seguida de «VV».

Busca en Internet logotipos de cadenas hoteleras en San Sebastián que puedan parecerse. Nada. Amplía la búsqueda a Guipúzcoa. Tampoco. Prueba suerte en todo el País Vasco. De pronto surge. No es exactamente lo que buscaba, pero puede encajar. Hotel NYX, en pleno centro de Bilbao. Parecían dos V porque la parte inferior de las letras la tapaba el hombro de la chica. Entra en la web del hotel y accede a la sección de habitaciones. Busca fotografías que poder comparar con la imagen del vídeo. Y allí están, las letras impresas sobre los almohadones, los mismos sobre los que se apoyó la mujer que deben buscar.

Hora de trabajar.

## 16

Habría tenido que ser un relajante fin de semana, pero en cambio está agotada tras días sin dormir y un domingo danzando por el mundo. La ingesta masiva de cafeína le permite no deambular por la oficina como si fuera un zombi.

Adriana comprueba que Bruno no tiene mejor aspecto que ella. Están sentados en el despacho de Fran.

—Ayer me llamaron tus compañeros de la Brigada Central de Investigación Tecnológica —dice Fran, mirándole— y se han unido a nuestro intento de bloquear *Infidelis*. También lo han hecho compañeros de la Guardia Civil e incluso del CNI. Todos con el mismo empeño de cargarnos la maldita página. De momento, sin éxito.

—Fran —pregunta Adriana—, dime al menos que las descargas no son reales, que las manipula para que parezcan más.

El informático niega con la cabeza, como si estuviera ofendido por cuestionar semejante obra maestra.

—Reales como tú y como yo. Son casi dos millones de descargas de capítulos provenientes sobre todo de IP españolas, pero también del extranjero. El éxito es abrumador.



Dos millones de compras son veinte millones de euros en su bolsillo.

–Háblanos del hackeo –interrumpe Bruno.

–En realidad esa es la parte más fácil. Introdujo un archivo a través de un correo electrónico e insertó el *malware*. A partir de ahí tuvo acceso al sistema sin que nadie lo advirtiera. Lo hizo con la psicóloga y con el detective.

–¿Sabemos qué expedientes consultaron?

–No, imposible. Pero tuvo acceso a todo el archivo.

–Tienen que enviar un correo a todos sus clientes y pacientes para advertirles de una brecha de seguridad y ponerles sobre aviso.

–Se lo dijimos ayer y pusieron el grito en el cielo –contesta Fran–. Dicen que sería el fin de su carrera, que nadie los volvería a contratar jamás.

–¿Y prefieren arriesgarse a que los maten? –insiste Adriana–. Tenemos que hablar con la jueza, Bruno, pero hay que avisar a los clientes y pacientes.

–Al menos a los que encajen con el perfil –responde el inspector–. Casos relativamente recientes, gente que haya acudido a la consulta o a la agencia en el último año como máximo. Deben hacer un cribado de posibles víctimas y avisarles de inmediato. Hablo con ellos.

–Habría que avisar también a otros psicólogos y detectives. –Adriana cae en la cuenta de que pueden no ser los dos únicos–. Demos una especie de advertencia para que chequeen su sistema en busca de posibles intrusiones.

–Eso sí es factible –se anima Fran–. Puedo incluso generar una pequeña guía para que sus informáticos lo busquen y nos avisen en caso positivo.

–Prepáralo, por favor –concluye Bruno.

La subinspectora recibe un mensaje de Julen, jefe de la Científica. Es urgente.

–Nos buscan –anuncia–. Gracias, Fran, si hay cualquier novedad nos avisas.

La Unidad Científica está en otro edificio, a cinco manzanas. Deciden hacer el trayecto a pie para poder hacer un paréntesis y

hablar de otras cosas. El sol da una tregua a varios días seguidos de lluvia y frío, y les apetece caminar al abrigo de su luz.

–La verdad es que del máster apenas mantengo contacto con nadie –dice Adriana mientras trata de seguir el paso ligero de Bruno–. Con Manu quedo de vez en cuando para tomar una cerveza y ponernos al día, pero poco más.

–Yo tampoco. Mi plan inicial era quedarme aquí, pero nada más terminar el curso me surgió la oportunidad de promoción y en unos meses estaba ya en Ceuta. Luego distintos destinos, Valencia, Barcelona y finalmente Madrid. Entre idas y venidas no he mantenido mucho contacto con nadie.

–¿Llevas mucho divorciado? –Se arrepiente enseguida de lo directa que ha sido su pregunta.

–Un par de años. Una historia complicada, ya sabes, con nuestro trabajo no es fácil. ¿Y tú? ¿Felizmente casada?

–Sí, no me puedo quejar. Llevamos quince años juntos y de momento vamos bien.

«No me voy a poner a contar confidencias, que para eso pago a Marina», piensa.

–¿Eres feliz?

La pregunta la sorprende. Demasiado profunda para una conversación de calle. De querer decirle la verdad, podría contarle que ahora, tiempo después de lo ocurrido, empieza a levantar cabeza y a sonreír.

–Lo seré más cuando pillemos a ese hijo de puta.

Julen los recibe en un frío laboratorio en el que trabajan media docena de personas. Una reunión rápida y eficaz, como es habitual en él.

–Voy por orden, si no os importa, y dejamos vuestro descubrimiento de ayer para el final. Lo primero, el barco. Hay rastros biológicos y huellas en las zonas comunes y de paso, aunque la mayoría se corresponden con las de Andrés Sola. Encontramos también varias huellas desconocidas, que están presentes en el saloncito donde fue asesinado, así como en el dormitorio y el baño. Las hemos pasado por el sistema y nada, nadie con antecedentes ha

pisado ese barco. Lo más seguro es que se correspondan con mujeres que visitaron el lugar previamente.

–¿Algo del asesino? –pregunta Bruno.

–Ni en cubierta ni en el lugar del crimen, ni por supuesto en el arma hemos encontrado ninguna huella ni rastro ajeno a lo que os he comentado. El tío sabía lo que hacía, eso seguro. Supongo que llevaba guantes y calzas y algún pasamontañas o gorro que le tapara el pelo, porque ahí no hay nada.

–Por favor, registrad en el sistema los rastros que habéis encontrado –le pide Adriana– para poder contrastarlos cuando tengamos un sospechoso. ¿Y el pelo? –Recuerda que estaban pendientes de su análisis.

–Pelo rubio, no teñido, unos cuarenta centímetros, natural.

Julen les enseña unas fotografías en alta resolución donde el pelo parece el tronco de un roble. Adriana confiaba en que fuera artificial, una simple peluca.

–Fijaos en esto –dice, señalando una de las imágenes–. En el borde de uno de los laterales presenta una muesca, como una hendidura muy precisa. Aquí. Es el enganche en la costura de una peluca. Una peluca de alta calidad y de cabello humano, pero una peluca al fin y al cabo.

–Esto nos coloca de momento ante un único sospechoso –concluye Bruno–. ¿Y lo de ayer?

Un sobre y una tarjeta. Cuando abrieron la taquilla de Laura encontraron una bolsa de gimnasia y, tras ella, una caja de cartón. Estaba repleta de cartas, todas las que había intercambiado con el profesor Millán. Fue la que estaba colocada en primer lugar la que les llamó la atención. Se trataba de la última que él le había escrito. Era un sobre blanco con una única inscripción, «Laura», y en el interior una nota manuscrita: «A las nueve en tu habitación. Sé puntual. Tengo que hablar contigo, es importante. Te quiero, Leo».

En una pantalla aparecen fotografías a máxima resolución del sobre y de la nota.

–Aquí es donde tengo mejores noticias –avanza Julen–. En primer lugar, la letra. La hemos comparado con las demás notas que había en la caja y, aunque se parece mucho, no es la misma. Un ejemplo.

Fijaos en esta palabra, «habitación». A la izquierda tenéis la original de Millán, a la derecha la imitación. Muy similares, pero, mirad bien, la manera en que enlaza las letras es diferente. La presión tampoco es natural. Millán ejerce una mayor fuerza en la primera de las letras y va disminuyendo conforme avanza la palabra. Esto no ocurre con la otra, donde la presión es uniforme en cada letra, como si estuviera haciéndolo despacio, poniendo cuidado en cada una de ellas.

–¿Y cómo pudo conseguir una muestra de la letra de Millán para copiarla? –pregunta Bruno.

–El expediente del detective –recuerda Adriana–. Accedió a las cartas tras registrar su taquilla. Las tenía escaneadas en el expediente. No tuvo más que imprimirlas y practicar un poco.

Bruno contempla la pantalla con las letras ampliadas.

–Sabemos que no es de Millán –interviene–, pero al tratarse de una imitación tampoco nos sirve para identificar al asesino.

–Cierto, pero su huella dactilar sí.

Los policías abren los ojos como platos.

–Tuvo un descuido. Tanto el sobre como la nota están limpios, a excepción de las huellas de la propia Laura. Pero aquí... –aparece una imagen en negativo con los trazos blancos de una huella dactilar– vemos dos. En primer lugar, una de Laura, es la más fuerte y tapa la otra que hay detrás. Es la que se asoma aquí. –Señala unas líneas que aparecen en un costado.

–Pero no está completa –interviene la subinspectora.

–No, es la huella de un dedo gordo y únicamente parcial, pero algo es algo.

–¿La has metido en la base de datos?

–Obviamente, y nada. –Adriana lanza un sonoro suspiro de desesperación–. Pero no perdamos la fe. Si pilláis al malnacido, lo podremos chequear y esto será de gran ayuda en el juicio.

El policía nacional se muestra animado.

–Por eso la buscaba, sabía que podía haber cometido un error. Bien, gracias, Julen, buen trabajo. Por favor, remite el informe y el contenido de las pruebas a mi compañero Oteiza para que lo analice

también nuestra gente. Nos vamos acercando, eso es lo importante. Tenemos su imagen y una huella parcial.

–No es mucho, la verdad –sentencia Adriana.

–Ten paciencia, es más de lo que teníamos ayer.

## 17

Xabier está cansado. No podía imaginar que existieran tantas editoriales y agencias literarias en España. El listado es interminable. No deja de preguntarse si verdaderamente hay público para tanta oferta, si las nuevas generaciones van a seguir alimentando una industria tan concurrida. Una copa es lo que necesitaría, eso seguro, pero beber en la oficina ya le parece demasiado.

No tiene un problema con el alcohol, nunca lo ha tenido, en realidad, por más que se haya ganado una fama a su parecer injusta. Otra cosa es que le guste, que se encierre en una botella por puro placer, que disfrute del trago áspero que le raspa la garganta. Se le hace la boca agua solo de pensarlo. Y luego está el hecho de que nadie le espera en casa, no tiene que guardar las formas, aparentar lo que no es. Solo servirse una copa y luego otra, dejarse llevar por el placer del licor, ser uno mismo bajo el efecto analgésico y amnésico de la bebida.

Lleva por lo menos cien llamadas y ninguna ha dado resultado. En todas se repite lo mismo: «Mire, agente, aquí recibimos miles de manuscritos al año y no podemos ni tan siquiera hojearlos todos; y los que desechamos se van de vuelta al autor sin que archivemos copia ni nada». Y así una llamada tras otra.

Hasta ahora.

–Ediciones Ría, ¿en qué puedo ayudarle?

–Buenas tardes, le llamo del Departamento de Homicidios de la Ertzaintza. Me gustaría hablar con el responsable encargado de la recepción de manuscritos.

–Le paso.

Una agradable sintonía le mantiene en espera. Revisa la información sobre la editorial. Al parecer es un sello importante con décadas de andadura, publican varias revistas y libros de diversos géneros. A diferencia del resto, casi todos afincados en Madrid y Barcelona, esta tiene su sede en Bilbao.

Resuena de pronto una voz ajada, ruda e impaciente.

—¿Quién es?

—Buenas tardes, soy Xabier Peña, de la Jefatura de Investigación Criminal de la Ertzaintza. Verá, estamos realizando una investigación sobre un manuscrito que una persona remitió a algunas editoriales y...

—Recibimos miles.

—Lo sé, lo sé, no será fácil, ni tan siquiera sabemos de qué trata el original ni el nombre del autor. Tan solo tenemos las iniciales. El título es *Infidelis* y está escrito por un tal J. A.

—¿El desquiciado?

—¿Perdón?

—J. A., el desquiciado. Sí, era de prever que se buscara algún lío con ustedes tarde o temprano. Estaba para encerrar.

Xabier da un brinco en la silla y casi se cae al suelo.

—¿Lo conoce?

—Hombre, conocerlo no, no estoy yo para intimar con perturbados. Pero nos mandó el original y pasó por aquí varias veces. Aunque de esto hace ya mucho tiempo. Al principio era solo un poco pesado, nada más, pero cuando le dijimos que no íbamos a publicarlo se puso agresivo. Aparecía de vez en cuando a pegar gritos e insultarnos. Tuvimos que llamar a seguridad en más de una ocasión.

—¿Sabe cómo se llama?

—Creo que no. No lo recuerdo, al menos. Lo conocíamos por J. A., el desquiciado.

—¿Guardan el manuscrito? —lo pregunta con el corazón encogido, deseando oír la respuesta correcta.

—Sí, creo que sí, lo tendremos en el archivo.

Hacen una parada rápida para comer en una cafetería mientras esperan a Igor. Adriana y Bruno no pueden dejar de prestar atención al televisor del local, que por supuesto habla de *Infidelis*. Un reportaje trata de reconstruir la vida de las tres víctimas y ofrece el testimonio de familiares y amigos. El cazainfieles es objeto de programas especiales, tertulias, análisis de expertos, entrevistas a policías, políticos y psicólogos tanto en la televisión y la radio como en la prensa escrita y la digital. Se trata de la mayor cobertura mediática que ha tenido un criminal en España.

El resultado no se ha hecho esperar. La página ha superado ya los dos millones de descargas, a pesar de nuevas declaraciones de la Fiscalía advirtiéndolo del delito que cometen quienes compran los capítulos.

Igor aparece entonces con aspecto cansado. Se desparrama en una de las sillas mientras coge la mitad del sándwich de Adriana sin pedir permiso.

—He localizado el hotel donde nuestro atún se tiró a la lectora. Es el NYX de Bilbao. Me he pasado allí toda la mañana. Conclusiones. Tengo el vídeo donde Andrés Sola se registra. En la recepción le entregan un paquete, el hombre lo coge intrigado y se dirige al ascensor. Al cabo de quince minutos aparece la bella meretriz, que sube directa. De ella no hay ni rastro por ahora. Esto ocurrió hace casi tres meses.

—¿Se sabe quién entregó el paquete?

—Sí. El botones recuerda que una mujer se lo entregó para que se lo diera a Sola. Había jaleo aquel día y no le prestó atención. No se fijó en ella. La descripción es confusa, ha pasado mucho tiempo.

—¿Una mujer? —interviene Adriana—. Ahora no me vengas con eso. Acabamos de saber que el pelo encontrado en el barco era de una peluca.

—Podría ser lo mismo que ocurrió con el acceso al hotel Iturmendi —sugiere Igor—. Alguien que le pide a alguien que le pide a alguien que lo entregue.

–Pero no me termina de encajar... –dice Bruno esta vez–. ¿Para qué iba a darle una copia del libro a Sola cuando pensaba hacer todo esto? Es evidente que hace tres meses ya estaba organizando los asesinatos, ¿qué necesidad tenía de enviárselo precisamente a una de sus víctimas?

Se genera cierto alboroto en la cafetería, algunos clientes alzan la voz hacia la camarera.

–Sube el volumen, rápido... –dice uno.

–Queremos oírlo –se suma otro.

Todos dirigen su mirada hacia el televisor. Adriana no puede creerlo, se levanta y se acerca para verlo mejor. Arrebata el mando a la camarera, que no se aclara muy bien en cómo subir el volumen, y lo pone en voz alta.

La pantalla está dividida en dos bloques. A la izquierda, la fotografía del periodista Iban Echeverría con rostro serio, bien vestido, mirando hacia la cámara. Junto a él, en el segundo bloque, la imagen de la silueta estática de un hombre, todo de negro. Un letrero en la parte inferior anuncia lo que están viendo: «Entrevista en exclusiva al asesino de *Infidelis*».

–¿Cómo me dirijo a usted?

Se oye preguntar a Echeverría; es un audio, posiblemente grabado por teléfono.

–Puede llamarme como quiera, o simplemente escritor.

La voz suena cacofónica, grave y enlatada, utiliza un distorsionador de sonido.

–Señor escritor, el país está consternado por los tres crímenes que se han cometido. La pregunta que todo el mundo se hace es ¿cuándo van a cesar?

–Creo que no entiende realmente el alcance de todo esto, señor Echeverría. Estamos ante un proyecto literario, una obra que, como cualquier otra, tiene la extensión necesaria para que el lector se adentre en la historia, la haga suya, que le marque con sus giros de guion y, al terminar, permanezca para siempre en su memoria. Acabará cuando este propósito haya concluido.

–Pero ¿por qué lo hace?



–Es mi gran obra, mi proyecto vital. Después de esto pasaré a los anales de la literatura.

–Entonces, ¿vamos a conocer su identidad?

La voz emite una risa siniestra.

–A su debido tiempo, señor Echeverría, la conocerán a su debido tiempo.

–¿Por qué escogió la infidelidad como... argumento?

–Porque es una de las formas más abyectas de causar dolor. La traición de la persona a la que amas, por la que darías la vida entera, deja una honda huella en tu alma. Y la literatura se nutre de eso, de dolor, angustia, tormento, soledad... Genera además en el lector una profunda contradicción entre la pena por la muerte de la víctima y la reconfortante sensación de venganza, de justicia, de compensación por lo que le hizo a su pareja.

–¿Esperaba usted tanto éxito?

–No tenía la menor duda. Vamos camino de los tres millones de descargas... El mundo debe de estar lleno de infieles.

Nueva risotada.

–Señor... escritor, ¿no siente la menor empatía hacia las tres víctimas asesinadas?

–¿Empatía? ¿Cómo no voy a sentirla? Señor Echeverría, son mis personajes, mis creaciones, ilos quiero más que a nada! Y creo que allá donde estén se sentirán muy orgullosos de esto en lo que se han convertido, han pasado de ser unos simples ciudadanos a estrellas literarias.

–Pero los críticos literarios no están precisamente conformes. De hecho, censuran la calidad de los textos y...

–Creo que es suficiente, señor Echeverría. Le agradezco que me haya dado la oportunidad de dirigirme a mis lectores, a quienes quiero expresar mi más sincera gratitud por su apoyo y calor. Sigan disfrutando de Infidelis y no se pierdan el próximo capítulo, que va a traer un giro inesperado. Les va a sorprender y seguro que les entusiasmará.

Se corta la entrevista.

–Hijo de puta –lanza uno.

–A ver si le cogen de una puta vez.

Adriana se frota la cara. Nota que la sangre se le acumula en las mejillas de pura rabia. «¿Cómo se le ocurre al imbécil de Echeverría darle un altavoz así?». Vuelve a su sitio.

—No ha sido en directo —señala Igor mientras revisa el móvil—. La han retransmitido en prácticamente todas las cadenas. El jodido Echeverría se va a hacer famoso.

—Me tiene harta —replica Adriana mientras marca un número, nerviosa—. Sara, ¿lo has visto? Bien, quiero que vayas al *Euskadi Hoy* con un par de agentes. Machaca a ese imbécil y que registren sus comunicaciones. A ver cómo ha contactado con él y cómo ha hecho la entrevista.

Cuelga el teléfono. Bruno la mira con gesto inexpresivo.

—¿Te parece bien? —Adriana se da cuenta de que ha tomado una decisión sin consultárselo y debe recordar que están en régimen de colaboración. Rectifica con voz suave—: ¿Prefieres enviar a alguno de los vuestros?

—No, no, tranquila. Está bien.

Recibe otra llamada. Es Xabier. Ahora sí lo pone en manos libres.

—¿También lo has visto? —pregunta Adriana.

—¿El qué?

—La entrevista.

—No sé de qué hablas. ¿Estás con Bruno?

—Sí, te está escuchando.

—Apuntad esta dirección. Ediciones Ría, Torre Iberdrola de Bilbao. Yo salgo ya. Nos vemos allí en lo que tardemos en llegar.

## 19

Adriana nunca ha estado en el edificio y le parece impresionante. El vestíbulo acristalado, con una altura que obliga a mirar embobado hacia arriba, una espectacular escalera que nace del suelo y se curva en el aire para desaparecer en la entreplanta, las imponentes columnas y las jardineras que otorgan color a este monumento de hormigón y cristal... Es la famosa Torre Iberdrola, el destino ideal de

trabajo que su querido marido desea para ella. Lo cierto es que le parece asombroso.

Al llegar, se identifican y esperan a que una recepcionista contacte con la editorial, situada en el piso undécimo, para dejarles paso. Adriana se apoya en el mostrador para comprobar el trajín de la recepción, repleto de trabajadores y visitas que entran y salen continuamente por los tornos de acceso. Ve varias cámaras y un área de seguridad, con un guardia uniformado junto a un arco de detección de metales. Comprueba también el directorio de empresas y ve que hay unas cuantas, además de Iberdrola, obviamente, que ocupa buena parte del edificio.

Por fin los dejan pasar. Xabier los espera en una sala de reuniones de la editorial, en compañía de un tal Ernesto, un hombre bajito, delgado y con unas enormes gafas. Se pone tenso cuando los ve aparecer.

Hechas las presentaciones, Ernesto les informa:

—Como le decía a su compañero, no hemos tenido noticias de J. A. desde hace siglos. Más de un año, seguro. Recuerdo que la última vez se puso violento con nuestra secretaria y tuvimos que llamar a seguridad. No le volvimos a ver.

—¿Y qué quería? —pregunta Adriana mientras lanza una ojeada al expediente que Ernesto mantiene en la mesa, frente a él.

—Lo mismo que todos, que le publicáramos el libro y le hiciéramos rico y famoso. Nos trajo esto, *Infidelis*, y la verdad es que no contó con la aprobación de nuestro consejo editor.

—¿De qué trata el libro? —se interesa Bruno.

—He tenido que volver a hojearlo para recordarlo, aunque es bastante malo, la verdad. No está mal escrito, pero le falta ritmo y la trama flojea. Trata sobre un asesino en serie que se dedica a matar a amantes, un personaje atormentado por la infidelidad que había vivido en su propio matrimonio y que paga asesinando infieles. De ahí el título, que es lo único bueno que tiene el libro.

—Pero ¿cómo no ha contactado con nosotros antes? —se extraña Adriana.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—¿No ha visto las noticias en los últimos días?

–Jamás lo hago. Estoy aquí metido doce horas al día, no tengo tiempo ni ganas de ver nada.

–¿El autor dejó sus datos de contacto?

El hombre mira una hoja suelta junto al manuscrito.

–He sacado la ficha de nuestro ordenador y lo único que tenemos son sus iniciales, J. A., y un correo electrónico, [jaescritor@gmail.com](mailto:jaescritor@gmail.com). No tuvimos ocasión de hablar con él más que cuatro palabras porque, en cuanto intuía que no se lo íbamos a publicar, se ponía como un loco. Creo que estaba trastornado.

–¿Le recuerda físicamente? ¿Podría identificarle?

–Ha pasado mucho tiempo, no estoy seguro.

–Si traemos a nuestro dibujante, ¿cree que podría ayudarnos a hacer un retrato robot?

–Tengo mis dudas, honestamente, pero podemos intentarlo.

Antes de marcharse, hablan con el responsable de seguridad del edificio. Los atiende de pie en recepción. El hombre tendrá unos cincuenta y pico, rostro serio y preocupado, no sabe exactamente qué están buscando y eso le pone nervioso. Adriana se pregunta si sabrá que sus jefes le están buscando un reemplazo o si habrá sido él mismo quien ha decidido marcharse.

Le piden las grabaciones de seguridad para tratar de buscar una imagen de J. A. entrando en el edificio.

–Será complicado, no estoy seguro de que se guarden imágenes de hace tanto, pero me comprometo a buscarlas. Ya les diré algo – dice con desgana.

## 20

Transcurre un día entero sin demasiados avances y comienza a cundir el desánimo en el equipo. Necesitan resultados si no quieren que sus respectivos mandos se pongan nerviosos y empieza el baile de sillas. Se rumorea que el ministro de Interior ha tenido una conversación subida de tono con el consejero vasco y la situación se está tensando. La repercusión internacional del caso, con medios

extranjeros desplazados a San Sebastián para cubrir la noticia, no ayuda a calmar los ánimos.

Están todos en la comisaría, exponiendo sus conclusiones y actualizando lo que han podido averiguar en las últimas horas. Una imagen con el supuesto retrato que han hecho de J. A. corona la pared. La miran con desconfianza.

–Podría ser cualquiera de nosotros –ironiza Igor–, incluso tú, Sara.

Esta le hace una mueca. Bruno esboza una sonrisa. Tiene razón. Es un rostro inexpresivo y corriente, compatible con cualquier varón blanco de unos cuarenta años mal afeitado. Pelo oscuro y revuelto, ojos marrones, mandíbula redondeada, ojos, nariz y boca de tamaño normal. Ningún rasgo característico.

–Esto mejor que no lo distribuyamos si no queremos ser el hazmerreír del Cuerpo –apunta Adriana.

–Sigue contando, Sara –pide Bruno.

–Como os decía, me he centrado en tres personas que no me gustan en todo esto. El periodista Iban Echeverría, el profesor Leo Millán y el abogado Oier Goytisoló.

–Nos falta el mayordomo con el candelabro –salta Igor.

–Ninguno de ellos tiene una coartada plena para los tres crímenes. Echeverría estuvo en las inmediaciones del hotel y del embarcadero en las horas en que se cometieron, pero supuestamente estaba en San Sebastián cuando asesinaron a Laura.

–¿Dónde? –pregunta Adriana.

–En el cine, para ser exactos. Nos ha enseñado hasta las entradas.

–¿Está comprobado? –interviene Bruno.

–En ello estamos. Y luego está la entrevista telefónica con el asesino. Echeverría asegura que le llamó a la redacción, no sabía quién era. Le pidió que improvisara unas preguntas y que grabara la conversación. Así se fraguó la famosa entrevista. Pero hay algo más, y muy curioso. ¿Os acordáis de Goyo Irastorza?

–El amante de Daniela Fraile –responde Xabier.

–Exacto. Tiene un fondo de inversión tecnológico e invierte millones en proyectos de Internet. Algo que nos llamó la atención al principio, por cuanto contaría con los medios técnicos para hacer

todo esto. Lo examinamos a fondo, pero no encontramos nada más que pudiera vincularle. Pues bien, ¿a que no sabéis quién trabajó en el departamento de comunicación de su fondo de inversión?

–Curioso –se adelanta Igor.

–Sí que lo es. Nuestro querido Echeverría –sigue Sara–. Trabajó allí tres años, hasta que lo dejó y entró en *Euskadi Hoy* el año pasado.

–Pero sigue estando igualmente limpio en cuanto a los asesinatos se refiere, Sara –apunta de nuevo Igor–. Y aquí buscamos al hijo de puta que ha matado a tres personas. ¿Los demás?

La agente revisa sus notas, molesta por la interrupción y el poco entusiasmo que ha suscitado su descubrimiento.

–Bien, Leo Millán estaba en Madrid el sábado y encerrado en la pensión el resto de la semana. Hemos hablado con la casera y no es capaz de concretar si lo vio o no todos los días.

–¿Algún móvil? –pregunta Adriana.

–Con Laura, sí, pero con el resto nada.

–¿Conocimientos informáticos?

–Cero, que sepamos.

–¿Y qué pinta el abogado? –insiste Igor.

–Oier Goytisolo aparece justo en el momento oportuno, cuando la Fiscalía cuestionó la legalidad de las descargas. Tras su declaración se dispararon un ochenta por ciento, ni más ni menos. ¿Casualidad? Es un personaje algo curioso. Han pasado por su despacho más delincuentes que por esta comisaría. Se ha mostrado bastante esquivo para justificar dónde estaba cada uno de los días. Según él, con clientes, pero nos está costando que lo demuestre. No ha presentado ninguna coartada decente.

–Sigue investigándolos, nosotros nos ocupamos de Millán en Madrid –ordena Bruno–. ¿Queréis pedir una orden para intervenir las comunicaciones del abogado? Es por hacer lo mismo con Millán.

–Estamos geolocalizando el teléfono de cada uno para tratar de determinar dónde estaban. Si aun así tenemos dudas, la pedimos, pero con lo que tenemos igual es algo precipitado. Y Goytisolo puede ser un tipo oscuro, aunque no es tonto. Como nos meta en el juzgado, de ahí no salimos.

–¿Algún móvil posible compatible con los tres? –pregunta Adriana.

–El de la infidelidad no me encaja demasiado, pero sí el móvil económico. A todos les vendría bien algo de dinero.

–¿Algo de dinero? –exclama Igor–. A mí también me vendrían bien veinte millones de euros.

–Por lo que he podido comprobar, a mayor o menor escala, todos tienen una posición crediticia complicada. No lo sé, podría ser...

La puerta se abre de golpe y los sobresalta. Igor suelta unos cuantos insultos mientras Fran aparece aupando un ordenador portátil. Adriana piensa que las horas sin dormir acrecientan todavía más su aspecto raro y excéntrico.

–Dejadme paso –dice.

Al tiempo que reparte codazos para hacerse un hueco en la mesa de reuniones. Enciende el televisor y conecta el ordenador, ante la creciente expectación del resto.

–¿Noticias? –pregunta Bruno.

Fran hace caso omiso mientras teclea y prepara la transmisión en el monitor. Está nervioso y eso es señal de que ha descubierto algo.

–Bien, si recordáis, en el segundo de los crímenes la supuesta sospechosa...

–Sospechoso –confirma Adriana–, seguimos pensando que es un hombre. El pelo era de una peluca.

–Ya lo sé, ahora verás por qué... Si os acordáis, después del crimen el supuesto sospechoso se pierde detrás del Ayuntamiento y no encontramos cámaras de vigilancia que le siguieran el rastro. Igor se ocupó de inspeccionar las posibles cámaras privadas en la zona y nos remitió varias referencias. Una de ellas ha dado en el clavo.

Activa el ordenador. La pantalla se ilumina con la imagen de una cámara de seguridad estática a pie de calle. La resolución no es buena.

–Es la cámara de un cajero automático, por eso no se ve muy bien. Pero mirad. Media hora antes de producirse el crimen nos encontramos con esto, a dos manzanas del Ayuntamiento.

La imagen enfoca una calle estrecha, aparentemente tranquila y sin circulación. De pronto, una moto la cruza de izquierda a derecha y desaparece enseguida de la pantalla.

–Para los que no os hayáis percatado, os detengo la imagen.

Fran vuelve atrás y congela el fotograma exacto en el que se ve la moto. La conduce un hombre vestido de negro, casco integral del mismo color y con la visera opaca, lleva además una mochila.

–Bien, cuatro minutos después tenemos esto.

Activa el vídeo y aparece la supuesta sospechosa, con el abrigo largo, bufanda y gorro, caminando en la dirección opuesta.

–Minutos después de cometer el crimen, esto.

La misma mujer cruza de nuevo la imagen, hacia la izquierda, y escasos minutos después la moto desanda sus pasos.

–Ahí tenemos a nuestro hombre –avanza Bruno–. ¿Has podido seguirle la pista a través de las cámaras?

–Solo durante unas calles, luego se pierde. Sabe bien dónde tiene que circular. Pero en un semáforo con cámara hemos podido obtener la matrícula –busca en el ordenador y lo proyecta en el televisor–, aunque no os hagáis ilusiones porque es falsa.

–¿Y la moto?

–Es una Kawasaki Z900, no es un modelo nuevo, tiene algunos años. Lo hemos comprobado. De todas formas, es una moto bastante común, hay cientos registradas.

–Mándanos la imagen de la moto, Fran –dice Adriana–, y vamos a pedir una orden de busca y captura del vehículo. Cuando la tengamos, haremos llegar la imagen hasta el último agente disponible.

Es una de esas noticias que animan al equipo, Adriana incluida. Las imágenes van cercando a su enemigo y comienzan a dibujar un retrato más nítido. Sus iniciales, la descripción del editor y ahora su medio de transporte.

Adriana está nerviosa, sonríe incluso. Siente por primera vez en diez días el cosquilleo del depredador que huele a su presa.

## 21

–Pronto le echaréis el guante, estoy segura.



Adriana se ha escapado un rato para ver a Marina, su psicóloga.

–Espero que sí. Como esto se alargue mucho más, acaba conmigo. La verdad es que llevo bastantes días con una ansiedad que me sobreviene de repente y me come por dentro.

–Te voy a prescribir unas pastillas naturales, no me gusta que abuses del Lexatin. Ya sé que te lo recetó el psiquiatra, pero mejor sigue con estas, son naturales y no tienen efecto rebote. Creo que te vendrán bien.

Anota algo en una cuartilla y se la da a Adriana.

–Por cierto, ¿sabes quién me ha escrito? Lucía Cillero. ¿Te acuerdas de ella?

Marina arquea las cejas, sorprendida. Pone gesto serio.

–Obviamente. ¿Y qué quiere?

–No lo sé, no la he llamado. Me ha mandado un par de mensajes diciendo que quiere hablar conmigo.

–¿Vas a llamarla?

–¡Claro que no! –Le parece que la pregunta no tiene sentido—. No ha pasado tanto tiempo...

–Un año, Adriana. Igual quiere reconciliarse.

–No me veo capaz, Marina, todavía no. Ya sabes que cuando nos mudamos dejé atrás aquel barrio, con todo lo que ocurrió. Un capítulo cerrado, no tengo ningún interés en reabrir las heridas.

–También puede ser por aquellos vecinos que fallecieron en el incendio.

–Puede ser. Ahora que lo dices, ellos vivían al lado. De todas formas, me da igual. Como te digo, capítulo cerrado.

–¿Se lo has contado a Mario?

Adriana lanza una sonora carcajada.

–Pues claro que no le he dicho nada. Decidimos dejar atrás todo lo ocurrido y en eso estamos. Y bastante nos cuesta como para abrir una rendija hacia ese... pasado. No, no, no... Ni una palabra.

–¿Has hablado con tu madre? ¿Sigue preocupada?

–Insufrible. No lleva nada bien todo esto.

–Pobre, ¿y qué esperas?

–Lo sé, lo sé... De hecho, he estado pensando que cuando todo esto termine me gustaría pasar más tiempo con ella. No sé,

llevármela de vacaciones, fijar un día entre semana para vernos... La veo mayor y no quiero arrepentirme en el futuro de no haber aprovechado el tiempo con ella.

–Me parece fantástico, Adriana, muy buena idea.

Lo dice con un tono algo apagado, quizá melancólico. Le sigue uno de sus silencios, que Adriana aprovecha para plantearse lo poco que sabe de esta mujer. Lo cual por otra parte tiene sentido, al fin y al cabo la paciente es ella.

De todas formas, le pierde la curiosidad y se lanza:

–¿Tus padres están vivos...?

Marina niega con la cabeza.

–Murieron hace unos años.

–Vaya, lo siento. ¿Y tienes algún hermano?

Adriana nota enseguida que la conversación no le gusta.

–En teoría. Bueno, es complicado... –zanja la cuestión–. Bien, es la hora, lo dejamos aquí.

La subinspectora recibe un mensaje de Bruno. Acaba de llegar, la está esperando abajo. Es hora de marcharse.

Marina se inclina sobre la mesilla y detiene la grabadora digital. Clica el botón de guardar y el archivo se almacena automáticamente en el expediente de Adriana Collante, dentro del servidor de la consulta.

## 22

El desván es amplio y luminoso, aunque está repleto de estanterías y cajas. Toda la vida profesional del profesor Miguel de la Torre está allí encerrada, miles de expedientes que recogen las innumerables dolencias de sus pacientes acumulan polvo en la buhardilla de su hija.

El anciano permanece sentado en una silla frente a una mesa donde su nieto adolescente va dejándole los expedientes. Llevan así casi tres horas, carpeta tras carpeta, buscando unas iniciales, J. A. y un contenido que pudiera encajar siquiera remotamente con un

asesino en serie. Se reconforta pensando que, aunque con toda seguridad aquel ejercicio no sirva de nada, al menos rompe la aburrida monotonía de ver pasar los días y le permite, además, estar un rato con el chico.

El abuelo señala hacia otra de las cajas situadas en lo alto de una estantería y el solícito nieto se dispone a bajarla. Es de 2014. El proceso se repite: la abren junto a la mesa y uno a uno van desfilando los expedientes frente a las manos titubeantes y frágiles del anciano profesor. De vez en cuando se detiene y hojea con mayor detenimiento los papeles, no tanto porque guarden relación con la búsqueda, sino sencillamente por rememorar viejas historias.

Ante la señal convenida, el chico recoge la siguiente carpeta y se la tiende a su abuelo. Está desesperado por terminar cuanto antes y poder marcharse, pero predice una buena paga por la ayuda y disimula sus pensamientos.

El anciano coge el dossier y se queda contemplando la portada, como si necesitara un tiempo para situar ese nombre, esas iniciales, esa posible coincidencia. «J. A.», lee. Abre el expediente y se adentra en las anotaciones e informes que realizó en su día.

No es un material extenso, pues apenas fueron una docena de sesiones, pero lo suficiente como para recordar perfectamente al paciente y sus problemas. Conforme avanza la lectura, se acrecienta la ansiedad y las manos le empiezan a temblar, consciente de que las descripciones psicológicas que fue trazando lo convierten en algo más que un posible candidato.

Al llegar a las notas que tomó en la octava sesión se queda sin habla, con la boca abierta e incapaz de procesar lo que está leyendo. Su nieto se preocupa y le zarandea para comprobar que está bien. Pero el profesor está bloqueado, incapaz de procesar el alcance que aquella simple frase podría tener en su vida.

Lee una y otra vez un párrafo escrito de su puño y letra:

«El paciente ha empezado a escribir un libro. Dice que es bueno para su situación y para mantener la mente distraída. No quiere decirme de qué trata, pero sí ha confesado su título: *Infidelis*».

Adriana y Bruno están sentados en una sala de espera de la comisaría, solitaria a esas horas del día, mientras hacen una pausa para tomar un café. Llevan horas encerrados en la sala de reuniones, enfrascados en vídeos y fotografías, tratando de analizar las pruebas que van colmando el expediente, pero que de momento no les permiten culminar su objetivo.

–¿Cuántos cafés llevas hoy? –le pregunta Bruno—. Cada vez que te veo tienes uno en la mano.

–He perdido la cuenta, pero lo necesito como el aire que respiro –dice, reprimiendo un bostezo, está agotada.

–Un trabajo duro. En el máster no nos hablaron de las noches sin dormir, la tensión, los nervios...

–No, desde luego que no. Y a pesar de todo no lo cambiaría por nada.

Bruno sonríe.

–¿Y tu marido? No será también policía, ¿verdad? Es una combinación horrible, puedes creerme.

–No, no, Mario es consultor, aún peor. Trabaja en KPM, una de las importantes.

–Una profesión exigente, según he oído.

–Has oído bien... La conciliación no es precisamente nuestro fuerte.

Apuran el café y los últimos instantes de descanso. A Adriana le hubiera gustado estar más activa y despierta para aprovechar esos ratos de conversación con Bruno y recordar viejos tiempos, amigos, anécdotas. Guarda de él un bonito recuerdo de ese pasado que le parece ahora tan lejano. Pero, entre el cansancio que comienza a pasarle factura y la intensa concentración que exige la búsqueda, no está para conversaciones personales.

–Mientras tanto, nuestro hombre ha superado los cuatro millones de descargas. Enhorabuena, hijo de puta. Me manda esto un compañero. Escucha. «El mayor éxito editorial de la última década»,

dicho hoy ni más ni menos que por *Le Figaro*. El mundo está loco, Adriana.

–Cuarenta millones de euros.

Suena el teléfono de Bruno. Número desconocido. Responde serio:

–Inspector Vega.

Escucha con atención, sin decir palabra. Agarra de pronto el antebrazo a Adriana, como para no caerse. La mira y una expresión diferente y viva se refleja en sus ojos.

## 24

Todo el equipo de investigación está en la sala de reuniones, incluidos Zubieta y varios agentes de la Policía Nacional que se acaban de incorporar. Desde que han recibido la noticia, llevan una hora trabajando para acumular la máxima información posible en torno a esas iniciales que, por fin, han sido descubiertas. Sienten una euforia contenida, conscientes de que ha comenzado la cuenta atrás.

Toma la palabra Bruno, cuyo ordenador está conectado con la pantalla de televisión:

–Hace un par de horas hemos recibido una llamada que nos ha informado del descubrimiento. Como sabéis, Miguel de la Torre fue profesor de Psicología en la Universidad Complutense y psicólogo privado, ahora jubilado. Era especialista en terapias de pareja y escribió varios libros acerca de la infidelidad y sus consecuencias psicológicas. Creemos que nuestro hombre se ha basado en uno de ellos para orquestar su libro. Pues bien, tal y como el profesor nos prometió, esta mañana ha revisado su archivo en busca de las iniciales J. A. y ha encontrado esto.

La imagen de un hombre copa la pantalla. Es una fotografía de carnet, algo antigua, que muestra a un joven de menos de treinta años, serio, pelo oscuro, mandíbula prominente, grandes ojos que

emiten una mirada fría, inquietante, un semblante contenido y tenso.

—Os presento a Julio Arbea. Es la única fotografía que tenemos de él y se corresponde con la matrícula de la Universidad Complutense. Estudió allí Filología Inglesa entre los años 1996 y 2000 y vivió durante un par de años en el colegio mayor Ximénez de Cisneros. Tiene cuarenta y seis años, natural de Hernani. No hemos encontrado más fotos de momento. No tiene perfiles en redes sociales ni actividad alguna en Internet. Hemos localizado dos empleos que tuvo y hemos hablado con sus antiguos jefes. Nos van a enviar cualquier material que conserven sobre él.

—¿Dónde ha trabajado? —pregunta un agente nacional.

Es Adriana quien contesta:

—Que sepamos ha tenido dos trabajos, uno en la revista *Milaria*, en Madrid, y otro en una pequeña editorial de Valladolid, Liria Ediciones. No dejó precisamente un buen recuerdo en ninguna de las dos. En la primera estuvo un par de años y fue despedido por comportamientos extraños con sus compañeros. En la segunda estuvo unos cinco años, su jefe lo ha puesto a parir. Un tipo peculiar, taciturno, debía de sufrir algún tipo de depresión y pasaba temporadas en Babia. En los últimos tiempos mostró un carácter agresivo, violento, y cuando iban a despedirlo se fue voluntariamente. Les dijo que dejaba la editorial para dedicarse en cuerpo y alma a la escritura.

—Bien. —Zubieta entrelaza las manos sobre la mesa—. Si estamos aquí sentados, entiendo que es porque no sabemos dónde vive.

—Un fantasma, jefe —interviene Igor—. En 2016 dejó su último trabajo y presentó su última declaración de la renta. Allí consta un domicilio en Martutene que también hemos comprobado, pero no hay ni rastro de él. Es el mismo que aparece en su tarjeta de la Seguridad Social y en el DNI, que, por cierto, está caducado desde hace doce años y no lo ha renovado. Un fantasma.

—¿Casado? ¿Hijos?

—Divorciado de Irene Aquerreta en 2014 —sigue Adriana, que continúa revisando sus notas—. Estamos intentando localizarla. Según el profesor, fue un divorcio traumático, motivado por una

infidelidad de su esposa que él no supo encauzar y terminó derivando en una fuerte depresión. Al parecer, ella le abandonó y se fue a vivir a Bergara con su nueva pareja. Ahora viven en Vitoria.

–Bien, ¿qué opinan nuestros amigos de la Policía Nacional? – Zubieta se dirige a Bruno y sus compañeros.

–Nuestra gente está retocando la fotografía para ofrecer una nueva versión con algunos años de más. Con esto proponemos hacer una comparecencia de prensa para difundir su identidad y pedir la colaboración ciudadana. Distribuiremos su imagen en todas las comisarías y pondremos en máxima alerta a la Ertzaintza y al resto de los cuerpos y fuerzas de seguridad.

–La caza al hombre, como en las películas –concluye Igor, lanzando un codazo a uno de los serios y cariacontecidos agentes nacionales–, ¡qué emocionante!

–No hay duda, entonces. Tema logístico: ¿dónde hacemos la comparecencia? Nosotros preferimos la Delegación del Gobierno – dice Bruno.

–Aquí los jefes seguro que prefieren nuestra sede central en Erandio –responde Zubieta.

–Pero recuerda que hemos sido nosotros quienes hemos dado con las iniciales –interviene uno de los agentes nacionales.

–Iniciales que te recuerdo que encontramos nosotros en uno de los vídeos –replica Igor, que se va alterando.

–Hasta que aparecimos nosotros estabais bastante perdidos –salta otro nacional y la tensión empieza a desatarse.

Bruno se levanta y capta la atención de los concurrentes.

–No voy a perder un segundo con esta discusión. Es una investigación compartida y el éxito o el fracaso será igualmente compartido por todos. Propongo hacer la comparecencia en un palacio de congresos o algo así.

–El Kursaal –responde Adriana, que no deja de contemplar una fotografía.

–A mí me parece bien –apunta el inspector jefe–, además estará plagado de periodistas y no creo que la Delegación del Gobierno ni nuestra sede tengan una sala para tanta gente. Hablo con mis superiores y concretamos.

Adriana permanece callada, concentrada en la forma de localizar a su hombre mientras no deja de mirar la imagen que tiene frente a ella. Por fin saben quién es, cómo es y cómo accede a las víctimas. Ahora solo falta saber dónde está y cazarle antes de darle tiempo a actuar de nuevo.

–La moto –dice entonces, alzando la única imagen que tienen de ella, parada en un semáforo. Es el único punto en el que cree que pueden avanzar–. Hemos analizado las imágenes y está en perfecto estado. Pon la fotografía, Sara, por favor. –La agente manipula el ordenador y en unos instantes se muestran imágenes en alta resolución donde se aprecian varios detalles de la motocicleta–. Hemos hablado con nuestro mecánico y nos ha confirmado que no es un modelo nuevo, pero que está como si lo fuera. Tiene la chapa intacta y tanto las pinzas de freno como los neumáticos están recién cambiados.

–Comprada hace poco de segunda mano. –Igor sigue el hilo.

–Eso es. Debemos buscar anuncios en Internet con el mismo modelo y buscar concesionarios donde las vendan.

–Buena idea –dice Bruno–. Xabier e Igor, ¿os ponéis con ello? Nosotros haremos lo mismo en las comunidades limítrofes. No creo que se haya ido mucho más lejos para comprarla. Al menos, eso espero. Si no, ya ampliaremos el radio de búsqueda.

Todos asienten con la cabeza y se mueven inquietos en las sillas, deseosos de dar por concluida la reunión y empezar cuanto antes.

–Joder...

Todas las miradas se centran en Xabier, que lleva un rato en silencio, concentrado en el móvil. Levanta la cabeza.

–Abrid *Infidelis*.

## 25

### **Giro dramático inesperado**

Si nuestros lectores piensan que nuestro libro es un torbellino de emociones donde no hay momento para el descanso, nuestro próximo capítulo va a colmar todas sus expectativas.



Hasta ahora, los lectores han podido ser testigos de los tres asesinatos antes de que ocurrieran y eso les ha permitido adentrarse en una experiencia inmersiva como jamás antes habían leído.

Ahora... hay algo más.

En el próximo capítulo, «Negación», no solo van a ser testigos privilegiados de lo que va a ocurrir, sino que además podrán elegir el desenlace. Serán los propios lectores quienes decidan quién de los dos, el infiel o la amante, merece convertirse en el próximo protagonista de nuestra historia.

No se lo pierdan... Muy pronto, en *Infidelis*.

## 26

Más de doscientos medios acreditados, nacionales e internacionales, llenan el auditorio principal del Kursaal. Los periodistas llevan más de una hora preparando la comparecencia, conectando las cámaras de televisión, comprobando los audios para la radio y escogiendo los ángulos para las fotografías.

Adriana y su equipo están en una sala contigua al auditorio, ajenos al murmullo incesante de los medios. En un rincón hay una mesita con un termo de café. Matan el tiempo mientras esperan, impacientes. Bruno está reunido desde hace casi una hora con sus jefes, con los de la Ertzaintza y con la fiscal jefe, Olivia Rojo, que ha querido desplazarse para conocer las novedades.

La jefa de prensa de la Policía Nacional organiza la comparecencia sin descanso. Entra y sale de la estancia al reclamo de las demandas de los periodistas.

Adriana se sirve otro café mientras lee de nuevo el blog de Infidelis e intenta calibrar el alcance de su anuncio. ¿Qué se propone? ¿Hacer que la gente vote a quién de los dos mata, como si fuera un concurso de televisión? Le cuesta creerlo, por los muchos problemas logísticos que eso le plantearía al asesino. Primero, si otorga un tiempo para que la gente vote en la plataforma, ello supondría darle mayor margen a la Policía para encontrarle; segundo, tendría que enfrentarse a las dos víctimas a la vez, con la posible resistencia que pudieran ejercer; tercero, eso exigiría

tenerlos secuestrados durante el tiempo que ofreciera a la gente para decidir. Y cuarto, ¿qué haría con el que salvara el público? ¿Lo liberaría sin más? Eso sería muy arriesgado.

A Adriana le cuesta concentrarse, culpa sin duda del exceso evidente de cafeína, de la falta de sueño y del estrés.

Recibe un mensaje de su madre y sonrío al leerlo.

¿Cómo estás, cielo? ¿Qué tal va todo?

Si pones la tele, me verás.

Uy, no sé si me atrevo. Casi mejor que no. Prefiero vivir en la ignorancia. Acuérdate de que el domingo venís a comer a casa. Ten cuidado, hija.

Suena el teléfono. Esta vez es una llamada de Fran.

–¿Bloqueas por fin la página? –le pregunta Adriana a quemarropa.

–Joder, qué recibimiento. ¿Te crees que no lo intento? ¿Acaso piensas que me estoy tocando las pelotas? –El cansancio empieza a pesarles a todos–. Cuando lo consiga, serás la primera en enterarte, no te preocupes, pero de momento ni una legión de *hackers* podría pararlo. En fin, te cuento: tal y como quedamos, enviamos un correo electrónico a un listado de psicólogos y agencias de detectives para advertirles del posible hackeo. Les dábamos unas instrucciones para que sus informáticos pudieran detectarlo sin dificultad. Pues, pásmate... Han empezado las llamadas. Llevamos unos diez confirmados y tiene pinta de que habrá más.

–Madre mía, pero ¿a cuánta gente piensa cargarse?

Bruno entra de repente junto con diez personas que enseguida abarrotan la salita. Todos hablan a la vez, entre ellos o con el móvil, y ensordecen la habitación. Adriana cuelga.

–¿Estás preparada? –le pregunta Bruno.

Ella asiente con la cabeza. En realidad, según le han dicho, estará presente para que se vea la colaboración entre ambos cuerpos policiales, poco más.

–El ministerio ha accedido a ofrecer una recompensa a quien ayude a localizarlo.

–¿Cuánto?

A Adriana le parece una buena idea, la mejor forma de motivar la colaboración ciudadana.

–Hay presupuesto para bastante más, pero los jefes –Bruno baja la voz, señalando hacia un corrillo de uniformados– son un poco agarrados y no quieren soltar más de doscientos mil euros. Veremos.

La jefa de prensa da la señal y el equipo se dirige en comitiva hacia la entrada del auditorio. En cuanto aparecen en la sala, se precipitan las preguntas, que resultan ininteligibles entre tanto bullicio. Suben al escenario y se sitúan en una posición determinada de antemano. El despliegue de periodistas y cámaras impone.

El comisario de la Brigada Central de Delitos contra las Personas de la Policía Nacional, jefe de Bruno, se sitúa frente al atril y comienza la introducción. Le flanquean Bruno y Zubieta, junto al que están Adriana y media docena más de agentes de ambos cuerpos.

–Agradecemos su presencia en este caso porque vamos a requerir la colaboración de la ciudadanía y debemos hacerles llegar el mensaje con la máxima difusión. Fruto de una ardua investigación llevada a cabo por la Policía Nacional y la Policía Autónoma Vasca en relación con los asesinatos de Infidelis, tenemos por fin a un posible sospechoso. Para conocer los detalles, les presento al inspector de la Policía Nacional a cargo de la investigación, Bruno Vega.

Se aparta a un lado y deja que el policía se acomode en el atril. Detrás se proyecta una imagen enorme con el rostro de Julio Arbea, debidamente retocada para aparentar más edad.

–Buenas tardes. Tenemos serias razones para pensar que este hombre que tienen en pantalla, Julio Arbea, está implicado en los asesinatos de Daniela Fraile, Andrés Sola y Laura Bayona, en el caso que denominamos *Infidelis*. Les están remitiendo ahora mismo un dossier a su correo electrónico con fotografías y datos. –Se produce un revuelo entre los periodistas–. No podemos dar demasiados detalles porque la investigación sigue su curso y bajo secreto de sumario, pero los hemos convocado para solicitar la colaboración de los ciudadanos. Actualmente, Arbea está en paradero desconocido y se ha decretado una orden de búsqueda y captura a escala nacional e internacional para intentar detenerle. Necesitamos distribuir su imagen para que cualquier persona que haya podido tener contacto

con este hombre nos lo comunique de inmediato. Hemos habilitado una centralita, cuyo número ven en pantalla, para que puedan llamar de manera confidencial y gratuita.

En la cuarta fila, casi en una esquina, permanece agazapado mientras escribe en su ordenador Iban Echeverría. Adriana lo reconoce enseguida.

—Con autorización del Ministerio del Interior, ofrecemos una recompensa económica por cualquier información que nos ayude a la detención y procesamiento de Arbea. Los ciudadanos que aporten dicha información recibirán la cantidad de doscientos mil euros en compensación por su labor.

Cada palabra de Bruno se mece en el sonido cortante de los teclados de los ordenadores que los periodistas aporrean inclementes. Están al acecho, preparados para el turno de preguntas, mientras el inspector esboza un resumen de la biografía del sospechoso. En la proyección aparecen diversos montajes con el posible aspecto de Arbea.

Adriana piensa que no tiene cara de *hacker*, aunque tampoco de escritor, y mucho menos de asesino... «Y sin embargo ahí está —piensa—, el hijo de puta que ha asesinado a tres inocentes y está a las puertas de incrementar su palmarés». Recuerda las palabras de Fran y le entra un escalofrío al pensar en las posibles víctimas que habrá podido encontrar en los servidores de psicólogos y detectives. Si no le detienen, todo el asunto se podría convertir en una carnicería.

Arranca el turno de preguntas y Bruno comienza a despacharlas con profesionalidad. Adriana piensa en la poca efectividad que tendrá la recompensa, más allá de dificultar la capacidad de movimiento de Arbea. Piensa entonces en la conversación mantenida con Fran hace unos minutos y en la imposibilidad de bloquear la página. ¿Cómo ha dicho? Ni una legión de *hackers* podría pararlo... En ese momento, en mitad del escenario y ante la mirada de doscientos periodistas, encuentra una fórmula que sí podría dar resultado. En otras circunstancias habría esperado a terminar el acto y lo hubiera consultado con todos, pero la urgencia

de la situación y posiblemente los litros de cafeína que circulan por sus venas le imponen la solución.

Sin esperar a que termine, aparta suavemente a Bruno de su sitio y se sitúa tras el micrófono. Las preguntas cesan, a la espera de sus palabras. Duda un instante, empequeñecida de repente ante tanta atención, pero ya no hay marcha atrás.

–Tenemos también un anuncio importante que realizar...

Bruno la observa estupefacto, al igual que Zubieta y el resto de los compañeros de palestra.

–Hacemos un llamamiento a todos los expertos informáticos, ingenieros, empresas tecnológicas, *hackers*... para que nos ayuden a bloquear la página Infidelis. No escatimen en esfuerzos ni recursos, hagan todo lo que puedan para atacar la web y bloquearla de Internet. Solo así podremos detener esta barbaridad, solo así podremos salvar vidas. Necesitamos su colaboración, tanto para hacer justicia a las tres víctimas como para evitar que pueda producirse otro asesinato.

Nada más terminar, se ve envuelta en un alud de preguntas. No sabe si ha generado la respuesta esperada.

Y entonces lo lanza, sin pensar:

–Recompensaremos con un millón de euros a quien consiga parar *Infidelis*.

## 27

Su olfato le dice que no está perdiendo el tiempo. O al menos prefiere pensarlo para no martirizarse por la hora de coche que ha necesitado para llegar hasta Miranda de Ebro.

Igor lleva todo el día a la búsqueda del vendedor de la moto de Arbea. Junto con Xabier, se han pasado horas llamando a concesionarios y particulares de todo el País Vasco, sin que nadie les haya referido ninguna información interesante. Han utilizado después a uno de los informáticos de Fran para que rastreara Internet y localizase anuncios obsoletos, que estuvieran ya inactivos

en las páginas de segunda mano por haberse vendido el vehículo en cuestión. Y gracias a esa gestión se encuentra ahora atravesando el País Vasco.

La conversación por teléfono no resultó fluida, al tipo le costaba recordar, pero en cuanto Igor pronunció el apellido Arbea reaccionó. Se la vendió cuatro meses atrás a un hombre que encajaba con la descripción. A Igor no le hizo falta más. Cogió el coche y se dirigió a Miranda de Ebro, aunque saliese de su jurisdicción.

–Buenas tardes, soy el agente primero de la Ertzaintza Igor Velasco, hemos hablado hace un rato por teléfono.

Le enseña la placa. Tiene delante a un hombre mayor que le recibe en la puerta de su casa, un chalé unifamiliar de los muchos que acoge una urbanización de las afueras de Miranda. El hombre reacciona y se dirige con paso cansado hacia la puerta del garaje, que abre con un mando a distancia.

–Mi hijo me pidió que me deshiciera de sus vehículos, ¿sabe? Vive en Londres y no tiene intención de volver, se ha casado allí, así que ya no va a necesitar nada de esto.

Se abre la puerta y aparece un garaje que alberga cinco motos de distinto tipo y tamaño.

–Es un gran aficionado a las motocicletas –continúa el hombre, con ganas de conversación–, aunque le tengo dicho que no se le ocurra comprarse una en Londres, a ver si se va a matar circulando en sentido contrario.

–¿Ha podido encontrar la documentación de la venta al señor Arbea? –Igor no quiere pasarse la tarde entera rememorando historietas del niño.

–He vendido tres motocicletas, aún me quedan estas. Todos los papeles los guardo aquí.

Camina con lentitud hacia una mesa situada en un lateral, contra la pared. Está repleta de herramientas y artilugios inservibles. El hombre se pone a rebuscar entre ellos. Son instantes que a Igor se le hacen eternos, hasta que por fin alza una carpeta. Aparta varias cosas para despejar la mesa y despliega los papeles que guarda en su interior. Facturas, recibos, impuestos, contratos... Con parsimonia, separa unos de otros para encontrar lo que busca.

–Mire, aquí está el contrato. –Le entrega el ejemplar, que Igor le arrebató con agilidad.

Comprueba los datos y sonrío cuando ve la firma de Julio Arbea al pie del documento. La emoción se esfuma en cuanto advierte que el domicilio es el mismo que aparece en la declaración de la renta y el DNI, el mismo que dejó años atrás.

–Me pagó en efectivo, ni transferencia ni nada.

–¿Qué recuerda de él?

–Poca cosa, la verdad. La moto estaba muy bien y la vendíamos barata, así que tuvimos muchas visitas. Él llegó una tarde, la comprobó y se la llevó. No rebajó ni un céntimo.

Le entrega el resto de la documentación, que no aporta ningún dato adicional.

–¿Y no hablaron de nada en particular, aparte de la moto? –Igor comienza a sentir el sabor de la frustración.

–Nada. Le llamé un par de veces, pero no conseguí hablar con él. Todavía no hemos podido registrarlo en Tráfico porque tenía que traer el DNI y no lo ha hecho. Un desastre de hombre.

A Igor no se le escapa este último comentario.

–¿Le llamó?

–Sí, le llamé por teléfono. –Ante los ojos abiertos de Igor, el hombre se da cuenta de lo evidente—. Oh, sí, discúlpeme, tiene toda la razón. Me dio un número. Debe de estar por aquí...

Una hoja de cuaderno aparece entre los papeles, con la anotación de Julio Arbea y su número de teléfono.

Igor saca el móvil y llama de inmediato a Fran.

–Si te doy un número, ¿puedes rastrearlo?

–Claro, aunque necesitaríamos una orden.

–Conseguida. Toma nota.

## 28

La jueza encargada de la investigación había accedido a intervenir las comunicaciones de todos los posibles sospechosos que le había

facilitado la Policía, una medida que suponía escuchar sus llamadas de teléfono, tanto fijas como móviles, así como rastrear sus correos electrónicos o seguir sus localizaciones en tiempo real, entre otras cosas.

Había costado mayor esfuerzo convencerla para que autorizara intervenir las comunicaciones del abogado de Infidelis, Oier Goytisolo, por aquello de proteger la relación letrado-cliente. La posición firme del fiscal apoyando la intervención resultó decisiva y al final había accedido.

En el despacho de Goytisolo se registra la siguiente conversación en el teléfono fijo:

–Oier, tienes una llamada.

–Estoy hasta arriba, Luisa, te dije que no me pasaras ninguna.

–Es Dani.

Tras unos instantes de silencio, se le oye resoplar.

–Joder. Pásamelo.

Enseguida emerge una voz ronca y grave.

–¿Qué pasa, Oier?

–Dani, te he dicho cientos de veces que no me llames al despacho, y menos ahora.

–Tranquilo, hombre, tranquilo. Que no se te suba el éxito a la cabeza, querido amigo.

El abogado respira pesadamente.

–Perdona, estoy algo estresado con todo esto. Dime, ¿qué quieres?

–Necesito verte.

–Justo ahora me es imposible, tengo que...

–Necesito verte ahora. Te espero en media hora en el lugar de siempre.

–Joder...

–No protestes, hombre, que es algo interesante. Además, voy a regalarte algún consejo útil para tu nueva situación.

–¿De qué hablas?

Su interlocutor se ríe con un tono estridente.

–Oier, querido, ¿de verdad no te lo esperabas? Vamos, no seas descortés y saluda a tus amigos de la Ertzaintza y la Policía Nacional.



¡Hola, chicos, buenos días!

–¿Me han pinchado el...?

–Sí, así es. Te veo en media hora.

## 29

Cientos de llamadas colapsan la centralita. Se ha contratado a un equipo de quince operadores para atenderlas y aun así no dan abasto. Aunque no es una tarea fácil, están bien aleccionados para distinguir entre oportunistas, chiflados, morbosos y un reducido número de personas que realmente tienen algo interesante que aportar. Una de ellas es una mujer histérica, que apenas puede articular palabra.

Media hora más tarde, Adriana y Bruno recorren la ciudad con renovado optimismo. Van a encontrarse con la mujer de Arbea, Irene Aquerreta, en pleno estado de *shock* desde que descubrió que su exmarido es el hombre más buscado de España.

–Por primera vez creo que nos estamos acercando –dice Adriana mientras conduce.

–Yo también lo creo –contesta Bruno, que permanece serio mientras revisa su iPad.

Apenas han tenido tiempo de hablar desde la rueda de prensa. Adriana cree que es el momento de pedir disculpas por su actuación.

–Bruno, perdona, fue algo instintivo, no lo pensé...

–No te preocupes.

–Sé que tenía que habértelo consultado antes, pero se me ocurrió de repente. Zubieta me ha echado una bronca monumental, te juro que lo hice sin pensar y...

–Está bien, Adriana, no te preocupes. Pero si tienes alguna otra idea genial te agradecería que me la comentaras primero, sobre todo si la pones en práctica delante de mis jefes. Me está costando mucho mantener nuestra colaboración en estas condiciones, trabajando en vuestras instalaciones y con vuestros equipos, como para encontrarnos luego con sorpresas así. –La mira un segundo

mientras conduce nerviosa, esquivando coches al tiempo que asume con humildad el rapapolvo. Ya está, lo ha soltado, y tan pronto como lo ha hecho el motivo del enfado se ha disipado. Acaba sonriendo—. La verdad es que había olvidado lo intensa que eres.

Adriana sonríe también, aliviada de distender por fin el ambiente.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Depende... Retar a los *hackers* ha sido una buena idea. No hay nada que les guste más que ponerse a prueba. Con un poco de suerte bloquean la maldita página y ganamos tiempo.

—Si lo consiguen, me veo pagando el millón de euros. Zubieta ha dicho que como lo tenga que asumir la Ertzaintza ya puedo ir vendiendo mi piso.

Bruno ríe mientras anota algo en su dispositivo. Está preparando las preguntas para la exmujer y no quiere que se le olvide nada.

Suena el teléfono de Adriana y el nombre de Mario aparece en la pantalla del coche. Ella lo silencia. Por alguna razón no le apetece hablar con él en manos libres delante de Bruno y no quiere distraerse del tráfico. Una nueva llamada, que silencia también.

—Igual deberías cogerlo.

—No te preocupes... —contesta incómoda—. Luego le llamo.

Están a punto de llegar. El teléfono vibra para anunciar un par de mensajes. Lo pondría en silencio, pero como tiene el mismo móvil para uso personal y profesional necesita que esté operativo.

—Creo que hemos llegado.

Es una calle residencial y tranquila, una zona humilde aunque digna que alberga una hilera de casas espaciosas cerca de Vitoria. Se detienen frente a una que necesita una mano de pintura y un jardín que pide a gritos algo de cariño.

Suena de nuevo el teléfono y la palabra «Mamá» en pantalla aumenta la incomodidad de Adriana. «Como una quinceañera», se dice a sí misma mientras lo silencia, pero cuando pulsa el botón un mal presentimiento planea sobre tanta insistencia familiar.

La cara de Bruno mientras lee el iPad evidencia que algo ha ocurrido. Su rostro está serio, preocupado, no hay ni rastro de sonrisas. Se miran y la inquietud se traslada de uno a otro. Le tiende la tableta. *Infidelis*, cómo no. La nueva noticia del blog la deja

paralizada. Corona el *post* una fotografía de ella misma, sacada en la sala de prensa, cuando ocupaba el atril para anunciar su ocurrencia. Tiene un aspecto extraño entre aquellos agentes uniformados tan serios, como si fuera la becaria que interviene cuando no debe. Se la ve vulnerable, *amateur*. No le gusta.

### **El reto de Adriana Collante**

La subinspectora de Homicidios de la Ertzaintza Adriana Collante, que por alguna razón sigue en la investigación del caso junto a la Policía Nacional, ha protagonizado un hecho vergonzoso, desleal, rastrero.

Ofrecer un millón de euros a quien logre bloquear nuestra página web es un intento despreciable de censura, de restringir la libertad de información de nuestros lectores, de atacar nuestro derecho a expresarnos.

Al igual que los nazis, que quemaron los libros disidentes en la hoguera, Collante pretende privar a los ciudadanos del acceso a la cultura, a la creatividad, a la dignidad intelectual.

Si bien su ataque resultará en vano, porque la libertad siempre vence a la tiranía, no olvidaremos lo que ha pretendido en el día de hoy. No lo olvidaremos...

## **30**

*Extracto de la grabación del interrogatorio de Irene Aquerreta, exmujer de Julio Arbea, realizado por el inspector Bruno Vega y la subinspectora Adriana Collante.*

**AC:** ¿Cuándo se divorció de Julio Arbea?

**IA:** Hace años, en 2014.

**AC:** Por lo que hemos podido saber, fue un divorcio traumático.

**IA:** Ha pasado mucho tiempo, pero sí, lo fue. Julio era un hombre muy complicado, con grandes altibajos. Yo al principio era joven y se lo perdonaba todo, aunque poco a poco fuimos adentrándonos en un pozo del que no era fácil salir. Él dedicaba todo el tiempo que no estaba trabajando a escribir, pero a pesar de las horas que invertía no era capaz de articular nada decente. Eso le consumía en una fuerte depresión que trataba de aliviar con drogas y pastillas.

**BV:** ¿La agredió alguna vez?

**IA:** Sí... En alguna ocasión, aunque nunca llegué a denunciarlo.

**AC:** No tuvieron hijos, ¿verdad?

**IA:** No. Lo intentamos y en su momento fue otro motivo de frustración. Ahora doy gracias a Dios de no haberlos tenido con él.

**AC:** Después conoció a otra persona.

**IA:** Yo trabajaba de camarera en una cadena de cafeterías y Víctor era jefe de zona. Gracias a él conseguí salir de aquel matrimonio, de aquel infierno... No sé qué hubiera sido de mí si no.

**BV:** Y se trasladaron a Bergara.

**IA:** A Víctor lo destinaron primero allí y ese fue el momento de decidir. Tuve muchas dudas, más por miedo a la reacción que pudiera tener que por mis ganas de salir de allí. Cuando se lo conté a Julio, me sorprendió con que ya lo sabía. Al parecer nos había seguido y lo sabía todo. Fue terrible. Se volvió loco. Casi me mata...

**AC:** ¿Tuvo más contacto con él?

**IA:** Al cabo de unos meses descubrió nuestro domicilio y se presentó en mi casa. También llamaba por teléfono y me enviaba mensajes, pero poco a poco se fue distanciando. Cuando llegaron los niños –*señala hacia un aparador con varias fotografías familiares*–, me empecé a preocupar, me daba terror que apareciera de repente y les hiciera daño. Mi marido insistía en denunciarle y pedir una orden de alejamiento, pero yo no quería echar más leña al fuego. Julio es un hombre que si se siente atrapado se vuelve aún más agresivo. Cuando nos vinimos a Vitoria, por fin desapareció de mi vida.

**BV:** Usted que le conoce, ¿le ve capaz de hacer algo así?

**IA:** Hace... hace como dos o tres meses recibí un mensaje en el móvil. Era de un número desconocido. Esperen... Aquí está. Dice: «Mi querida Irene, sé que ha pasado mucho tiempo, pero necesitaba contártelo. Te prometí ser alguien importante y al final lo voy a conseguir. Seré grande, como siempre soñamos, y cuando lo consiga las puertas de mi corazón seguirán abiertas para ti de par en par. Te quiere. J. A.». No entendí nada y preferí olvidarlo. Ni siquiera se lo enseñé a mi marido. Pero cuando he visto su cara esta mañana en las noticias...

**AC:** ¿Ha habido algún contacto más? ¿Ha notado algo extraño? Alguien que la siguiera, llamadas...

**IA:** No, la verdad es que no, pero estoy aterrada.

**BV:** No se preocupe, Irene. Vamos a ponerle vigilancia las veinticuatro horas hasta que demos con él. No tiene nada que temer. También intervendremos sus comunicaciones por si intenta ponerse en contacto con usted. Estará a salvo, confíe en mí.

**AC:** Por cierto, ¿recuerda qué pie calza Julio?

**IA:** Un 43.

## 31

La conversación con la exmujer de Julio Arbea ha impresionado a Adriana. Parece una persona normal, madre de tres niños, felizmente casada, trabajadora, activa feligresa de la parroquia... ¿Cómo alguien así pudo haberse enamorado y casado con un perturbado como Arbea? Les ha dado dos fotografías de las pocas que conserva de aquella época: una antigua con su madre y su hermana, y la otra algo más mayor, de adolescente, leyendo un libro tumbado en una toalla junto a un río. Desde luego, nada que pueda ser utilizable.

Adriana va ya camino de casa. Son las once de la noche y tras el interrogatorio han optado por dar la jornada por terminada. Han esperado a que llegara el equipo de vigilancia de la Ertzaintza y solo cuando la mujer ha quedado debidamente protegida se han marchado. Ha dejado a Bruno en el hotel y ha puesto rumbo a sus pastillas y su cama. Sueña con dormir aunque sea un rato.

Suena el teléfono. Es Igor.

—Jefa, apunta una nueva prueba incriminatoria. He estado en Decathlon, la tienda donde se compró el arpón con el que mataron a Sola. Teníamos pendiente localizar cuándo, dónde y quién compró la tarjeta regalo que luego se utilizó en la web. Lo han localizado. La adquirió en la tienda que tienen en un centro comercial de

Baracaldo. Intenta evitar la cámara, pero a la salida se le ve bien. No hay duda. Es él.

–Ahora solo falta encontrarle.

–Tiempo al tiempo, querida, tiempo al tiempo. ¿Qué tal estás?

Imagina que lo pregunta por la amenaza vertida en *Infidelis*.

–Bien, supongo.

–¿Te sientes con ganas de continuar? –La pregunta le sale forzada, como formulada por pura educación.

–Claro que sí. Y más ahora que lo tenemos cerca.

–Me alegro, porque no tengo ninguna intención de dejar el caso. De todas formas, ten cuidado.

–Lo tendré, no te preocupes. Gracias, Igor. Descansa.

Adriana se detiene en un semáforo. Por alguna razón le vuelve a la cabeza la reflexión que ha hecho la exmujer de Arbea sobre los hijos que no tuvieron. Lo que entonces fue pura frustración por no lograr quedarse embarazada de Julio Arbea, ahora suponía un inmenso alivio. Intenta no extrapolar ese pensamiento a su propia vida porque no guarda paralelismo alguno. Se acaricia el tatuaje que tiene a la altura de la muñeca. «Emma». Si hubiera podido... Ella sí habría dado la vida por eso. Y recordar aquellos meses aciagos la lleva a su antigua casa, a su antiguo barrio, al capítulo de su matrimonio que se afanaron en olvidar.

Es la segunda vez que tiene la misma sensación. Una breve ráfaga en el espejo retrovisor, solo una luz que brilla un instante para desaparecer después. Presta mayor atención. Tiene detrás una hilera de coches que desfila con lentitud bajo una lluvia insistente. Quizá el cansancio le esté pasando factura.

Arranca de nuevo y avanza unos metros. Entonces lo ve. Dos coches por detrás. Solo un instante, pero una moto se asoma levemente y se vuelve a esconder detrás de la fila. No le ha dado tiempo de apreciar siquiera el modelo. Las gotas repiqueteando sobre el cristal trasero tampoco ayudan. Activa el limpiaparabrisas y no quita ojo mientras se pone en marcha. Aparece otra vez, entra y sale, lo justo para verla. Parece un hombre vestido de negro y la moto... «Puede ser». Se agita alterada mientras piensa qué debe

hacer. No puede dar el aviso por el simple hecho de tener una moto detrás, una de los cientos que recorren en este instante la ciudad.

En el siguiente cruce gira hacia la derecha y aprovecha los metros libres para acelerar más y comprobar si la siguen. Un coche gira como ella y tras él la moto. Dos manzanas más adelante se incorpora a la avenida de la Libertad, donde el intenso tráfico ralentiza la marcha. Conduce sin sentido, en zigzag, no es una ruta coherente. Si sigue ahí, no tendrá duda. Avanza a trompicones y eso facilita que no quite el ojo del retrovisor. Tiene decenas de coches detrás proyectando sus luces, pero nadie se asoma tras ellos.

Y entonces lo ve, tres vehículos por detrás. Es hora de actuar. Sin pensarlo demasiado, detiene el coche y sale. La lluvia le golpea la cara y dificulta la visión. Saca la pistola y la mantiene pegada a la pierna para no causar revuelo. Camina en dirección contraria bajo la mirada perpleja de los conductores. No lo ve, está detrás de una furgoneta grande. Pasa junto al primer coche, se está acercando. Suenan bocinas que incrementan la tensión. Le tiembla la mano y aferra el arma con fuerza. Segundo coche. Cuando se acerca a la furgoneta, oye el rugir de un motor. Al otro lado de la fila la moto pasa como una exhalación y recorre la calle a gran velocidad. Intenta ir tras ella y hace amago de apuntarle con el arma, pero es inútil.

En unos segundos ha desaparecido de la avenida.

# Capítulo 4

## NEGACIÓN

*Volvieron a última hora de la tarde, con la cesta repleta de peces. El sol comenzaba a ocultarse tras las copas de los árboles y el tono ocre y apagado del atardecer dibujaba la escena. El padre fue el primero en entrar en la casa; cuando los niños se disponían a seguirle, les pidió que aguardasen en el coche porque algo terrible había ocurrido.*

*Pasaron varios minutos hasta que apareció la patrulla de la Policía Local. El agente era un viejo conocido del padre y los dos se abrazaron en el porche, después de comprobar la tragedia desatada en el interior.*

*–Estaba mal, muy deprimida –sollozaba el padre–, pero nunca pensé que podía llegar a esto. De haberlo sabido... Si no hubiéramos ido a pescar...*

*El policía intentaba consolarlo pasándole el brazo sobre los hombros.*

*Al rato aparecieron un par de patrullas con nuevos agentes. Las mismas muestras de condolencia, la misma indolencia por no investigar nada, los mismos interrogantes sin respuesta sobre los moratones que todavía presentaba el rostro azulado de la víctima.*

*Hicieron un par de preguntas a los chicos, que permanecían asustados en el interior del vehículo, pero solo encontraron silencio y hombros encogidos.*

*Las noches siguientes durmieron en un hostel cercano, sin apenas pronunciar palabra. Después llegó el funeral, rostros sentidos de familiares y amigos, compañeros del colegio junto a sus padres saludándolos en la distancia. Y de nuevo vuelta*



*a la casa. Vivieron en silencio el drama de tener que regresar y convivir entre aquellas paredes, no se permitieron siquiera unas lágrimas por miedo a la respuesta de su padre.*

*Y es que la pesadilla no había concluido.*

*El hombre llenó el vacío que dejó su esposa a base de alcohol y, cuando tenía la dosis oportuna para adormecer su conciencia, arremetía con furia contra los hijos. Los moratones que antes marcaron el rostro de la madre ahora señalaban el cuerpo de los chicos. Se abstenía de golpearlos en la cara para evitar que le delataran en el colegio, pero ahí estaban las rojas franjas donde el cinturón impactaba.*

*Y así pasaron los días, las semanas, los meses. Iban creciendo sumidos en la oscuridad, con el colegio como único respiro a la opresión que vivían en mitad del bosque, soportando las palizas que ya se habían convertido en rutina. Pasaron su infancia soñando con crecer, con hacerse grandes y fuertes para poder enfrentarse a él o simplemente huir.*

*–Mamá le arruinó la vida –soltó el chico un buen día, un par de años después, mientras aplicaba un paño húmedo sobre la herida de su hermana, en plena espalda–. Nunca lo superará.*

*–Mamá nos la arruinó a todos.*

# 1

Mira el reloj. Menos de veinticuatro horas. Fran se muestra satisfecho de haberlo conseguido, sobre todo porque está convencido de que sus amigos de la Policía Nacional no lo han logrado todavía. Se encargará de airear su éxito a su debido tiempo y con la máxima repercusión. También ha ayudado el hecho de tener a un buen amigo en Movistar, aunque eso es accesorio. Lo importante es que lo tiene.

Alza la vista y se sorprende de encontrarse solo en la oficina. Necesita volver a mirar la hora para percatarse de que son las cinco y media de la mañana. Los primeros rayos del alba comienzan a colarse por la ventana y otorgan una luz cálida a un lugar repleto de pantallas y ordenadores.

Oye entonces una respiración pesada y se acuerda de él. Igor dormita sobre una hilera de sillas junto a la pared. Lleva allí toda la noche esperando novedades. Fran hace una bola de papel y se la tira a la cara. Igor agita su pesado cuerpo y se despereza lentamente. Necesita un instante para situarse.

–Espero que tengas la orden judicial que prometiste –le dice el informático–, porque si no me vas a meter en un buen lío. Los de Movistar la están esperando.

–Dalo por hecho –miente mientras se sitúa detrás de la pantalla de Fran–. ¿Qué tenemos?

–La tarjeta SIM está apagada y apenas ha tenido uso. Es de prepago. Se mantuvo activa unos tres días y solo recibió una llamada, precisamente la del vendedor. Está registrada a nombre de Julio Arbea, quien, por cierto, tiene solo con esa compañía veinte tarjetas similares. Las he pedido, pero hasta que les demos la orden se niegan a pasarnos el listado.

–¿Has podido rastrear su ubicación?

–El tiempo que estuvo encendida no se movió de este lugar.

Google Maps arroja una calle residencial de Altza, un barrio situado a las afueras de San Sebastián, donde predomina la clase trabajadora. El núcleo urbano se encuentra enclavado en un monte y los edificios de viviendas flanquean el trazado de una calle angosta que serpentea por la ladera.

Una de esas calles aparece en pantalla, estrecha y oscura, apuntando hacia un edificio de cuatro plantas de color gris.

Igor sonríe por primera vez en días.

## 2

–Despierta, cariño. Te has quedado dormida.

Adriana abre los ojos, desubicada. Mario está sentado en la cama y le acaricia el pelo revuelto. Está ya arreglado y vestido con traje y corbata, aunque sin la chaqueta. Ella no sabe qué hora es, pero entra luz por la ventana. Huele a café.

–Te acaban de llamar –le dice, señalando el móvil que reposa sobre la cama–. Me ha extrañado que no lo cogieras.

–Las pastillas de Marina... –Casi ni recuerda el momento de meterse en la cama. Se siente aletargada y la cabeza avanza despacio, aunque cuando se incorpora se nota algo más descansada de lo habitual–. ¿Es para mí?

Señala hacia la taza de café que sujeta Mario, que asiente y se la tiende. Luego le da un beso en la frente.

–¿Qué hora es?

–Las siete y diez –dice con una media sonrisa algo forzada, que contrasta con su mirada profunda, cargada de preocupación.

Adriana se prepara para afrontar ese silencio premonitorio.

–Ya sabes lo que te voy a decir, así que mejor me callo.

Ella sonríe. Sí, prefiere que no diga nada.

–Ese loco, Adri –dice sin poder contenerse–, ese loco te ha señalado expresamente en su blog, te ha amenazado.

–No te preocupes...

–¿Cómo no voy a hacerlo?

–Si no tengo resultados, supongo que mi presencia en la investigación tiene las horas contadas. No creo que pase de hoy sin que haya movimientos.

Mario lanza un suspiro de desesperación y mira al suelo, como si buscara las palabras correctas. Adriana se fija por primera vez en que, pese a su aspecto impecable, está cansado, como vencido, y se siente culpable y egoísta por no empatizar más con sus sentimientos. Se plantea qué ocurriría si la situación se diera al revés y fuese él quien estuviera amenazado. No le gustan sus conclusiones.

–Se que lo único que quieres es detener a ese malnacido y no hay nadie mejor que tú para conseguirlo..., pero yo lo único que quiero es que estés a salvo, Adri, nada más. Eres lo único que tengo.

Ella sabe que es verdad. Hijo único, una madre en los últimos coletazos del alzhéimer, sin tíos, sin primos. Siempre volcado en su trabajo, desatendió sus antiguas amistades de niño y la cuadrilla quedó en el olvido. Los únicos ratos de ocio los pasa con ella o con algún compañero de la consultora. Así que, sí, sabe bien que ella es lo único que tiene.

Deja el café en la mesilla y se abraza a su cuello. No se le ocurre qué decir para aliviar o compensar su preocupación y prefiere ahogar el silencio en un abrazo. Salvo que Zubieta la deje fuera, no va a descansar hasta atrapar al asesino, y mucho menos cuando ya tiene un rostro al que perseguir.

Suena de nuevo el teléfono.

–Te espero abajo –dice su marido.

Adriana comprueba el móvil. Es Igor.

–¿Dónde estás? –brama al otro lado de la línea—. No me digas que te has quedado dormida. ¿De verdad soy el único que trabaja en este departamento? Luego no te quejes si los nacionales quieren ficharme.

–¿Qué ocurre, Igor?

–Lo tenemos, jefa. Te resumo: la moto me llevó al vendedor, el vendedor al móvil de Arbea y el móvil a su casa. Te acabo de enviar la dirección.

Asimila la noticia y siente que una vitalidad renovada va colmando su cuerpo adormecido.

–¿Has avisado a Bruno?

–Sí. Los GEO están de camino, van a entrar ellos.

–Vale. Voy para allá.

Sale de la cama de un salto, engulle el café mientras comprueba la dirección de la casa que le ha enviado Igor. No le suena la zona, pero no está lejos. Abre el armario para coger su ropa. No sabe si ir a la oficina o directamente acercarse a la casa de Arbea y esperar la llegada del equipo de intervención. Los pantalones vaqueros reposan en una silla junto a la ventana, sobre ellos cae la luz que se cuela por la cortina medio abierta. Cuando los coge, lanza una rápida mirada hacia su bonita calle residencial y se da la vuelta para dirigirse hacia el baño.

Se queda paralizada.

Un instante nada más y visto de soslayo, pero lo suficiente para haberse percatado. Quizá no ha sido real, quizá está ya viendo alucinaciones, quizá las pastillas de Marina le están jugando una mala pasada. Se aleja un poco de la ventana para no ser vista desde fuera, pero mira de refilón para comprobarlo. Y ahí está. Entre dos vehículos estacionados se esconde una moto con un hombre encima, vestido de negro y con el casco puesto. No tiene duda de que es él.

Una corriente de adrenalina recorre su cuerpo. Marca el teléfono mientras corre hacia su mesilla, donde reposa la pistola. La extrae de la funda.

—¡Igor, está aquí!

—¿Quién?

—Arbea, joder, quién va a ser. Creo que ayer me siguió por la noche y ahora está aquí, enfrente de casa.

—No hagas ninguna tontería —dice en tono grave y serio—. No se te ocurra enfrentarte a él. Mando ahora mismo a la caballería, tú quédate ahí y que no te vea, ¿entendido?

—No se nos puede escapar, Igor, imándalos ya!

Cuelga y sale de la habitación. Baja corriendo las escaleras. Mario está de pie en la cocina, apurando su café mientras ve las noticias en la televisión. La imagen de Arbea cubre la pantalla.

La cara de su marido se desencaja al verla aparecer pistola en mano. Ella le hace un gesto para que no diga nada y avanza hacia el salón, cuya ventana da también a la calle. Mueve levemente la cortina, lo justo para mirar. Sigue ahí, agazapado.

—Está ahí fuera. Sube, por favor, y ciérrate en el baño.

—¿Qué?

—Sube, ya he dado el aviso y están llegando refuerzos, no te preocupes. —Está nerviosa, no puede pensar con él ahí plantado.

—Y una mierda, Adriana, de aquí no me muevo, y no se te ocurra salir antes de que...

—¡Joder, Mario! Hazme caso de una puta vez. Sube y espérame arriba.

En pijama, descalza y con el pelo revuelto, parece aún más menuda y frágil, pero sus ojos emiten una furia que no admite réplica. Mario sube obediente.

Suena el teléfono. Es Bruno.

–Me ha llamado Igor. Acabamos de movilizar media ciudad. Espera a que lleguemos.

–¿Qué coño está haciendo aquí?

–Y yo qué sé. Asustarte, supongo, o algo peor. No se te ocurra salir bajo ningún concepto.

Sus pensamientos son cada vez más intensos y sobrepasan las palabras de Bruno. Las imágenes de los tres crímenes la bombardean y se le presentan de nuevo como si los estuviera viendo en ese mismo instante.

–Hay varias unidades desplegadas...

Daniela, Andrés y Laura, asesinados por aquel miserable, la miran implorantes y le suplican que no pierda esa oportunidad, que no le deje escapar, que siga su instinto.

«Es muy peligroso y estás tú sola...».

Los segundos pasan, quizá minutos, ha perdido la noción del tiempo. El ruido de un motor encendiéndose la despierta de su letargo y vuelve a mirar por la cortina. Sigue ahí, aunque sabe que no será por mucho tiempo. No puede esperar más.

Tira el teléfono al sofá, con Bruno todavía vociferando, y corre hacia la puerta de entrada. Sale a la calle y los rayos del sol la obligan a entornar los ojos. Es solo un instante, lo imprescindible para que sus pupilas se aclimaten y pueda ver con claridad, un par de segundos de penumbra donde se ve envuelta por el rugido de un motor que se aproxima. Cuando abre por fin los ojos, la moto desfila frente a ella a gran velocidad. Baja descalza los cinco escalones que la separan de la acera y corre a la calzada. La moto se aleja rápido, pero está a tiro. Apunta. Dispara y el estruendo reverbera por toda la calle. Avanza rápido en su alcance y dispara otra vez. Falla en ambos casos. La moto gira a la derecha y desaparece.

### 3

En menos de una hora han conseguido crear un discreto cordón de seguridad en un área de medio kilómetro alrededor de la casa. Ni un agente uniformado, ni un coche oficial, nada que pueda advertir de su presencia.

A través de una puerta posterior, los GEO han entrado en el edificio y en todas las viviendas, para infarto de sus habitantes, que permanecen encerrados sin acceso al móvil ni a Internet. Los equipos de intervención se están preparando para actuar.

Adriana y Bruno se encuentran en la cocina de la vivienda que está justo encima de la de Arbea, esperando a que el jefe del operativo táctico les confirme que están preparados y decidan qué hacer.

La subinspectora está impaciente y se nota. No consigue recuperarse de los nervios que ha pasado ni de la frustración por no haberle cogido. Dos tiros, dos malditos tiros y ha fallado. Una vez más, se ha esfumado, y lo ha hecho enfrente de su propia casa.

Su marido estaba al borde de un ataque de nervios. «Más vale que lo atrapemos de una vez», piensa, pues no quiere ni imaginar cómo se van a poner Mario y su madre después de lo ocurrido.

—¿Cómo está Mario? —pregunta Bruno, como si le leyera el pensamiento.

—Pobre, se ha llevado un susto de muerte. Todo esto le supera.

—No me extraña. Habrá que tomar algunas medidas, Adriana... —dice en un tono que a ella no le gusta.

—No se te ocurra apartarme del caso, Bruno, ahora no.

—Si el investigador está marcado por el investigado...

—... debe ceder la investigación. Te recuerdo que fui a la misma clase que tú. Pero esto es distinto, no estoy marcada, no soy un objetivo. Está cabreado por el llamamiento a los *hackers*, nada más, y con esto imagino que pretende amedrentarnos a todos. Eso es todo.

Bruno suspira hondo, sopesando las posibilidades.

—He hablado con Zubieta, está preocupado también.

—Sí, lo sé, me ha tenido media hora de charla.

—Hemos acordado que un solo acercamiento más y quedas fuera. No me la voy a jugar, Adriana, y él tampoco. ¿Estás de acuerdo?

Sonríe victoriosa. Eso le da algo de margen.

—De acuerdo. La próxima vez que le vea será para ponerle las esposas.

—Yo preferiría pegarle un tiro, la verdad.

Entra en la cocina el jefe del operativo, ataviado con todo el equipo.

—Estamos listos —le dice a Bruno—. A tu señal, entramos.

Adriana y él se miran. Ella entraría ya, pero debe respetar la cadena de mando. Y no quiere forzar las cosas con su compañero. Pero él la sigue mirando, sin decidirse. Esos instantes se le hacen eternos porque no sabe qué quiere de ella. Termina por asentir muy levemente, apenas un movimiento de cabeza, y él reacciona por fin.

–Adelante.

El jefe del operativo da instrucciones por el pinganillo de la mejilla y le siguen hacia el rellano. Allí se encuentran con cinco agentes armados hasta los dientes, esperando instrucciones. A la orden, todos se levantan y descienden sigilosos por la escalera hacia el objetivo, con las armas al frente. Es una coreografía perfectamente sincronizada donde trabajan dos equipos, los que bajan y los que suben del piso inferior. Se encuentran frente a la puerta de la vivienda y cada uno ocupa su posición.

En el edificio de enfrente, un agente pertrechado con prismáticos les confirma por radio que no ha habido movimiento en el interior. «Está despejado. Podéis entrar».

Bruno y Adriana esperan detrás, en las escaleras. Solo podrán acceder cuando lo hayan hecho ellos y no haya peligro, pese a lo cual van protegidos con un pesado chaleco antibalas. Suena una pequeña explosión y el golpe seco de la puerta al abrirse. El silencio se rompe por una sinfonía de gritos y pisadas.

Al cabo de un par de minutos de máxima expectación, el jefe del operativo se asoma a la escalera.

–Despejado. No hay nadie. Pero tenéis que ver esto.

## 4

### **Ahora, usted elige**

Y lo prometido es deuda. Con todos ustedes, nuestro cuarto capítulo de *Infidelis*, «Negación», que no les dejará indiferentes.

Recuerden que en esta ocasión tienen en sus manos la posibilidad de elegir cuál de los dos personajes se convertirá en protagonista de la historia.

Para ello, recordemos las instrucciones:

- En el propio capítulo encontrarán el enlace para acceder a la votación.
- Solo se admitirá una votación por cada capítulo descargado.
- El tiempo de votación será de tres horas desde la publicación.



- La pregunta es sencilla: ¿Quién de los dos quiere que viva? Marque la casilla de la persona que decida.
- Se adjuntarán dos pruebas de vida en el momento de la publicación y, si las condiciones lo permiten, intentaremos mostrar imágenes con la decisión de los lectores.

Y con esto, damos comienzo al espectáculo.  
¡Disfruten de la lectura!

## 5

Justo antes de entrar, Adriana recibe la notificación de que han publicado el capítulo, pero está en la puerta y no puede detenerse a leer nada en ese momento.

Aunque sabe que está despejado y no hay nadie en el interior, adentrarse en los dominios de un asesino le genera cierta inquietud. Pero las prisas arrecian y no hay tiempo para reflexiones.

Es un piso pequeño, salón, cocina, un baño, dos habitaciones, todo revuelto, en completo desorden. Las persianas medio echadas y la estrecha calle encajonada entre edificios, por la que apenas se cuela luz, acrecienta el ambiente tétrico del lugar; al parecer ha saltado el diferencial y no logran encontrar el cuadro de luces. La cocina está nada más entrar a la izquierda y es lo primero que ven. Sencillamente repugnante, con una pila de platos y vasos que rebosan en el fregadero, restos de comida putrefacta, grasa impregnada en suelo y paredes. Pero, cuando entran en el salón, Adriana se queda paralizada.

Cuatro grandes monitores ocupan buena parte de las dos mesas que hay enfrentadas, entre las cuales van y vienen un sinnúmero de cables que conectan con tres torres situadas en el suelo. Entre los teclados, impresoras y ratones (informáticos y biológicos), más restos de comida que ocupan cada centímetro de las mesas.

Contienen la respiración. Es el lugar donde se ha gestado todo, donde se ha creado el escenario tecnológico que ha permitido el horror desatado.

Bruno pasea la linterna por la habitación y cuando enfoca las paredes va soltando un «joder» tras otro. Están empapeladas por cientos de fotografías de hombres y mujeres, todas captadas desde la distancia, que inmortalizan escenas cotidianas, como una cena en un restaurante,

la salida de un domicilio, un paseo por la playa, la recepción de un hotel... En algunas hay pegadas notas amarillas con anotaciones caóticas, inscripciones también en rojo sobre las propias imágenes, chinchetas que enlazan hilos que van de un lado a otro.

–Es su particular *casting* de protagonistas –afirma Bruno, impactado por toda esa locura–, sacado de los servidores.

–Y su análisis de las ubicaciones. –Adriana toma la mano de Bruno para dirigir la linterna hacia una de las paredes, repleta de fotografías con diferentes localidades–. El embarcadero, el hotel...

–Aquí hay cientos de posibles víctimas. O tardó tiempo en escogerlas o tiene intención de publicar cincuenta capítulos.

Eso le recuerda a Adriana el último que ha publicado. Saca el móvil para descargarlo, con el corazón encogido ante lo que está por venir.

–Creo que lo importante está aquí, Bruno –señala el jefe del operativo–, el resto de la casa no tiene demasiado interés.

–Sí, esta es nuestra única esperanza –dice el policía, enfocando los ordenadores.

–Pues no te hagas muchas ilusiones, más vale que llaméis rápido a los de la Tecnológica para que se pongan cuanto antes. Mira ahí.

Llama también la atención de Adriana. Señala un punto en el centro, bajo las dos mesas, donde convergen buena parte de los cables. Están desconectados, algunos cuelgan inertes de las mesas. Tiene toda la pinta de que se ha llevado algo importante.

–Lo que me alucina es que fuera capaz siquiera de encender un ordenador –continúa el hombre–. Hay restos de marihuana y cocaína, además de botes vacíos de antidepresivos, o lo que sea eso, como para atontar a Guipúzcoa entera.

Tiene razón. Hay un par de papeleras a rebosar de basura, entre la que destacan pequeños botes de medicamentos.

–Lo mejor será no tocar demasiado para que los de la Científica no se vuelvan locos –añade el jefe del operativo.

–Pues que se relajen –responde Bruno, contundente–. No es el escenario de un crimen y estamos en plena investigación. Que nos dejen trabajar.

–A mí no me lo cuentes. En fin, vamos a desplegarlos por el edificio y mantendremos nuestras posiciones por si aparece. Quedaos si queréis y os avisaremos si hay novedades.

Se va y los deja a solas en ese inquietante santuario del crimen. Adriana se concentra de nuevo en el capítulo. Nota que le tiemblan las manos y le cuesta acertar con el móvil.

–Dios mío...

Es lo máximo que llega a decir cuando ve la fotografía.

## 6

### ***INFIDELIS*** **CAPÍTULO 4** **NEGACIÓN**

No podía creer lo que estaba oyendo. Por un momento llegó a pensar que se trataba de una broma de mal gusto, pero el semblante serio y el carácter reservado de su amigo le hicieron desistir de tal posibilidad. Pese a todo, aquellas palabras le parecían un disparate.

O quizá no.

Era cierto que en los últimos meses había advertido un comportamiento algo distante en su esposa, señales inapreciables que ahora parecían encajar como las piezas de un puzle. De manera aislada no eran alarmantes, pero visto con perspectiva... Si hacía memoria, la visualizaba mucho más pegada al móvil que en el pasado, o con una vida social mucho más intensa que antes, o con una actitud más desganada en la cama... Lo que hasta ese momento podía justificar como consecuencia de veinte años de matrimonio y unos trabajos exigentes, de pronto contaba con una explicación mucho más dolorosa.

Agradeció a su amigo la confidencia, la atribuyó a comentarios malintencionados de la oficina y lo despachó para quedarse solo. A pesar de su aparente seguridad, el germen de la desconfianza había sido sembrado.

El matrimonio trabajaba en la misma empresa, una importante compañía del mundo de la moda que habían visto crecer hasta convertirse en un referente del sector. Allí se habían conocido, dos décadas atrás, y allí habían iniciado una relación que, hasta entonces, había sido un ejemplo de estabilidad para sus compañeros. Ayudaba el hecho de que él fuera director financiero y ella de comunicación, ámbitos que no coincidían en su actividad diaria, lo que evitaba que tuvieran que pasar todo el día juntos. Mientras él llenaba sus horas entre tablas Excel, números, facturación e impuestos, Ane lo hacía entre campañas publicitarias, reportajes fotográficos, diseños de escaparates y planes estratégicos.

Una pareja feliz, una próspera familia con tres hijos, una bonita casa en Getxo, vacaciones por Europa, un futuro estable.

La vida les sonreía hasta que apareció Laia.

Una fotografía corona el capítulo. Una bañera de gran tamaño, repleta de espuma, rodeada con velas encendidas y pétalos de rosas. En su interior dos mujeres permanecen una frente a la otra, desnudas, ataviadas con una máscara veneciana que les cubre el rostro por completo. Ambas miran a la cámara y tras la máscara puede apreciarse la misma expresión de terror.

## 7

–Estos cretinos no me querían dejar pasar si no me ponía esto, tú me dirás, como no me lo ponga de rodillera... –Igor entra en la casa de Arbea alzando el chaleco antibalas, que parece ridículamente pequeño para su enorme pecho–. Joder, mira qué despliegue tenía el muy cabrón.

–¿Has leído el capítulo?

Adriana y Bruno lo acaban de hacer y han necesitado unos minutos para tomar conciencia de lo que está por llegar.

–Sí, mientras venía. Tenemos tres horas para coger a ese hijo de puta antes de que se cargue a una de esas dos preciosidades. Y, con los datos que da, lo vamos a tener complicado.

–Eso si no se los ha inventado –replica Adriana.

Bruno vuelve a hacer una batida con la linterna por toda la habitación. Toma aire. Está desconcertado, como todos los demás, pero necesita establecer una línea de trabajo antes de que arrecien las llamadas de los de arriba.

–Bien, esto es lo que haremos. Tenemos a los GEO desplegados por si suena la flauta y el tío se presenta. Aunque teniendo en cuenta que ha estado en casa de Adriana por la mañana y se ha llevado de aquí lo que parece ser el disco duro, no creo que tenga mucha intención de dejarse caer. De todas formas, hay que analizar todo esto, buscar en esta maraña de fotos a dos mujeres que coincidan con las del capítulo. Igor, ocúpate de esto, por favor, y llama a Fran para que se pase por aquí y haga lo que pueda. Mandaremos también refuerzo técnico desde la Brigada Central.

–A la orden.

–Adriana, tú y yo volvemos a la comisaría. De camino hablamos con Xabier y Sara para que llamen a todas las agencias hackeadas y

pregunten si alguno de sus casos coincide con lo relatado en el capítulo. –Vuelve a inhalar aire profusamente para tratar de calmar la ansiedad–. Tres horas es poco, pero si encontramos el paradero de las mujeres daremos con él.

Ya en el coche, mientras Bruno hace las llamadas con el manos libres, Adriana echa un vistazo a los medios digitales para confirmar que la repercusión es la esperada. Y obviamente lo es. *Euskadi Hoy* cubre toda su portada con la imagen de las dos mujeres, una cuenta atrás y el titular «Los lectores elegirán la próxima víctima de *Infidelis*». Tuerce el gesto, asqueada por la cobertura que Echeverría está dando a todo el asunto, que por otra parte es idéntica a la que el resto de los medios locales y nacionales están dedicándole.

Suena su teléfono. Es Fran:

–Adri, tu llamamiento a los *hackers* ha debido de tener algún efecto. En lo que va de día la página se ha bloqueado al menos tres veces.

–¿Y eso qué quiere decir? –pregunta, animada con la perspectiva de lograr bloquearla.

–De momento nada, solo eso. Tres bloqueos que han durado unos cinco minutos cada uno, lo justo para que reiniciara el sistema y volviera a activar los cortafuegos.

–Ya, bueno, entonces seguimos como estábamos.

–Pero es un avance. Hemos relanzado desde aquí toda la batería de ataques posibles, a ver si tenemos suerte. Lo estamos coordinando con los nacionales y con la Guardia Civil. Igual en una de esas paradas no consigue reiniciarlo, nunca se sabe. Lo importante es que le has hecho daño.

–Y le he cabreado.

–Eso seguro..., así que ten cuidado.

Está convencida de que fue una apuesta necesaria. Si la guerra se libra en el campo tecnológico y la Policía no cuenta con suficientes recursos, no está de más fichar a mercenarios que luchen a tu lado.

Antes de apagar el móvil, accede a la página para comprobar las descargas: cinco millones.

Como buen economista, Ginés organizó su investigación con método y dedicación, tratando de buscar una verdad que se negaba a aceptar. Primero verificó la existencia de Laia. Confiaba en que no hubiera ni rastro de aquella chica y que su investigación y sus celos incipientes murieran antes de lo previsto. Pero no tardó en encontrar su ficha completa en el expediente de la última campaña. Veintinueve años, castaña, tez morena, casi racial, ojos claros, metro setenta y seis... La descripción de una modelo, al fin y al cabo.

Rescató entonces los trabajos que la empresa había pactado con ella y descubrió que no era solo una campaña, sino varias. Intentó buscar algún precedente en el archivo, pero no encontró a ninguna modelo que hubiera hecho más de dos trabajos consecutivos. Ella llevaba seis en cinco meses, todos firmados por Ane.

Quedó así confirmado que Laia existía, que había entablado una intensa relación profesional con su mujer, que habían tenido que pasar tiempo juntas para el desarrollo de las campañas... Era cierto que todo aquello no confirmaba en absoluto las acusaciones vertidas por su amigo, pero desde luego no ayudaba a disiparlas. Trató de revisar las comunicaciones de Ane, aunque no fue fácil. Nunca se separaba del móvil y la única vez que había tenido la oportunidad de cogerlo se encontró con que había cambiado la contraseña.

Con cada paso que daba en su particular investigación notaba que un impulso oscuro e irracional iba adueñándose de él. De momento lo controlaba y era capaz de comportarse con aparente normalidad delante de su familia, pero era consciente de que, si seguía así, aquella rabia incipiente terminaría por aflorar.

Decidió entonces pasar a la acción para continuar su particular cruzada por la verdad. Optó por seguirla. Tenía acceso a su agenda corporativa y así pudo conocer los restaurantes donde tenía reserva y los escenarios donde realizarían las sesiones o las reuniones fuera del despacho, algunas de las cuales resultaban luego inexistentes.

Y entonces las vio juntas, como dos enamoradas, entrelazando sus manos, besándose al abrigo de la noche, subiendo al apartamento de Laia.

Apenas necesitó una semana tras sus pasos para que su mundo se desmoronara como un castillo de naipes. Su mujer, la esposa con la que había compartido toda su vida, no solo lo había traicionado, sino que además lo había hecho con una mujer.

Se sentía humillado, como si aquella infidelidad cuestionara su propia masculinidad; avergonzado, imaginar qué pensarían los demás lo martirizaba. Se sentía herido, acorralado, incapaz de encontrar una salida. Si se divorciaba, sus hijos sufrirían lo indecible; si le confesaba a su mujer que lo sabía todo y la obligaba a terminar su relación con Laia, mantendrían una ficción que el tiempo acabaría disolviendo; si hacía como si nada hubiera ocurrido, se convertiría en el hazmerreír de su entorno.

No se sentía capaz de afrontar ninguna de las alternativas, todas conducían por diferentes caminos hacia la misma infelicidad. El daño en cualquiera de los casos era superior a su propia resistencia.

Su cuerpo y su alma se consumieron por unos celos que le impedían comer y dormir, una travesía por un desierto de pesadillas que a punto estuvo de hacerle enloquecer. Y entonces, en mitad del caos, encontró la única forma de afrontarlo sin sucumbir ante el dolor: la negación. Así de simple. Negarlo primero ante sus amigos, sus familiares y los trabajadores de la empresa; luego, todavía con mayor vehemencia, negarlo ante sí mismo, como si nada hubiera ocurrido, como si fuera el único cuerdo en un mundo entregado a la locura.

Pero, por más que lo intentaba, la negación no resultaba del todo útil para acallar su conciencia, para apagar sus lágrimas. Cada vez que veía a su esposa se la imaginaba con aquella mujer y entonces la ficción se tornaba insoportable.

Debía negarlo, sí, era la única salida digna, pero sin duda sería más fácil negar algo que, sencillamente, no existiera.

Así decidió matarla.

## 9

Adriana mira el reloj. Quedan dos horas y media. Muy poco tiempo.

Acaban de llegar a la oficina y ha aprovechado que Bruno está al teléfono en la sala de reuniones para coger un café y hablar con los compañeros. Xabier y Sara están trabajando en sus respectivos escritorios.

–Como lo de la editorial me fue bien –dice Xabier–, ahora estoy probando suerte con las empresas que tengan algo que ver con el mundo de la moda.

–¿Y? –pregunta Adriana.

–Pues de momento nada.

–Yo estoy llamando a las agencias de detectives –informa Sara–. Que sepamos, son más de veinte las que han sido hackeadas, algunas muy grandes, y la comunicación con ellos no resulta precisamente fluida. Seis son vascas y las demás sobre todo de Madrid y Barcelona. Llevo cuatro llamadas.

–No hay tiempo, chicos, movilizad a toda la jefatura para que os ayuden con las llamadas. Si alguien pone alguna pega, hablad con Zubieta y que lo ponga a trabajar.

Adriana los deja y se dirige de nuevo hacia la sala. Bruno ha colgado y está tecleando en el ordenador.

–Van a hacer una declaración conjunta en unos minutos pidiendo la colaboración ciudadana para identificar a las dos mujeres –le dice cuando la ve entrar–. No creo que sirva de mucho. Para cuando filtren una llamada interesante, el tiempo se habrá acabado.

–Necesitamos personal para gestionar las llamadas a los detectives y las empresas. ¿Nos podéis echar una mano?

–Claro, ahora mismo pido que hablen con Sara. Pero antes hay que ver esto que me acaban de enviar. Déjame llamar a un compañero.

Proyecta la imagen en la pantalla de televisión. Es la fotografía del capítulo, con las dos chicas de mirada aterrada. Mientras hace la llamada, que pone en manos libres, Adriana piensa que sería bueno buscar el modelo de la bañera.

–Hola, inspector. –Se oye la voz de un hombre al otro lado–. Como te decía por *mail*, hemos analizado la fotografía. *A priori* no hay forma de saber dónde están, está sacada precisamente con esa finalidad. El ángulo de visión se limita a la bañera y no hay espejos ni cristales que emitan ningún reflejo, ni siquiera el agua, que está cubierta de espuma. Menos esto...

La primera imagen se centra en los dos asideros metálicos del borde de la bañera y donde las dos chicas están esposadas. La segunda fotografía se ha ampliado en un área cercana a la mujer de la derecha.

–Hemos tenido que hacer magia digital para lograr la resolución oportuna, aunque creo que se distingue bien. Abre la tercera imagen. Es un asidero pequeño, de unos cuarenta centímetros, pero que proyecta con relativa claridad el techo del baño. Lo que estáis viendo es el agujero de un foco, con un papel marrón que sobresale en la circunferencia.

–Es como los que ponen en las obras antes de pintar –señala Adriana.

–Exacto –continúa la voz–. Y ahora abre la foto número cuatro. Otro reflejo del asidero, también del techo. Se ve una cinta blanca que atraviesa de un lado a otro.

Bruno se levanta del asiento y se acerca a la pantalla. Quiere verlo de cerca, escudriñar aquella imagen, que es la única pista posible de la localización.

–¿Qué es eso? –pregunta por fin, vencido.

Adriana se levanta de un salto, lo ha visto antes.



–¡Están de obras! Ese techo es de pladur y la cinta es la que tapa la junta de las dos placas. Lo he visto antes, en mi propia casa. –Bruno la mira sorprendido–. Hicimos una reforma de la cocina el año pasado antes de mudarnos a la nueva casa y cambiamos el techo. Lo recuerdo perfectamente. Colocan esa cinta en la junta y luego lo pintan todo por encima, no se nota nada después. Por eso tampoco está puesto el foco.

–Chicos, eso os lo dejo a vosotros –concluye la voz del teléfono–. Si encontramos algo más, os lo decimos.

–Gracias, compañero –se despide Bruno, que cuelga y vuelve a mirar la fotografía–. Pues ya sabemos algo más. El baño está en reformas. ¿Nos acerca esto a la ubicación?

Adriana vuelve a sentarse, consciente de que ese descubrimiento los deja más o menos donde estaban.

–Puede ser un apartamento, un hotel... –Bruno se sienta también.

–Descartaría el hotel. –La cafeína le va haciendo efecto–. Parece que no están amordazadas, así que podrían gritar, sobre todo si finalmente el tipo intenta matar a una de ellas. Mantener todo esto durante tres horas en un hotel sin que nadie se entere me parece complicado. Además, exigiría un registro de acceso y a él entrando y saliendo de un lugar concurrido. Alguien podría verle.

–Salvo que el hotel esté cerrado..., que esté en obras.

–Bien pensado. Eso sí podríamos comprobarlo.

Adriana se levanta y sale de la sala. Está animada, como le pasa siempre cuando tiene una pista que seguir. Se apoya en el escritorio de Xabier.

–¿Tú no tenías un amigo que trabajaba en Urbanismo, en la Diputación?

–Mi primo Lucas, lleva ahí toda la vida, hace tiempo que no le veo, pero...

–Llámale. Necesitamos un listado con los permisos de obra vigentes de hoteles en Guipúzcoa. Tanto de nueva construcción como de reformas. –Se queda pensativa, recapacitando–. Espera, dile que nos intente conseguir también los permisos de Álava y Vizcaya. Si pone pegas, me avisas y lo movemos por otro lado.

–¿A qué viene todo esto? –pregunta Xabier, intrigado.

–Llámale, ¡ya!

## 10

Igor está enfadado porque no le dejan encender la luz y se está quedando ciego con la linterna; los GEO quieren mantener la casa a oscuras por si acaso vuelve Arbea, aunque a él le parece una auténtica sandez. Para empezar, porque en este momento estará sentado junto a la bañera viendo las votaciones y, en segundo lugar, porque la comida de la cocina lleva al menos cinco días sin recogerse. Y, para colmo, tiene que aguantar a Fran con dos de sus frikis ocupando espacio vital en aquel salón diminuto, tirados en el suelo conectando cables y ordenadores.

Con la profesionalidad de la que hace gala ante propios y extraños, ha decidido empezar el trabajo rastreando la pared de izquierda a derecha, de arriba abajo, y así va iluminando con diligencia cada una de las fotografías.

–Se ha llevado el disco duro –se lamenta Fran desde el suelo– y con él el acceso al servidor.

–¿Y todos esos ordenadores? –pregunta Igor sin quitar la mirada de la pared.

–Refuerzan al ordenador principal, proporcionan velocidad y potencia, para que me entiendas. No creo que tengan mucho que aportar, pero los rastrearemos, algo nos dirán. En fin..., voy a intentar encenderlo otra vez.

Siguiente intento. En cuanto conectan los ordenadores, vuelve a saltar el diferencial. Se lamentan de desesperación. Está a punto de llegar un electricista para ayudarlos a encontrar la causa del salto de luz. Quizá un cortocircuito, escasa potencia o un ratón que ha roído un cable. En todo caso, Fran está desquiciado.

–Si en media hora no lo ponemos en marcha, nos lo llevamos todo cagando leches y lo encendemos en la oficina.

Pero Igor ha dejado de escucharle. Lleva parado un par de minutos observando una fotografía colocada en lo alto de una pared. Saca el teléfono y accede al capítulo. Observa de nuevo la imagen y la contrasta con la que tiene pegada frente a él. No tiene mucha nitidez porque está sacada de noche y a bastante distancia, pero se aprecia la fachada de un restaurante, a través de cuyo cristal comparten mesa dos mujeres. Por el tono de la piel y los rasgos podrían encajar.

Arranca la fotografía y, para su sorpresa, en la parte inferior derecha aparecen la fecha y la hora en que fue realizada, así como el logotipo de una agencia de detectives. El nombre no le suena de nada, está convencido de que no está en el listado de aquellas con las que han contactado.

Marca el teléfono y avisa a Adriana.

## 11

Tres coches con las sirenas encendidas circulan a máxima velocidad por la AP-8, que une San Sebastián y Bilbao. En uno de los vehículos, Adriana aprovecha el trayecto para buscar información sobre la empresa a la que se dirigen y sobre los protagonistas del capítulo, cuya identidad han podido averiguar.

El descubrimiento de Igor ha sido crucial. El logotipo que aparece en la fotografía de las dos mujeres, un escudo MR, se corresponde con un detective llamado Marco Riballés, de Santander. Han contactado con él y se ha mostrado colaborador: es un hombre mayor, algo desconectado del mundo, que apenas ha leído algo acerca de *Infidelis*. Desde luego no conocía el capítulo y no lo había podido identificar con el caso que había llevado recientemente.

Hace unas semanas que ha entregado y presentado su informe ante el consejo de administración de la empresa Oasis, una importante compañía del mundo de la moda. Lo relatado en el capítulo es totalmente cierto, incluyendo los nombres de pila de los protagonistas, si bien cree que el marido no está al tanto del asunto.

En cuanto han hablado con él, Bruno ha distribuido con rapidez las instrucciones y todo el equipo se ha puesto en marcha rumbo a Bilbao. En este momento, Adriana y él se dirigen a las oficinas de Oasis mientras Xabier acude al domicilio de Ane, y Sara al piso de Laia.

Queda una hora y cuarenta y cinco minutos para el cierre de la votación cuando los agentes entran en el edificio Albia, en pleno centro de Bilbao, junto a la ría. Tras las oportunas instrucciones del personal, toman el ascensor para subir a la planta octava, donde se ubican las oficinas centrales de Oasis. Las dos recepcionistas se quedan perplejas ante la irrupción, pero responden con eficacia y rapidez a las primeras

preguntas: sí, el consejero delegado Eduardo Barrera está en la oficina y le avisan de inmediato; y, sí, Ginés Álvarez, director financiero, también está en el edificio; no, no saben dónde está Ane. Una de ellas se ofrece a guiar a los agentes que abarrotan la recepción. Dos acuden al despacho de Ane y dos al de Ginés. Adriana y Bruno se dirigen al del consejero delegado. La secretaria llama suavemente a la puerta y espera, pero Adriana no tiene paciencia, la abre y entran.

## 12

*Extracto de la grabación del interrogatorio de Eduardo Barrera, consejero delegado de Oasis, realizado por el inspector Bruno Vega y la subinspectora Adriana Collante..*

**AC:** ¿Encargaron ustedes un informe al detective Marco Riballés?

**EB:** Sí, hace un par de meses más o menos. Teníamos sospechas de un comportamiento... inapropiado por parte de Ane, nuestra directora de comunicación, y decidimos investigarlo.

**BV:** ¿El señor Ginés Álvarez estaba al tanto?

**EB:** No, de la investigación no, desde luego, de lo ocurrido ya no lo sé. No que nosotros sepamos.

**AC:** ¿Se ha tomado alguna medida?

**EB:** De momento, no. Es un tema delicado y no teníamos claro cómo afrontarlo. Ane lleva muchos años trabajando con nosotros.

**AC:** ¿La ha visto hoy?

**EB:** Sí, antes del almuerzo. Hemos coincidido en el ascensor. Yo tenía una comida de trabajo y ella, según me ha dicho, también.

**BV:** ¿Le ha dicho adónde iba?

**EB:** No, la verdad es que no... Yo bajaba al *parking* y ella ha parado en la planta principal.

**AC:** ¿Ane tiene coche? ¿Lo aparca también en el *parking*?

**EB:** Sí, tanto ella como su marido disponen de una plaza, pero no lo ha cogido. Me he ofrecido incluso a llevarla y me ha dicho que había quedado cerca, que iría andando.

**BV:** Necesitamos el número de teléfono de Ane.

## 13

Mientras Bruno informa a su oficina para que sigan los pasos de Ane a través de las cámaras de la calle y de su propio teléfono, Adriana va a hablar con Ginés, el marido.

Como era de esperar, está fuera de sí. No tenía la menor sospecha de la infidelidad de su mujer y toda esa información devastadora que la subinspectora le suelta de manera abierta y sin filtro le deja boquiabierto, sin respuesta. Cuando Adriana comprueba que tiene poco que aportar a su labor de búsqueda, decide dejarle solo con su sufrimiento. No tiene el cuerpo para empatizar con tanto dolor ajeno. Bastante le supone sobrellevar todo lo que está ocurriendo y soportar el estrés que implica la investigación; y eso sin hablar de la angustia creciente ante los recuerdos del pasado, que insisten en robarle el sueño.

El despacho de Ane tampoco arroja ninguna luz. Hay unas flores sobre la mesa, pero ni rastro de la tarjeta de invitación. Su ordenador no ofrece más pistas, más allá de confirmar su relación con Laia a través de los mensajes de Telegram. Adriana mira en las últimas búsquedas por si acaso aparece alguna dirección, pero nada.

De camino a la sala de reuniones la llama Zubieta.

–Tenemos a toda la Ertzaintza movilizada, a la espera de saber dónde buscar. Queda menos de una hora... Joder, Adriana, dime algo de una puñetera vez. No podemos permitir que este malnacido juegue así con nosotros.

Le cuelga y ella lo agradece. No es una llamada constructiva, sino una mera descarga de tensión. Adriana no quiere ni imaginar la presión que estará recibiendo de sus superiores.

Vuelve a la sala de reuniones, donde Bruno está serio frente al ordenador.

–Xabier nos acaba de enviar el listado de licencias municipales de todo el País Vasco.

–¿Y? –pregunta ella, esperanzada.

–Treinta y un hoteles se están construyendo o reformando en este momento.

–Joder. –«Es imposible registrarlos todos en una hora», piensa–. ¡Espera! Mira las fechas de las licencias, el nuestro debe de estar a

punto de terminar la obra.

–A ver... –Bruno teclea con rapidez–. Este año han pedido licencia seis, el pasado dieciocho y el anterior siete. Si cogemos los dos primeros años, son veinticinco.

–Son muchos para registrarlos en media hora.

Bruno deja el ordenador y se echa para atrás en la silla. Reflexiona mirando al techo. Inspira profundamente, buscando una paz que no llega.

–Podríamos dar la orden y entre vosotros y los nuestros cubriríamos todos los hoteles. Pero al fin y al cabo no es más que una corazonada a la que hemos llegado al comprobar que el techo del baño está en obras y que el asesino necesita un lugar tranquilo donde poder actuar. ¿Y si no es así? ¿Y si no es más que un piso? Joder, podría estar en cualquier parte.

Adriana sabe que tiene razón. Si dan la orden, cientos de agentes entrarán en decenas de hoteles y los registrarán planta por planta, contra reloj. Procederán a una movilización policial sin precedentes. Si la chica aparece muerta en otra parte, ya pueden despedirse de su carrera.

Y, sin embargo, lo cierto es que no pueden pasarse el día ahí sentados deshojando la margarita.

## 14

Sara analiza la habitación de Laia mientras su compañera de piso la observa desde la puerta. Es un piso modesto aunque bien situado, en la calle Pérez Galdós de Bilbao, muy cerca de la estación de autobuses y del estadio de San Mamés. Lo comparten desde hace un par de años. Tienen buena relación, pero con sus respectivos horarios se ven poco. Los fines de semana tampoco coinciden, pues cada una tiene su grupo de amigos.

La cama está invadida por ropa desperdigada y no es fácil encontrar nada.

–Es algo desordenada, la verdad, y con toda la ropa que tiene...

El armario está lleno y hay prendas por toda la habitación, ropa ocultando sillas, amontonada en pilas enormes.

–Como modelo le regalan todo tipo de ropa. Lástima no tener la misma talla.

Un ramo de flores reposa sobre el escritorio, pero no hay rastro de la nota, que debe de estar por allí. Mira compulsivamente el reloj, desesperada con la velocidad que marcan las agujas. Tienen cincuenta minutos.

–Entonces –continúa Sara–, ha recibido las flores esta mañana, ¿y?

–Me ha dicho que tenía una cita y se ha encerrado en el baño y en su cuarto para arreglarse. No he hablado más con ella.

–¿Conocías su relación con Ane?

–No, qué va. Sabía que traía a alguien cuando yo no estaba, pero nunca he coincidido con esa mujer. De todas formas, Laia tenía una vida amorosa intensa... No es fácil retener los nombres de los chicos y chicas que circulan por aquí.

–Y luego se ha marchado.

–Sí, a eso de las tres menos diez. Iba con prisa. Me ha lanzado un beso desde la puerta y se ha ido.

–¿Tiene coche?

–No. Se mueve en bus o en taxi.

–¿No sabrás cómo ha ido hoy?

–Supongo que en taxi. La tarjeta del autobús la tiene ahí. –Señala hacia la mesilla de noche–. Cuando llega tarde, suele ir en taxi, lo suele pillar en la parada de aquí abajo.

Sara se detiene y la mira, como el perro de caza que olfatea un rastro. Se asoma a la ventana y comprueba que, en la acera de enfrente, a pocos metros, hay tres taxis aparcados en la parada. No tiene nada que perder. Pasa como una exhalación al lado de la chica y sale del piso. Baja las escaleras de dos en dos. Una vez fuera, cruza la calle, donde casi la atropella un autobús, y corre hacia el primero de los taxis. Acelera el paso cuando ve que una mujer se dispone a subirse. Quiere parar al primero, el que supuestamente llevará ahí más tiempo.

Llega jadeando, detiene el coche justo antes de partir y le enseña la placa a través de la ventanilla.

–Ertzaintza. ¿Cuánto lleva aquí parado? –pregunta directa.

–Media hora más o menos –dice el hombre, perplejo.

«No estaba cuando Laia salió de casa», piensa la agente.

–Escuche bien, es muy urgente. Necesito localizar al taxista que ha recogido a una mujer hace un par de horas. Una mujer joven, muy guapa. –Saca el teléfono y teclea el nombre de la chica.

Hay varias imágenes de campañas publicitarias. Escoge una de ellas y se la muestra.

–Ah, sí, la modelo. Es conocida en esta parada. Siempre solemos ser los mismos los que estamos aquí, ¿sabe?

–Por favor, necesito localizar al taxista ya.

El hombre asiente y coge la radio.

–Compañeros, parada de Pérez Galdós. Hace un par de horas, ¿quién ha recogido a una chica morena, muy guapa, la modelo?

No tardan en intercarse varias voces con comentarios como «¿Una modelo? Dame la dirección que voy», «Ya me gustaría» o «Aquí solo se suben abuelas» Sara se apoya en el coche y cierra los ojos, desesperada. Igual se ha creado demasiadas expectativas. Mira el reloj.

–Yo, 346. –Suenan entonces una voz con un tono diferente, esta vez serio, contundente, confiable–. ¿Qué ocurre?

–Estoy con una *ertzaina* que está intentando localizarla. ¿Dónde la has dejado?

Instantes de silencio al otro lado de la radio. Sara siente que el corazón se le sale del pecho.

–Apunta la dirección.

## 15

Igor está por fin solo. Fran se ha llevado todo el equipo a comisaría porque no había manera de conectarlo a la luz y el corpulento agente agradece la falta de compañía. Está apoyado en una mesa contemplando toda esa locura. Por supuesto, ha encendido la luz y ha despachado con una ristra de insultos al GEO que ha entrado pidiendo que la apague.

Ha revisado ya dos veces las fotografías, una tras otra, no solo las del salón, sino todas las que empapan el resto de las habitaciones. Una locura. Está convencido de que algo se le ha escapado, porque, por mucho celo que ponga en cada una, las prisas hacen que vaya pasando más rápido de lo que debería.



Ha localizado y señalado varias en las que aparecen las víctimas Daniela, Andrés y Laura. De Ane y Laia también ha encontrado alguna más. Pero de momento nada que pueda ser útil para localizar a las dos mujeres.

Está cansado y se siente vencido, poco más puede hacer. A través de la radio del departamento ha conocido la orden de movilización para registrar más de treinta hoteles. Finalmente se han decidido. No quiere ni pensar en el caos que se va a vivir. Cientos de agentes correteando por las calles, entrando en los edificios, accediendo a cada habitación. La repercusión va a ser espectacular. Solo espera que salga bien, primero por las chicas, segundo por coger a Arbea y tercero por Adriana y Bruno.

Emite un sonoro suspiro. Debería comer algo. Se pone la chaqueta con parsimonia mientras observa una de las imágenes que tiene remarcadas, justo frente a él. Es un recorte de un reportaje publicado en una revista. Sale Daniela Fraile en su máximo esplendor, guapa, sonriente, trajeada, muy profesional, de pie con los brazos cruzados delante de una promoción de viviendas que estaba comercializando en Bilbao. Se acerca a la imagen y se fija en el inmueble, mira la fecha, la dirección en que está ubicado. ¿Una corazonada?

Saca una fotografía y se la manda a Adriana.

## 16

Un piso céntrico, quizá un hotel, un refugio perdido a las afueras de la ciudad... El escenario era lo de menos mientras presentara un aspecto romántico con que atraer a la presa.

Encargó dos ramos de rosas rojas y envió uno al despacho de Ane y el otro a la vivienda de Laia. Una nota enigmática y seductora las invitaba a disfrutar de una tarde de vino, amor y sexo. Una dirección, una hora, una etiqueta innecesaria.

Ginés acudió al lugar con tiempo suficiente para tenerlo todo preparado. La primera en llegar sería Laia, a quien había citado un cuarto de hora antes que a Ane. Y ahí empezaría la sorpresa.

Llenó la bañera con agua caliente y una buena capa de espuma, encendió algunas velas y desperdigó pétalos de rosas. Se apartó para contemplarlo. Una escena idílica. En la entrada comprobó que lo tenía todo listo. La pistola, las esposas, el pasamontañas para que su mujer no lo reconociera de entrada. Ahora era solo cuestión de esperar.

Laia llevaba una caja de bombones y la emoción a flor de piel. Eran los primeros momentos de su relación con Ane, cuando la atracción puramente química invadía su cuerpo y hacía que anhelara cada centímetro de esa mujer. No les hacían falta citas a ciegas ni juegos similares, les bastaban unos minutos a solas para dejarse llevar y disfrutar la una de la otra; pero no podía evitar sentir una excitación adicional ante esa cita misteriosa. Llamó a la puerta a la hora convenida y esperó a que su amante saliera a recibirla.

Ane había optado por una botella de vino para acallar los remordimientos y centrarse en el disfrute. Sabía que todo eso no estaba bien, que Ginés no se merecía esa traición, que si alguien se enterara pondría en peligro la estabilidad de su familia, que su trabajo se cuestionaría por haberse liado con una modelo contratada por la empresa, que jamás había sentido nada por una mujer... Todo eso lo sabía bien y le hacía enloquecer de angustia, pero no podía evitarlo. Se había resistido a semejante locura con todas sus fuerzas, intentó ignorar el coqueteo descarado de Laia, pero, en cuanto sucumbió a la primera caricia, en cuanto sintió el primer beso, ya no pudo parar. Desde entonces, cuatro meses de emociones y sensaciones como nunca había experimentado.

Llegó a la hora prevista, puntual como siempre. Con los nudillos, golpeó la puerta mientras sonreía ante lo que estaba por llegar. La puerta estaba entreabierta y entró dubitativa, llamando a Laia para asegurarse de que no se había equivocado. Se oía a lo lejos el ruido de la ducha y escuchó con claridad que ella le pedía que pasara. Cerró la puerta, dejó las cosas en una mesilla, se quitó el abrigo y se acercó al cuarto de baño. Había una bañera grande en el lateral. Laia estaba dentro, de espaldas a la puerta.

–Me ha encantado la sorpresa, cielo –dijo Ane mientras entraba y se acercaba para besar a su amante.

Cuando vio la expresión de su cara, el rímel corrido por el llanto, la mandíbula temblando, cuando apreció las esposas que ataban sus muñecas a los dos asideros que rodeaban la bañera, se llevó una mano a la boca para ahogar un grito.

Pero ya era tarde para reaccionar.

Un hombre vestido de negro y con el rostro oculto irrumpió en el baño y se acercó con rapidez a Laia. Llevaba en las manos un cuchillo cuyo filo dentellado colocó en el cuello de la modelo.

–Si no quieres que la degüelle aquí mismo, obedece. Desnúdate y entra en la bañera, frente a ella. Te doy un minuto.

Ane sabía que no había margen alguno de actuación. No podía enfrentarse a ese hombre que acariciaba el cuello de Laia con un cuchillo. No podía huir porque tendría que pasar a su lado para alcanzar la puerta. No podía usar el teléfono porque lo tenía en el bolso, en la entrada. No podía hacer otra cosa que obedecer.

Se desnudó y se metió en la bañera. Ginés le tendió las esposas para que se atara la mano derecha. Cuando lo hizo, él le ató la izquierda. Dio un paso atrás para contemplar su obra y se mostró satisfecho. Tenerlas allí, a su merced,

suplicantes, humilladas, compensaba en parte el dolor que había soportado durante los últimos días. Pero no era momento de pensar sino de actuar, de otorgar un mínimo sentido a su existencia, de eliminar la causa de la negación para que no quedara otra cosa que la verdad. Su verdad.

Había llegado la hora.

### **Actualización**

En quince minutos, tras el recuento de las votaciones, ofreceremos el resto del capítulo con el desenlace.

## **17**

Adriana necesita tomar el aire. Se siente mareada, como si le faltara oxígeno, como si el latido incontrolable de su pecho estuviera a punto de hacerla desfallecer. De nuevo, la maldita ansiedad amenaza con apoderarse de su voluntad.

Continúan en la sala de reuniones del edificio Oasis. Se levanta de la silla, deja a Bruno solo ante el ordenador y sale a una terraza enorme con vistas a la ciudad. Agradece la corriente fría que la sacude y se apoya en la barandilla para contemplar el espectáculo bajo sus pies. El sonido de Bilbao, el rumor constante de una ciudad en ebullición, se le presenta todavía más nítido y estridente. Cree distinguir, en esa maraña de edificios, calles, coches y peatones, al ejército de policías que se acaba de desplegar.

No está segura de haber tomado la decisión correcta, pero no podían quedarse de brazos cruzados viendo cómo transcurrían los minutos. Cuando ha llamado a Zubieta para darle el listado de los treinta y un edificios que había que registrar, ni tan siquiera ha tenido que argumentar nada. El inspector, al igual que todos, solo quería actuar. Pero, ahora que la decisión está tomada y el resultado no va a depender de ella, sino de los cientos de agentes desplegados, la cuenta atrás le parece insoportable.

El nudo en el estómago no remite. Esconde la cabeza entre los brazos, apoyados en la barandilla, y cuando aprecia las primeras letras del tatuaje nota que la ansiedad se descontrola. «Emma». Otra vez, aquí llega... Ahora no, ahora no... Intenta todos los trucos para tratar de amainar las palpitaciones, pero siguen golpeándole con furia el pecho y las sienes. Llevaba tanto tiempo bien, tantos meses sin aquella horrible

sensación... Es como si toda la terapia y la medicación no hubieran servido de nada, como si su supuesta mejoría fuera una simple ficción que podía sucumbir ante cualquier episodio estresante.

Se mira las manos, temblorosas. Las ha visto así otras veces, sin control, sin posibilidad de evitar el movimiento, como si ya no le pertenecieran y se agitaran al compás de una vida que la abandona. Y así lo recuerda una vez más, para su desgracia.

Paritorio del Hospital Universitario, un aciago 12 de junio. Después de un parto difícil, las fuerzas están a punto de abandonarla hasta que por fin contempla su rostro y el sufrimiento se le olvida de pronto. Sus manos convulsas acogen a esa criatura azulada, la acaricia transmitiéndole calor contra su pecho a la espera de que lllore, de que inunde la habitación con un llanto estridente. La besa con ternura, con devoción, experimenta por primera vez una forma de amor infinita como nunca había conocido.

Pero el llanto no llega. La alegría desaparece del rostro de los médicos y entonces otras manos, más firmes y seguras, le arrebatan a su hija y el calor contra su pecho desaparece, dejándole un frío doloroso y punzante. Y desde entonces, solo un tatuaje...

—¿Estás bien? —Bruno sale a la terraza y se coloca a su lado. Adriana se sobresalta, se seca las lágrimas y disimula ojeando el móvil—. Deja de martirizarte, mujer, hemos hecho todo lo que podíamos.

—¿Y si nos hemos equivocado?

Adriana necesita hablar, distraer su mente, recuperar el control, aplacar el temblor de su cuerpo, que aún persiste.

Bruno se encoge de hombros.

—Qué quieres que te diga. En momentos como este me encantaría fumar —dice como única respuesta.

Los dos sonríen ante un comentario que tiene el efecto esperado y respiran algo más relajados. Observan en silencio la inmensidad del paisaje que dibuja una ciudad que se extiende hasta las montañas y por la ría serpenteante que la atraviesa.

En ese momento, Adriana recibe un mensaje de Igor con la imagen de la revista donde aparece Daniela.

¿Podría ser? Seguro que sale todo bien, buena suerte, jefa.

Se queda mirando la imagen. Es tarde para pensarlo, con los objetivos ya fijados, y sin embargo no deja de mirar el edificio y busca los plazos

de construcción. En dos meses quedará finalizado.

Podría ser, como apunta Igor, pero también podría ser cualquier otro lugar. Han apostado por un hotel en reformas y tienen a la Policía desplegada rastreándolos todos. Mira la hora y comprueba que quedan poco más de quince minutos. Pero ¿y si...?

Suena el teléfono. Es Sara. Duda si responder o no, porque no le apetece hablar con nadie y que se le termine quebrando la voz. Finalmente le pierde la responsabilidad y finalmente aprieta el botón.

—Laia cogió un taxi para ir a su cita —dice agitada—, lo he localizado. La dejó en la avenida Zumalacárregui, cerca de donde estáis, al otro lado de la ría.

Adriana observa la ciudad una vez más, atraída y atrapada en la escena que se dibuja bajo sus pies, mientras asimila las palabras que acaba de escuchar.

Conoce la dirección, acaba de leerla en el artículo de Daniela Fraile. Recuerda entonces que Ane fue andando a su cita y vuelve a mirar el móvil para encontrar la localización exacta del edificio.

Se sorprende al comprobar que están solo a pocas manzanas.

Quedan diez minutos.

Hora de correr.

## 18

A continuación, ofrecemos el resultado de las votaciones realizadas por los lectores.

Solo podía ser ella. Nadie más.

Se acercó con determinación hacia Laia, se colocó detrás y con las manos le cubrió la cabeza. Las dos mujeres mantenían la respiración, expectantes ante lo que podía convertirse en el inicio de la verdadera pesadilla.

Ginés empujó con fuerza y sumergió la cabeza de Laia bajo el agua. Los gritos de Ane retumbaban en la habitación mientras trataba de forzar las esposas, sin éxito. Elevó las piernas para intentar golpear el rostro del atacante, pero se resbaló y chocó contra el cuerpo de su amante, que hacía esfuerzos por salir del agua. La angustia y el terror se sentían dentro y fuera. Brazos, piernas, alaridos, el agua que colmaba el borde de la bañera al compás de una defensa cada vez más débil.

Ginés permanecía inmóvil, decidido, las dos manos presionando una cabeza contra el fondo, sorteando los intentos inútiles de liberación. Laia resbalaba

una y otra vez contra el fondo de la bañera, no lograba encontrar un impulso que le permitiera emerger y notaba que el aire se agotaba. Trataba de resistir, de esperar el milagro, mientras sentía cada vez más la necesidad de llenar sus pulmones. Cuando la conciencia estaba a punto de abandonarla, no pudo aguantar más e inspiró una bocanada profunda, no de aire sino de agua, que llenó todo su organismo.

Cesó entonces el movimiento. Y la vida de Laia. Cuando el rostro, antes bello, joven y feliz, que tanto había admirado y besado, emergió amoratado e inerte, Ane se perdió en un llanto histérico.

Ginés se alejó para contemplar su hazaña y se deleitó con la nueva realidad. Donde antes había dos mujeres, ahora solo quedaba una. La suya.

La negación, que antes era una vulgar farsa para esconder su humillación, se había convertido en la única verdad. Ya no había amantes, no había traición, no había Laia.

Entonces se quitó la máscara y sonrió ante el rostro incrédulo de su mujer.

—Por fin estamos solos tú y yo, cariño. Y ahora vámonos a casa, que los niños tendrán hambre.

## 19

Se suben al coche y Bruno arranca a toda velocidad. No hay tiempo siquiera de avisar a los demás, que se han quedado ultimando los registros en Oasis. Se dirigen a un edificio de diez plantas con cinco pisos en cada una, lo que hace cincuenta viviendas por revisar en unos minutos. Es una misión imposible. Pero es justamente en los momentos de desesperación cuando surgen las mejores ideas.

Adriana llama a Idoia Álvarez, la asistente personal de Daniela Fraile. Quizá ella pueda decirles algo. Da señal. «Por Dios, coge el teléfono, cógelo», ruega llena de angustia.

—Buenos días.

—¡Idoia! Soy la subinspectora Adriana Collante, de la Ertzaintza.

—Ah, hola, subinspectora. ¿En qué puedo...?

—Voy al edificio Nervión, en Bilbao. Tenéis una promoción allí, ¿verdad?

—Bueno, nosotras lo comercializamos, sí. Es la última edificación de un complejo de viviendas y oficinas... Estamos a punto de entregarlas. ¿Qué necesita?

—Creemos que el asesino está allí ahora mismo.

—¿Con las dos mujeres? —Es evidente que ha leído el capítulo.

–Eso es. Pero son cincuenta viviendas. ¿Alguna idea de cuál puede haber escogido?

Están a punto de llegar. En cuanto Bruno detenga el coche, Adriana saltará y correrá hacia la entrada. Le quedan dos minutos para cortar la llamada y no quiere entrar sin saber dónde buscar.

–Oh, no, claro... –Idoia parece recordar–. Ahora lo entiendo. Hace días que no encontramos uno de los juegos de llaves que usamos para entrar. No había caído hasta ahora... Lo tenía Daniela cuando fue asesinada. Estoy segura, porque ese día hizo un par de visitas al edificio Nervión.

–¿Cuál es el piso piloto?

–Espere, no lo sé, deme un minuto, estoy mirando en el ordenador...

–Vamos, Idoia, no hay tiempo. ¡¿Cuál es el puto piso?! –grita Adriana. Bruno la mira sin entender nada.

–¡Aquí está! El 605.

Han llegado. Aparcan frente al edificio, que permanece cerrado, aunque no vallado. Un cartel en la fachada anuncia la inauguración inminente. Corren hacia la entrada y acceden a un enorme vestíbulo todavía con material de obra. Están ya en tiempo de descuento cuando acceden al ascensor. Sacan las armas y las amartillan. Piden refuerzos por radio. Se miran y parece que los reconforta reconocer la misma ansiedad en las pupilas del otro. Un pitido anuncia que han llegado.

Salen a un descansillo y oyen con claridad los gritos. Proviene de la única puerta que aparece entornada, la 605. Una mujer llora desesperada pidiendo ayuda.

Con el arma firmemente sujeta en la mano, irrumpen en la vivienda y Bruno grita.

–¡Policía!

Es un piso amplio, con varias puertas. Juntos, apuntando a las paredes vacías a la espera de que en cualquier momento irrumpa el asesino, van dando pasos en dirección hacia los gritos y encuentran la puerta del baño abierta. Hay agua en el suelo. A Adriana le tiembla la pistola entre las manos, espera no tener que disparar así.

Las dos mujeres están encadenadas, una histérica, intentando sacar del agua la cabeza de la otra, que permanece sumergida, sin movimiento. Bruno se lanza y saca del fondo una cabeza de rostro azulado.

–¡Acaba de irse! ¡Acaba de irse! –grita la mujer, fuera de sí–. Tiene que estar viva, tiene que estar viva...

Bruno intenta arrancar las esposas sin éxito, entra en la bañera para colocarse bajo ella y tratar de mantener la cabeza sobre su regazo. Cuando lo consigue, tapa con las manos la nariz de la chica y le practica el boca a boca. Se detiene para iniciar la reanimación, dando fuertes empujones contra su pecho. Ane grita histérica.

Se oye entonces un ruido proveniente de la entrada y Adriana no se lo piensa dos veces. Lo prudente sería pedir refuerzos, pero no hay tiempo. Corre hacia salida y cuando llega al salón ve a un hombre perderse tras la puerta principal, después de dar un portazo tras de sí.

Adriana sale del piso. El ascensor continúa en la misma planta, así que corre hacia las escaleras. Se asoma por el hueco y le ve dos pisos más abajo, aparece y desaparece conforme baja los peldaños a toda velocidad, de dos en dos. Lleva una gorra, o quizá un pasamontañas, no lo ve bien. Apunta y espera hasta tenerle a tiro. Dispara dos veces y el estruendo reverbera por las escaleras. No espera a ver el resultado, comienza la persecución y baja todo lo rápido que puede. Se asoma a la barandilla y vuelve a disparar en cuanto le ve mientras sigue bajando con rapidez. Está segura de que le ha dado.

Cuando vuelve a mirar, es ella quien recibe tres disparos que impactan en un pilar a escasos centímetros de su cabeza. Se refugia contra la pared. Agradece el torrente de adrenalina que corre por sus venas y le disipa el miedo y los nervios. Asoma nuevamente la pistola y dispara dos veces antes de emprender el descenso.

Llega a la planta baja, donde una puerta comunica con la recepción. La abre con cautela, esperando el ataque, y asoma tímidamente la cabeza. Nadie. Cruza corriendo el recibidor y sale a la calle. Se pregunta dónde se han metido los refuerzos, por qué el lugar no está lleno de policías.

Mira a su alrededor y el bullicio de la calle hace imposible seguir cualquier rastro. Intenta adivinar su presencia tras un grupo de peatones o entrando en un coche, busca también su moto en la fila de vehículos que pasan frente a ella. Nada. Lo único que consigue es alarmar a los transeúntes, que se quedan atónitos ante la pistola que agarra fuertemente con las dos manos. Es inútil. Por mucho que le duela



reconocerlo, ha vuelto a escapar. Confía al menos en que lo haya hecho con un balazo en el cuerpo y eso los lleve hasta él.

Justo cuando oye las sirenas en la lejanía, vuelve al edificio para ver si han logrado salvar a la chica. En el ascensor, coge el móvil para avisar a Igor de lo ocurrido y que se ocupe de desmovilizar al resto de los agentes. Encuentra una notificación de *Infidelis*. Es un nuevo *post* en el blog.

### **Resolución**

Los lectores han hablado. Con un 73 % de los votos obtenidos, que ascienden a un millón trescientos mil, el público ha optado por convertir a la señora Laia García en una nueva protagonista literaria. Enhorabuena a la afortunada y nuestro agradecimiento a los lectores incondicionales.

En gratitud por la colaboración de todos, a continuación ofrecemos un vídeo con el resultado de las votaciones.

Adriana duda si dar o no al *play*, no está segura de querer verlo. Pero lo hace.

La imagen parece grabada por un móvil, apoyado en alguna parte para enfocar únicamente a las dos mujeres en la bañera. Esta vez están despojadas de la máscara y sus rostros denotan el calvario que han debido de sufrir.

De pronto surge de espaldas una figura masculina, la misma a la que ha perseguido. Se dirige hacia Laia, dando la espalda a la grabación. La sumerge con fuerza en el agua ante la histeria de Ane, que trata de defenderla en vano por culpa de las esposas. La chica tiene la cabeza bajo el agua mientras su cuerpo se convulsiona. Los segundos son angustiosos, tal y como los ha descrito el capítulo. En ningún momento se ve a Arbea, que permanece de espaldas. Se aprecia cómo Ane mira hacia el fondo de la habitación y grita todavía con más fuerza. Él abandona el campo de visión, dejando a Laia sumergida, y el vídeo se corta.

## **20**

Es uno de los tres agentes de la Policía Nacional que han destinado a revisar las grabaciones, un hombre joven, recién incorporado, que no

pensaba que trabajar en la Policía conllevará pasar horas y horas revisando imágenes. Pero ahí está y se entrega a su labor con relativa diligencia.

Delante de sus ojos han pasado ya miles de coches, de todo tipo de modelos, tamaños, colores y ocupantes. Es el encargado de chequear las cámaras de tráfico situadas en el recorrido de San Sebastián a Madrid el día del asesinato de Laura Bayona. Junto al vídeo ininterrumpido de imágenes tiene fijas tres fotografías de Arbea, una real y las otras dos simuladas con distintos aspectos que podría tener. Guarda también una imagen de la moto del asesino.

En realidad, su trabajo no es estrictamente ocular, no es del todo necesario que dedique varios minutos a cada vehículo, pues entonces tardaría años en completar su trabajo. Un programa informático realiza un primer cribado de las cámaras de los peajes, seleccionando los coches que lleven uno o dos ocupantes y efectuando asimismo un reconocimiento facial en busca de rasgos compatibles con los de Arbea. Como no hay excesiva nitidez en las imágenes que tienen de él, cada vez que un varón blanco de pelo oscuro, de entre treinta y cincuenta años aparece frente a la cámara, la imagen se detiene para su visionado por parte del agente. Hasta ahora han sido cientos.

Peor es la búsqueda en las cámaras de grabación que tiene Tráfico en las carreteras. Aquí no hay reconocimiento alguno, hay que chequearlas una a una en busca de alguna coincidencia. También debe centrarse en vehículos todoterreno. Un chico dijo haber visto un vehículo grande de color rojo con un hombre sospechoso dentro. Como no se fían de su testimonio, no debe cribar la búsqueda únicamente a este tipo de vehículos, pero sí estar atento por si acaso.

De repente, el programa detecta una oportunidad. Es un Ford Explorer de hace años, en buen estado, color granate, cristales tintados, un único conductor. No se detiene porque cuenta con un dispositivo de pago automático, pero aun así no se escapa de las imágenes. El conductor lleva gorra y gafas de sol, y ese último detalle hace que le dedique unos segundos más de lo normal. Hacía mal tiempo, incluso había llovido en algún momento de la mañana, y esas gafas no parecían tener mucho sentido, salvo que...

Detiene la imagen, la amplía, mira la fotografía de Arbea y tiene dudas. Abre entonces una carpeta que guarda en el escritorio donde le

han compartido distintos posibles aspectos del sospechoso y selecciona una que han recreado con gorra y gafas. La abre, la coloca al lado de la que muestra el peaje, las compara...

Decide seguir el rastro de ese coche para ver hacia dónde se dirige. Revisa una a una las salidas, pero no toma ninguna, continúa su marcha hacia Madrid. Después de un rato circulando por la A-1, el vehículo toma finalmente la salida de la avenida de la Paz. El agente se debate entre dar el aviso o hacer una última comprobación. Decide conectarse al servidor que le han facilitado con el acceso a las cámaras locales registradas aquel día en Madrid. No tarda en encontrar de nuevo el Ford desde que sale de la autopista y circula por la M-30 en dirección a la zona universitaria. Va alternando distintas cámaras, le lleva tiempo ir seleccionando las diversas calles para no perder la pista del vehículo.

A partir de ahí el coche se adentra en un *parking* al aire libre, cubierto de un arbolado que impide verlo desde fuera, y le pierde el rastro. Sigue con las grabaciones y una hora después lo ve de nuevo emprendiendo la marcha contraria.

Basta una simple entrada en Google para comprobar dónde ha estacionado. Universidad Complutense. A un minuto del colegio mayor Ximénez de Cisneros.

Es el momento de hablar con su jefe.

## 21

Acaban de llevarse a Laia del edificio. Los sanitarios han decidido estabilizarla allí mismo antes de trasladarla en ambulancia. Ane está sentada en un sofá del salón, ya vestida y tapada con una manta que le han proporcionado los servicios de emergencia para combatir el frío que se ha colado en su cuerpo después de tres horas metida en la bañera. Le han suministrado un tranquilizante para calmar su ansiedad, que se evidencia en una tiritona incontrolable.

Adriana y Bruno se sientan junto a ella. Aunque en el estado en que se encuentra no está para muchos interrogatorios, no pueden retrasar las preguntas.

—Estás a salvo, Ane, la pesadilla ha terminado. —Adriana, sentada en la mesa de centro frente a ella, le acaricia con delicadeza la rodilla—. Al

menos para ti.

–¿Y Laia?

–Se la llevan al hospital –dice Bruno–. Según nos han dicho, su estado es grave, aunque debemos esperar. Si quieres, podemos llevarte ahora junto a ella.

Ane hunde su rostro en la manta. Niega con la cabeza, absolutamente bloqueada.

–No sé..., debería ir a casa...

–Como quieras –sigue Bruno–. Lo importante es que hemos llegado a tiempo. Si hubiéramos aparecido un minuto más tarde... En fin, hemos tenido suerte, supongo.

Ella esboza una triste sonrisa irónica.

–Suerte... –dice, negando con la cabeza–. ¿Por qué yo? ¿Por qué nos ha pasado todo esto justo a nosotras?

–Escoge a sus víctimas a través de servidores de psicólogos y agencias de detectives que ha hackeado –dice Adriana–. Así lo ha hecho con vosotras. Tu empresa contrató al detective Marco Riballés para que investigara vuestra relación. Mala suerte, Ane, eso es todo, al igual que el resto de las víctimas.

La mujer sigue negando con la cabeza, como un autómata. Adriana es consciente de que encierra una pugna de sentimientos imposibles de conciliar: una infidelidad expuesta al mundo, un marido traicionado, una amante en el hospital...

De repente dice, abatida:

–Ginés... Supongo... que lo sabrá todo, ¿verdad?

«Y aquí están esos sentimientos», piensa la subinspectora. Ninguno de los dos contesta. La respuesta es evidente y no requiere de mayor explicación. Ane rompe a llorar.

Tienen que avanzar. Adriana se acerca aún más, intentando que se concentre únicamente en ella.

–Sabemos que todo esto es muy duro, Ane, y que lo único que quieres es tiempo para asimilarlo. Pero eso es justo lo que nosotros no tenemos. Necesitamos que nos ayudes para intentar atrapar al que os ha hecho todo esto.

Ella asiente tímidamente.

–Bien, ya hemos repasado el capítulo y hemos comprobado que, a grandes rasgos, lo que se cuenta es cierto. Ahora nos interesa lo

ocurrido hoy. Estabas trabajando y...

–Estaba en el despacho cuando he recibido un ramo de flores – contesta, algo más serena–. Me he quedado algo cortada, sobre todo cuando he abierto la tarjeta y he visto que era de ella. Estaba preocupada por lo que pudieran pensar en la oficina..., pero todos han dado por hecho que eran de Ginés.

–Háblanos de la invitación.

–Estaba escrita con ordenador, con un papel muy bonito, todo muy... romántico, supongo. Me invitaba a conocer nuestro, ¿cómo lo llamaba?, nuestro nuevo nido de amor. Decía que la entrada estaría abierta, que subiera directamente a la planta sexta, al piso.

–El capítulo dice que cuando llegaste la puerta del piso estaba abierta.

–Así es.

–Y que oíste a Laia en el baño –continúa Bruno.

–Sí, según me dijo Laia cuando nos quedamos solas, él la obligó a llamarme. Dejé las cosas en el salón y cuando entré, ella estaba en la bañera, de espaldas... Me acerqué... La puerta se cerró y apareció él. Fue horrible...

Aquí se rompe en un llanto nervioso, incontrolable. Los agentes le ofrecen un vaso de agua.

–¿Quieres que hagamos un descanso? –pregunta Bruno, deseando que no acepte.

Ella niega con la cabeza.

–¿Es este hombre de aquí? –pregunta Adriana mientras le tiende una fotografía de Julio Arbea.

–No lo sé... Llevaba una especie de pasamontañas.

–¿Y luego qué hizo?

–Amenazó con cortarle el cuello a Laia si no me desnudaba. No tenía otra alternativa, no había nada que hacer. Lo que dice el capítulo que me habéis enseñado es cierto, no podía enfrentarme a él. Así que me metí en la bañera y me esposó.

–Os hizo una fotografía.

Asiente con la cabeza.

–¿Y luego qué hizo? ¿Se quedó las tres horas con vosotras?

–No, no. Casi todo el rato estuvo fuera. Nos dijo que si gritábamos nos mataría a las dos.

–¿Oísteis algo? ¿Habló con alguien? ¿Recuerdas algún detalle, lo que sea, que pueda ayudarnos a saber qué hizo durante ese tiempo?

Ane hace un gesto negativo.

–¿Qué pasó después?

–La espera se nos hizo interminable. Fue horrible. El agua se había quedado fría y estábamos heladas. Entonces fue cuando apareció, colocó el móvil en una repisa del baño y comenzó a ahogar a Laia sin mediar palabra..., no puedo creerlo. Luego llegasteis vosotros.

Suena el teléfono de Adriana. Se levanta de la mesa y atiende la llamada.

–Buen trabajo –dice Zubieta. Se queda perpleja, es la primera vez que le felicita–. Al menos hemos podido salvar a la chica, a él no lo hemos encontrado.

–Si hubiéramos descubierto el edificio antes, en lugar de mandar a todo el mundo por los hoteles... –responde ella. Es un pensamiento que le venía rondando desde que ha entrado en el piso.

–No te martirices. Vamos contra reloj y todos estamos haciendo lo que podemos. Seguimos con varios controles por toda la ciudad y se ha dado aviso a la seguridad de hospitales y clínicas por si alguien aparece con una herida de bala. Adriana, estamos muy cerca.

–Cuando terminemos aquí, voy a ir a casa de Arbea para revisar a fondo todo aquello. En esas fotografías está la clave para anticiparnos al siguiente crimen.

–Lláname si hay alguna novedad.

Cuando vuelve al salón, Ane se dispone a marcharse, acompañada de dos sanitarios.

–Se la llevan al hospital –informa Bruno–, quieren hacerle un reconocimiento. No ha aportado mucho más y en el estado en que se encuentra tampoco tiene sentido seguir insistiendo.

Adriana se asoma a la ventana. Aún le parece mentira que haya podido escaparse. Unos metros, solo unos metros la han separado de él. Si hubiera tenido mejor puntería, si hubiesen llegado antes, si hubiera registrado la casa en lugar de ir directamente al baño...

Mira hacia abajo y observa el escenario habitual tras uno de sus crímenes, con una docena de coches patrulla y un enjambre de periodistas. De manera instintiva, busca entre esas pequeñas siluetas la de Iban Echeverría, pero no le encuentra. Entonces cae en la cuenta.

–Laia. Hay que protegerla. Los medios ya han informado de que la hemos salvado y...

–Tenemos gente desplegada en el hospital, Adriana, estará día y noche vigilada. No te preocupes. Lo mismo haremos con Ane y su familia.

–Es su primer fracaso –reflexiona– y me preocupa mucho cómo se lo va a tomar.

## 22

El presentador luce un aspecto impecable mientras mira fijamente a la cámara. Tras él se emiten imágenes de lo ocurrido, la reacción de la gente ante el capítulo de *Infidelis*, coches patrulla movilizándose por toda la ciudad, la declaración del secretario de Estado de Interior y del consejero vasco.

–La intervención ha permitido evitar una nueva tragedia en esta terrible historia. El asesino había dado tres horas para que el público descargara el capítulo en su página web y votara a cuál de las dos mujeres secuestradas debía matar. Cuando quiso ejecutar su amenaza, las fuerzas de seguridad irrumpieron en el piso donde se hallaban retenidas. El supuesto asesino, identificado como Julio Arbea, se dio a la fuga y está en paradero desconocido, aunque fue alcanzado por uno de los disparos realizados por la Policía. En cuanto a las víctimas, Ane Estévez fue liberada sin ningún daño físico mientras que Laia García se encuentra en estado crítico. Está en la unidad de cuidados intensivos del Hospital de Cruces, con pronóstico reservado, aunque sí puedo avanzarles que se debate entre la vida y la muerte.

Adriana, Bruno, Xabier, Sara e Igor están sentados en un *pub* de estilo irlandés cercano a la oficina de la Ertzaintza en San Sebastián. Prefieren hacer caso omiso de la televisión y centrarse en la cerveza y en la escasa conversación que son capaces de mantener. Aunque son casi las once de la noche, necesitan descargar tensión antes de volver al trabajo.

–Sé que estamos todos cansados –arranca Bruno, en un necesario discurso motivador–, pero estamos cerca, más que nunca. Tenemos que darlo todo en esta recta final, hacer un último esfuerzo. Salvar a la chica

nos ha permitido seguir en la investigación y mantener la colaboración entre los dos equipos y tenemos que aprovecharlo al máximo.

–Por nuestra colaboración –Igor levanta la jarra de cerveza y el resto lo imita– y por coger a ese hijo de puta.

–Que por cierto tiene un tiro en el cuerpo –dice Xabier.

–Los de balística han encontrado todas las balas que disparé –afirma Adriana–, así que como mucho debió de rozarle. Tendremos el informe completo mañana, y también las balas y el arma que utilizó.

–¿Siguientes pasos? –pregunta Bruno mientras engulle unos nachos con queso.

–Yo he pensado en volver a casa de Arbea –dice Adriana.

–Me apunto –responde Igor.

–Quiero centrarme en las fotografías de las localizaciones que fue seleccionando. Deberíamos ir identificando qué sitios son para estar prevenidos.

–Buena idea –concluye Bruno.

–Mi turno. –Sara apoya los codos sobre la mesa para acercarse más a sus compañeros–. Sigo empeñada en nuestros protagonistas secundarios, tal y como quedamos, y hay uno que me tiene intrigada.

–¿El periodista? –pregunta Igor.

–El abogado. De las comunicaciones intervenidas hasta ahora no hay nada relevante. Tiene casos de poca monta, criminales del narcotráfico, asesinos de mujeres, violadores...

–Lo mejorcito de la ciudad –apunta Xabier.

–Pero hay uno que me ha llamado la atención. Recibió ayer una llamada de un tal Dani que le advertía de que estábamos escuchando. Le pedía verle urgente, en media hora. Goytisoló accedió.

–¿Y? –pregunta Igor mientras se termina la cerveza y hace un ademán al camarero para que le ponga otra.

–Creemos que se trata de Daniel Mendoza.

–¿No es el que hackeó el Santander o algún banco así? –pregunta Adriana.

–Exacto. Un fraude de noventa millones de euros. Le detuvisteis vosotros. –Sara señala hacia Bruno.

–Pero se perdió el juicio –sigue el agente nacional–, fue un tema sonado en Madrid. Le dieron la vuelta a la acusación y terminamos siendo cuestionados por manipular pruebas.



–¿A que no sabes quién fue su abogado? –apunta Sara.

–Oier Goytisolo –responde Igor.

Se quedan en silencio mientras digieren la información, envueltos por el ruido del concurrido local.

–Tenemos que localizar al tal Mendoza –ordena Bruno mientras envía un mensaje por teléfono–. A ver dónde nos lleva. Buen trabajo, Sara.

Suena el teléfono de Adriana. Es Marina Otero, su psicóloga. Le extraña la llamada a esas horas. Intenta recordar si tenía alguna cita pendiente con ella que se le haya pasado, pero está segura de que no. Se levanta del taburete y se aleja unos metros para atenderla.

–Adriana, perdona que te moleste a estas horas –dice nerviosa–. Me acaba de llamar mi informático y me ha confirmado que nos han hackeado. Ha seguido los pasos que mandaron desde la Policía y no tiene duda.

–Joder, Marina, lo siento. Tienes que avisar a tus pacientes.

–¿A todos?

–Al menos a todos los que hayan tenido algo que ver con una infidelidad.

–Pues la mayoría. ¿Tengo que avisarlos a todos?

–Marina, ahora mismo están en peligro. Si está en tu mano evitarlo, debes hacerlo. Han enviado desde el departamento un *email* tipo para que lo remitas a tus pacientes.

–Sí, sí..., lo tengo. Tienes razón, hablo con el informático para que me ayude y lo envíe hoy mismo. –Se hace una pausa incómoda–. Por cierto, Adriana..., tened cuidado vosotros también.

Arquea las cejas, no había caído en eso. Es una potencial víctima de *Infidelis* y el asesino ha podido acceder a su expediente.

–Estoy preocupada por vosotros. Si necesitáis un sitio donde refugiarnos, acuérdate de mi caserío de Landarbaso, está en mitad del bosque. Podéis usarlo cuando queráis.

–Tranquila, Marina, no te preocupes por nosotros. Tendremos cuidado. Y gracias por el ofrecimiento.

Cuelga. La llamada la ha desconcertado y duda antes de volver a la mesa. No está dispuesta a decir una palabra de esto a Bruno. Si se entera de que su psicóloga también ha sido hackeada, está segura de que hablará con Zubieta y terminará apartada de la investigación. Y por nada del mundo está dispuesta a renunciar justo ahora. Le ha disparado

dos veces en menos de cuarenta y ocho horas. La tercera no fallará. Ahora bien, tampoco es una insensata como para poner en peligro a la persona que más quiere.

Respira hondo. Marca el teléfono.

–Hola, cielo –contesta Mario–, ¿cómo estás?

–Bien, tomando algo con los compañeros. Hoy toca noche movida.

–Me lo imagino. Yo estoy a punto de terminar, estoy muerto. Solo espero que la fusión salga bien y podamos firmar la semana que viene. Estoy reventado.

Adriana sonríe ante el comentario. Sabe que está trabajando duro para sacar adelante ese proyecto y entiende su cansancio. Pero le resulta paradójica la perspectiva que cada uno tiene de la vida: mientras ella sueña con atrapar a un peligroso asesino en serie para poder descansar, él aspira a terminar la fusión de un cliente. «Cuestión de perspectiva», supone.

Lo único cierto es que le echa de menos, que daría todo por estar en casa, tumbada en el sofá junto a él, disfrutando de una botella de vino y una buena serie. Pero de momento no es posible.

–Te he visto en la televisión. La secretaria me ha venido a avisar de que salías. Estabas muy guapa... y habéis llegado a tiempo. Enhorabuena, mi vida.

–Todavía no sabemos nada de la chica.

–Seguro que sale adelante.

Se impone entonces un nuevo silencio, de los que reconocen enseguida, de los que se presentan cargados de palabras que ninguno quiere pronunciar.

–Esta vez no voy a tratar de convencerte –dice Mario pausado–, tranquila. Sé que tienes que hacerlo y no pararás hasta conseguirlo. Y, aunque estoy muerto de miedo, me siento muy orgulloso de ti.

–Gracias. –Adriana se muestra sorprendida por la sinceridad de estas palabras que no esperaba y no sabe qué decir–. Esto acabará pronto y podremos volver a la normalidad... o crear una nueva normalidad.

–Me gusta oír eso.

Recuerda entonces la conversación con Marina y una corriente de preocupación y ansiedad se adueña de ella.

–Pero debemos tener cuidado –reacciona–. Después de lo de esta mañana, quizá no sea buena idea que volvamos a casa.

–Yo también lo he pensado. Sabe dónde vives. ¿Y qué hacemos?

–Esta noche voy a tener que quedarme trabajando, si tengo un par de horas trataré de echarme un rato en la oficina.

–Yo... no sé. En principio si te parece dormiré en casa, no se me ocurre otro sitio donde ir. Y ya mañana buscaremos una alternativa.

Los compañeros apuran las cervezas y se disponen a marcharse. Hora de colgar.

–Te reclaman. Hablamos luego. Ten cuidado, cariño. Te quiero.

–Yo también. Descansa.

## 23

Marina Otero cuelga el teléfono tras hablar con Adriana. Está en una calle peatonal, con edificios de ladrillo claro en tres alturas, iluminada por farolas que emiten una luz cálida y vaporosa. Abre el portal, sube las escaleras hasta el primer piso y entra en su casa. Se descalza, deja el bolso, saca el ordenador y lo coloca en la encimera de la cocina. Coge dos copas de cristal de la estantería y una botella de vino tinto. Accede a un diario digital, que ojea mientras descorcha el vino y sirve las dos copas.

Ella coge con cuidado, sale al salón y se encamina hacia un estrecho pasillo. Entra en una de las habitaciones.

Un hombre permanece sentado frente a una mesa con un gran monitor curvo. Teclea concentrado. No aprecia la presencia de Marina hasta que esta coloca la copa junto a él.

Ella le besa levemente en la cabeza.

–Buenas noches, cielo. Esta noche tengo trabajo para ti.

## 24

### **Un regalo inesperado**

A veces la inspiración llega cuando menos te lo esperas y, donde antes tenías trazado un plan perfectamente detallado, de pronto encuentras un camino inesperado que enriquece tu historia. Ha sido la casualidad, quizá el destino, pero en todo caso ha encendido la chispa para que este humilde escritor afile su lápiz y ejerza su oficio.

Nos encaminamos hacia el final de la historia, aunque antes brindaremos a nuestros lectores un motivo más para disfrutar de la lectura.

## 25

Fran ha instalado en la comisaría todo el equipo informático que Arbea tenía en su casa. Llevan trabajando todo el día para tratar de recuperar la máxima información posible del sistema. Son las doce de la noche y ahí sigue.

Bruno se sitúa tras él, intentando descifrar algo inteligible en todo ese enjambre de códigos, números y programas que ocupan los monitores. Fran habla sin dejar de teclear.

–Dame alguna buena noticia.

–El llamamiento a los *hackers* de Adriana sigue dando frutos. La página continúa bloqueándose. La última vez durante casi diez minutos.

–¿Y vuelve?

–Sí, por desgracia sí. No sé cómo, pero lo consigue reiniciar.

–¿Qué más?

–El acceso al servidor no lo hace desde estos equipos. Supongo que será desde el ordenador que se ha llevado, por lo que la posibilidad de entrar y eliminar la página queda descartada. Aquí tenemos de todo, el típico ordenador de un *hacker* desquiciado. Cientos de tutoriales abiertos, chats con otros *hackers* donde preguntaba cuestiones prácticas, incluso cursos *online* que estaba haciendo donde interactuaba con algún profesor.

–Formación continua –apunta Bruno.

–Tal cual. Luego está el acceso a la web oscura. Lo hacía a través de distintas cuentas y, por lo que hemos podido descifrar hasta ahora, se dedicaba a buscar ayuda para cualquier aspecto que se le escapaba. Un tal Shadowstrike le prestó una inestimable ayuda para entrar en los bancos de las mulas digitales.

–¿Y los detectives, los psicólogos...?

–Eso sí está todo. En una de las torres almacenaba toda la información que iba extrayendo de sus bases de datos. Hay unos cuatrocientos expedientes, entre los que se encuentran los de las víctimas.

–¿Algo más?

Fran se recuesta en la silla y pone los pies encima de la mesa. Se toma unos segundos para reflexionar.

–Videojuegos –responde por fin.

–¿Perdón?

–Los había borrado, pero a través de una de las conversaciones de sus chats, uno de ellos le ha llamado TMY2442. Lo hemos comprobado y es el *nickname* que utilizaba en una plataforma de juegos. Hemos accedido a la información. En las dos últimas semanas no ha jugado nada, pero antes era un jugador asiduo.

–¿Qué tipo de juegos?

–*Fortnite*, *GTA*, ese tipo.

–Todos violentos.

–No esperaba menos... Pero, no sé, no deja de ser raro...

## 26

Los GEO siguen cercando la casa por si el tipo aparece. El despliegue de agentes diseminados en varias manzanas a la redonda prosigue, y así va a continuar hasta dar con él. Al menos han permitido a Igor y a Adriana encender un par de luces discretas en el salón para poder trabajar durante la noche.

Los primeros rayos de sol los encuentran exhaustos. Llevan desde las dos de la mañana clasificando las fotografías en distintos bloques, una tras otra. Intentan encontrar algún tipo de coherencia en todo ese panel de imágenes, pero no dan con ningún orden concreto; es como si las hubiese colgado todas y luego, poco a poco, hubiera ido seleccionando a sus víctimas. Así, mientras hay fotos de Daniela y Laura en el salón, las de Andrés las encuentran en el dormitorio y las de Laia están en el pasillo. Lo mismo ocurre con las localizaciones. Las fotografías de las escenas de los crímenes ni siquiera están colgadas cerca de sus víctimas.

Un embrollo propio de un personaje caótico.

–He estado trabajando en la biografía de nuestro hombre y no ha sido fácil. Es un completo chiflado. –Igor está tumbado en un mugriento sofá, hojeando su cuaderno de notas–. Nace en 1979, en Hernani, pero

enseguida se trasladan a otro lugar, aunque no tengo constancia. Tiene una hermana y al parecer ha sufrido alguna tragedia familiar que no hemos podido contrastar todavía. Hemos contactado con la Policía Local para que nos remitan lo que tengan. Al psiquiatra no le contó demasiado: problemas de bebida, maltratos, un calvario de adolescencia... La típica historia lacrimógena de serie cutre.

Adriana escucha atentamente mientras recopila todas las fotografías de las localizaciones. Al principio decidieron no tocarlas, dejarlas tal cual las había colgado, pero a estas alturas creen que no tiene sentido. Es imposible localizar a todas esas personas, al menos en cuestión de horas, aunque creen que son capaces de averiguar los posibles escenarios.

—No se le conoce tendencia política —sigue Igor— ni partida de bautismo, no tiene una sola multa de tráfico, no presenta la declaración de la renta desde la época de Aznar y es un consumidor compulsivo de antidepresivos y analgésicos. Cuando fue a Madrid ya tenía un serio problema, combinado con el consumo de alcohol. El psiquiatra intentó controlarlo, pero fue imposible, según anota en su ficha.

—Los de la Científica se han llevado todos los botes, las cajas y las papelinas que había en el piso. Nos darán un informe detallado de lo que consumía, pero era una farmacia andante.

—No me vendrían mal un par de pastillas ahora para recuperar el ánimo. —Igor lanza un sonoro bostezo—. Bueno, sigo. Empieza a salir con Irene en la universidad. Él está profundamente enamorado. Imagino que es la primera vez que alguien del sexo femenino le hace carantoñas, así que el muchacho está en una nube. Termina la carrera y se pone a trabajar en la revista *Milaria* mientras hace sus pinitos literarios. Escribe basura, he visto algunos de sus artículos en revistas y un par de cuentos que publicó en un concurso local de Valladolid. Y de pronto...

—Novia a la fuga.

Adriana tiene en sus manos todas las imágenes de las localizaciones. Son más de cuarenta, aunque muchas se corresponden con los escenarios que ya conocen. Empieza a revisarlas mientras sigue escuchando a Igor.

—Exacto. Y ahí empieza el drama. Cuando Irene se marcha a Bergara, él cae en un abismo. Su psiquiatra, De la Torre, intenta ayudarle como puede, pero no es posible, entra en una espiral de autodestrucción. Ahí

es cuando se nos vuelve creativo y se lanza a escribir *Infidelis*, su gran obra. Una mierda, por cierto, nada que ver con la auténtica e inigualable con que se ha estrenado. ¿Has visto lo que dice hoy ni más ni menos que el *New York Times*?

Adriana le mira estupefacta. Eso son palabras mayores.

–Prefiero no saberlo.

–Vas a alucinar. –Igor busca en el móvil–. Escucha, escucha: «Estamos ante el lanzamiento editorial en lengua española con mayor éxito de la historia editorial. Nunca un libro había vendido en España siete millones de ejemplares en menos de dos semanas».

Se miran y necesitan un minuto en completo silencio para asimilar esas palabras.

–¿El *New York Times*?

–Lo que oyes, querida. Lo ha conseguido, Adri, esa es la verdad.

Se levanta pesadamente del sofá, mira el reloj y se despereza.

–Las siete y cuarto, hora de darse una ducha y desayunar. Nos llevamos las fotos y trabajamos en comisaría. Que nuestros amigos nacionales hagan algo, por el amor de Dios, y nos echen una mano con toda esta mierda.

Hay una fotografía que a Adriana le llama la atención. Es distinta a las demás, hay algo en la calidad de la imagen, en el encuadre, en el propio escenario que le resulta diferente. Es una borda, una casita que parece enclavada en mitad de un bosque, con aspecto avejentado y abandonado. Es como si la hubiera visto antes. Deja el resto sobre la mesa y sigue observándola, intentando refrescar la memoria en un momento en que su mente pide a gritos dormir o un buen café.

Suena entonces un mensaje al unísono y esa coincidencia les hace enmudecer. Tardan unos instantes en reaccionar, el tiempo necesario para pedir a todos los dioses del universo que no vuelva a ocurrir.

Pero los dioses no los escuchan.

En completo silencio, abren la página, compran el nuevo capítulo y lo descargan.

Con las primeras líneas que lee, Adriana ahoga un grito y sale corriendo.

«¡Mario!».

# Capítulo 5

## ANSIEDAD

*La casa se había llenado de policías. El mismo policía local que cuatro años atrás había acudido a la llamada del padre, alertado por el suicidio de su mujer, debía enfrentarse ahora a la muerte de su propio amigo. Contemplaba su cadáver, tumbado en la cama, con la cara destrozada, por la que se asomaba una masa deforme de color grisáceo. Llevaba puesto el pijama y en el suelo descansaban varias botellas vacías. Junto a él, reposaba un rifle de caza.*

*Los dos chicos, ya adolescentes, esperaban sentados en la cocina, custodiados por un agente. Habían sido ellos los que habían llamado a la Policía hacía solo diez minutos y se habían limitado a sentarse allí y esperar acontecimientos.*

*El policía entró en la cocina y se sentó frente a ellos.*

*–Siento mucho todo esto, hijos, apreciaba a vuestro padre. Era un buen hombre, una vida dura... Bien, ¿podéis repetirme qué ha ocurrido, por favor?*

*Los dos se miraron, debatiéndose sobre quién debía responder. Como siempre, ella tomó la iniciativa.*

*–Estábamos acostados cuando llegó a casa. –Su voz sonaba inquieta, insegura–. Últimamente solía llegar bastante tarde. Por el ruido que metió en la cocina creo que estaba borracho. Pegó algún grito, pero no entendí qué decía. Pensé que iba a despertarnos, como hacía a veces, para poder..., bueno, luego se encerró en su cuarto y ya no oímos nada. Yo me quedé dormida hasta que oí el disparo.*

*–¿Tocasteis algo en la habitación?*

*–No, nada –respondió ella rápida, él meneó la cabeza.*



*–¿No intentasteis reanimarle?*

*Ella lo miró sorprendida, con los ojos vidriosos, abiertos.*

*–¿Ha visto cómo está? –preguntó, mostrando lo evidente.*

*–Bien, ¿tenéis algún pariente con el que os podáis quedar?*

*–La tía Clara, vive fuera.*

*–De acuerdo. Hay un hostel frente a la comisaría. Pasaréis la noche allí. Por la mañana la llamaremos para que venga a buscaros.*

*Una hora después, cerraban la puerta de la habitación del hostel y se quedaban solos. Por fin solos. Ninguno se atrevía a evidenciarlo con palabras, pero los dos sentían un inmenso alivio, una liberación como nunca habían vivido.*

*Se tumbaron vestidos en la cama, con la mirada perdida en el techo, tratando de poner orden al torbellino que acababa de arrancar su vida, su maldita vida.*

*–Siempre pensé que nos mataría primero –confesó él.*

*–Yo también... Todavía no puedo creerlo. He soñado tantas veces una noche como esta que siento que no es real, que puedo despertar en cualquier momento.*

*No tardaron en quedarse dormidos.*

*A la mañana siguiente desayunaron en la comisaría mientras esperaban la llegada de su tía. No tenían demasiada relación con ella y el encuentro fue frío por parte de los chicos, emotivo por parte de la mujer. Era la hermana de la madre y desde que había muerto apenas se habían visto un par de veces. Pero la falta de contacto no suponía obstáculo para que ella sintiera una inmensa tristeza por aquella pareja de adolescentes, consumidos por la tragedia.*

*La Científica había terminado su trabajo en la casa y les anunciaron que en un par de horas podrían entrar para recoger sus pertenencias y salir de allí. Decidieron esperar en una cafetería mientras trataban de recomponer la relación perdida. La conversación no era precisamente fluida y los intentos de la tía por distraerlos resultaban en vano. Tan solo le correspondían aquellos ojos fríos e inexpresivos, sin brillo, cansados de la vida.*

*Dos coches de policía aparcaron junto a la cafetería. El agente que los había atendido hasta entonces se apeó de uno de ellos y entró en el establecimiento en compañía de otros tres hombres. La mujer se puso en pie, pensando que venían a acompañarlos a la vivienda, pero el esbozo de sonrisa que les dedicó se congeló ante el rostro de los agentes.*

*Un instante después esposaban a la chica y le leían sus derechos, como sospechosa del asesinato de su padre.*

# 1

La humanidad progresa. Hoy solamente  
quema mis libros; siglos atrás me  
hubieran quemado a mí.  
SIGMUND FREUD

Pues bien, queridos lectores, ahora le toca sufrir al censor...

## ***INFIDELIS*** **CAPÍTULO 5** **ANSIEDAD**

Tiene el lugar, la calle tranquila que los ha visto reconciliarse; el momento, el desayuno compartido antes de trabajar; la decisión, todo intento de olvidar había resultado en vano; la necesidad, no hay otra forma de acallar la ansiedad que durante un año y medio le ha consumido.

Ya solo es cuestión de ejecutar el plan.

Cuando se conocieron, quince años atrás, ninguno de los dos podía imaginar la vida que les esperaba. Ella acababa de incorporarse al Departamento de Homicidios de la Ertzaintza, tras años de formación y patrulla, mientras él trataba de hacerse un hueco en el mundo de la consultoría estratégica, bregando con una competencia despiadada a base de horas de trabajo, siete días por semana. Ambos mantenían incólumes sus sueños profesionales y por nada del mundo estaban dispuestos a renunciar a ellos o entorpecer su desarrollo.

Hasta que se conocieron.

Fue pura coincidencia o bien el capricho del destino, como ocurre en los albores de cualquier historia de amor que se precie. Pero lo cierto es que de los cientos de bares que alberga San Sebastián fue en uno donde los dos entraron por separado una noche de celebración en compañía de sus respectivos amigos. Y allí, en la barra de un bar, fue como Adriana y Mario se conocieron.

A él le intimidó la seguridad de ella y su profesión, y a ella le hizo gracia su timidez y el agudo sentido del humor con que intentaba disimularla. La conversación de barra fue prolongándose, ajenos al reclamo de sus amigos. Solo cuando encendieron las luces del local, antes de cerrar, se dieron cuenta de que estaban solos. Siguieron hablando de camino a casa de Adriana y ahogaron las palabras en su piso.

Cuando despertaron a la mañana siguiente, ninguno de los dos quería separarse del otro y supieron que tenían por construir algo diferente a lo que habían vivido hasta entonces. Sin fijarse metas ni plazos, fueron

encontrándose, arañando a sus horarios imposibles el tiempo necesario para disfrutar de una conversación y un sexo que alternaban durante horas. Fueron años felices, sin ataduras, sin objetivos, simplemente terminar de trabajar y acudir a su encuentro.

En una cena romántica en el restaurante italiano favorito de Adriana, Mario aprovechó el postre para pedirle matrimonio. No era el plan previsto, no había ningún plan en realidad, pero recibió un sí sincero y enamorado.

Y ya como marido y mujer, los dos ascendieron en sus trabajos, ella como subinspectora, él como asociado de una importante firma, y su vínculo no se resquebrajaba con los horarios imposibles. Era la vida que habían elegido, era el futuro que ansiaban, era la felicidad que buscaban.

Pero lo que se antojaba la vida perfecta resultó no ser suficiente para Mario.

**ERROR DE DESCARGA**

## 2

Las calles pasan a gran velocidad y Adriana sorteando los coches en un zigzag imposible, está a punto de estrellarse en más de una ocasión. Agarra fuerte el volante para controlar el temblor de sus manos. Intenta no pensar, intenta no llorar, solo conducir.

Lleva cinco llamadas a Mario y él no le coge el teléfono. «¿Se estará duchando? ¿Estará hablando por la otra línea? ¿Llegaré demasiado tarde?». Siente un estremecimiento que le sacude todo el cuerpo. «Todo esto es culpa mía, todo. Hice oídos sordos a las señales de alarma y eso que se me presentaron con total claridad. Me amenazó a través del blog, me persiguió por la calle, espió mi casa..., pero ¡cómo he podido ser tan estúpida! ¡¿Cómo?!», maldice mientras siente que la respiración se le desboca y los fantasmas de la pérdida se sientan a su lado, una vez más.

La rabia y la impotencia que la invaden se escapan en forma de lágrimas que amenazan con derrumbarlo todo. Se repite que no puede permitirlo, que debe centrarse en conducir, llegar a tiempo, salvarle. Y aun así no puede parar de llorar. La punzada que siente por dentro es insoportable.

Sigue llamando, en bucle. Está cerca, solo unos minutos. La sirena que ulula sobre su cabeza incrementa la tensión y la angustia, pero la necesita para saltarse todos los semáforos, para pasar una calle en dirección contraria, para subirse a una acera. Ya está a dos manzanas.

—¡Coge el puto teléfono! —grita desesperada ante el pitido intermitente.

Suena un mensaje en el móvil. *Infidelis*. Se habrá cargado de nuevo el capítulo, esta vez completo. No puede leer, solo volar hacia su casa.

No había caído en el error de descarga y eso le da cierto ánimo. Quizá su llamamiento a los *hackers* esté poniendo en apuros el entramado informático y empieza a tener problemas. Quizá el propio Fran ha conseguido resquebrajar la coraza digital de Arbea. Quizá...

Adriana solo puede pensar en su marido, solo necesita llegar para protegerle como no ha sabido hacerlo hasta ahora, como piensa hacer en el futuro.

«Mario no... No puede ser... No se lo merece, él no».

Gira el volante y al estirar el brazo se destapa por un instante el tatuaje: «Emma». Un desgarró la quiebra por dentro, como cada vez que su mente pronuncia su nombre. La perdió sin tiempo de amarla. En el momento en que salió a la vida lo hizo ya sin ella y la sumió en la más completa desolación.

«No puedo volver a pasar por eso, no puedo permitir que me arrebaten otra parte de mi vida. No puede ser... Mario no...». Es el pensamiento que la impulsa a seguir corriendo.

De pronto, le viene a la memoria el último comentario de Igor. ¿Cómo ha dicho? ¿Era del *Times*, del *Post*? No lo recuerda. Pero tiene presente el titular. «El mayor lanzamiento editorial en lengua española». Pagar por ver a quién matan. No sabe quién está más loco, si el que asesina o el que lo compra para entretenerse. Lo único cierto es que Arbea no solo sabe de historias, de informática, sino que por encima de todo conoce al público, es un experto en la demanda que existe para la oferta que propone.

Enfila por fin su calle, de único sentido. A la derecha la hilera de adosados, a la izquierda un parque, en la calzada coches aparcados.

Da un acelerón y se detiene frente a la casa. La puerta permanece cerrada, al igual que las ventanas, con las cortinas corridas. Suena entonces el teléfono y presiona el botón en la pantalla del coche, esperanzada, confiando en que sea Mario, que esté a salvo, que pueda escuchar su voz.

Pero es Igor. Suena ronco, alterado, sus palabras llenan el coche como a cámara lenta.

—¡Adriana! ¡No es Mario! ¡No es Mario! —Adriana está a punto de colapsar, no entiende qué está diciendo. Su voz truenas entonces por los altavoces—: ¡ERES TÚ!

Y entonces todo tiene sentido. La interrupción del capítulo, el error de la descarga, la historia incompleta, las amenazas, la trampa en la que ha caído. De golpe, irrumpe en un mundo que se ha ralentizado, la adrenalina se ha esfumado de su cuerpo dejándola aletargada, impactada y sin respuesta ante la red que la ha atrapado. Cuando mira hacia su izquierda lo tiene allí plantado, como si hubiera caído del cielo. El rumor de la moto, la silueta oscura, el reflejo de un casco. Desliza su mano enguantada en la chaqueta abierta y saca una pistola. Es una fracción de segundo lo que tarda en empuñarla contra ella y, sin embargo, Adriana lo contempla como si fueran horas, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Suenan dos disparos que resquebrajan el cristal y el estruendo le provoca un intenso pitido que le impide oír nada. Siente dos golpes secos en el pecho y un dolor agudo se extiende por todo su cuerpo, como el epicentro de un terremoto que sacude cada célula de su ser. Mira hacia abajo y nota una oleada de terror ante los dos surcos rojos que van expandiéndose como volcanes en erupción y le empapan la camiseta.

Trata de reaccionar y lleva la mano derecha hacia la pistola, que reposa en la funda anclada a la cintura. Con la poca destreza que el miedo le permite desata el botón que la protege y se aferra a la culata dispuesta a tirar de ella, pero el cinturón de seguridad impide una salida rápida. Intenta sortear el obstáculo y liberar el arma cuando alza de nuevo la vista hacia su atacante.

Tras el cristal quebrado ve el cañón de la pistola, esta vez apuntando hacia su cabeza. Contiene la respiración ante lo

inevitable. Y lo inevitable llega.

Dispara y su cabeza impacta contra el respaldo y cae hacia la derecha. Lo ve todo borroso y un zumbido atronador sacude su cerebro de oreja a oreja. No puede moverse, no le responden los brazos ni las piernas. Y entonces arranca el dolor, sordo, metálico, agudo, como nunca ha sufrido, arrasa su cabeza como si estuviera a punto de explotar.

Otro disparo, otro impacto, un cuerpo que ya no responde, que la abandona, que ya no siente, que ya no recuerda, que ya no...

«Emma»...

### 3

Quería más. Tenía una mujer preciosa, inteligente y divertida que lo quería, una bonita casa, amigos con quienes compartir los fines de semana, un trabajo al que dedicaba buena parte de su vida y que le reportaba un sueldo generoso. Y aun así no era suficiente, quería más, ansiaba algo por encima de todo aquello. Quería tener hijos.

Adriana fue más esquivada en los primeros compases de aquel renovado interés. Una agente de Homicidios embarazada presentaba algunas dificultades prácticas, y la vida entre patucos, cochecitos y biberones no casaba bien con el mundo de asesinos en el que se desenvolvía.

Pero fue la insistencia de Mario lo que la hizo ceder y se pusieron manos a la obra. Lo intentaron, con todo ímpetu. Primero apasionadamente, esperaban los días señalados para encontrarse con un instinto desesperado; luego las cosas cambiaron, los primeros negativos hacían eterna la espera hasta la siguiente oportunidad y poco a poco las ganas fueron sustituidas por una rutina incómoda, un proceso expectante que terminaba con el siguiente test de embarazo. Al final, el disfrute quedó relegado por la incertidumbre y la cama se convirtió en un trámite hasta la siguiente desilusión.

Después llegaron las pruebas, los tratamientos, las salas de espera, los pinchazos en la tripa, los latidos que no llegaban, que cesaban, la tristeza. Y entonces los sorprendió la feliz noticia. El embarazo lo cambió todo, renovó la ilusión, desató la esperanza en la pareja. Vivieron intensamente esos nueve meses, haciendo planes sobre el futuro, pensando en los colegios, soñando con una vida por y para la pequeña Emma.

Sin embargo, a veces los sueños se convierten en pesadillas. El parto se complicó y, cuando por fin llegó el esperado alumbramiento, Emma nació

muerta.

La desolación fue devastadora. Emma se llevó cualquier atisbo de felicidad y los dejó desterrados, sin un mundo en el que habitar.

Surgió el distanciamiento y cada uno se centró en su carrera. Ella siguió ascendiendo en el Departamento de Homicidios con cada criminal que encerraba; él avanzaba en la consultoría, inmerso en cuentas de resultados y planes estratégicos. Las horas de trabajo relegaban los planes comunes y se instalaron en una nueva distancia que se les hacía menos dolorosa, tal vez necesaria para reconstruirse.

Si no se divorciaron entonces fue simplemente por no añadir más dolor, cansados como estaban de llorar. Era preferible aquella convivencia cordial, aunque fuera ausente, que una existencia en soledad. Y así fueron transcurriendo los meses, consolidando una distancia que ninguno de los dos parecía querer acortar.

Dos años después, apareció Íñigo Huerta. Y en su abrazo, la subinspectora encontró una alegría y un consuelo que hacía mucho que no sentía.

## 4

Cuando Bruno se acerca a la vivienda de Adriana hay ya desplegadas decenas de coches patrulla estableciendo un perímetro. Muestra su identificación para que le dejen atravesar el cordón de seguridad y aparca al inicio de la calle. Reconoce el coche de su colega frente a la casa, hay varios agentes de la Científica pululando alrededor.

«Agente abatido». Es lo que ha recibido por radio, es el mensaje que le han comunicado mientras leía el capítulo de *Infidelis*. Cuando ha descubierto que se trataba de Adriana y Mario, se ha puesto en marcha. Pero no sabe nada más, ignora el desenlace, aunque cada paso que da augura lo peor. Avanza despacio por la calzada y advierte la ausencia de ambulancias. Le preocupa también el rostro desencajado de los agentes y el silencio fúnebre que recorre la tranquila calle.

Entre dos coches estacionados le ve sentado en el suelo. El enorme cuerpo de Igor aparece acurrucado, con la cabeza hundida entre las piernas.



–¿Igor?

El policía alza la mirada y le muestra un rostro enrojecido, desencajado y cubierto de lágrimas. Bruno mira hacia el coche y no tiene duda. Igor esconde de nuevo la cabeza, envuelto en sacudidas incontrolables.

El inspector avanza hacia el vehículo, haciendo caso omiso a los agentes que le piden distancia. Tiene que verlo, tiene que comprobar con sus propios ojos que todo aquello es verdad, que no es un mal sueño.

Cuando por fin la ve, deja de respirar. Inmóvil, incapaz de reaccionar, de mirar incluso hacia otro lado, de apartar la mirada de Adriana, que permanece sentada en el asiento del coche, tiroteada. Su cuerpo ligeramente inclinado hacia la derecha, empapado en sangre; un agujero negro en la frente del que ha brotado un surco granate, aún brillante, que recorre su rostro, su cuello; una maraña deforme oculta en su cabello, sobre la sien izquierda.

–¿Eres el inspector Vega? –dice un *ertzaina*, al que no ve y apenas escucha–. Ha dicho Igor que estás al mando. Quería informarte de lo que sabemos. Solo un testigo, dos casas más allá. Se ha asomado al oír los disparos y ha visto alejarse una moto en dirección contraria. No recuerda el modelo, pero hemos encontrado una abandonada bajo un paso a nivel, a cuatro manzanas de aquí. Coincide con la de Arbea.

Bruno hace un notable esfuerzo por reponerse, aparta la mirada del cadáver de su compañera, la que un día fue su amiga, e intenta concentrarse en las palabras del agente.

–¿Y el marido? ¿Está en casa?

–Qué va, se había ido hacía rato. Fue una trampa. Mario Torres lleva desde las siete y diez de la mañana en su oficina, según hemos podido comprobar. Hemos enviado una patrulla para allí.

–Que no hablen con él, prefiero hacerlo yo.

–Entendido.

Bruno desanda sus pasos y se dirige hacia Igor, que permanece en la misma postura. Se acerca a él despacio, no sabe qué decir. Le coloca una mano sobre el hombro.

–Lo siento mucho, Igor, no hay palabras...

–Sí que las hay –dice, alzando una mirada cargada de dolor y de ira–, vamos a matar a ese hijo de puta.

–En eso estoy de acuerdo y debemos ponernos en marcha. Pero antes creo que debemos dar la noticia a Mario. Es lo que Adriana hubiera querido. ¿Vienes conmigo? Será bueno que vea un rostro conocido.

Igor habría preferido quedarse allí escondido, esperando que las lágrimas cesaran y despertara por fin de la pesadilla, que todo hubiera sido una mala jugada del estrés y el cansancio, que Adriana siguiera a su lado como lo ha estado los últimos diez años. Hubiese preferido cualquier cosa menos enfrentarse a la realidad, a esa realidad tiroteada en un coche a escasos metros.

Y, aun así, sabe que no puede quedarse ahí; no es momento de derrumbarse, no puede permitirse un minuto de tregua en una lucha que ahora se ha convertido en personal. Daniela, Andrés y Laura eran sin duda un reclamo más que suficiente para encontrar a ese malnacido, pero ahora la búsqueda ha tomado un cariz distinto. No se trata ya de hacer justicia, ahora es una cuestión de venganza.

Tiene que reponerse. Ha de dar la noticia al viudo y seguir trabajando. Le cuesta levantarse, se siente mareado. Bruno le ayuda a incorporarse. Salen a la calzada y antes de emprender la marcha lanzan una última ojeada al coche.

–La culpa ha sido mía –dice Bruno–, jamás me lo perdonaré. Debí haberla apartado de la investigación con la primera amenaza. Ayer mismo tenía que haberla mandado a un lugar seguro junto a Mario y nada de esto hubiera ocurrido.

Igor se limpia el rostro con la manga.

–Si estás buscando consuelo –dice con la voz tomada, ronca–, si quieres que te diga que no es culpa tuya, que quien la ha matado ha sido Arbea y no tu puta negligencia, no cuentes conmigo. Sí, tienes la culpa, toda la puta culpa. Podías haberlo evitado y no lo hiciste, y ahora es ella la que está allí tirada. Yo también la tengo. Podía haber corrido tras ella y haberla acompañado, lo que pasa es que soy una jodida ballena y para cuando he bajado a la calle ella ya se había ido. Así que cada uno debemos comernos nuestra mierda y seguir

con el único objetivo que tenemos, lo único que nos mantiene unidos ahora mismo: matar a Arbea.

Lanza las palabras como disparos desde lo más profundo de su dolor y Bruno comprende que es mejor no decir nada más.

## 5

Íñigo Huerta y su mujer, Lucía Cillero, vivían a dos casas de distancia en el antiguo barrio de Adriana y Mario. Hacía solo unos meses que se habían mudado y apenas habían coincidido en alguna fiesta vecinal. Pero cuando, tras un comentario casual, Adriana supo que sus vecinos no podían tener hijos después de que ella hubiera sufrido algún aborto, intensificó su relación con la mujer.

Y así fue como las dos parejas comenzaron a quedar, organizaban cenas en una casa o en la otra, disfrutaban de sobremesas hasta la madrugada, tomaban cervezas en el porche compartiendo confidencias, pasaban un rato agradable juntos en los prolegómenos de la que estaba llamada a ser una bonita amistad. Y aquellos encuentros se convertían en una terapia para Adriana y Mario, que podían al menos durante un rato otorgar una tregua a la tristeza, la resignación y los reproches que habían oscurecido su matrimonio hasta casi romperlo.

Pero ocurrió lo que nunca pudo imaginar, lo que no merecía.

Fue un día aciago, un día oscuro que permanecerá eternamente en la retina de Mario. Un día que recordará con nitidez en el momento de apretar el gatillo.

Había anticipado su vuelta a casa tras un largo viaje de negocios. Cuando llegó, el coche de Adriana estaba aparcado frente a la entrada y había luz en el interior de la casa. Alzó un ramo de flores que había comprado de camino y entró, dispuesto a sorprenderla. No la encontró en el salón, ni en la cocina, no estaba en la habitación, en el baño ni en el garaje. Salió al jardín y tampoco había rastro de ella.

Cuando vio que su pistola reposaba en el aparador de la entrada, supo que no andaría muy lejos. Salió a la calle por si había ido a hacer deporte y decidió esperarla dando un paseo por el vecindario, recogido a esas horas de la noche.

Los minutos transcurrían y Adriana no aparecía. Quizá había pasado a saludar a los vecinos para tomar una copa en compañía de Lucía. Se acercó a la puerta y llamó con los nudillos. A través de la ventana vio que había luz en la cocina, quizá estuvieran en el jardín posterior. Cruzó la casa por un lateral y al llegar tampoco encontró a nadie. Las luces exteriores

estaban apagadas y las cortinas del salón corridas, apenas se veía nada allí fuera. Se asomó entonces a la rendija que dejaba la unión de las dos cortinas y lo que vio cambió su mundo para siempre.

Íñigo sentado en el sofá con Adriana desnuda sobre él.

Ahogó un grito de estupor, pero tropezó con una silla y el ruido no pasó inadvertido para su mujer, que se volvió de inmediato. Su expresión exhausta y su rostro bañado en sudor se congeló y, por un instante, los dos se miraron a los ojos.

Después de lo ocurrido, la vida se derrumbó para Mario. Ella imploró perdón, derramó lágrimas de arrepentimiento, juró que había sido la única vez, alegó su desesperación por los dos últimos años vividos, llegó incluso a recriminarle que había sido él quien se había empeñado en tener hijos, quien la había animado a pasar por ese calvario, que había sido solo un desliz en busca de una salida a tanta tristeza, que en realidad su matrimonio había naufragado tiempo atrás, y pidió otra oportunidad por todo el tiempo que habían sido felices. Mario se fue de casa.

Pasaron las semanas. Las llamadas y los mensajes de Adriana eran desoídos por su todavía marido, que se afanaba en trabajar como única vía de salvación. Jornadas de quince horas seguidas otorgaban cierta tregua a la locura que fraguaba en su interior; era como si en ese mundo de empresas, cuentas y auditorías en el que habitaba pudiera vivir sin necesidad de recordar. De odiar. Y es que en cuanto se quedaba solo, en cuanto apagaba la luz y reinaba el silencio, aparecía de nuevo con toda intensidad la imagen de los dos desnudos, disfrutando el uno del otro bajo el vaivén de su mujer.

Cuando fue consciente de que estaba a punto de enloquecer, decidió intentar algo distinto para hacer frente a la situación y no caer en un pozo que se le antojaba siniestro. Se presentó en su antigua casa, llamó a la puerta y esperó a que una incrédula Adriana lo dejara pasar. Hablaron durante horas, con una serenidad y una franqueza que hacía mucho que no compartían, mostraron abiertamente sus miedos, sus debilidades, sus preocupaciones, optaron por desnudar su alma como último intento de volver a construir. Al filo de la madrugada se fueron a la cama para sellar una nueva oportunidad.

Abandonaron el barrio sin despedirse de los vecinos y se mudaron a otra casa para volver a empezar. Poco a poco iban contagiándose de una ilusión renovada, y Mario creyó que el perdón, que antes le había parecido un imposible, tenía cabida en ese nuevo amor que estrenaban.

El pasado quedó enterrado y volvía la serenidad. Hasta que...

La consultora ocupa el ático de un elegante edificio en la avenida de la Libertad, en pleno centro de San Sebastián. Es una de esas oficinas llamadas a impresionar a sus clientes, con asombrosas vistas, suelo enmoquetado, muebles de diseño, trabajadores encorbatados y visiblemente ocupados.

Bruno e Igor deciden subir solos y prescinden del séquito policial, que no haría sino acrecentar la tragedia del anuncio. Se identifican en la recepción y preguntan por Mario. Una de las secretarias les indica que lleva toda la mañana en una videoconferencia. Igor prefiere acudir a su encuentro lo antes posible, pero Bruno actúa con mayor diligencia.

—¿Tienen tarjetas de identificación para entrar en el edificio? ¿Cámaras?

—Las dos cosas, también para entrar aquí, en la oficina —dice una de las secretarias.

—¿Podría facilitarme una copia con la llegada del señor Torres?

—Claro, deme unos minutos.

Igor taconeando el suelo, impaciente. Ahora sí ha llegado el momento que ninguno quiere afrontar, pero que no pueden retrasar. Otra de las secretarias les pide que la acompañen para llevarlos hasta Mario.

Atraviesan algunos pasillos flanqueados por despachos y salas con las paredes de cristal, parcialmente cubiertas de vinilo. Se ve a gente trabajando en su interior, de donde sale un sonido amortiguado, discreto, propio de una firma distinguida como esta. Se dirigen a la última salita del pasillo, donde aprecian a Mario a través del cristal. Está sentado frente a una mesa de reuniones, vestido de traje pero sin la chaqueta, que reposa en una de las sillas. Tiene frente a él una pantalla donde aparecen varias personas en sus correspondientes recuadros. Están escuchando a una de ellas, que presenta una diapositiva con varias tablas y cifras.

La secretaria toca levemente la puerta y asoma la cabeza.

—Perdona la interrupción, Mario, tienes una visita y dicen que es urgente.

Las rayas que dibuja el vinilo en el cristal le impiden ver de quién se trata y sube y baja la cabeza para intentar vislumbrarlo. La secretaria se hace a un lado y entran los dos agentes. Su presencia

allí, sus gestos, los ojos enrojecidos de Igor, todo anticipa la tragedia.

Mario tartamudea una disculpa y cierra la conexión del ordenador, con lo que desaparecen los asistentes de la pantalla. Intenta levantarse de la silla, pero las piernas ceden al primer impulso. Vuelve a intentarlo y se coloca frente a los dos policías, esperando las palabras que no quiere escuchar.

–Lo siento mucho, Mario –es Igor quien rompe el silencio del despacho–, pero Adriana... Una trampa..., esta mañana... Ha muerto.

Mario intenta asimilar sus palabras y cierra los ojos. Les da la espalda y camina por la sala, bordeando la mesa, mientras niega con la cabeza.

–Lo sabía, lo sabía –balbucea en un tono cada vez más encrespado, desesperado.

Apoya las manos en una vitrina de cristal y hunde la cabeza entre los hombros, que se estremecen al compás de un llanto que ya no cesa.

–¿Por qué? –se lamenta en baja voz–, ¿por qué? –Le cuesta encontrar el aire con que hablar–. ¡¿Por qué?! –grita una y otra vez.

Con los dos puños apretados, arremete contra la vitrina con rabia, impacta con toda la fuerza de la que es capaz mientras vacía sus pulmones con un grito que parece no tener fin. Cuando el cristal se vence por los golpes, Igor decide intervenir, se acerca a él y le da un abrazo, rodeándole con su enorme cuerpo y cobijando aquella imagen vívida de la desolación.

–Fue a salvarte –le dice–, pensó que eras tú a quien iba a asesinar como venganza y corrió para protegerte. Fue lo último que hizo en su vida, Mario, intentar salvarte. Debes estar orgulloso...

–Yo no quiero estar orgulloso, Igor, quiero estar con ella...

El agente se separa y le agarra de los hombros, lanzándole una mirada lo más sincera y honesta de lo que es capaz.

–Te juro por lo más sagrado que encontraremos a ese hijo de puta y que pagará por lo que ha hecho. Sé que eso no te devolverá a Adriana, pero seguro que es lo que ella querría.

El hombre asiente despacio, como si ya no comprendiera las palabras o sencillamente le fueran indiferentes.

–Joder, pero ¿qué te has hecho? –Las manos de Mario están sangrando, con pequeños cristales que aparecen pegados a su camisa–. Vamos, te acompañaré a que te limpien esto.

Antes de salir, una secretaria entrega un USB a Bruno con la llegada de Mario al despacho, grabada por las cámaras a las siete y diez de la mañana.

## 7

Cuando uno de los suyos es asesinado, la comisaría enmudece y el bullicio habitual es sustituido por un respetuoso silencio. Los más cercanos al agente abatido se abrazan y lloran mientras el resto contempla de reojo el drama con gesto afligido. Y entre unos y otros planea siempre la misma inquietante reflexión: podrías haber sido tú.

La sala de reuniones que ha concentrado la investigación se convierte en una especie de velatorio sin cuerpo presente, donde compañeros y amigos van acercándose a consolar al equipo. Llevan así toda la mañana, hasta que han decidido cerrar la puerta y abstraerse del mundo.

Xabier, conmocionado e incapaz de afrontar la situación, ha sucumbido a la tentación y ha tenido que encerrarse en el baño para vaciar media botella de *whisky*; Sara está rota, apenas pronuncia palabra desde que ha trascendido la noticia, permanece sentada frente al ordenador mientras su cabeza es un hervidero de recuerdos con Adriana; Igor acaba de llegar y prefiere evitar el contacto con sus compañeros para no sucumbir, plantado frente a las fotografías que cuelgan de la pared. No piensa con claridad, ni siquiera es capaz de llorar, solo siente que una ira descontrolada bombea desde su pecho, esparciendo furia por su todo cuerpo.

En cuanto a Bruno, es el único que rompe el silencio al responder a un teléfono que no deja de sonar y hacer comprobaciones en el ordenador. El resto de los policías nacionales han preferido trabajar

en una sala contigua para respetar el duelo de los compañeros de Adriana.

En ese momento entra Iker Zubieta, cuyo rostro evidencia también una emoción contenida. Deja una bolsa de plástico sobre la mesa y observa a sus compañeros.

—No es el primer agente que pierdo y por desgracia no creo que sea el último. Y cada vez que ocurre soy consciente de que las palabras que transmito a sus compañeros más cercanos no servirán de nada. Se la han llevado y no volverá, esa es la verdad, y nada podemos decir ni hacer que cambie esa realidad. —Se apoya en el respaldo de una silla y suspira profundo—. Así que no hay consuelo.

—Ayer estuvimos con ella —se lamenta Sara—, hace solo unas horas... ¿Quién iba a pensar que...?

Igor se niega a entrar en esa deriva y reacciona:

—Sí que hay consuelo, el único posible, y es coger a Arbea. No nos la devolverá, pero al menos vengaremos su muerte.

—Y en cuanto a eso... —sigue Zubieta—. He recibido instrucciones de arriba. Yo... Lo siento chicos, pero en la División creen que estáis señalados y quieren cambiar de equipo.

—¡Y una mierda! —brama Igor, junto a los lamentos de Sara y Xabier—. No nos podéis hacer esto, después de lo que ha ocurrido no podemos quedarnos al margen.

—Sabes que no depende de mí.

—Me da igual, Iker. Se lo debemos a ella, tú se lo debes. —Golpea fuerte la mesa y le señala con el dedo, desafiante—. Así que ahora no me jodas con todo esto.

Zubieta no entra en la provocación e interviene en tono conciliador:

—Joder, Igor, es evidente que no estáis en las mejores condiciones para continuar. Estamos muy cerca de atraparlo y se necesita una concentración y una dedicación que justo ahora y por razones obvias no tenemos en esta sala.

Igor está fuera de sí, se mueve como un animal enjaulado y todos saben que está a punto de explotar. Se frota la cara con las manos y respira hondo.



–Jefe, tanto si estoy en el caso como si me apartáis, no voy a parar hasta encontrarle. Y si para eso tengo que entregar la placa y la pistola, lo hago ahora mismo.

Bruno interviene. La conversación se está yendo de las manos. No comparte en absoluto la postura de la Ertzaintza. Cree que si hay alguien que puede cazar al asesino son precisamente las personas que tiene frente a él.

–Iker, ¿y si les dices que nosotros hemos pedido la continuidad del equipo? Creo que es un disparate cambiar de investigadores a estas alturas. Para cuando se pongan al día tendremos el siguiente muerto Dios sabe dónde. No tiene sentido.

Zubieta se recuesta en la silla, pensativo. Igor le mira fijamente, esperando el desenlace, dispuesto a volver a lanzarse con toda su energía si no obtiene la respuesta que busca.

–Podría intentarlo –dice por fin–, no lo sé... No prometo nada, pero hablaré con el comisario. Diré que ha sido cosa de la Brigada Central, una petición expresa. Al menos intentaré retrasar el relevo un par de días, haré lo que pueda. Pero insisto en que no puedo prometer nada. Obedezco órdenes igual que vosotros y, si me dicen que no, aquí se termina.

–Suficiente –sentencia Igor mientras da una sonora palmada en el hombro de Bruno–. Si en cuarenta y ocho horas no le hemos encontrado, yo mismo me apartaré del caso.

–Pues no se hable más –concluye Zubieta, con un sentimiento contradictorio que no permite saber si está satisfecho con la decisión o no–. Os dejo las pruebas que han recabado en el coche de Adriana. Está lo que llevaba encima y alguna cosa más. Ya está clasificado, así que no lo perdáis. Si hay novedades, ya sabéis dónde estoy. –Se dispone a marcharse–. Y lo dicho, chicos, os reitero mis condolencias. Sé que además de compañeros erais buenos amigos. Tenéis el cariño y el apoyo de toda la comisaría. Mucho ánimo con todo esto... Y en cuanto a Adriana..., lo único seguro es que la echaremos de menos.

Desaparece de la sala, dejándolos en un ambiente cargado con esas últimas palabras y con la amenaza de sacarlos de la investigación. Cuando están solos se miran unos a otros y en ese

silencio impuesto es la primera vez que sienten con toda crudeza la ausencia de Adriana.

Xabier abre el sobre que ha dejado Zubieta y extrae el móvil, un reloj, la cartera y una fotografía. Se lo van pasando todo unos a otros en silencio, toman los objetos con delicadeza y respeto mientras cada cual evoca sus propios recuerdos. Sara no puede contenerse y rompe en un llanto inconsolable. Xabier le pasa el brazo por encima del hombro.

–No puede ser, no puede ser... –murmura él con voz pastosa.

Igor quiere lanzar un bramido y poner orden para poder avanzar, pero ni siquiera es capaz de emitir sonido alguno cuando coge la cartera de Adriana y la emoción le atenaza la garganta.

Bruno mantiene la compostura. Cree que la única forma de afrontar el duelo es trabajando, pero no sabe cómo hacer reaccionar al equipo sin que le tilden de insensible. Sara le pasa el siguiente objeto, una fotografía. Es la que se había llevado Adriana de la vivienda de Arbea, donde se ve una casa perdida en el bosque. La mira con detenimiento.

–Creo que la he visto antes –murmura.

–Adriana dijo lo mismo –interviene Igor, que deja la cartera en su sitio e intenta recomponerse–, por eso se la llevó.

Bruno sigue analizando la imagen rebuscando en su memoria dónde y cuándo pudo haberla visto, pero no consigue encontrar la respuesta. Tiene que salir del bloqueo en el que se encuentra, tiene que avanzar.

–Bien, compañeros, por mucho que nos cueste, tenemos que afrontar el asesinato de Adriana como uno más. No podemos detenernos un solo instante y hay que abordar la investigación. Esto implica hacer lo mismo que haríamos con una víctima anónima, registros, interrogatorios, todo. Si alguno no está preparado para hacerlo no pasa nada, tenemos gente de sobra para poder tomar el testigo sin que tengáis que abandonar el equipo.

Se miran, conscientes de que nadie va a dar un paso atrás. Los tres se secan las lágrimas, se yerguen en sus respectivas sillas y se concentran en la documentación que inunda la mesa.

–Bien, pues empecemos con el interrogatorio de Mario. Os propongo que lo hagamos Igor y yo. Xabier y Sara, analizad la escena y revisad los detalles del capítulo. A ver de dónde ha sacado toda la historia.

Suenan dos golpes en la puerta y un agente asoma la cabeza.

–Perdonad la interrupción, pero hay una persona que quiere hablar con vosotros.

–¿Quién es? –pregunta Igor.

–Es Marina Otero, la psicóloga de Adriana.

Los cuatro se miran con gesto de interés. El capítulo se ha tenido que basar necesariamente en las conversaciones que Adriana mantuvo con ella. Al menos en buena medida. Hay que corroborarlo.

–Sara, Xabier, ocupaos de ella. Nosotros vamos a ver a Mario.

## 8

*Extracto de la grabación del interrogatorio de Marina Otero, psicóloga de Adriana Collante, realizado por la agente primera Sara Angós y el cabo Xabier Peña.*

**MO:** No puedo creer que esto haya pasado, no me lo puedo creer.

**SA:** Nosotros tampoco, Marina, es horrible.

**MO:** La llamé precisamente ayer para decirle que tuviera cuidado, que me habían hackeado el sistema en la consulta.

**XP:** No nos dijo nada. Entiendo que el expediente de Adriana lo tiene informatizado, ¿es así?

**MO:** Sí, está todo digitalizado, casi no uso papel.

**SA:** ¿Ha podido leer el capítulo?

**MO:** Muy a mi pesar, sí, lo he leído.

**SA:** ¿Algo de lo que cuenta se ha podido extraer de su archivo?

**MO:** Claro que sí, aunque no todo. La historia de su relación con Mario, sobre todo lo que se refiere a sus inicios, me la contó en su día. También es verdad que le costó mucho quedarse embarazada, que tener hijos fue un empeño más de Mario, que perdieron a la

niña en el momento del parto. Un golpe durísimo del que nunca llegó a recuperarse del todo.

**SA:** ¿Es entonces cuando se conocieron ustedes?

**MO:** No, no... Y ojalá lo hubiera hecho. Pasó el duelo sin ayuda ninguna, lo gestionó ella sola y se sumió en una fortísima depresión. Fue una época horrible para la pareja. Muchos matrimonios en circunstancias similares terminan separándose y ellos estuvieron a punto de hacerlo. Pero se centraron en sus carreras profesionales y se instalaron en una, cómo decirlo, comodidad.

**XP:** Ahí es cuando surgió la infidelidad.

**MO:** Había pasado tiempo y el matrimonio seguía roto. En ese contexto se apoyaron bastante en los vecinos y..., bueno..., fue un desliz, un error, tal y como ella repitió infinidad de veces. Entonces es cuando vino a la consulta, necesitaba ayuda para superar todo aquello. Además, tenía frecuentes crisis de ansiedad que conseguimos doblegar. Su trabajo no ayudaba, desde luego. Enfrentarse cada día a asesinos y a criminales violentos no es lo mejor para sanar heridas emocionales tan grandes como las que te deja la muerte de un hijo. Hicimos una terapia intensa y debo reconocer que con muy buen resultado. Por eso esto es... Aún no puedo creerlo.

**SA:** Entiendo que todo esto constará en su archivo.

**MO:** Sí, sí, como le digo, lo tengo todo digitalizado y los apuntes de nuestras sesiones están en el servidor. Los detalles que se cuentan en el capítulo están casi literalmente sacados de mis anotaciones. No ha tenido que hacer un gran esfuerzo literario, la verdad.

**SA:** ¿Cómo estaba últimamente?

**MO:** Muy bien, como nunca en estos años. Cuando Mario la perdonó y se dieron otra oportunidad, se cambiaron de barrio y las cosas mejoraron. Estaba muy animada y estable.

**XP:** ¿Le contó algún problema reciente? ¿Algo con Mario?

**MO:** No, nada. Estaba muy centrada en recuperar su matrimonio y lo estaban haciendo muy bien. Se querían, se querían de verdad. El desliz de Adriana no fue sino un efecto indeseado de la terrible

depresión que estaba padeciendo, no había nada más detrás. Por eso pudieron olvidar y volver a construir su relación.

**SA:** ¿Y qué hay de la supuesta infidelidad posterior que cuenta? ¿Le dijo algo?

**MO:** Ni una palabra. Y no me lo creo. Ni siquiera mencionó al tal Bruno Vega. Después de un año trabajando con ella habíamos llegado a un nivel de confianza altísimo, si hubiera tenido alguna aventura o incluso simplemente deseos de tenerla, o bien me lo habría confesado, o bien lo habría intuido. Toda esa parte es pura invención, creo que la ha puesto para construir el capítulo a semejanza de los anteriores, nada más.

## 9

Las sospechas volvieron de pronto. En esa ocasión no le hizo falta verla con otro hombre para tener la certeza, bastaba con analizar su comportamiento. Noches sin dormir en casa bajo la excusa de una investigación, llamadas a deshoras, mensajes continuos que comprobaba de forma furtiva y rápida, incluso viajes en los que se ausentaba un par de días. Mario sentía que todos los temores arreciaban de nuevo, como si aquellos meses de tregua no hubieran construido nada en realidad.

Así, decidió seguirla, con discreción, una noche que le había anunciado que llegaría tarde. Y hacerlo fue una mala decisión.

A través de la ubicación compartida de su móvil la encontró en un restaurante de Fuenterrabía. La vio salir con un hombre. Lo reconoció enseguida. Era Bruno Vega, inspector de la Policía Nacional asignado al mismo caso que ella. Iban agarrados de la cintura, riéndose despreocupados, dando un paseo después de cenar hasta desaparecer tras la puerta de un edificio. Ya no eran suposiciones ni imaginaciones suyas, era la constatación de que había vuelto a ocurrir.

Se maldijo a sí mismo por haberle dado una oportunidad, por haber desoído el consejo de sus amigos cuando le advertían que, consumada una vez la infidelidad, la segunda era cuestión de tiempo.

Pasó toda la noche despierto, nervioso, buscando una salida. Tenía claro que esa vez no iba a huir, la solución no pasaba por abandonarla sin más y dejar atrás el problema, sino que debía afrontarlo con todas sus consecuencias. Había hecho un esfuerzo ímprobo por perdonarla y dominar sus instintos más primarios como para que ahora se lo pagara con

una nueva traición, una nueva humillación. Desde luego no iba a quedar impune.

A la mañana siguiente, cuando comprobó que el otro lado de la cama seguía vacío, los demonios hicieron su aparición y tomaron por él la decisión. No podía pensar, no calibró siquiera un plan y mucho menos la repercusión que podía tener. Solo quería venganza y apagar la angustia que lo carcomía por dentro.

Buscó la pistola que guardaban en casa, calculó el tiempo que necesitaba para llegar hasta su trabajo, elaboró las oportunas excusas que podía plantear y cuando tuvo más o menos concebido el plan decidió ejecutarlo.

Pensó en enviarle un mensaje, pero no quería dejar rastro. Sencillamente la llamó por teléfono y cuando le contestó con voz somnolienta y despreocupada dijo: «Lo sé todo. Ven a casa ya».

Cerró la puerta, se agazapó tras una furgoneta y esperó pacientemente a que el coche asomara por la calle. Comprobaba de vez en cuando que ningún vecino advirtiera su presencia y se sintió satisfecho al ver que estaba solo. Era consciente del peligro que una reacción impulsiva como aquella podía tener, pero le traía sin cuidado. Era el momento de silenciar aquel sufrimiento, no había nada más importante que acallar esos gritos.

El coche finalmente aparece. Adriana conduce rápido, nerviosa. Es consciente de que su matrimonio ha terminado y no tiene palabras ni excusas que ofrecer. Esa vez no tenía sentido pedir perdón, ni mucho menos buscar otra oportunidad. Era hora de afrontar la realidad, por muy incómoda que fuera, y dar por muerta una relación que debió haber acabado en brazos de su vecino Íñigo.

Aparca el coche justo enfrente y se dispone a bajar cuando lo ve emerger de la nada, junto a su puerta, con una mirada que no transmite lástima, sino algo bien distinto. Una emoción que no es capaz de descifrar. Ella esboza una leve sonrisa antes de bajar del vehículo.

Mario alza la pistola y descerraja cuatro rápidos disparos contra su cuerpo. Primero dos en el pecho. Disfruta del efecto causado. Incredulidad y miedo, dos sentimientos que aprecia con claridad en los gestos y el rostro de Adriana. Siente de golpe cómo la angustia acumulada se libera con la misma rapidez con la que la sangre emana del cuerpo de ella. Cuando cree haber visto suficiente, dispara de nuevo contra su cabeza y las detonaciones se convierten en un bálsamo que calma su espíritu, capaz de sanar la traición sufrida.

Contempla la escena con orgullo, inspira un aire renovado y se siente feliz al no tener que compartir el mundo con aquella mujer infame. Y corre entonces hacia su trabajo, su refugio, el que siempre fue su verdadero y único amor.

## 10

Bruno e Igor llaman a la puerta y esperan incómodos. Aunque han retirado el vehículo de Adriana y la calle ha vuelto a la normalidad entrada ya la tarde, no ha sido fácil para ninguno de los dos volver allí.

Mario les abre la puerta. Intenta sin éxito esbozar una sonrisa bajo unos ojos enrojecidos y apenas puede pronunciar una palabra sin que se le quiebre la voz. Igor se acerca y le da un abrazo, ambos intentan sin demasiado éxito evitar las lágrimas. Bruno le da un cálido apretón de manos.

–Venís a interrogarme, supongo –dice mientras los dirige a un sofá en el salón.

–Ya sabes cómo va esto, Mario, tenemos que cumplir el expediente –dice Igor–. Solo un par de preguntas rápidas y te dejaremos en paz.

–Todo lo que haga falta con tal de cogerle –se derrumba en un sillón–, tú mismo lo dijiste antes, si hay algo que podemos hacer por ella es precisamente eso. Lo que necesitéis, registrad toda la casa si hace falta. Arriba tenemos un pequeño despacho donde Adriana guarda... guardaba papeles del trabajo. Tenemos también un ordenador... No lo sé, Igor, lo que queráis.

Bruno revisa sus notas e interviene:

–La psicóloga de Adriana, Marina Otero, nos ha confirmado algunos de los extractos publicados en el capítulo.

Él asiente con la cabeza.

–Lo que cuenta sobre nuestro intento de tener hijos, la muerte de Emma, la depresión posterior... y lo que ocurrió después. Todo eso es cierto. Tuvimos una crisis, como tantos matrimonios, y a punto estuvimos de separarnos en aquellos días. Pero apostamos por superarlo, habíamos pasado por mucho como para abandonarlo. Y lo conseguimos... Los últimos meses..., aquí volvimos a ser felices...

–Conseguiste perdonarla.

Aspira hondo y le mira, derrotado.

–La muerte de Emma fue devastadora para los dos. Ella como madre, y después del parto... –no puede controlar las lágrimas– pasó por una fuerte depresión. Al principio se negó a pedir ayuda y cada vez se hundía más y más, y yo no podía hacer nada por evitarlo. Nos distanciamos... En realidad, nos separamos, aunque viviéramos juntos. Por eso la perdoné..., por eso volvimos a empezar. No era ella cuando ocurrió todo aquello, no era ella...

Se tapa los ojos con una mano para disimular un llanto que ya no puede controlar. Las palabras le salen entrecortadas. Los dos agentes guardan silencio, respetando el tiempo que sea necesario. Cuando está algo más sereno, Bruno interviene:

–Es un poco incómodo por mi parte, pero todo lo que cuenta el capítulo sobre Adriana y yo es absolutamente falso. Te doy mi palabra.

Mario niega con la cabeza.

–No tienes que decir nada, Bruno, supongo que eras el recurso fácil para su relato. Os vio en la televisión juntos. No le hacía falta más.

–Lo único que quería era escribir su mierda de capítulo –apunta Igor–. De haber pesado cien kilos menos, igual hubiera salido hasta yo.

El comentario provoca medias sonrisas.

–Con los antiguos vecinos, ¿volvisteis a tener algún contacto?

–Ninguno, dejamos atrás todo aquello.

El viudo se levanta del asiento y deambula por la habitación, buscando la serenidad que ha perdido.

–¿A qué hora has salido hoy de casa? –pregunta Bruno.

–Como siempre, a las siete. Hoy incluso antes, porque tenía una videoconferencia a primera hora. Estamos a punto de firmar una operación importante y he andado con mucho trabajo estas semanas.

–Supongo que no habrás visto nada raro en la calle –interviene Igor.

Niega con la cabeza.

–A esas horas no hay mucha gente por aquí. Y eso que después de lo de ayer estuve un buen rato mirando por la ventana antes de



salir.

–Adriana te llamó varias veces cuando venía hacia aquí.

Mario los mira fijamente y parece que vuelve a derrumbarse. Saca el teléfono, lo desbloquea y busca las llamadas perdidas. Se lo tiende a los dos agentes. Hay ocho de Adriana señaladas en rojo.

–Y esto me acompañará el resto de mi vida... Tenía el teléfono en silencio para la reunión, no lo vi hasta que llegasteis. Si lo hubiera cogido...

Bruno e Igor se miran y concluyen sin hablar que aquello debe terminar. Cierran sus libretas y se levantan.

–Como te decíamos al principio, sentimos mucho que tengas que pasar por todo esto, Mario, pero para seguir con el protocolo tenemos que hacer un registro. Lo harán un par de agentes nacionales que están fuera.

–Claro, de todas formas no voy a quedarme en casa. Tenéis mi teléfono por si queréis localizarme, os apunto ahora la dirección de mi madre. Estaré allí hasta el funeral. –Mira a su alrededor, como mostrando lo evidente—. Aquí no puedo estar ni un minuto más.

## 11

Llevar de guardia doce horas seguidas metidos en un coche y cuentan los minutos para que los releven los compañeros del turno de noche. Los dos agentes de la Ertzaintza, vestidos de paisano, han agotado los temas de conversación y se dedican a mirar el móvil, salir a estirar las piernas de vez en cuando, escuchar un programa deportivo en la radio y observar. Es un vecindario tranquilo y la calle tiene poco tráfico, y desde donde están aparcados gozan de buena visibilidad de la casa de Irene Aquerreta, exmujer de Julio Arbea.

Ambos están entretenidos con sus respectivos móviles cuando un Ford Explorer de color granate hace amago de entrar en la calle, pero rectifica, detiene la marcha y continúa su camino por la avenida perpendicular. Cuando uno de ellos alza la mirada, la calle está nuevamente desierta.

## 12

### Gracias

Y tras recibir con entusiasmo a una nueva protagonista inesperada, la subinspectora de Homicidios Adriana Collante, que desempeñó un papel esencial en la investigación policial y en la promoción de nuestro proyecto, toca acercarse al final de nuestra historia. Soy consciente de que esta decisión supondrá una enorme decepción para mis lectores, ávidos de más historias que contar. Sin embargo, las dificultades técnicas surgidas impiden que pueda presentar tantos protagonistas como tenía previsto inicialmente sin miedo a que el sistema represor termine por censurar nuestro proyecto.

Es preferible, por tanto, terminar de manera voluntaria y escribir los últimos renglones aunque cueste despedirse que afrontar el peligro de que la obra quede inacabada por la mano criminal de una Policía que no entiende y no respeta la importancia de la cultura y la literatura en una sociedad avanzada como la nuestra. Es hora, pues, de concluir.

Y como toda gran obra literaria, esta debe tener también un final a la altura de la calidad mostrada a lo largo de todas sus líneas. Será el capítulo más sentido, personal y conmovedor de los narrados hasta ahora, será el punto final que otorgue sentido y fundamento al libro. Será un adiós sincero, honesto y agradecido.

No puedo terminar *Infidelis* sin agradecer de corazón a los millones de lectores que han hecho realidad el sueño de mi vida: convertirme en un escritor universal y eterno.

Desde la eternidad, sencillamente, gracias.

## 13

—No puedes esconderte cuando tu cara está en todas partes.

El monte Urgull es uno de los tres que rodea San Sebastián y sobre él se alza la estatua del Sagrado Corazón de Jesús, que bendice la ciudad con su presencia imponente. En su ladera se sitúan varios miradores, que, al abrigo de sus muretes de piedra, permiten una vista única de la bahía. Lugares concurridos durante el día y en cálidas noches de verano, pero que cuando arrecia el frío y la noche se cierra quedan vacíos, para deleite de alguna pareja en busca de confidencias.

La pareja que permanece sentada en un banco, en completo silencio, no busca confidencias, sino un lugar donde refugiarse del dolor y los demonios. Bruno e Igor comen con desgana una *pizza* que se les ha quedado fría mientras contemplan sin apreciar el paisaje que se abre ante ellos: a su derecha un mar oscuro e inerte, a su izquierda las luces tintineantes que emergen desde la costa.

–Pues lo ha hecho –contesta Igor, engullendo un trozo de *pizza*.

Hartos de la comisaría y sin ánimo de marcharse a casa, han decidido improvisar una reunión de equipo en ese lugar, lejos de todo. Xabier y Sara están a punto de llegar.

–Lleva escondiéndose quince días –continúa Igor–, descojonándose de nosotros. ¡Joder, si llegó a viajar a Madrid en plena cacería! ¿Dónde nos deja eso?

–Pues con la única conclusión posible: el tío es más listo que nosotros. Y lo peor es que tengo serias dudas de que podamos atraparle. Ya has visto el blog. Un último capítulo y mucho me temo que desaparecerá para siempre.

–Con ochenta millones de euros creo que puede permitirse un buen refugio en algún país sin acuerdo de extradición. Se pasará lo que le queda de vida tostándose al sol y hartándose de daiquiris y señoritas. –Bebe un trago de su Coca-Cola y contempla el infinito con la mirada perdida–. Pobre Adriana, pobrecilla, joder..., aún no puedo creerlo.

Bruno le da una palmada en la rodilla, incapaz de expresar nada que pueda aliviar la tragedia. Hace solo unas horas han asesinado a una compañera, no hay palabras para tratar de interiorizar los sentimientos que se agolpan ante algo así.

Sara y Xabier acaban de dejar el coche y suben lentamente la cuesta que lleva hasta el mirador.

–¿Se puede saber qué hacemos aquí? –pregunta Sara–. Sabéis que hay sitios bastante mejores para pasar un duelo, ¿verdad?

–Al contrario –responde Igor–. Este sitio le encantaba a Adriana, veníamos alguna vez cuando se nos hacía tarde. Pasábamos por la L'Vecchia y subíamos. Decía que allí tenían las mejores *pizzas* de la ciudad... y ya sabéis que se las daba de italiana.

Los tres sonrían ante el comentario, pero un instante después la pena vuelve a embargar el ambiente.

—¿Alguna novedad? —pregunta Bruno mientras les tiende un trozo de *pizza* a cada uno.

—De momento poca cosa —responde Sara—. Hemos estado reunidos con tu gente para la puesta en común. Seguimos analizando las cámaras de seguridad de la ciudad para intentar seguir el rastro de Arbea después de matar a Adriana. Ha abandonado la moto a cuatro manzanas del crimen y a partir de ahí no conseguimos seguirle el rastro.

—También hemos estado con Fran. —La voz de Xabier suena extrañamente pausada, Igor piensa que está bebido—. Está centrado en intentar desenterrar las gestiones y los contactos digitales de Arbea para ponerse en contacto con todos los *hackers* con los que ha tenido relación, incluyendo los profesores de los cursos a los que ha asistido en los últimos años.

—¿Qué tipo de cursos? —pregunta Igor.

—Todos *online* —sigue Sara—, como puedes esperar, muchos de programación, otros de seguridad informática. La cuestión es que no avanza. Quiere encontrar a alguien que le pudiera aconsejar o prestar ayuda para montar la plataforma y así intentar acceder a él. Pero, vaya, por ahora nada.

Bruno se limpia las manos y se levanta para estirar las piernas.

—Me han llamado de la Brigada Central de Investigación Tecnológica para decirme que los fallos que estaba dando la página se han debido de resolver. Los pequeños bloqueos que sufría han dejado de producirse esta mañana. Supongo que el hijo de puta habrá conseguido arreglarlo.

—Y eso es lo que os quería contar —responde Sara—. ¿Os acordáis de Daniel Mendoza, el *hacker* que fue cliente de Oier Goytisoló? Ha desaparecido.

—¿Cómo? —pregunta Bruno.

—Hemos entrado en su piso y no hay rastro de él. Se marchó ayer por la noche. Pagó a su casero e incluso le adelantó un año de penalización por haberse ido antes de acabar su contrato.

—Qué generoso —señala Igor.

–Y eso es lo extraño. El casero nos dijo que jamás pagaba puntual –sigue Sara–. Tenemos gestionada la orden de busca y captura, y se ha intensificado el seguimiento del abogado.

–Cuéntanos cualquier novedad –dice Bruno–, esto no me gusta nada. Hablaré con mi gente para ver si tienen algo de este hombre.

–¿Por lo demás? –Igor empieza a estar cansado y duda si irse a casa a dormir o perderse en algún bar de mala muerte, pero en todo caso está harto de trabajar y quiere terminar con la conversación.

–Tal y como pediste –Xabier le señala–, hemos investigado el entorno de Adriana como si fuera una desconocida para nosotros. El registro de su casa no arroja ninguna luz y, en cuanto a la coartada de Mario, no hay duda. Tenemos su fichaje y las grabaciones de seguridad tanto de recepción del edificio como de la propia oficina, entrando a las siete y diez de la mañana, y de allí no se movió hasta que fuisteis vosotros.

Continúa Sara:

–Sobre el capítulo, la conclusión principal es que, a diferencia de los otros, este está escrito con prisa. Tiene menos extensión que los demás, menos contenido personal, no hay casi referencias a su pasado común... La mayor parte de lo que se cuenta está sacado casi literalmente del archivo de su psicóloga y el resto –hace un movimiento de cabeza hacia Bruno– es obviamente inventado.

–No tuvo tiempo de hacer nada mejor –sigue Igor–. Era pura improvisación. Quería vengarse de ella por lo de los *hackers* y por pegarle un tiro, y no le quedó más remedio que sacrificar su vena literaria por matarla.

Los cuatro hablan despacio, fruto del cansancio, mientras son testigos de cómo va ralentizándose la actividad de la ciudad.

–¿Se sabe algo de Laia? –pregunta Bruno.

–Sigue igual, está en coma –afirma Sara–, aunque según los médicos se recuperará. La duda está en cómo lo hará, porque pasó mucho rato bajo el agua y no están seguros de las secuelas neuronales que pueda tener.

Igor termina la última porción de *pizza*, se limpia las manos en el pantalón y hace un esfuerzo ímprobo por ponerse en pie.

–Y de nuestros sospechosos habituales, ¿sabemos algo? No me ha parecido ver a Echeverría danzando por ahí.

–He intentado localizarle antes y no lo he conseguido –afirma Sara–. Leo Millán está en Madrid, compareciendo precisamente ante la Junta Rectora, y Goytisoló lleva al parecer todo el día encerrado en su despacho. Mañana pediré detalles más precisos de sus coartadas.

Igor opta por el segundo plan y piensa en algún *pub* en el que perderse. «A la mierda la investigación por esta noche, es hora de emborracharse por el recuerdo de Adriana». Le pediría a Xabier que le acompañara, pero no quiere cargar con él a la segunda copa. Visualiza entonces la cara de Arbea en un diario digital que abre desde el móvil.

–Tiene cara de amargado hijo de puta. –Es todo lo que puede concluir.

–Pues sí –apunta rápido Sara– y eso que de niño era bien mono.

–¿Cómo lo sabes?

–He visto una foto en un anuario del colegio. Parece mentira que alguien así, que parecía tan inocente, pueda convertirse en un monstruo.

Bruno recuerda entonces que también él le ha visto de niño, pero no en un anuario. El cansancio ralentiza sus pensamientos y le cuesta dar con la imagen donde aparecía vestido con un pantalón corto, con su madre agarrándole por detrás y una niña corriendo en un lateral. Sí, era una fotografía antigua, familiar, como sacada con una Polaroid. Comienza a recordar más detalles. Estaban frente a una casa, una especie de cabaña, había árboles detrás... De pronto da un respingo y busca en sus bolsillos. Los demás le miran extrañados mientras se desespera hasta dar con lo que busca. Es una copia de la fotografía que Adriana sacó de la casa de Arbea y que llevaba consigo cuando la mataron. Cuando la ve no tiene duda: es el mismo lugar. Años después y muy descuidada, con la vegetación a punto de engullirla, pero es la misma casa donde posaba la familia.

Y de pronto recuerda dónde la vio. Fue en el álbum de fotos que le enseñó Irene Aquerreta, la exmujer de Arbea, el día que fueron a

interrogarla. La emoción por el descubrimiento ha dado una prórroga a su cansancio. No pierde nada por comprobarlo antes de irse a casa.

## 14

Bruno e Igor aparcan frente a la puerta y los dos *ertzainas* de paisano que custodian la vivienda se acercan a ellos con la mano sobre la culata de sus armas. Se identifican.

–¿Todo bien por aquí? –pregunta Bruno, observando la calle tranquila y algo oscura.

–Sí, sí, todo tranquilo –contesta uno de ellos–. No ha salido de casa en todo el día. Su marido está en Irurzun para dejar a los niños con sus padres y está previsto que regrese en un par de horas.

–¿Ha recibido alguna vista?

–No, hoy no.

–Nosotros nos iremos enseguida. Solo queremos hacer una comprobación.

–Claro, cualquier cosa estamos en el coche.

Se despiden. Bruno e Igor acceden al porche que alberga la entrada. Hay luz en el interior de la casa. Laman a la puerta y esperan pacientemente mientras los dos reprimen sendos bostezos. En realidad, podrían haber hecho esa visita al día siguiente, no hubieran perdido nada por unas horas, pero les ha movido la necesidad de respetar una corazonada que la propia Adriana tuvo antes de morir. Vuelven a llamar, esta vez con más insistencia. Tampoco. Miran a través del cristal, no ven movimiento. Intentan abrir la puerta, pero está cerrada por dentro.

–Igual está en el cuarto de baño y no nos oye –dice Bruno, aunque no deja de parecerle raro.

Los agentes salen del coche y se acercan a ellos, extrañados de que sigan esperando. Deciden mirar en el jardín. Se separan en grupos de dos y rodean la casa. Bruno e Igor caminan en fila india por el angosto corredor que bordea la vivienda, ayudados de la

linterna del móvil para comprobar por dónde pisan. Cuando llegan al jardín posterior comprueban que la puerta trasera está abierta y ahí saltan las alarmas.

Todos, a excepción de Igor, desenfundan al unísono el arma y entran en la vivienda llamando a Irene; él, en cambio, camina despacio en sentido contrario por el jardín, iluminando con el móvil el pequeño seto que lo separa del resto de los vecinos. Sabe perfectamente que ella no está en la casa, que no tiene sentido sacar la pistola porque no hay nadie dentro de quien defenderse, no tienen ninguna duda de que se la ha llevado y que la última víctima ya tiene nombre y apellidos. Cuando llega al final del jardín, encuentra un hueco abierto en el seto, cuatro ramas apartadas por las que puede pasar una persona. Da al jardín vecino, igualmente despoblado y que rodea una casa con aspecto de estar abandonada.

Oye de fondo el revuelo habitual de llamadas y sabe que en cuestión de minutos aquello se llenará de policías. Un despliegue descomunal que, una vez más, llegará tarde. Se encienden las luces del jardín y las de toda la casa e Igor se dirige al interior.

Bruno está en el comedor revisando unas cajas y unos álbumes situados sobre la mesa, mientras los dos agentes braman por sus respectivos teléfonos.

–Enhorabuena, chicos –les dice Igor al pasar junto a ellos, con los dos pulgares levantados–, gran trabajo. Igual este año os conceden una medalla.

Le sucede un tropel de insultos que recibe con indiferencia. Se sitúa junto a Bruno, que está revisando un montón de fotografías.

–Estoy seguro de que nos la enseñó, lo recuerdo bien porque nos dijo que era una de las pocas que conservaba de él. Tiene que estar...

Coge un nuevo montón y va pasando una tras otra, dejando caer sobre la mesa las que descarta.

–¿Cómo coño se la ha podido llevar por la puerta de atrás? –pregunta Igor–. No me lo explico, nada más verle se habría puesto a gritar. Claro que estos dos mamones estaban tranquilamente sentados en su coche.

–Igual la amenazó o la drogó, vete a saber... ¡Aquí está!



Alza una fotografía y descarta el resto. Saca del bolsillo la imagen que llevaba Adriana y las coloca una junto a la otra.

–Es la misma –concluye Bruno.

Y en efecto lo es. Con treinta años de diferencia, pero es la misma casa. Antes, una cabaña en mitad de un bonito bosque, un jardín cuidado, una casa habitada, una madre que abraza a su hijo de corta edad mientras otra niña corretea alrededor; después, una casucha siniestra comida por la vegetación en mitad de un bosque sacado de una película de terror.

–Sí, sí, lo recuerdo perfectamente. Nos dijo que era la casa donde se había criado Arbea. Estas son su madre y su hermana.

Igor coge la fotografía antigua y le da la vuelta. La inscripción manuscrita les renueva el ánimo: «Landarbaso, 1988».

Los dos sacan el móvil al unísono y entran en Google para comprobar dónde está aquello. Un monte perdido al sudeste, a media hora en coche. Se miran y, sin mediar palabra, sopesan si seguir ese pálpito o esperar pacientemente a que lleguen los equipos de investigación. Se lanzan hacia la salida.

Antes de irse, Igor se despide de los dos agentes:

–Como supongo que tardaréis dos meses en descubrirlo, se la ha llevado por detrás, a través del seto. ¡Ánimo, héroes!

## 15

Bruno conduce a la máxima velocidad posible, siguiendo el navegador que los lleva por una carretera desierta y oscura. Corren todo lo que las curvas y la nula visibilidad les permiten. El GPS marca veinte minutos hasta Landarbaso.

En realidad, no saben lo que están buscando y no están seguros de que esa intuición pueda llevarlos al lugar correcto; pero les ha bastado una rápida conversación para apostar todo por la cabaña y lanzarse a la carrera. Si están equivocados, habrán perdido un tiempo precioso danzando por el bosque y las consecuencias serán

terribles, aunque, bien pensado, lo cierto es que tampoco tienen otro sitio donde buscar.

–Hay que tener fe –dice Bruno– y no perdemos nada por intentarlo. Tenemos una fotografía que el propio Arbea hizo, lo que implica que se tomó la molestia de acudir al lugar y analizarlo como posible ubicación para uno de sus crímenes. Una ubicación especial, muy personal, la casa donde vivió unos años difíciles con su madre.

–Y donde al parecer esa mujer murió. Todavía no me han confirmado los detalles, pero allí debió de ocurrir alguna tragedia. El lugar perfecto para coronar el crimen más personal de todos... Ojalá estemos en lo cierto y lleguemos a tiempo.

Igor revisa el móvil para informarse acerca de esa zona con arbolado frondoso y cuatro casas diseminadas a las que se accede por carreteras tortuosas.

–En 2013 había registrados catorce vecinos. Esto va a estar jodido.

A través de la aplicación de mapas, Igor intenta encontrar el refugio, pero necesitaría horas para ir chequeando un bosque tan espeso donde, muy de vez en cuando, se hacen visibles pequeños caseríos y construcciones.

–Es una zona extensa. No va a ser fácil. Y cuando lleguemos allí, ¿qué hacemos? –pregunta Igor–. ¿Vamos llamando uno por uno a todos los caseríos a ver si alguien la reconoce?

Bruno no había pensado más allá de llegar hasta Landarbaso; a esas alturas de la noche y con un aciago día auestas no razona con demasiada claridad. Ha llamado a la Brigada Central nada más coger el coche para informar de las novedades y les ha mandado las fotos para que las analicen. En realidad, contaba con que alguien le diera la ubicación antes de llegar, pero va pasando el tiempo y no llama nadie. Lo cual no le extraña. No tienen más que una foto de la fachada de la vivienda, imposible de encontrar desde una vista aérea. Lo de llamar casa por casa no parece muy oportuno, necesitarían a alguien de allí para ayudarlos a identificarle. Alguien como...

–Llama a la municipal –dice entonces–. ¿A quién corresponde Landarbaso?

Igor consulta en el teléfono.

–A San Sebastián, así que olvídate. Salvo... que no esté dentro de su término municipal. Espera... –vuelve a consultar–, está pegado a Rentería, y eso sí que es un municipio aparte. Llamo ahora mismo.

Busca el número en el móvil y lo marca. Cuando parece que nadie va a responder, surge una voz:

–Policía, buenas noches.

–Soy Igor Velasco, agente primero de la Ertzaintza, número de placa 3.112. Estamos en plena investigación por homicidio y necesitamos localizar una casa situada en Landarbaso.

–Eso es San Sebastián, compañero.

–Lo sé, pero la casa podría estar justo en el límite. ¿Podéis ayudarnos? Solo tenemos una fotografía y estamos perdidos.

–A estas horas y con esa explicación va a ser complicado. ¿Alguna pista más?

–Es una especie de cabaña en mitad del bosque, os puedo pasar ahora mismo las dos fotografías que tenemos. Hace años vivieron allí los señores Arbea... Creo que alguien de la oficina ha hablado con alguno de vosotros sobre el tema y ha pedido información. Al parecer debió de ocurrir algún tipo de tragedia, algo tendréis en el archivo.

–Arbea... ¿Te refieres al...?

–Sí, al famoso Julio Arbea, es la casa de su familia. Creemos que puede ser el escenario de su próximo crimen y se nos acaba el tiempo.

–Tenemos un compañero que vive muy cerca de allí. –Ha sido conocer la identidad del perseguido y su motivación ha crecido exponencialmente–. Le llamo ahora mismo. Y mándame las fotos para ponernos con ello. Te paso mi móvil.

Igor suspira aliviado, por fin alguien resolutivo. Ahora solo queda esperar que otros hagan su trabajo, esa es la parte más frustrante de ser policía.

El resto del trayecto lo hacen en silencio. Bruno piensa en las posibilidades de éxito mientras mantiene la mirada fija en la carretera; Igor solo piensa en Adriana. No puede quitársela de la cabeza. Es como si en cualquier momento fuera a llamarle, como si

estuviera sentada en el asiento de atrás, como si le esperase al día siguiente a primera hora para tomar su café habitual... Nunca en su vida había sentido una pérdida así. Solo con recordar el momento en que se asomó al coche y la vio muerta los ojos se le humedecen de unas lágrimas que saben a derrota y desolación.

El GPS está a punto de entonar su victorioso «Ha llegado al punto de destino» cuando suena el teléfono de Igor.

–Lo tenemos –anuncia nervioso el policía al otro lado de la línea–. El compañero sabe cuál es. Os espera en el aparcamiento del restaurante Susperregui, búscalo en el navegador. Él os llevará hasta la casa.

Igor se anima. Ha olfateado un rastro y esta vez no piensa perder la presa.

–Parece mentira –le dice a Bruno con su habitual vozarrón irónico–, si nuestros dos chicos del coche hubieran sido la mitad de diligentes que este fenómeno, no estaríamos así.

Bruno prefiere no decir nada para no azuzar el fuego. En los pocos días que llevan trabajando juntos ha podido valorar las virtudes de Igor, las mismas que Adriana siempre resaltaba, y que sobrepasan con creces sus defectos evidentes. Por eso, prefiere callar y evitar alimentar a la bestia.

Cuando ven a lo lejos el restaurante, perdido en mitad de la montaña, sus teléfonos suenan a la vez. Se miran un instante antes de que Igor se abalance a por el suyo.

Ya disponible el último capítulo de *Infidelis*: «Redención».

# Capítulo 6

## REDENCIÓN

*La cafetería fue el último lugar donde se vieron en libertad. Siempre recordaría la mirada desesperada de su hermana, incrédula, incapaz de comprender cómo la felicidad desbordante que habían sentido con la muerte de su padre podía diluirse de aquella forma.*

*La Fiscalía presentó pruebas concluyentes que convencieron al tribunal, al menos parcialmente. El informe de la autopsia fue revelador y el forense que realizó la declaración se mostró contundente. El cadáver recibió el disparo tumbado, a escasos centímetros de su rostro. Por la longitud del arma y de los brazos del hombre, se hacía muy forzado, cuando no imposible, que hubiera alzado el rifle y hubiera alcanzado el gatillo él mismo. De haberse querido suicidar, la opción más razonable habría sido hacerlo de pie o sentado, o bien utilizando una de las dos pistolas que tenía registradas a su nombre y que reposaban en la cómoda de su dormitorio.*

*Otro elemento determinante fue el alcohol. No había rastro de él en su organismo, algo incompatible con las botellas vacías que había en su dormitorio. En cambio, la investigación reveló presencia de restos de whisky en el inodoro de la vivienda, todo lo cual generó la sospecha de estar ante un montaje.*

*Hasta ahí, los hechos circunstanciales que hacían improbable la tesis del suicidio. Pero la acusación contra la chica se apoyó en tres pruebas que resultaron irrefutables: sus huellas dactilares en el arma del crimen; la prueba de*

*parafina, que concluyó que había disparado el rifle en las últimas horas, y el jersey con algunas salpicaduras de sangre, compatibles con la de su padre, que apareció hecho un ovillo escondido en su armario.*

*Durante el juicio, su hermano se sentó tras ella. Apenas se dirigieron la palabra. Cuando la chica subió al estrado para declarar, su abogado centró el interrogatorio no en rebatir las acusaciones, sino en describir el estado de terror en que se había convertido la vida de los hermanos, sometidos desde hacía años a un continuo maltrato físico y mental. Apareció como una chica cohibida, tímida, que contestaba con monosílabos, una niña al fin y al cabo, atormentada por sus traumas infantiles. Durante toda la declaración, ella solo tenía ojos para su hermano, una mirada cómplice, fría e impenetrable con la que se comunicaban.*

*Finalmente, el tribunal la encontró culpable del asesinato de su padre, aunque aplicó la atenuante de miedo insuperable; dieron por probados los maltratos sufridos por los chicos y la afectación que dichos años de tortura tuvieron en el fatal desenlace. Se la condenó a diez años de reclusión, con obligación de asistencia a tratamiento psiquiátrico.*

*Cuando se leyó la sentencia, la chica no expresó sorpresa alguna, ni tan siquiera se permitió una simple lágrima. Se limitó a darse la vuelta y mirar a su hermano durante una eternidad, tantos sentimientos y palabras transmitidas en silencio, uno frente al otro, en una confidencia que solo ellos compartían.*

*Terminado el juicio, el chico fue a vivir con su tía Clara y nunca más volvió a ver a su hermana.*

Si había alguien capaz de entenderlos era yo; alguien que pudiera empatizar con sus sentimientos, cargar con su tragedia, comprender el mundo que se desvanecía bajo sus pies. Capítulo tras capítulo, he acompañado a nuestros héroes en su tragedia y, junto a ellos, he revivido en mis propias carnes el desgarró, la humillación, la venganza, la negación, la ansiedad que se siente cuando se prueba el sabor amargo de la traición.

Personas como Gorka Suances, marido de Daniela Fraile, o Lorena Vázquez, esposa de Andrés Sola, son las verdaderas víctimas de unas historias de amor destruidas por el único empeño de sus parejas. Lo dieron todo por construir una felicidad compartida, un hogar estable, una vida juntos, y a cambio recibieron el más cruel de los engaños.

Yo fui también uno de ellos no hace demasiado tiempo, una víctima más de un mundo que ha perdido el valor de la fidelidad.

Mi propia aventura arrancó en la universidad, a la que acudí para escapar de un pasado complejo y forjarme una carrera de escritor. Nunca fui una persona demasiado sociable, siempre atrapado en mis historias, y las relaciones que en teoría debía hacer en el ambiente universitario se hicieron esperar. Aun así, los inicios de mis estudios fueron una época de inmensa felicidad. Escapaba de un valle de lágrimas, a cientos de kilómetros de distancia, para dedicarme por entero a las letras. No podía soñar con nada mejor.

La noticia de la muerte de alguien importante para mí estuvo a punto de cambiarlo todo. Y fue en ese preciso momento, ante el abismo de la tristeza, cuando surgió un ángel dispuesto a rescatarme.

Volví a la universidad después del entierro, al que solo asistimos el sacerdote y yo. Mi estado era deplorable y no tuve fuerzas ni para salir del coche. Allí, en la soledad del aparcamiento, rompí a llorar. No sé cuánto tiempo pasó ni cuántas lágrimas derramé, pero no podía parar. Años acumulados se escapaban por un torrente continuo bajo mis párpados, una vida marcada por una infancia y una juventud donde las risas y los buenos momentos se contaban con los dedos de una mano.

Entonces golpearon en la ventanilla y por vez primera contemplé esa mirada de color avellana, limpia, clara y honesta, que me hipnotizó por completo. Así conocí a Irene Aquerreta. Me sacó de mi colapso y me llevó a un apartado del campus para tomar un refresco sentados sobre la

hierba. Con preguntas certeras supo desentrañar mis males sin ahondar en ellos y con gran habilidad logró aliviar poco a poco la pena.

Allí, en mitad de una tragedia, nació el amor más intenso y profundo que he sentido en toda mi vida. Cuando me reconcilié con mi pasado, pensé que había sido un regalo de mi madre, allá donde estuviera, una forma de compensarme por una felicidad que no había sabido transmitirme.

En solo unos días descubrimos que estábamos mejor juntos que separados y comenzamos una relación formal. Yo apenas tenía amistades y concentraba en ella todas mis necesidades sociales. No me hacía falta nada ni nadie más. Había recuperado la felicidad perdida o, mejor dicho, la había descubierto.

Cuando terminamos nuestros estudios, nos casamos en una ceremonia sencilla, como lo éramos nosotros, sin apenas familia, de la que prácticamente carecíamos ambos. Ella comenzó a trabajar en una cafetería y yo en una revista literaria. La vida nos sonreía y nosotros a ella, en los años más bonitos que hasta entonces habíamos vivido.

Hasta que...

Su alegría habitual se había ido apagando, yo no estaba tan ciego como para no darme cuenta. Pero pensaba que era algo transitorio, que se debía a nuestra situación económica, poco boyante, una crisis pasajera que superaríamos en cuanto terminara la novela en la que estaba trabajando con ahínco. Sin saberlo, estaba muy lejos de la verdad.

Fueron los pequeños detalles los que hicieron saltar las alarmas, los mismos que llevaron a los héroes de capítulos pasados a advertir que algo no iba bien. No puedo recordar con claridad ninguno concreto, seguramente debió de ser un cúmulo de ellos, pero lo cierto es que tuvieron la suficiente magnitud como para que un buen día decidiera seguirla. Y fue entonces cuando me topé con la traición, al verlos salir del trabajo juntos, compartir coche, aparcar frente a un hostel, entrar acaramelados en la misma habitación, a través de cuya puerta pude incluso escuchar cómo consumaban con pasión el engaño.

No tuve una reacción airada ni mucho menos violenta. Cabizbajo, regresé al coche y me marché a casa. Los días siguientes me concentré en escribir, a lo que decidí dedicarme en cuerpo y alma. Era lo único que podía dar sentido a mi vida y opté por apostar todo a eso, abandonando cualquier otra actividad hasta terminar mi obra. Era una forma de afrontar la situación con Irene: si la vida que le ofrecía no era suficiente para ella, verme encumbrado como un escritor de éxito le devolvería la mirada enamorada que una vez tuvo; y si definitivamente había dejado de quererme y prefería abandonarse a los brazos de cualquier trabajador mediocre, moriría de envidia ante la vida a la que habría renunciado a mi lado.



Cuando me dijo que se marchaba de casa, no me sorprendí y la dejé hacer. Presencí con inmenso dolor cómo hacía las maletas y se despedía con frialdad. No tuvo rubor alguno en confesarme que se había enamorado de otro hombre, que los últimos meses conmigo habían sido una farsa insoportable. Quiso hacerme daño y desde luego lo consiguió. Me dejó solo, abandonado en una casa que no concebía sin ella, con unos celos que hervían en mi interior y una tristeza que me consumió por completo.

Era la tercera vez que la vida me daba la espalda y me arrojaba a mis demonios. Mi padre y mi madre fueron las dos primeras. De ninguna de las tres he llegado a reponerme.

Cuando la puerta se cerró y se marchó de casa, me asomé a la calle para verla huir. Había un coche esperándola y cuando ella entró abrazó y besó a un hombre. Parecían aliviados, felices.

En ese momento me conjuré a dedicar mi vida a la venganza. Y la mejor forma de lograrla era trabajar para lograr mi éxito literario.

## 2

Las luces azules oscilan por una carretera que serpentea en mitad de una densa arboleda. Casi no hay tráfico, algún que otro coche que se cruza en dirección contraria. Delante circula el todoterreno del policía local fuera de servicio al que siguen Bruno e Igor.

Tenían razón o, mejor dicho, la tenía Adriana. Fue ella quien dio con la fotografía, con la ubicación, le reconocen el mérito por entero. De haber sobrevivido, están convencidos de que habrían dado antes con la cabaña y el fin de la pesadilla habría estado más próximo. De haber estado viva, habrían ganado. Ahora toca ir una vez más a rebufa de Infidelis.

Si cumple su palabra y comete el crimen minutos después de publicar el capítulo, como ha hecho hasta ahora, pueden llegar antes de que ocurra. Están a kilómetro y medio del lugar y, aunque hay un tramo de carretera sin asfaltar que seguramente ralentice la marcha, pueden conseguirlo.

No pronuncian palabra, están nerviosos y concentrados ante lo que pueden encontrarse. Reciben varias llamadas que desoyen. A Bruno le persigue media Policía Nacional, mientras que a Igor le

bombardea Zubieta con su insistencia habitual. Los dos coinciden en que no es momento de hablar, sino de actuar.

Toman el desvío y abandonan el asfalto para ascender por un camino de tierra. El todoterreno avanza con más facilidad que el vehículo de Bruno, que trata de no distanciarse haciendo un notable esfuerzo. Los árboles amenazan con engullir la carretera y no se ve nada más allá de lo que iluminan las sirenas y las luces de los coches.

Parece que no llegan nunca y los dos agentes comienzan a desesperarse. Confían en que no se hayan perdido, que no haya que dar la vuelta para emprender otra ruta. Con el reloj marcando la cuenta atrás, no hay tiempo para rectificar.

–Que esté vivo, solo pido que esté vivo –murmura Igor–, para matarle con mis propias manos.

Bruno prefiere no pensar qué ocurrirá si en efecto pueden detenerle. Le preocupa el estrés de su compañero y cómo puede desbocarse en un episodio de violencia y venganza. Prefiere concentrarse en salvar a la mujer.

El todoterreno se hace a un lado bruscamente y se detiene. Los dos quedan situados al inicio de un claro en el bosque que se abre frente a ellos, enfocando con las luces lo que parece una borda perdida en el tiempo. Tiene el mismo aspecto abandonado y lúgubre de la fotografía. Un Ford Explorer de color granate está aparcado en un lateral. Una luz débil se refleja a través de una ventana.

Los agentes se apean de los vehículos y se dirigen hacia la casa, apuntando con sus armas.

### 3

Pasaron los años y con ellos las historias, que desechaba una tras otra por no tener la calidad que me exigía para triunfar. Yo era mi principal censor y no tenía reparo en destruir en unos segundos el trabajo que me había llevado meses realizar. La búsqueda de la excelencia requería sacrificios aunque fuese yo el único que los sufriera.

Y en el momento en que cundió el desánimo y flaqueó la esperanza, como ocurre siempre en toda historia que se precie, surgió la mecha que lo cambió todo. Una idea me asaltó de pronto, en mitad de la noche, y como si lo hubiera soñado se presentó ante mí el relato completo. Escribirlo era sencillo, no requería de gran destreza literaria, aunque la documentación y la preparación exigían un esfuerzo ímprobo por mi parte y una fuerte dosis de valor. Pero tenía tiempo y un firme propósito, nada podía fallar esta vez.

Dediqué casi tres años de mi vida a preparar *Infidelis*, me formé en disciplinas a las que nunca me había acercado, estudié la ciudad con un detalle que jamás me había interesado y creé a los protagonistas con verdadera devoción y cariño. Y solo cuando lo tuve todo verdaderamente preparado decidí publicarlo.

El éxito lo juzgará el lector, así como las generaciones venideras, y en el futuro se narrará la historia de un humilde escritor, obsesionado con la literatura y atormentado por las desdichas que asolaron su vida.

Arropado por millones de personas que leen lo que escribo, culminé mi propósito. Justo antes de publicar el primer capítulo, escribí un mensaje a Irene anunciando lo que estaba por llegar y asegurándole que mi promesa, una vida plena de éxito, por fin se iba a cumplir. Con cada capítulo que publicaba, con cada millón de lectores que acumulaba, me la imaginaba sentada en la cocina de su casa, leyendo, preguntándose cómo pudo renunciar a aquella vida para pasarla en compañía del insulso y anodino personaje sentado junto a su mesa. Ese reproche, ese arrepentimiento, colmaba con creces todas mis expectativas.

O casi.

Porque en realidad no era suficiente. Se acumulaban los seguidores y el éxito, y la imagen de una Irene desdichada no terminaba de saciarme. Al fin y al cabo, no la tenía delante, no podía verla, no podía agarrarla de las manos, mirarla a los ojos y decirle: «Lo conseguí, y lo he hecho por y para ti».

Surgió entonces la necesidad de un sentimiento diferente, algo nuevo en lo que no había recabado hasta la fecha, y que yo presentía que podía colmar el vacío que sentía. Era algo desconocido para mí, y esa novedad me hacía sentir vivo de nuevo. La venganza había quedado vencida, nada más tenía que reclamarle, pero en ese momento el anhelo del perdón se presentó ante mí como la única forma de recuperar el amor perdido.

Solo había una forma de perdón, solo una manera de enterrar tantos años de separación, celos y odio. Fueron los propios protagonistas de mis historias quienes me indicaron el camino. Sin que ellos lo supieran, a través de su ejemplo pude comprobar que la paz llegaba solo cuando la muerte irrumpía y se llevaba la oscuridad.

Pero en esta ocasión, a diferencia de nuestros héroes, hacía falta algo más: no bastaba con dejarla ir, tenía que ser yo quien la acompañara en ese paso a la redención.

Hace solo un par de horas me he presentado en su casa. Una simple caracterización ha permitido que me tomara por un agente de policía que llamaba a su puerta trasera y no ha tenido reparo en dejarme entrar. Cuando ha descubierto mi identidad, la sorpresa ha sido mayúscula, y con ella la felicidad.

El camino en coche ha sido como un sueño para mí. Poder disfrutar otra vez de su compañía, los dos solos, conducir libres hacia una nueva vida juntos... A pesar de los años transcurridos, hemos comprobado que la complicidad y el cariño seguían intactos, como si el portazo nunca se hubiera producido, como si fuéramos los mismos de ayer.

Cuando hemos llegado a nuestro destino creo que ha sido plenamente consciente del paso que íbamos a dar.

La casa donde me crie junto a mi madre sigue intacta, perdida en la inmensidad del bosque, oculta al mundo como lo estuvimos entonces, como lo he estado a lo largo de toda mi vida. Una casa a la que no había vuelto, pese a que en su día la propia Irene me insistió en recuperarla. Para mí solo era el escenario de una infancia desdichada, de una familia rota. Nada tenían que aportarme aquellas viejas paredes.

Hasta ahora.

La miro a los ojos y en sus lágrimas veo un arrepentimiento sincero, incluso un reflejo de admiración hacia el hombre en el que me he convertido. No puedo escucharla, pues he acallado sus palabras con una mordaza; entre los dos nunca hubo necesidad de hablar para transmitirnos lo que sentíamos y pensábamos. Ahora tampoco.

Cuando descubre las dos sogas colgadas de una viga en el salón, una junto a la otra, parece algo confusa. La miro y sé que en el fondo lo espera, lo ansía tanto como yo. Sabemos bien que no hay mejor inicio para una vida plena, una existencia sin las ataduras del pasado, sin las presiones del presente, sin los temores del futuro. Le ato las manos a la espalda para evitar el reflejo natural de agarrarse a la cuerda cuando la respiración se contraiga.

Sigue llorando de la emoción y emite sonidos ininteligibles, probablemente de agradecimiento. Se resiste a que le coloque la soga alrededor del cuello, pues con toda seguridad quiere seguir viviendo ese instante único, romántico. Cuando al fin enlazo la cuerda, la tenso despacio, permitiendo que se suba a un taburete para terminar de ajustarla. Ella mantiene el equilibrio, expectante y paciente a que yo haga lo propio. Subo al mío y me coloco la soga tensa en el cuello.

Ha llegado el momento. Los dos nos miramos fijamente. A través de sus bonitos ojos, me pide un perdón sincero y honesto por todo el daño

causado; a través de los míos, le digo que ya no hay sitio para el rencor en mi corazón.

Con cuidado de no caerme, golpeo suavemente su taburete ante los gritos de Irene, que trata de mantener el equilibrio. Logro tumbarlo y su cuerpo se precipita hacia el suelo, sin tocarlo. Trata de buscar apoyo, sus piernas se agitan desesperadas en el aire mientras su rostro enrojece. Espero pacientemente, acompañándola en aquel trance, viendo cómo su bello rostro se vuelve amoratado, y cuando por fin sus movimientos se ralentizan aparto mi banqueta para caer junto a ella.

Nos balanceamos al unísono mientras la presión en el cuello se hace insoportable. El oxígeno que no llega, los murmullos suaves de Irene, el quejido de la cuerda en tensión.

Y así, junto a aquella mujer que me ha enseñado a amar y odiar, la redención colma mi vida de una luz blanca y sanadora, de una paz como nunca he sentido.

Dejo atrás este mundo para adentrarme orgulloso en la eternidad de las letras.

## 4

Caminan a paso ligero sin quitar ojo a la casa y a las sombras que se ciernen sobre ella. Los faros de los coches proyectan sus propias siluetas contra la fachada.

El agente local decide bordear la cabaña por si hubiera una salida posterior, mientras que Bruno e Igor se acercan a la puerta principal. Se detienen antes de entrar para intentar captar algún sonido proveniente del interior. Nada.

Igor abre y entran.

Irrumpen en un estrecho y oscuro recibidor. Huele raro, como a quemado. Hay una puerta abierta a la izquierda, donde se aprecia un dormitorio sin nadie dentro, y a su derecha una puerta corredera que está cerrada. Están nerviosos, expectantes ante lo que pueda venir a continuación. Cada uno toma un pomo de la puerta y empujan con fuerza.

Aunque estaban ya prevenidos por el capítulo, albergaban la esperanza de llegar a tiempo.

Los dos cuerpos colgados de una viga se tambalean levemente. Bruno corre hacia la mujer e intenta levantarla para que la soga deje de ejercer presión sobre su cuello, pero esta se mantiene inerte, sin reacción alguna.

–Está muerta –sentencia Igor, que no puede dejar de mirar a Julio Arbea.

Bruno coloca la banqueta junto a ella y se sube para liberarla de la soga. Cuando lo consigue, la mujer cae a peso sobre el suelo. Allí comprueba que, tal y como presagiaba su rostro azulado, no tiene pulso ni vida. Blasfema con rabia, golpea el suelo y se maldice a sí mismo por no haberlo conseguido. Recuerda entonces la primera vez que habló con ella, cuando le prometió que la protegerían contra el perturbado de su exmarido. Hunde la cara entre las manos, superado por ese día infame.

Igor no puede apartar la vista de Arbea, con el rostro hinchado, los ojos saltones por la asfixia y la boca abierta en un gesto tétrico y desagradable, como si quisiera decir algo y la muerte le hubiera sorprendido en mitad de la frase. Se siente frustrado y no es tanto por la pobre mujer que yace a sus pies, no le avergüenza reconocerlo, sino por no haber tenido la oportunidad de matarle con sus propias manos. Lo habría hecho, sin ninguna duda, aunque hubiera tenido que enfrentarse a los demás, aunque hubiera acabado en la cárcel. Cualquier cosa con tal de no convivir un solo minuto en el mismo mundo que el asesino de Adriana.

Una lágrima le resbala por la mejilla y desde lo más hondo de su ser emite un grito desgarrado que encarna toda la impotencia que siente. Coge impulso y golpea con todas sus fuerzas el cadáver, que se balancea hacia atrás por el impacto. Otro golpe, seguido de otro, y otro más todavía más fuerte, hasta que Bruno irrumpe en medio y le aparta con un abrazo.

–Ese hijo de puta –llora Igor, que se deja abrazar, vencido–, ese malnacido hijo de puta mató a la pobre Adriana... Ella..., que era tan... Pobre Adriana...

Dos horas después, una treintena de policías pululan por la cabaña y los alrededores. Han instalado unos potentes focos que

rompen la noche e iluminan la zona. Agentes de la Científica están inspeccionando el Ford Explorer y el camino de acceso, donde van colocando pivotes junto a las huellas que encuentran, impresas en la gravilla. Han terminado el trabajo en la casa, donde unos agentes se disponen a retirar los cadáveres en camillas, ocultos en sendas bolsas negras.

Xabier se ha ofrecido a llevar a Igor de vuelta y hace un rato que se han marchado. Dentro de la cabaña quedan únicamente Sara, Bruno y el comisario de la Brigada Central de la Policía Nacional, a quien están reportando las últimas novedades. Zubieta llegará de un momento a otro.

–Según la estimación de los compañeros de la Científica –apunta Bruno mientras van revisando con detalle la cabaña–, la mató y se suicidó justo después de publicar el capítulo. Nunca tuvimos ninguna oportunidad de llegar a tiempo.

–¿Y todo eso? –Señala hacia una mesita en un rincón que está repleta de botes, bolsitas, jeringuillas y lo que parecen restos de drogas.

–Estamos a la espera del informe forense, pero este tío era un auténtico yonqui. Tenía los antebrazos repletos de pinchazos. Y, por cierto, se le veía una herida fea en el brazo derecho.

–¿El disparo de Adriana?

–Eso parece.

Siguen avanzando despacio por la vivienda. Se detienen en el umbral de la cocina, que emite un fuerte olor a metal quemado.

–¿A qué huele?

–Ha quemado el disco duro en el fregadero. Los restos se los han llevado a la oficina, aunque no tiene pinta de poder recuperarse nada.

–¿Y qué decíais de la página web?

Sara toma el relevo.

–A la hora exacta de la publicación del capítulo, la página ha desaparecido y se ha cambiado por esta. –Le enseña el teléfono móvil–. Solo aparece su biografía y el libro, que puede descargarse gratuitamente en su versión completa. Todo lo demás ha desaparecido.

–Ya no se puede comprar, no se registran las descargas, no hay blog... –sigue Bruno–. Suponemos que quiere hacer desaparecer cualquier rastro digital de lo ocurrido para que el público se quede solo con... su obra.

–¿Y creéis que vivía aquí?

–No lo sabemos con certeza –responde Bruno–, pero suponemos que estuvo aquí los últimos días. Hay comida en la nevera, algo de ropa, el disfraz que utilizó en el embarcadero y tenía fuera un pequeño generador con el que obtenía corriente. Hay también huellas de su coche y de su moto.

Salen y el jefe enciende un cigarrillo. La luz de los focos los deslumbra y se apartan a un lado para poder contemplar la escena. Un grupo de agentes entra en la casa con cajas de cartón para clasificar y llevarse todas las pruebas.

–Es un lugar tétrico –apunta el jefe–, el lugar ideal para una locura como esta.

Todos están de acuerdo. Incluso iluminada, la cabaña abandonada, cubierta por los árboles y asediada por los arbustos, ofrece un aspecto inquietante, el refugio perfecto para un perturbado.

–Bien, poco más podemos hacer aquí –concluye, tirando la colilla al suelo–. Esperaré vuestros informes. Y antes de irme, la gran pregunta. ¿Actuó solo?

## 5

La ceremonia llega a su fin y el coro entona sus últimos cánticos. El funeral por la subinspectora Adriana Collante abarrota la catedral del Buen Pastor de San Sebastián, donde se agolpan familiares, amigos, compañeros y autoridades que han acudido a despedirla. Las palabras pronunciadas por el alcalde de la ciudad, Ion Iraburu, elogiando su entrega y su servicio a los ciudadanos, han conmovido a los asistentes, en especial a su madre y Mario,



juntos en primera fila, ella llorando sin consuelo mientras él intenta mantener la compostura.

Antes de terminar, sube al púlpito Marina Otero para leer unas palabras. Emocionada, apenas puede contener las lágrimas cuando concluye:

–Adriana era una persona muy especial. Tenía una fuerza y una energía extraordinarias que le permitieron afrontar las situaciones difíciles con las que le tocó lidiar. En su vida personal y profesional luchó por estar siempre a la altura, por ser una buena esposa, una buena amiga, una buena compañera, una buena policía. Doy fe de lo que digo. Y lo consiguió. Cometiendo errores, como todos hacemos, pero con la grandeza de quien los asume, pide perdón y avanza con dignidad. Y el mundo necesita gente así, necesitamos muchas Adrianas, gente a quien la vida le pone a prueba y se sobrepone a las dificultades, gente que se cae en el camino y es capaz de levantarse para seguir andando, que intenta crear a su alrededor un mundo mejor en el que vivir... Gente imprescindible como ella, a la que tan injustamente nos han arrebatado. Hoy descansa en el cielo. Hoy, al fin, madre e hija descansan juntas.

Termina la ceremonia. Tras la bendición del cardenal, que lanza agua bendita sobre el ataúd, la comitiva se prepara para salir. Junto al féretro, cubierto por la bandera vasca, se colocan Igor, Xabier, Sara y Bruno. Los tres primeros ataviados con el uniforme rojo de la Ertzaintza, el último con el traje oscuro de la Policía Nacional. A la señal, agarran los pasamanos del féretro y lo elevan sobre sus hombros. Caminan despacio hacia la salida, entre el silencio y el respeto de los asistentes.

Fuera los espera una llovizna que no empequeñece el homenaje que el departamento y la propia ciudad han brindado a la subinspectora. Una imponente marea roja recorre toda la plaza, no hay un solo compañero que no haya querido estar presente en la emotiva despedida.

Ante la indicación de un miembro de protocolo, los cuatro se detienen al cruzar la puerta de la catedral y junto a ellos se sitúan la madre de Adriana, Mario y el resto de los familiares. En ese momento, los cientos de policías allí presentes se colocan en

posición de firmes y alzan las manos haciendo el saludo castrense. Junto al vehículo funerario que espera bajo la escalinata, hay un pelotón de policías ataviados con fusiles. Los apuntan al cielo y al unísono disparan las salvas de honor que dedican a la compañera caída en acto de servicio.

Concluido el homenaje, los cuatro cargan de nuevo con el féretro y con lágrimas en los ojos lo conducen hasta el vehículo. Una vez acomodado en el interior, arranca una comitiva de una docena de coches oficiales que acudirá hasta el cementerio de Igueldo, donde Adriana será enterrada junto a su padre y su hija. La escena del vehículo fúnebre atravesando la marea de policías es sobrecogedora y enmudece la plaza entera. Después, a lo largo del trayecto, ante cada patrulla de policía con la que se cruzan, sus agentes salen de los coches para cuadrarse al paso de su compañera.

El entierro se realiza ante un grupo reducido. Solo sus compañeros más cercanos y las principales autoridades policiales acompañan a los familiares en el momento más sentido y doloroso. Una cruz blanca preside un hoyo donde dos trabajadores introducen el féretro con cuidado. El sacerdote pronuncia unas palabras que nadie atiende. Una cruz más en un cementerio repleto de ellas.

Es el momento del llanto, de la emoción no contenida, de la impotencia y la tristeza.

Al terminar, los cuatro agentes acuden a dar el pésame a la madre y a Mario. Ella apenas puede pronunciar algunas palabras de agradecimiento; él está bloqueado, agarrado a la madre, con la mirada perdida en el agujero que poco a poco van colmando de tierra, incapaz de contener las lágrimas.

Los agentes emprenden en silencio el camino hacia la salida. Sara agarra del brazo a Igor, que se muestra especialmente afectado. Xabier intenta disimular una borrachera a la que no ha podido renunciar. Bruno evita los recuerdos de su amistad pasada con Adriana, que por alguna razón se le aparecen ahora con una triste nitidez.

Justo antes de cruzar la salida, gira la cabeza de forma involuntaria, como para lanzar una última mirada a aquel lugar al

que espera no tener que volver. Y allí, agazapada en una esquina, reconoce la figura de Iban Echeverría.

## 6

Los veinte días después del suicidio de Julio Arbea han sido agotadores. Muerto el asesino, no termina el trabajo para los investigadores, que deben preparar un informe de acusación en el que se demuestre sin ningún género de dudas que fue él quien cometió los crímenes. Una labor que requiere revisar de nuevo todas las pruebas acumuladas, volver a realizar los interrogatorios, analizar las horas de grabaciones, visitar las escenas de los crímenes, recabar los informes forenses... En definitiva, orquestar una acusación como si fuera a presentarse ante un tribunal, aunque el acusado se encuentre bajo tierra.

Terminado el informe, se presenta ante la Fiscalía para que emita su dictamen, que será remitido a la jueza de instrucción para su decisión final. El criterio que emita la Fiscalía puede suponer dar por cerrado el caso o reabrir líneas de investigación que han quedado inconclusas.

Con la finalidad de revisar el informe y aclarar algunas dudas, los han convocado a todos a una reunión en el Palacio de Justicia de San Sebastián. Una sala acoge una mesa en forma de U con diversos micrófonos para la treintena de convocados, que comienzan a desplegar sus expedientes y ordenadores.

Bruno ocupa su puesto junto a varios agentes de la Policía Nacional, mientras que Igor, Sara y Xabier hacen lo propio bajo el auspicio de Iker Zubieta y un buen número de autoridades de la Ertzaintza. Preside la reunión la fiscal jefe, Olivia Rojo, acompañada de un séquito de funcionarios y colaboradores.

La propia Rojo toma la palabra:

—Como ustedes sabrán, esta sesión está siendo grabada y todo lo que se exponga hoy aquí podrá ser utilizado en un procedimiento posterior, a discreción y criterio de esta Fiscalía. Bien, el motivo de

esta reunión es exponer algunas dudas en relación con los informes que tanto la Policía Nacional como la Ertzaintza han realizado del caso denominado *Infidelis*. Tenemos una serie de cuestiones que nos gustaría plantear antes de tomar una decisión definitiva. Si les parece, nosotros hacemos las preguntas sin destinatario y cualquiera de ustedes contesta. Para que conste su identidad, les ruego que se identifiquen antes de hablar.

Todos asienten con la cabeza.

–La primera cuestión es quizá la más relevante y, aunque el informe es concluyente al respecto, queremos oírlo en boca de ustedes. ¿Pudo Julio Arbea realizar él solo y sin ayuda de terceros todos y cada uno de los actos tendentes a la preparación, organización y comisión de los asesinatos?

Ante la ausencia de Adriana, Bruno es el encargado formal de defender el informe y ajusta la altura del micrófono que tiene frente a él. Le corresponde responder a esta primera pregunta.

–Buenos días. Bruno Vega, inspector de la Brigada Central de Delitos contra las Personas de la Policía Nacional, encargado del caso. A nuestro entender, no hay una sola actuación realizada para llevar a cabo los asesinatos que no pudiera ser ejecutada por el acusado, Julio Arbea. Todo, tanto la propia ejecución de los crímenes como lo que rodea a estos, así como la recaudación económica de los capítulos o la creación de la web de *Infidelis*.

–Pero el hecho de que él los haya podido realizar no quiere decir que haya tenido que ser necesariamente quien los ha realizado –rebate Rojo.

–Correcto. Sin embargo, hemos probado que la mayor parte de ellos fueron realizados por el señor Arbea, sin que pudiera haberlo hecho ninguna otra persona.

–Deme un ejemplo.

–Las cámaras de grabación le han captado en varios momentos: deambulando por el hotel Iturmendi meses antes de cometerse el asesinato de Daniela Fraile, adquiriendo la tarjeta regalo en un establecimiento de Decathlon que se utilizó después para la compra *online* del arpón, conduciendo el coche hasta el aparcamiento de la Universidad Complutense, justo antes del asesinato de Laura

Bayona, así como su posterior vuelta a San Sebastián. Fue él quien estuvo presente en aquellas grabaciones, como también en la registrada con su moto en los alrededores del puerto de Pasajes.

–Ahí aparece o bien disfrazado, o bien con un casco.

–En la moto que él compró, tal y como ha testificado el propio vendedor, y cuyas huellas aparecen también en la cabaña. Y, hablando de huellas, debo también recordar que las huellas dactilares encontradas son un factor determinante. La primera que hallamos, parcial, está en el sobre que dejó a la señorita Bayona para quedar con ella y asesinarla. Coinciden. Pero también están presentes en el apartamento número 605 del edificio Nervión, donde fueron secuestradas las señoras Laia García y Ane Estévez. Además, claro está, de su propia vivienda y la cabaña donde se suicidó. En ambos casos no se han encontrado otras huellas que no sean las suyas.

–Sin olvidar –interrumpe Xabier–, oh, perdón, soy Xabier Peña, cabo de la División de Investigación Criminal de la Ertzaintza. Sin olvidar la huella de la suela del zapato encontrada en Madrid, que se corresponde con el mismo calzado que llevaba el señor Arbea en el momento de suicidarse.

Bruno le hace un gesto de afirmación al otro lado de la mesa.

–Entendido. –La fiscal revisa sus notas, sopesando la siguiente pregunta–. Otro aspecto llamativo para esta Fiscalía es el conocimiento informático que tenía el señor Arbea, más propio de un ingeniero o de un *hacker* que de un filólogo. La pregunta que nos hacemos es si es posible que un lego en la materia pueda adquirir en poco tiempo los conocimientos suficientes como para diseñar una plataforma como *Infidelis*. En este sentido, debo recordar que nadie, ni la Ertzaintza, ni la Policía Nacional, ni la Guardia Civil, ni siquiera el CNI, fueron capaces de bloquearla.

Un agente nacional especializado en tecnología enciende su micrófono para contestar, pero es otra voz la que llena la sala.

–Fran Lezaun, jefe de la Unidad Tecnológica de la Ertzaintza. Es imposible que una persona sola pueda desarrollar esta plataforma. – Sus palabras causan un revuelo inmediato en la sala, se toma unos instantes hasta acaparar la máxima atención–. Pero es que Julio

Arbea no lo hizo solo. Hay que tener en cuenta que existe toda una comunidad de *hackers* que se apoyan entre ellos, que comparten foros, tutoriales, que incluso corrigen o directamente transcriben el código fuente que a uno se le resiste. Es como una gran fraternidad, pero de completos desconocidos. Arbea tuvo la habilidad de adentrarse en ella y las carencias que tenía las fue supliendo con dicha compañía. Si acuden al anexo quinto del informe –ruido de hojas al pasar–, verán transcritos los distintos foros en los que Arbea, con sus correspondientes alias, solicita ayuda para poder entrar en las cuentas de un banco, o gestionar la secuenciación automática de dominios, o, lo más importante, localizar servidores espejo que dificulten la localización del principal...

–Servidor que todavía no han conseguido localizar –afirma la fiscal.

–Se ha conseguido –interviene esta vez el homónimo de la Policía Nacional–, pero está ubicado en una especie de paraíso tecnológico, las Islas Cocos, donde no es posible conocer la identidad del propietario ni desde luego bloquearle. Pero, como dice mi compañero, la complejidad técnica de la plataforma es fruto de un buen número de especialistas que han colaborado en su desarrollo sin saberlo. Gente que desconocía con qué finalidad se pedía su ayuda y que han sido determinantes.

–Aunque es obvio que debían de saber que no tenía una finalidad legal.

El agente sonríe.

–Todo se desarrolla en la web oscura, señora Rojo, allí no hay nada legal.

–De acuerdo... Bien, pasemos al siguiente aspecto. Tanto en su casa como en la cabaña de su madre, Julio Arbea estaba en posesión de un número significativo de drogas. Desde sedantes, tranquilizantes, hipnóticos, pasando por ansiolíticos o antidepresivos, hasta marihuana o cocaína. No se ha podido determinar la procedencia de estas sustancias, ¿es así?

–Hasta el momento no hemos encontrado el origen de la compra –interviene Bruno–, suponemos que obtuvo todo eso por Internet o quizá contara con algún camello que se lo suministrara. Se han

movilizado recursos por parte de todos los cuerpos de seguridad para intentar localizar al posible vendedor, pero por ahora no ha dado resultado. Es uno de los puntos que quedan abiertos.

Rojo toma nota bajo la mirada de todos los concurrentes.

–Lo que más nos inquieta en este asunto, y nos gustaría contar con la opinión del médico forense, doctor Royo, es si una persona, a la vista del análisis toxicológico realizado en la autopsia y con el nivel de fármacos y drogas encontrado en su organismo, es capaz de tener las aptitudes físicas y mentales óptimas para poder hacer lo que hizo.

Se arrima a la mesa un hombre mayor, con el pelo cano y unas enormes gafas de pasta. Se toma unos instantes para contestar mientras revisa las notas de su propio informe.

–Doctor José Luis Royo, del Instituto Vasco de Medicina Legal. Como bien indica, el informe toxicológico recoge la presencia en su organismo de unos elevados niveles farmacológicos y es normal que pueda tener la duda que nos plantea. Sin ánimo de ser exhaustivo, pues para ello me remito a los informes entregados, sí quisiera aclarar mi opinión al respecto. –Da un par de sorbos de un vaso de agua antes de continuar–. Pues bien, se realizaron las pertinentes pruebas en saliva, sangre y cabello, y el resultado fue cuando menos impactante. La analítica realizada al señor Arbea reveló la presencia de trazas de benzodiacepinas en su sistema, lo que sugiere un consumo reciente de medicamentos sedantes. Las benzodiacepinas son fármacos utilizados comúnmente para tratar trastornos de ansiedad y tienen efectos sedantes y relajantes. Encontramos también la presencia de antipsicóticos en su cuerpo. La interacción de ambos medicamentos y en los porcentajes hallados generaría sin duda un fuerte efecto calmante. Al mismo tiempo, y de forma algo contradictoria, o quizá precisamente para combatir una excesiva sedación, hallamos trazas de benzoilecgonina, el metabolito que deja la cocaína a su paso por el cuerpo, así como tetrahidrocannabinol, principio activo del cannabis. La disección y el análisis del hígado y los riñones mostraron signos relevantes de intoxicación, lo que nos lleva a concluir que el señor Arbea llevaba mucho tiempo sometido al consumo de tóxicos.

–Todo esto lo vemos en el informe, doctor –plantea Rojo–, pero lo que nos gustaría saber es si una persona con semejante medicación en el cuerpo estaría en condiciones de actuar como supuestamente lo hizo Arbea.

Nuevo trago de agua y unos segundos de reflexión, como si estuviera solo en la sala y quisiera ordenar sus ideas.

–Desde un punto de vista neurotoxicológico, sin duda la combinación de tales sustancias alteraría de forma grave sus hábitos conductuales, acrecentando las fases maniacodepresivas que seguramente padecería e intensificando sus ataques violentos. Pero no creo que mermaran su capacidad de raciocinio como para hacer inviable la ejecución de los crímenes –dice, buscando las palabras correctas al comprobar que el auditorio no le quita el ojo de encima, pendiente de su conclusión–. Para que nos entendamos, los ansiolíticos y los sedantes le permitían calmar la ansiedad y controlar los nervios, la cocaína le generaba la descarga de adrenalina necesaria para poder cometer el asesinato, mientras que la marihuana, por último, le reportaba una sensación de paz una vez cometidos, acallando los posibles remordimientos. Si piden mi opinión, creo que ese hombre se sometió al tratamiento toxicológico idóneo y necesario para poder realizar una correcta ejecución de su plan.

Algunos de los concurrentes respiran aliviados. Había habido cierto debate en el seno de Medicina Legal respecto a esta circunstancia, toda vez que la cantidad de residuos farmacológicos encontrados en la casa sugerían un consumo muy intenso durante un periodo prolongado. Algún especialista defendió entonces que era imposible determinar su grado de lucidez mental en caso de haber ingerido todo eso en un tiempo limitado. Finalmente, tras días de estudio, prevaleció la conclusión que acababa de escuchar la Fiscalía.

–Una última pregunta, doctor. La herida que el señor Arbea presentaba en el brazo derecho, ¿era compatible con la herida de bala que le provocó el disparo de la subinspectora Collante?

–Sí, así es. Se trata de una lesión superficial que hubiera requerido algún punto de sutura. Tanto la trayectoria que dibuja la



herida como el estado de la cicatrización son plenamente compatibles con el roce de una bala disparada a dos pisos de distancia en el día señalado, tal y como describió Adriana..., la subinspectora Collante.

Se hace un silencio denso en la sala mientras se asimila la respuesta del doctor y Olivia Rojo conversa con un miembro de su equipo, alejados de los micrófonos. Los dos cierran el ordenador y recogen el expediente abierto, con los papeles desperdigados sobre la mesa.

La fiscal se apoya con los brazos cruzados y se inclina sobre el micrófono. Contempla fijamente a los asistentes.

–Bien, a la vista de las cuestiones que se han planteado y despejadas las dudas que podíamos albergar, por parte de la Fiscalía se da por concluido el caso. De las pruebas recabadas resulta acreditado que Julio Arbea ideó, planificó, organizó y ejecutó los crímenes del caso conocido como *Infidelis*, así como el desarrollo tecnológico que le permitía la publicación y venta de los capítulos. Una acusación fuera de toda duda razonable que, ante la muerte del propio acusado, no deja otro remedio que dar el caso por cerrado. Procederemos a ultimar el informe y presentarlo ante la jueza de instrucción para someterlo a su decisión definitiva. Desde esta Fiscalía queremos aprovechar la oportunidad para agradecerles el trabajo ímprobo que han realizado y, asimismo, transmitir nuestras más sinceras condolencias a la Ertzaintza por la pérdida de la subinspectora Adriana Collante. Muchas gracias a todos.

## 7

Es domingo y la comisaría está desierta. Igor se ha ofrecido a dejar despejada la sala de reuniones para que pueda ser utilizada al día siguiente por otro equipo, y allí lleva encerrado buena parte de la mañana. Está sentado frente a la pared donde se despliegan las fotografías y las anotaciones que han ido realizando a lo largo de la investigación. Sabe que debe guardarlo todo en las cajas que

reposan sobre la mesa, sellarlas y mandarlas al archivo, pero le está costando avanzar.

Recoger aquella habitación y cerrar la puerta será el último adiós que le brinde a Adriana y no le resulta fácil hacerlo. Aún puede sentir su presencia en ese mismo lugar, intensa, vitalista, despierta, entregada. Se recuesta en la silla y piensa que ya no habrá más paredes como esa en su compañía, no volverá a compartir con ella horas perdidas buscando pistas que se resisten o a sentir las emociones disparadas cuando por fin descubrían algo... La echa de menos y solo hace unos días que se ha ido.

Y, para colmo, ni tan siquiera pudo disfrutar del consuelo de la venganza. El maldito Arbea tuvo que suicidarse minutos antes de que cruzaran la puerta. Si hubiera podido salvarle, jura por su vida que le habría matado después...

Observa el rostro de las víctimas, que destacan sobre el resto de las imágenes de testigos y pruebas que han ido pegando a su lado y siente que le miran con reproche. La bella Daniela Fraile, el triunfador Andrés Sola, la jovencísima Laura Bayona, la modelo Laia García, la desgraciada Irene Aquerreta y, algo más alejada, la fotografía oficial de Adriana, radiante con gorra y uniforme. Se consuela pensando que al menos Laia no ha llegado a engrosar el listado de víctimas, que lograron salvar aunque fuera a una. La última vez que supo de ella seguía en coma y en estado grave, se promete a sí mismo llamar para comprobar su evolución.

La puerta se abre y aparece Bruno. Igor le saluda sin moverse de la silla, algo molesto por la interrupción de su particular homenaje a su compañera. Trae dos cafés y una caja de donuts. Se sienta junto a él.

—He pensado que necesitarías ayuda con todo esto.

Lo del desayuno es un detalle, reconoce Igor, y cede un poco en su brusquedad. Tanta tragedia le ha despertado el apetito.

—Hace cinco años perdí a un compañero —dice Bruno. Igor tuerce el gesto, no está para batallitas—. Investigábamos a un depredador sexual que había violado a varias adolescentes en distintas comunidades. Llegamos a su casa en Valencia, llamamos al timbre,

esperamos al otro lado a que nos abriera y en lugar de eso acribilló la puerta. A mí me hirieron en la pierna y a él le volaron la cabeza.

–Por favor, no empieces con el rollo de sé lo que se siente...

–Sé lo que se siente y precisamente por eso no voy a decirte nada. No hay consuelo, así de simple. Vas a tener que emborracharte varias veces, encabronarte con la vida, descargar tu ira con algún delincuente de poca monta y así, muy lentamente, irás superándolo. No hay otra salida.

«Respuesta correcta», piensa Igor mientras coge un donut y lo devora.

–Era una gran mujer –sigue Bruno–. En mi caso, una de esas personas que pasan por tu vida durante un corto pero intenso periodo de tiempo, de las que dejan un recuerdo imborrable.

–No me queda claro si entre vosotros hubo algo o no.

Bruno sonríe, se levanta y acude a la sección destinada a Adriana. Junto a ella aparecen las fotografías de Mario, del vecino Íñigo Huerta, de la psicóloga Marina Otero y una serie de pruebas de la escena del crimen que cuesta mirar. Comienza a despegarlas una a una, dejando al inicio la imagen de la inspectora vestida de uniforme.

–No tuvimos tiempo. Tonteamos durante todo el máster, pasamos un año increíble y para cuando quisimos darnos cuenta cada uno volaba por su lado. Estos días pensaba qué habría sido de nosotros si nos hubiéramos dado una oportunidad, dónde estaríamos ahora...

Igor se levanta también, es hora de recoger. Empieza por la sección de Daniela Fraile.

–Seguramente ella estaría en el mismo lugar –responde Igor–. Nació para este trabajo, lo amaba por encima de todo.

Ya en silencio, guardan las fotografías, cada uno centrado en sus propios recuerdos. Igor despega una imagen y se queda mirándola pensativo. Se la muestra a Bruno.

–Nuestra joven promesa del periodismo, Iban Echeverría, un personaje que me da verdadero asco.

–Lo comparto –responde Bruno–. Y tiene un papel en todo esto que no me convence. Igual es porque Sara nos ha metido la sospecha en la cabeza.

–Lo investigó a fondo y, aunque está limpio, toda esa comunicación con Arbea apesta. Descubre casualmente el *email* en la bandeja de *spam* con el anuncio del primer crimen, le da la ubicación aproximada del segundo asesinato, le concede una entrevista...

–Y luego está la conexión con el amante de Daniela Fraile, Goyo Irastorza, casualmente propietario de un fondo de inversión tecnológico. Muchas casualidades.

–Pero tiene coartada para todo, como este otro –alza la fotografía del abogado Oier Goytisolo–, defensor de las causas perdidas. Aparece justo para proteger el bien máspreciado de Arbea, las compras de capítulos. Otro que mantuvo comunicación con él y que no hay forma de que nos aporte una coartada decente que no sea haber estado con clientes, cuya identidad, por supuesto, se niega a revelar.

–Sin olvidar a su cliente estrella, Daniel Mendoza, el *hacker* que en mitad de la investigación desaparece de la noche a la mañana sin dejar rastro.

–Abonando religiosamente todas sus deudas.

Ahora es Bruno quien muestra una fotografía, esta vez de Marina Otero.

–Casa en Landarbaso, a cinco minutos de la de Arbea. Conocía mejor que nadie todos los secretos de Adriana y para colmo duerme cada noche con un ingeniero informático. ¿Sabías que su marido trabaja en IBM?

Van metiendo las fotografías en las cajas. Antes de enviarlas al fondo, Igor se detiene y contempla las imágenes del profesor Leo Millán, del psicólogo Miguel de la Torre y de Goyo Irastorza. Observa después las parejas de las víctimas, sometidas a exhaustas investigaciones que no arrojaron nada relevante.

–Todos tienen coartadas debidamente acreditadas –sigue Igor– y ninguno tiene un móvil digno como para hacer algo así. Más allá del dinero, claro.

–Y ni siquiera eso. Antes de morir, Arbea repartió dinero a un listado de asociaciones que le había proporcionado su abogado. No se ha rastreado todo, pero hay reportados hasta ahora veinte

millones de euros repartidos en diferentes entidades, tanto nacionales como extranjeras. Todas dedicadas a la investigación de enfermedades mentales e historias así.

–No esperaba menos de ese puto chiflado. –La fotografía de Arbea colgado de la soga es la última en entrar en la caja. Luego las cierran y las precintan–. Caso cerrado, amigo. Hora de seguir tu consejo y emborracharme.

# Capítulo 7

## DUELO

### 1

#### **Dos meses después**

Igor entra en su casa. Está cansado y es tarde. Durante las primeras semanas después del cierre del caso *Infidelis* le dieron cierta tregua en el trabajo y le encomendaron algunos informes y papeleo que podía hacer en modo más o menos automático. Pero la oficina no tardó en ahogarle y se plantó ante Zubieta para pedirle una investigación de verdad.

Lleva tres días buscando a una adolescente desaparecida que al parecer se ha fugado con su novio, pero de momento no hay rastro. Huele a tragedia, sí, pero al menos le permite tener la mente activa y salir del pozo en el que se había hundido.

Y el pozo lo tiene justo enfrente, sobre la mesa del comedor, donde se desparrama el expediente completo de *Infidelis*. Informes, fotografías, anotaciones, grabaciones con los interrogatorios... Tiene copia de todas las pruebas que permitieron formalizar la acusación contra Julio Arbea. Las ha revisado una y otra vez, durante horas, con una obsesión enfermiza por rastrear todo aquello y acallar esa voz interior que por alguna razón le invita a seguir buscando. Quizá solo sea por no olvidar a Adriana, para mantener vivo su recuerdo.

Se sirve un vaso de leche. Hoy no tiene fuerzas de seguir investigando y se dispone a acostarse.

Antes de apagar la luz del comedor le echa un vistazo a un mapa de Landarbaso. Un círculo rojo bordea una pequeña construcción, con la anotación «Arbea» a un lado. Cerca de allí, a pocos centímetros en el trazado de la hoja, otro círculo rojo junto al que aparece la inscripción: «Caserío de Marina Otero».

Habló con ella al respecto. La psicóloga le confirmó que era el domicilio familiar, que lo había heredado al morir sus padres y que fue allí donde se crio. Y lo hizo los mismos años en que Julio Arbea vivía su tortuosa infancia. Otero fue tajante entonces al negar que se conocieran. A pesar de la corta distancia, no era una zona vecinal, las casas estaban enclavadas en mitad del bosque y nunca coincidió con él. Ahora pensaba venderla y mientras tanto la usaba de refugio de fin de semana.

Una curiosa coincidencia.

Apaga la luz y se va a la cama.

## 2

### Tres meses después

Fran sigue inmerso en la actividad frenética de su trabajo, sumergido en las profundas aguas de Internet, allá donde nadie quiere bucear. En ese mundo de ordenadores y códigos fuente se siente cómodo, confiado, útil; es una forma diferente de ser policía, de defender a los demás. Nunca perseguirá a nadie en la calle, pistola en mano, pero sí lo hará en los recodos más oscuros de la red. Y normalmente lo encontrará.

Salvo *Infidelis*, eso sí le superó, muy a su pesar.

Cuando tiene un rato libre, suele revisar el caso y analiza una y otra vez la estructura de la plataforma, estudia qué pudo fallar, por qué no lograron derribarla mientras estuvo activa, qué tipo de defensas utilizaba y por qué nunca

llegaron a encontrar el servidor donde se instaló y desde donde se propagó. En el fondo siente admiración por ese trabajo, desde el punto de vista tecnológico, claro está, pues aborrece aquello para lo que fue creado. La sola imagen de Adriana le remueve por dentro y le martirizan los remordimientos por no haber estado a la altura. Pero la estructura técnica de la plataforma es impecable, una obra de arte.

Por eso cuando piensa en Julio Arbea tuerce el gesto. No le convence. Le resulta difícil creer que un perfil como ese, ajeno por completo a la formación informática, pudiera llegar a diseñar una herramienta tan compleja y perfecta. En la vida todo puede ocurrir, cosas más extrañas se han visto, pero que un aspirante a escritor que ha pasado más tiempo drogado que despierto sea capaz de crear algo así resulta cuando menos extraño. Sin hablar de los videojuegos. ¿De verdad Arbea se pasaba horas jugando al *Fortnite*? En fin, ya no es cosa suya, poco más puede hacer.

Aporrea el teclado intentando descifrar unos archivos encriptados que le han enviado desde arriba, acompañados de la debida autorización judicial. Lleva tres horas sin moverse de la silla y le está costando más de lo habitual.

Recibe entonces un correo electrónico. Decide leerlo para distraerse. Es la respuesta a un *email* que remitió en plena investigación de *Infidelis*.

Estimado Fran:

Disculpe la tardanza en responder, he estado varias semanas fuera del país. En efecto, tuvimos inscrito al señor Arbea en varios de nuestros programas formativos hace unos cinco años más o menos, aunque lamento informarle de que probablemente nos encontramos ante un error. Hemos comprobado las fichas escritas que guardamos en los archivos y ahí no aparece su nombre. Los profesores de los programas tampoco tienen idea de quién es y en Administración no consta ninguna factura emitida a nombre de ese alumno.

Parece que estemos ante un error informático o algo parecido, porque le puedo garantizar que el señor Arbea no participó de manera efectiva en ninguno de nuestros programas.



Siento no ser de más ayuda.

Se recuesta en la silla, pensativo. No es la primera vez que recibe un correo similar. En buena parte de los cursos informáticos en los que se había inscrito Julio Arbea no tienen la menor idea de quién es. Ni rastro. Y, si no realizó ninguna formación, ¿cómo pudo aprender a diseñar algo así? Por mucha ayuda que uno reciba de los *hackers* a través de la red oscura, es imposible construir una plataforma como esa echando mano únicamente de la colaboración externa.

Tiene que haber alguna otra explicación.

Vuelve con sus archivos encriptados.

### 3

#### **Cuatro meses después**

Igor sube las escaleras de la comisaría haciendo equilibrios con la mochila, el café y la caja de donuts que lleva para desayunar.

Se cruza con varios compañeros y solo saluda a los que le caen verdaderamente bien, que, a esas horas de la mañana, son pocos. Uno de los que no saluda se cruza con él, pasa a su lado y se detiene para recordarle algo:

–Velasco. –No hay nada que irrite más a Igor que le llamen por su apellido. De mala gana, se detiene y se da la vuelta–. Hoy me he acordado de ti. Ayer por la noche tuvimos una redada de unos narcos en un hotel. Tenían montada una fiesta de las buenas y...

–A mí qué coño me importa –corta brusco.

–Una de las fulanas que tenían contratadas tenía dos alas negras en el cuello, bajo la oreja izquierda.

Igor, ahora sí, le presta toda su atención.

–Leí el informe de *Infidelis* que hicisteis y estoy casi seguro de que buscabais a una mujer con esa descripción.

–Sí, la buscamos. ¿Está detenida?

–La tienes en el calabozo, pero date prisa porque en un rato los llevan ante el juez y supongo que a todas ellas las soltarán. Se llama Nerea.

Igor ni siquiera ha pedido permiso para interrogarla, se niega a tener que dar explicaciones y que vuelvan con la monserga de que tiene que pasar página. Pasará página cuando le dé la gana y desde luego cuando tenga la plena seguridad de que el pirado de Arbea actuaba solo.

Ha reservado una sala y ha fingido estar metido en la investigación. Ha firmado un par de papeles que le ha tendido un oficial y ahora está sentado frente a ella. Es una chica muy atractiva, morena, ojos y boca grandes, sonrisa pícara de haber vivido varias vidas. Le ha llevado un café para distender el ambiente.

–Verás, Nerea, solo quiero hablar unos minutos contigo de algo que pasó hace unos meses. No tiene nada que ver con lo de ayer y no estás metida en ningún lío. Solo necesito ayuda. Si me echas una mano, yo te podré ayudar también aquí –miente, pero capta su atención. Ella asiente con la cabeza. Igor le tiende una imagen de Andrés Sola–. ¿Te suena este hombre?

–El cocinero, sí.

–Sabemos que tuviste relaciones con él.

–Tanto como eso... Fue una noche, en realidad un par de horas, nada más.

–¿Te pagó él?

Da un sorbo de café mientras recuerda.

–No, creo que no. Contactaron conmigo a través de la página web. Querían hacerle un regalo o algo así. Tenía que ir al bar de un hotel y tratar de conquistarlo. No fue difícil, la verdad.

–¿Sabes quién te contrató? ¿Llegaste a hablar con esa persona?

–No, todo fue por correo electrónico.

Igor saca su teléfono.

–Hay un vídeo...

–Hay muchos, me temo –confiesa Nerea con cierto tono de resignación.

Igor hace caso omiso.

–En este apareces hojeando un manuscrito que él tenía en la mesilla.

Le muestra una imagen congelada con ella en la cama, pasando la primera hoja del ejemplar y mostrando a la cámara el título y las iniciales.

–¡Ah, sí, es verdad, fue con él! Eso sí que fue algo raro. Me pagaron un extra por hacer esa actuación. Primero tenía que conseguir que le entregaran el ejemplar. Se lo di al botones del hotel una hora antes de la cita y él se encargó de que se lo dieran cuando se registrara. Una vez en el cuarto, tenía que mostrar la portada en la grabación. Me las ingenié para dejarlo en la mesilla y hojearlo cuando terminamos de..., ya sabes.

–¿Quién te dio el ejemplar?

–Nadie. Me lo enviaron por correo electrónico. Tuve que imprimirlo yo.

–¿Lo leíste?

Sonríe.

–Creo que no he leído un libro en toda mi vida.

Esa noche Igor vuelve a dedicar un par de horas a la investigación. Revisa una vez más los mismos escritos, las mismas pruebas y, aunque sabe que no va a encontrar nada nuevo, no deja de intentarlo. Más ahora, cuando tiene una incógnita que planea sobre la mesa del comedor: ¿para qué demonios quería Julio Arbea que sus iniciales aparecieran en un vídeo que con toda seguridad acabaría en manos de la Policía? La única explicación posible le anima a seguir buscando, por muy tarde que sea y por muy cansado que esté.

Alguien se tomó la molestia de dar a la Policía la primera pista acerca de la identidad de Arbea. Alguien que se

mantiene oculto entre los papeles y fotografías de esa mesa.

## 4

### Cinco meses después

El caso *Infidelis* no había sido precisamente un aliciente en la carrera de Bruno Vega en la Brigada Central. El asunto se había visto como un fracaso interno y buena parte de la responsabilidad la achacaban a la colaboración que había mantenido con la Ertzaintza y a su empeño por seguir trabajando con el equipo. La corriente crítica tenía argumentos para defender que, si hubieran seguido la investigación íntegramente en la Policía Nacional, con sus propios métodos y equipo, con toda seguridad habrían logrado otro resultado.

Las promesas de ascenso que planeaban sobre Bruno quedaron relegadas y, por la escasa relevancia de los casos que le asignaban, comprendió que debía pasar con discreción su particular peregrinar por el desierto.

Acaba de esposar a un ciberdelincuente a quien lleva persiguiendo desde hace meses. Había acumulado unos cuantos millones estafando a pobres incautos a través de Internet y por fin han logrado localizarle. Están en un piso a las afueras de la ciudad. Bruno está leyéndole sus derechos de forma automática, sin prestar atención a sus palabras, y mucho menos a los lamentos continuos del detenido, pero cuando le fija las esposas en las muñecas aprecia una pequeña herida en el antebrazo derecho. Un raspón, nada relevante. Sin embargo, esa imagen le conduce de forma inconsciente a un caso distinto, a uno que nunca podrá olvidar.

Y es en ese instante cuando se genera la duda. No está del todo seguro y por más que intenta recordar no consigue disipar la incógnita. En cuanto tenga ocasión lo comprobará.

Lo hace dos horas después mientras disfruta de sus diez minutos de descanso para engullir una ensalada frente al ordenador. Accede al expediente de Infidelis, que está digitalizado en el sistema, y entra en el informe forense de Julio Arbea. Avanza hacia la parte que le interesa, la herida de bala infligida por Adriana. Y allí está, una incisión superficial, compatible con la producida por el roce de una bala, misma trayectoria que la producida por el disparo... en el antebrazo derecho.

Se recuesta en el sillón y reflexiona. Lo recuerda bien. La escalera del piso tenía un hueco amplio por donde disparó Adriana al verle descender. La barandilla estaba situada en el lado izquierdo de la bajada. Por tanto, si Arbea corría escaleras abajo lo hacía con el brazo izquierdo expuesto en la barandilla y el derecho en el interior.

Con dos pisos de distancia y en el ángulo casi vertical que lo recibió, es del todo imposible que el disparo impactara en el brazo derecho y no en el izquierdo.

## **5**

### **Seis meses después**

Los personajes secundarios del caso siempre le atormentaron. Los estudió a conciencia y rebatió sus coartadas, pero no encontró una prueba incriminatoria verdaderamente concluyente contra ninguno. No al menos como para cuestionar el sinfín de evidencias que pesaban contra Arbea. Y, a pesar de ello, había algo en ellos que a Sara no le gustaba.

No ha vuelto a ver el expediente desde que se cerró el caso. No le hace falta, en realidad, pues tiene todos los detalles en la cabeza y de vez en cuando se sorprende a sí misma recordando alguna declaración, garabateando alguna ubicación o rememorando pistas inconclusas. Pero, en

general, se obliga a no dedicarle demasiado tiempo. Echa de menos a Adriana tanto como los demás y siente su pérdida con dolor, aunque está decidida a no permitir que aquella tragedia la arrastre y acabe como... A pesar de que es un hombre que normalmente la exaspera, no deja de sentir lástima por Igor, hundido desde el asesinato de su compañera. Es cierto que fue el primero en llegar y descubrir su cadáver, y es difícil evaluar el impacto que puede tener algo así en una persona. Pero en todo caso se ha convertido en alguien diferente. Su cinismo y su sentido del humor han cedido ante un carácter huraño y crispado, dañino ante cualquier provocación.

La agente está tomando un café cerca de la comisaría. Tiene una declaración en veinte minutos y aprovecha para esconderse en una cafetería y disfrutar de un rato de soledad. Entra en *Euskadi Hoy* y lee los titulares, sin detenerse en ninguno en particular. Debajo figuran los nombres de los redactores de las noticias y de forma inconsciente busca uno en particular. Durante la investigación y en las semanas posteriores, Sara siguió con interés las noticias publicadas por Iban Echeverría, sin duda el periodista que mayor seguimiento y alcance dio a la noticia. Luego, una vez que la cobertura de *Infidelis* fue disipándose, Echeverría se dedicó a otros temas de actualidad. Aun así, siempre que veía su nombre en una noticia la leía.

Sin embargo, hace varios días que no lee nada suyo y hoy tampoco ha firmado ningún titular. Entra en la página de «Equipo» y lo busca en la relación de los profesionales que trabajan en el periódico. No está. «¿Habría encontrado otro empleo? Qué raro, estaba convencida de que sus artículos sobre *Infidelis* serían merecedores de un ascenso», piensa.

Entra en las redes sociales y lo busca. No hay movimiento, ningún *post* reciente en los últimos meses.

Opta por salir de dudas. Busca el teléfono del periódico y llama.

–*Euskadi Hoy*, ¿en qué puedo ayudarle?

–Buenas tardes, necesito hablar con Iban Echeverría, por favor.

–Iban no está. ¿Quiere que le pase con otro compañero?

–¿Y sabe dónde puedo localizarle? Soy una amiga suya y no consigo encontrarle en el móvil.

–Y no creo que lo haga –dice en tono confidente–, se rumorea que se ha tomado un año sabático y se ha ido al fin del mundo para escribir un libro sobre la investigación de *Infidelis*. Pero no puedo asegurarlo, ya sabe cómo son los chismes en las oficinas.

Sara cuelga y se queda pensativa, mirando la fotografía de un Echeverría despreocupado y sonriente en Instagram.

«¿Dónde te has metido?», se pregunta.

## 6

### Ocho meses después

–¿Bruno Vega?

No le suena la voz, pero llaman al teléfono de su escritorio. Debe de ser algún compañero.

–Sí –responde con desgana mientras sigue redactando un informe que tiene que entregar.

–Soy el inspector Calleja, de la comisaría de Marbella. Te llamo porque figura tu nombre de contacto en relación con un sospechoso que estaba en busca y captura. Un tal Daniel Mendoza.

Bruno deja de teclear y se le acelera el pulso. «El *hacker* cliente de Oier Goytisolo, el abogado de *Infidelis*». No han vuelto a saber de él desde que abandonó su domicilio y huyó de la ciudad.

–¿Le habéis encontrado?

–Esta mañana. En el hotel Marbella Club.

–Lo necesito aquí lo antes posible –dice nervioso.

—Pues eso va a ser complicado, salvo que quieras que te lo lleven en una bolsa de plástico. Le han encontrado muerto, parece que de una sobredosis. Te enviaré los resultados de la autopsia en cuanto los tenga. Pero, vaya, había droga en la habitación como para abastecer a toda Marbella.

La ilusión renovada que Bruno había sentido se desvanece.

—Llevaba aquí un par de meses con una identidad falsa y se había gastado una fortuna. Más de medio millón de euros... ¿A qué se dedicaba este tío?

—Eso me gustaría saber a mí. Gracias por la información. Pásame el informe cuando lo tengas, por favor.

Se recuesta en la silla y se queda pensando, dando forma a la idea que le ronda por la cabeza. Sabe que no debe, que no tiene la menor habilitación para hacerlo, que pondrán el grito en el cielo si se enteraran o, peor aún, que podría acabar en la calle. Pero siempre fue uno de los cabos sueltos y no tiene intención de dejar ninguno, no hasta que pueda dormir tranquilo, a pierna suelta, como no consigue hacer desde que mataron a Adriana.

Llama al despacho de Oier Goytisolo y concierta una cita.

## **7**

### **Diez meses después**

Una semana sin empleo y sueldo. Ha sido un jarro de agua fría para Xabier, la primera vez en su prolífica carrera que debe pasar por una humillación así. Y eso que el comisario Zubieta ha tenido la gentileza de no hacerlo público y le ha permitido decirles a los compañeros que se coge unos días de descanso. De lo contrario, habría sido el hazmerreír del cuerpo..., si no lo es ya.

Ya no puede engañar a nadie, ni siquiera a él mismo. Tiene un problema con el alcohol y cada vez le cuesta más afrontarlo. Zubieta le ha obligado a apuntarse a uno de esos



grupos de alcohólicos anónimos donde cada uno cuenta sus penas y recibe la comprensión del resto de los borrachos. Porque eso es lo que es, lo sabe bien, un vulgar borracho. Solo así puede explicarse que ya no pueda dejar de beber ni tan siquiera en el trabajo, algo que antes era impensable. Pero después de lo de Adriana...

Está dedicando la semana libre a viajar, dejarse llevar, tratar de despejar su mente y evaporar tanto alcohol acumulado a lo largo de los años. Ha estado un par de días en Salamanca, otros dos en Valladolid y ahora disfruta de las calles de Bilbao. Camina sin rumbo, hace varios kilómetros a lo largo del día y lo cierto es que se asombra de la cantidad de lugares cuya existencia desconocía por completo. Bilbao le gusta, lo conoce bien. Estuvo destinado allí casi veinte años, aunque parece que fuera otra vida, otro mundo. Le cuesta incluso reconocer las calles que pisa, llenas de vitalidad, bullicio y turistas.

El único problema se le presenta cuando pasa frente a la puerta de un bar y siente la llamada de la barra, una fuerza que tira de él hacia dentro de forma invencible. O casi, porque lleva cinco días sin pisar uno ni beber una copa. Quién sabe, quizá por fin ha tocado fondo y ahora solo queda subir.

Se sienta a descansar en un banco de una plazoleta poco transitada a esa hora del día. No tenía intención de llegar hasta allí, lo cierto es que se la ha encontrado por casualidad mientras caminaba, o quizá haya sido su subconsciente. Pero en cuanto lo ha visto lo ha reconocido, muy a su pesar.

Frente a él se alza el edificio Nervión, cuarto capítulo de *Infidelis*, secuestro de Laia y Ane, intento de homicidio, liberación por parte de Adriana y Bruno. La inspectora disparó contra Julio Arbea, que no obstante logró desvanecerse por esas mismas calles. En cuanto a la pobre Laia, tal vez hubiera resultado mejor haber llegado algo más tarde. Le salvaron la vida, sí, pero afronta el futuro con secuelas neuronales irreversibles.

El edificio se abrió al público hace cuatro meses y sus acaudalados habitantes ya están instalados en sus pisos. Xabier se pregunta si alguien habrá comprado el número 605, escenario de la tragedia... «Desde luego yo no lo haría ni borracho». Le hace gracia su propio comentario.

Entonces, sale del portal una mujer que reconoce. Es Idoia Álvarez, asistente de Daniela Fraile y, tal y como aparece en la página web y algunos anuncios que ha visto por la ciudad, la persona que ha continuado con el negocio inmobiliario. Sale acompañada de una pareja. Hablan de forma distendida y cordial. Ella les entrega una carpeta, les da la mano y se despide. Cuando se queda sola, saca el móvil y se apoya en la pared para esperar, posiblemente a la siguiente visita.

¿Serán aquellos dos los afortunados en adquirir el maravilloso piso 605? ¿Les habrá contado que podrán disfrutar de un agradable y romántico baño donde fueron secuestradas dos mujeres y ahogada una de ellas? Como gancho comercial no tendría precio.

Xabier recuerda el expediente. Arbea había seguido a Daniela varias veces, una de ellas probablemente a aquel edificio que comercializaba. Así se le habría ocurrido la ubicación para su cuarto capítulo.

Sin embargo..., una cosa es verlo desde fuera y otra muy distinta preparar la escena del crimen. Y si algo cuidaba Arbea era precisamente el conocimiento exhaustivo y al detalle de los lugares donde iba a actuar. Xabier se acuerda de que ese apartamento era el que utilizaba la inmobiliaria como piso piloto. Sí, estaba seguro de haberlo leído en el informe. Por eso, estaba amueblado, a diferencia del resto, para que los futuros compradores pudieran hacerse una idea de sus posibilidades.

Sin pensarlo demasiado y movido por un impulso, se levanta y se dirige hacia Idoia. Cuando se acerca, ella aparta la mirada del móvil y, por su expresión, parece estar intentando ubicarle.

–Buenos días, sí, nos conocemos, soy Xabier Peña, cabo de la Ertzaintza. Nos reunimos en alguna ocasión tras el asesinato de la señora Fraile.

–Oh, sí, ahora me acuerdo... Como para no olvidarlo, en realidad. Fue algo horrible. ¿Viene a buscar piso? –pregunta sonriente, para distender el ambiente. Se muestra incómoda.

–Creo que con mi sueldo no podría comprarme ni el cuarto de la limpieza. Verá, estaba sentado allí enfrente y me ha asaltado una duda. ¿Enseñaba usted estos pisos antes de la muerte de la señora Fraile?

–Algunos sí, aunque la mayoría de las visitas las hacía Daniela directamente.

–Entiendo. ¿Y guardan algún tipo de registro de las visitas que realizaron?

–Claro, hacemos una ficha con los potenciales clientes, que nos deben firmar antes de la visita. Así cumplimos la normativa de protección de datos y justificamos a la propiedad el número de visitas realizadas.

–¿Podría darme acceso a ese listado?

–Bueno, no lo sé, supongo que sí. Debería consultarlo antes con nuestro abogado, porque entiendo que la investigación ya se cerró, ¿no es cierto?

–No del todo –miente–, es un caso cerrado, pero condicionado a la existencia de nuevas pruebas que puedan suponer su reapertura. Nuestra obligación es seguir investigando.

Ella parece dudar, aunque al final accede.

Esa noche recibe un correo electrónico de Idoia Álvarez con el listado solicitado. Son casi trescientas personas las que acudieron a visitar el edificio. Xabier suspira, incrédulo ante tanta gente rica que inunda aquella ciudad.

Hace una revisión rápida del listado para buscar a Julio Arbea y no lo encuentra. Quizá su intuición no ande muy acertada y necesite una copa. Mira despacio los nombres, pero son desconocidos, al menos para él.

Todos excepto uno.

## 8

### Doce meses después

Igor está medio tumbado en el sofá. Tiene el televisor encendido con una película a la que no presta atención, pero el sonido de fondo le hace compañía. Está revisando el ordenador, dedicando su tiempo libre a la única actividad en la que lleva un año empeñado: *Infidelis*.

Bucea entre las carpetas del expediente sin rumbo definido, abre una declaración, escucha un audio, lee por enésima vez un informe, etcétera. Abre la dedicada a las pruebas recabadas de Julio Arbea y se despliegan decenas de carpetas. Una de ellas se titula «Grabaciones». Entra para comprobar otro sinfín de vídeos que captan escenas donde aparece Arbea en diversas localizaciones. La mayoría de ellas las ha visto cientos de veces.

Casi por azar, se topa con la carpeta titulada «Ediciones Ría», la editorial a la que el asesino envió el manuscrito. Recuerda lo que contiene. Son las grabaciones de las cámaras de seguridad de la Torre Iberdrola captando los movimientos de Arbea durante varios días. Al principio se resistieron a entregarlas con la excusa de que no guardaban copias de seguridad, pero luego alguien se apiadó con la investigación y les facilitó las imágenes del último año. Así se pudo cribar en cuáles aparecía Arbea.

Lo tiene delante, un único archivo que dura treinta y cinco minutos y agrupa todo lo que hay del asesino en el edificio. Le da al botón de reproducir, amplía la imagen para que ocupe toda la pantalla y deja el portátil sobre la mesilla. Apaga la televisión, coge el sándwich que reposa junto a él y se recuesta en el sofá. El vídeo es soporífero. Arbea apareciendo en el vestíbulo, registrándose en la recepción, entrando en el ascensor y volviendo a aparecer después para marcharse. Así varios días diferentes. A veces se le ve airado, discutiendo con la recepcionista. Otro día, la escena muestra

a dos agentes de seguridad sacándole del ascensor con malos modos, ante lo que parecen gritos del escritor. Más de lo mismo la siguiente vez. Minuto treinta y uno. Casi ya no presta atención por la monotonía de las imágenes. Tiene sueño, hora de irse a la cama.

Y de pronto...

Arbea abandona por enésima vez la recepción lanzando alaridos y llamando la atención del resto de los trabajadores y las visitas que entran y salen del edificio. Parece una nueva escandalera, similar a las anteriores. Pero entonces una persona que permanece de espaldas a la imagen se le acerca, le comenta algo, hablan durante unos instantes y se dirigen después juntos a la salida. Igor no puede creerlo. Detiene la imagen, la amplía, el corazón le late desbocado, intenta reconocer esa silueta.

Cuando lo hace, necesita unos minutos para comprenderlo todo y colocar la última pieza en un puzle que se le ha resistido durante mucho tiempo.

«¿Qué coño hacía allí?». Si no fuera de noche, cogería el coche y volaría hasta Bilbao para poner el edificio patas arriba hasta averiguar la verdad. Por desgracia, tendrá que esperar a mañana.

Coge el teléfono y llama a Bruno.

# Capítulo 8

## TRAICIÓN

### 1

El hotel Santa María es conocido como uno de los más selectos y elegantes establecimientos de Panamá. Tiene pocas habitaciones, un servicio exquisito, lujosas instalaciones y unas vistas únicas al océano. Un enclave privilegiado en el que se alojan acaudaladas fortunas a su paso por el país.

A la hora convenida, Bruno entra en la recepción y camina despacio, como si fuera un huésped más, deleitándose con la belleza del lugar, acompañado por el único sonido de sus pasos sobre el suelo de mármol. Se dirige hacia el fondo de la estancia, donde una cristalera da acceso a una terraza con varias mesas desperdigadas que miran hacia el mar.

Está nervioso, nunca ha hecho algo semejante. Han sido meses de investigación y después semanas para prepararlo todo, pero sabe que cualquier detalle pasado por alto puede dar al traste con toda la operación. Y esa operación no es como las demás.

En una de las mesas más alejadas se sitúa el objetivo. Está leyendo un libro mientras disfruta de un cóctel, deleitándose con la tranquilidad y la paz propias del paraíso. Conforme se acerca, recuerda la conversación que debe mantener, la ha ensayado cientos de veces y, sin embargo, no sabe si será capaz de repetir las palabras exactas. Opta por improvisar y dejarse llevar.

El calor es sofocante bajo un sol que proyecta fuego y una humedad que pega la ropa al cuerpo. Tendría que haber

pedido un vaso de agua o al menos haber escogido otra ropa más fresca. Llega por fin. Bruno se sienta en una de las sillas de la mesa, cruza despacio las piernas y lo mira fijamente. El objetivo levanta la vista del libro y la sonrisa placentera de la que disfrutaba se congela en un gesto de estupor.

–Buenos días, Mario.

No respira ni le salen las palabras. Está petrificado, incapaz de reaccionar, escudriñando en la mirada de Bruno el motivo de su visita.

–Buenos días, Bruno –dice por fin–. No sabía que la Policía Nacional trabajara también aquí.

–Eso mismo he pensado de ti.

Cierra el libro, lo deja encima de la mesa y da un sorbo a su copa. Intenta relajar las facciones, pero no consigue borrar el rictus tenso que le agarrota los músculos.

–Dejé hace unos meses la consultoría para ponerme por mi cuenta. Tengo, sobre todo, clientes extranjeros. La verdad es que me va muy bien. Estoy aquí por trabajo, de hecho.

Bruno reprime su instinto de aplastarle la cabeza contra la mesa una y otra vez. Tiene que hacer un verdadero esfuerzo para contenerse y mantener la serenidad que han acordado.

–¿Cómo pudiste hacerlo? –pregunta por fin.

Mario suspira hondo. Poco a poco va ganando confianza en sí mismo.

–No sé de qué me hablas.

–Vamos, Mario, no perdamos el tiempo con tonterías. Los dos sabemos que fuiste tú quien planificó e ideó *Infidelis*, quien mató a todas esas personas inocentes, incluyendo a tu propia mujer.

–Si no recuerdo mal, vosotros mismos acusasteis a Julio Arbea de eso.

Un camarero aparece y le pregunta a Bruno si quiere tomar algo. Niega con la cabeza y vuelve a mirar a Mario, que comienza a mostrar cierta seguridad en sí mismo que todavía enerva más al inspector.

—Y la acusación fue correcta, aunque nos faltó la otra mitad. Mira, Mario, no vengo aquí a que te confieses ni digas nada que pueda ser utilizado en tu contra. Solo quería sentarme frente a ti, mirarte a los ojos y preguntarte cómo pudiste matar a Adriana. Hay que ser un verdadero hijo de puta para simular durante un año ser el buen marido que perdona el error de su esposa y al mismo tiempo planear su ejecución junto con seis personas más.

—Me estoy cansando de todo esto. Acusar a un viudo de haber matado a su mujer sin ninguna prueba es algo...

Hace un amago de incorporarse y estira el brazo para coger el libro. Bruno le agarra con fuerza la muñeca y la retiene bruscamente contra la mesa. Le sube el puño de la camisa de lino y deja ver un antebrazo con una cicatriz ya cerrada, pero evidente.

—Me corté con un mueble. —Mario exhibe una sonrisa cínica y se suelta con fuerza de Bruno. Su voz muestra un tono despiadado y ronco, alejado de las buenas formas que siempre ha mantenido—. Escúchame, cretino engreído, para empezar, no tienes una sola prueba de lo que estás hablando. Tengo una cicatriz en el brazo, ¿y? Tú mismo me viste cortándome con el aparador. ¿Crees que eso es suficiente para detenerme y que me condene un jurado? Y, por si no te habías dado cuenta, imbécil —alza los brazos, señalando a su alrededor—, estamos en Panamá, algo lejos de tu jurisdicción.

—Te librate una vez, pero ahora no será tan sencillo. No me mires así, ¿acaso no lo recuerdas? Vamos, Mario, haz memoria. Ha pasado mucho tiempo, pero estoy seguro de que te acuerdas muy bien. Supongo que por eso estás tan seguro de ti mismo, te crees infalible, más listo que los demás. Pero esta vez es distinto, muy distinto. Inculpar a tu pobre hermana de la muerte de tu padre fue una cosa, pero matar a seis personas y pretender salir impune es algo muy diferente.

—No sé de qué hablas. —Vuelve a adoptar un gesto serio y nervioso.



–Vamos, hombre, tu querida hermana Eva, a quien no tuviste ningún reparo en cargar con el asesinato de tu padre... ¿Acaso ya lo has olvidado? Sí, lo sé, han pasado muchos años y te ocupaste bien de que aquella parte de tu vida quedara enterrada. Y funcionó, ya lo creo. Lograste engañar hasta a la propia Adriana, la mejor policía que he conocido nunca. Pero, al final, Mario, por muchas capas de tierra que le echas encima, la verdad siempre acaba emergiendo.

–Todo esto es ridículo y...

Bruno coge la copa y da un sorbo al daiquiri. Lo saborea. En realidad ha olvidado el guion, se deja llevar, está disfrutando del momento.

–Hiciste bien en adoptar el apellido de tu tía, Clara Torres, eso sin duda ayudó. También el hecho de que padeciera alzhéimer y que el clan familiar se redujera solamente a ti. Así podías inventarte lo que quisieras, nadie podría corroborarlo, nadie sospecharía que Mario Torres era en realidad Mario Goñi, hermano de la pobre Eva Goñi. En fin...

–Ya me he cansado de tantas tonterías. No tienes ninguna prueba de todo esto y estoy deseando ver cómo convences a la Policía panameña de que detenga a un ciudadano con toda esa sarta de sandeces. Suerte, jodido imbécil.

Hace amago de levantarse, pero Bruno se incorpora antes que él. Es hora de marcharse. Coloca una mano sobre el hombro de Mario, que le mira desde abajo, esperando el desenlace.

–No te preocupes, ya me marchó. Sigue leyendo tranquilamente con esta vista maravillosa, sigue disfrutando del paisaje, de la comida, de tus daiquiris, de la libertad... De seguir vivo. Porque te equivocas en una cosa, Mario –aguarda unos segundos hasta captar toda la atención de su interlocutor–: no he venido a detenerte.

Deja la frase suspendida en el aire y se marcha bajo la atenta mirada de Mario, que le ve desaparecer tras el vestíbulo y apura la bebida mientras intenta calmar los

nervios. Las últimas palabras no le han gustado nada y siente por primera vez verdadero miedo. Mira a su alrededor, intenta descubrirle agazapado tras una columna o sentado en algún sofá de la recepción, busca algún otro compañero que pueda estar con él, vigilándole, pero no encuentra nada fuera de lo normal.

Respira hondo, tratando de recuperar la calma perdida. ¿Cómo han podido dar con él? ¿Dónde ha estado el error? ¿Cómo se ha enterado de lo de Eva? Está fuera de sí, tan nervioso que no es capaz siquiera de recordar los detalles de la conversación.

## 2

Siempre supo que esto podía suceder, había asumido el riesgo, pero el paso de los meses le había hecho ganar cierta seguridad y pensaba que había cometido el crimen perfecto. Apura la bebida de un trago para buscar algo de confianza. Lo esencial es que está a salvo y con dinero de sobra como para desaparecer, seguir con el plan previsto, contratar a los mejores abogados y refugiarse en un lugar seguro. No es lo ideal, pero ya es tarde para lamentaciones.

El recuerdo de Eva sí le ha impactado. Su hermana, su *alter ego*, unidos no solo por los lazos de sangre, sino por las torturas que tuvieron que soportar durante años. Y, aun así, aquella infancia maldita, en lugar de unirlos, de generar entre ellos un vínculo inquebrantable, una necesidad de protección, les hizo insensibles el uno hacia el otro, hacia los demás, hacia el propio mundo. Todavía recordaba cómo miraba sin la menor emoción cuando su padre arremetía contra ella, golpeándola una y otra vez sin que a él le generara sentimiento alguno. Con Eva ocurría lo mismo, sus ojos azules fríos, inexpresivos, como si los golpes que él sufría no fueran

con ella. Habían visto tanto, habían llorado tanto y habían sufrido tanto que ya nada les producía sentimiento alguno.

Por eso, no había sentido el menor remordimiento, jamás se arrepintió de haber terminado con un mundo que no merecía. Su madre había muerto, su padre debía hacerlo también, su hermana tenía que salir de su vida para permitir que él se construyera una nueva. Lo mismo que había tenido que hacer ahora, cuando las cosas se volvieron insoportables: construir una nueva vida.

A pesar de contar con apenas quince años, fue capaz de elaborar con minuciosidad un plan para lograr todas las pruebas que después incriminaran a su hermana. Lo recuerda todo, paso a paso, como si hubiera ocurrido ayer mismo. Respira hondo y mientras sus pulmones se llenan de humedad y salitre, su mente navega hacia el pasado. Aquella tarde le había pedido ayuda a Eva porque se había atascado el rifle de caza de su padre. Ella lo cogió con determinación, disparó al aire y se lo entregó. Se llevó en las manos el polvo imperceptible que luego demostraría que había disparado el arma, que dejó además repleta de huellas. Mario vació las botellas de *whisky* en el inodoro y las dejó torpemente junto a la cama de su padre.

No siente la menor emoción al rememorar aquel momento. Nada. El paso de los años no ha hecho más que enterrar lo sucedido, como si no fuera con él. Pero lo cierto es que aquella noche se puso el jersey de su hermana y entró en la habitación de matrimonio, donde dormía su padre a pierna suelta. Acercó el rifle a su cara y cuando lo tuvo a escasos dos centímetros le chistó. Él abrió los ojos. Fue solo una fracción de segundo, un segundo nada más para que padre e hijo comprendieran lo que estaba a punto de suceder. No podía matarle sin más, con él dormido, necesitaba buscar en sus ojos el miedo, que aquella mirada le devolviera una parte del terror que él había generado durante años. Apretó el gatillo y la cabeza se partió.

Corrió hacia su habitación, hizo un ovillo con el jersey, que luego introdujo en el cuarto de su hermana, y sencillamente se dejó llevar. Como siempre, ella tomaría la iniciativa. Así fue.

Eva lo comprendió todo en cuanto le leyeron sus derechos, pero nunca dijo nada. Se sumió en un silencio resignado, sin esperanza, sin defensa. Lo asumió, como parte de esa vida de crueldad e ignominia que le había tocado vivir. Antes había sido su padre quien la golpeaba, ahora era su hermano. Para ella la vida consistía en eso, agacharse y esperar que amainara el temporal. En el juicio, miró fijamente a Mario desde el estrado, transmitiéndole sin palabras que lo sabía todo, que se había convertido en la peor versión de su propio padre.

Mario se sobresalta al comprobar que una lágrima corre por su mejilla. «¿A qué viene esto ahora? ¿Acaso voy a sentir pena, casi treinta años después? La situación se está descontrolando, tengo que reponerme, tengo que actuar».

Es hora de correr.

Lo importante es no dejarse llevar por el pánico y seguir el plan de fuga paso a paso. Hacía casi dos años que no sentía el empuje de la adrenalina correr libre por sus venas y es justo la descarga que necesita para olvidar el pasado y centrarse en el presente.

Sale disparado hacia su habitación, la *suite* presidencial, situada en un extremo del hotel. No solo es la más lujosa y amplia, sino que además está algo apartada, con doble salida y acceso al *parking*, donde le espera su coche.

Envía un mensaje de texto en su teléfono encriptado.

Salida urgente. Destino Maldivas.

Voy hacia el aeropuerto.

Lo envía a la agencia de vuelos privados que tiene contratada en Panamá. Ha pagado una fortuna por tener la disponibilidad de contar con un avión para salir en cualquier momento y es hora de amortizarlo.

Entra en la *suite*. Comprueba que está solo y chequea el salón, las dos habitaciones y los dos baños. Respira agitado mientras saca una maleta que guarda en uno de los armarios. Está ya hecha y preparada para salir. Así ha vivido los últimos meses, con el equipaje preparado para la huida.

Solo le falta guardar el ordenador que reposa sobre el escritorio.

Cuando deja la maleta sobre la cama suena su teléfono encriptado. Se queda paralizado, casi nadie tiene ese número. La pantalla muestra que ha recibido un mensaje. Lo lee varias veces, no tiene sentido, no puede ser y, sin embargo, ahí está. El corazón le late con fuerza y siente que le fallan las piernas.

El mensaje dice:

Ya disponible el último capítulo de *Infidelis*: «Traición».

Le tiemblan las manos cuando accede al navegador y entra en la página. No da crédito. La web que había dejado con el libro completo y la biografía de Arbea ha sido sustituida por otra. En apariencia es igual, pero su contenido ha cambiado. Enrojece de rabia al leerlo.

### **La aventura continúa...**

Si creían que la historia había terminado, se equivocaban.

Con todos ustedes, un nuevo y último capítulo de *Infidelis* que cierra por fin la trama y donde descubrirán al verdadero asesino que se esconde tras tantas palabras de sangre.

Un capítulo especial, diferente, que hará sin duda las delicias de nuestros lectores por cuanto se publica diez minutos antes de que el propio asesino sea asesinado.

Descargue gratuitamente este gran final y descubra al cobarde que se esconde tras la muerte de seis personas inocentes.

No es real, no puede serlo. Cree estar soñando, en plena pesadilla, confía en volver pronto a la vida, despertar y respirar aliviado. Pero, no, el teléfono que tiembla entre sus

manos le devuelve a la realidad. Duda si acceder o no al capítulo, atrapado por un miedo invencible.

Al final se decide. Y, cuando lo hace, las primeras líneas le confirman que, en efecto, está viviendo una pesadilla.

### 3

#### ***INFIDELIS*** **CAPÍTULO 7** **REDENCIÓN**

Mario Torres se sentía un fracasado en todos los aspectos de la vida. Primero como marido de Adriana. La infidelidad de su mujer no era sino la constatación de un matrimonio hundido en la tristeza y la frustración que él no había sabido mantener. Después como profesional. Años de ingente trabajo que no habían sido reconocidos con el sueldo y el ascenso que él merecía.

Vivía una vida que no reconocía para sí, que no merecía en absoluto, al menos es lo que se decía para no consumirse en la resignación y la amargura.

Y lo peor de todo es que esa sensación no era nueva, ya la había experimentado en otro tiempo, en otra vida. Sentirse en un mundo que no le correspondía, que no merecía. No tenía más que echar la vista atrás para recordarlo...

Una infancia trágica, una madre ahorcada, un padre maltratador, una hermana que dejó de serlo para convertirse simplemente en compañera de palizas. Hubo un tiempo en que sus días transcurrían en esa cruenta monotonía, sin horizonte alguno. Fue entonces cuando dejó de sentir a base de golpes, cuando abandonó cualquier empatía hacia los demás y se descubrió a sí mismo, erigido como único centro de su propio universo. Solo él importaba, solo él habitaba el mundo. Todo lo demás no era más que un mero atrezo a su servicio.

Por vez primera entendió que aquella existencia no le correspondía y decidió cambiarla por completo, al precio que tuviera que pagar.

Fue así, mientras se protegía de las patadas y puñetazos, como ideó su plan. Asesinar a su padre, inculpar a su hermana, iniciar una nueva vida en brazos de su tía Clara. Lo ejecutó con la frialdad que los años de tortura le habían otorgado. No sufrió, no lloró, no

se arrepintió. Enterró al maltratador, encerró a su otro yo y Mario Goñi sucumbió al renacido Mario Torres.

Años después, y muy a su pesar, volvía a encontrarse en la misma encrucijada, con la misma angustia de quien ha tocado fondo. Sabía bien lo que era adentrarse en aquel pozo y por nada del mundo quería permanecer en él. Y justo cuando pensaba que no habría ya impulso con el que salir adelante, el azar quiso darle una nueva oportunidad, brindarle la posibilidad de construir un yo diferente.

Llevaba semanas trabajando con un cliente, Ediciones Ría, en cuyas oficinas de la Torre Iberdrola de Bilbao se había instalado para preparar su informe. Pasaba interminables jornadas adentrándose en los números de la editorial con el objetivo de hacerla más rentable.

Fue una tarde cualquiera cuando oyó los gritos en la recepción. Se asomó a ver qué ocurría y se encontró con un tipo alterado, nervioso, que arremetía contra la secretaria. Se marchó entre improperios e insultos. Preguntó por él y le dijeron que era un pobre escritor perturbado en busca de editorial. J. A., el desquiciado, tal y como lo conocían por allí.

Pasaron varios días y el hombre volvió a presentarse con la misma cantinela. Su aspecto empeoraba, cada vez más trastornado, y soltó un grito ronco en mitad de la recepción cuando lo invitaron a marcharse. Antes de salir por la puerta, dejó caer con estrépito un manuscrito sobre el mostrador. Esa tarde, cuando Mario salía de la oficina, se lo encontró abandonado en la recepción vacía. Leyó el título, *Infidelis*, y sin pensarlo se lo metió en la mochila.

Así conoció a Julio Arbea y así surgió la oportunidad de leer su libro. La trama llegaba para él en el momento más oportuno: un asesino que ajusticiaba infieles para vengar la traición sufrida. La historia le conmovió profundamente, removió sus más bajos instintos y se sintió atrapado por aquel protagonista al que le gustaría parecerse. Encontró en él un modelo, una vía de escape a su situación. Una nueva vida.

A la semana siguiente Arbea volvió a presentarse en la recepción, pero esta vez la secretaria no dudó en llamar a seguridad. Dos hombres aparecieron enseguida para llevárselo de malos modos. Mario no lo dudó. Recogió sus cosas y salió tras ellos.

Justo antes de que saliera por la puerta, lo interceptó y se presentó. Salieron juntos y tomaron un café en una terraza. Allí descubrió que aquel hombre no solo estaba desquiciado, sino que

era también esclavo de los antidepresivos y los ansiolíticos, además de otras drogas. Hablaron largo y tendido y así pudo conocer una parte de su dramática historia, que de algún modo coincidía con la suya: infancias difíciles, padres problemáticos, maltratos, depresiones, infidelidades... Cuanto más lo dejaba hablar, más se percataba de que estaba ante un hombre vencido, vulnerable, el protagonista ideal de su propia historia.

El paralelismo con su vida era evidente, en especial con la niñez robada por el fracaso del matrimonio de sus padres. Cada noche, Mario debía enfrentarse a la muerte de su madre, ahorcada sin piedad por su padre, para revivir después las palizas que recibió junto a su hermana durante semanas, meses, años.

Su hermana no volvió a formar parte de su vida. Hizo que la metieran en prisión para mantenerla alejada. Fue condenada a una pena de casi veinte años, después de que el Tribunal Supremo revisara su caso a petición de la Fiscalía y eliminara la atenuante de miedo invencible. Falleció encerrada, víctima de una enfermedad. Y lo hizo como había vivido, sola y en silencio, sin familia ni amigos a quien recurrir. Lo que Mario no sabía entonces era que durante todos los años que permaneció recluida solo se sinceró con una persona, la única en quien confió la verdad de lo ocurrido aquella noche. Era una joven psiquiatra que hacía sus prácticas en la cárcel y que por desgracia nunca llegó a creer en el testimonio de la chica, que atribuyó a los delirios de una pobre enferma. La joven doctora se llamaba Nagore González y, gracias a ella, aunque años más tarde, la verdad terminó saliendo a la luz.

La noche que conoció a Julio Arbea, Mario no pudo dormir, intentando desvelar los detalles de una idea que iba tomando forma en su mente mezquina. Era un hombre de números, hijo de una profesora de matemáticas, al fin y al cabo. Se había pasado la vida auditando empresas y ayudándolas a mejorar sus resultados, a vender más, a ser más productivas, y analizó aquella oportunidad con sus propias herramientas profesionales.

Si ese libro, en lugar de tener personajes de ficción, tuviera protagonistas reales, y si el público tuviese la oportunidad de comprar esos capítulos escritos por el propio asesino, se convertiría en un éxito mundial. Y así, como quien afronta un reto profesional, Mario trazó el plan con todo detalle, consciente de que necesitaba tiempo y una serie de ingredientes para llevarlo a cabo.

En primer lugar, tenía que volver a casa y rehacer su relación con Adriana, aparentando un arrepentimiento que jamás llegó a sentir; después, debía utilizar a Julio Arbea como chivo expiatorio y suministrarle la suficiente dosis de drogas como para tenerlo



controlado en todo momento; y, por último, necesitaba un experto informático que pudiera crear la plataforma tecnológica necesaria.

Las dos primeras tareas fueron fáciles. Siempre recordaría la cara de Adriana cuando abrió la puerta para descubrir el perdón de su marido. En cuanto a Arbea, a través de Internet encontró el suministro necesario para tener enganchado al yonqui. El tercer requisito le llevó algo más, pues no era sencillo localizar a alguien de confianza. La respuesta, como ocurre tantas veces, la tenía más cerca de lo que pensaba.

Mario y Adriana habían conocido a Beto años atrás, en su antiguo barrio. La historia del adolescente huérfano que vivía con su abuela los conmovió y acudían de vez en cuando para estar con sus vecinos. Así fue como descubrieron que, a pesar de sus dieciocho años, aquel joven retraído y tímido era un portento de la tecnología. Había convertido su garaje en un auténtico centro informático en el que se refugiaba, rodeado siempre de pantallas y ordenadores. Su abuela confesaba a todo el barrio, apesadumbrada y resignada, que el bueno de su nieto había pasado por varios institutos antes de abandonar los estudios. En todos ellos lo habían expulsado por hackear sus sistemas.

Beto reunía dos importantes características: era el único *hacker* a quien Mario conocía directamente y era además muy joven, fácilmente manipulable.

Y así fue como un buen día se presentó en su casa para contarle el plan, o al menos una parte de él, y prometerle una vida de lujo y comodidad lejos de aquel sótano infecto.

Tal y como contó la abuela a algún vecino, Mario se había ofrecido a dar clases a su nieto y por eso aparecía con asiduidad, pese a que ya no vivía en el barrio.

Su plan estaba en marcha. Contaba con un chivo expiatorio, al que había proporcionado una vivienda en la que lo atiborraba a pastillas y cuya identidad iba construyendo poco a poco. Con ayuda de Beto, logró que Arbea constara desde hacía años como inscrito en una serie de cursos de seguridad y programación informática, con el único propósito de ir presentándolo como único autor de *Infidelis*.

La segunda fase era la búsqueda de candidatos para protagonizar el libro. El sistema era sencillo: entraban en los servidores de las principales agencias de detectives y de consultas de psicólogos expertos en crisis matrimoniales y hacían una selección con los casos más recientes e interesantes. Nada que Beto no pudiera hacer en una tarde; cuando se atascaba, pedía ayuda a sus contactos de la red oscura.

Necesitaban garantizarse la máxima repercusión y para ello Mario analizó con detenimiento los distintos perfiles: una mujer exitosa, un cocinero famoso, una joven estudiante, dos lesbianas. Una vez hecho, había que ocuparse de las localizaciones. Para ello contó con el propio Julio, a quien mandó, cámara en mano, a pasearse por los posibles escenarios de los crímenes. Con eso no solo se garantizaba un trabajo de campo sin tener que desplazarse, sino, sobre todo, que las cámaras de seguridad grabasen a Julio merodeando por el hotel Iturmendi, el puerto de Pasajes o la propia Universidad Complutense, entre otros lugares. Iba así preparando el terreno para la próxima inculpación.

Entretanto, seguía interpretando el papel de buen esposo que Adriana creyó sin rechistar, feliz de pensar que su único desliz había sido superado por el amor. Se habían mudado de barrio para iniciar una nueva etapa juntos y dejar atrás un pasado que olvidar.

Y así llegó el día del estreno.

Mario quedó para comer con Adriana en un restaurante a las afueras de San Sebastián, en ruta hacia el hotel Iturmendi. Una comida rápida entre semana, como habían hecho alguna que otra vez, una buena ocasión para verse un rato y seguir construyendo su falsa reconciliación.

Cuando Adriana estuvo en el restaurante, le envió un mensaje diciendo que llegaba tarde. No tenía ninguna intención de presentarse, y eso que estaba cerca, a escasos kilómetros, agazapado en la escalera de incendios del hotel.

No había sido casualidad el que quedaran justo ahí. Sabía que, al ser la subinspectora de Homicidios más cercana al lugar del crimen, recibiría la llamada y sería la primera en presentarse. A partir de ahí, la conocía lo suficientemente bien como para saber que asumiría la investigación hasta el final, como así hizo.

Envío el correo electrónico a los periodistas justo cuando agarraba el cuchillo y cruzaba la puerta. Asesinó a su víctima con frialdad, asestándole las siete puñaladas que había anunciado en el capítulo. Para él no era una mujer indefensa tendida en una cama: era la propia Adriana, la representación de todas sus desgracias. Y en cada puñalada se sintió liberado, pleno y feliz.

Huyó sin ser visto a lomos de la motocicleta que había comprado Arbea.

Cuando Adriana llegó a casa por la noche, después de todo el día trabajando en el nuevo caso, la esperaba una romántica cena que Mario había comprado para ella. Seguía su representación.

Si la primera vez fue fácil, la segunda aún lo fue más.

Dos meses atrás había enviado a Arbea a comprar una tarjeta regalo de Decathlon para poder usarla después en la compra *online* del arpón. Sabía que la posterior investigación conduciría a ese mostrador y la cara del supuesto asesino sería por fin revelada.

Y así, disfrazado de mujer para generar una mayor confusión, arponeó a Andrés Sola con total impunidad. Grabó la ejecución y la difundió a todos los contactos del teléfono para que la recibieran un par de horas más tarde. Quería la máxima repercusión y sabía que un vídeo de Sola desnudo, asumiendo la culpa de una infidelidad, asesinado después frente a la cámara, sería música celestial para los medios.

La repercusión mediática fue total y las ventas comenzaron a subir. El dinero atravesaba el camino digital que habían diseñado y se ingresaba en la cuenta del First Capital Bank, en las Islas Vírgenes Británicas, a las que solo él podía acceder.

Todo estaba saliendo a la perfección. Los crímenes, la investigación, la exposición social, su relación con Adriana..., pero surgió entonces un imprevisto. Beto.

O bien descubrió el verdadero propósito, o bien discutió con él por el reparto del dinero, pero lo cierto es que se trataba de un cabo suelto que no podía permitir. Dejar su futuro en manos de un friki encerrado en su sótano era una insensatez. Debía tomar una decisión, máxime cuando ya no lo necesitaba. Durante meses había aprendido el mecanismo del programa que utilizaban para publicar los capítulos e insertar comentarios en el blog y no le hacía ninguna falta la supervisión del muchacho.

Así que una tarde entró en casa de Beto y sin mediar palabra lo asesinó. Después subió a ver a la abuela, que descansaba en su dormitorio, y la mató con la misma indiferencia. A continuación, desmontó todo el equipo informático y lo cargó en el Ford Explorer propiedad de Arbea. Dejó el gas abierto y un par de velas encendidas en el sótano donde estaba el cadáver de Beto. En cuanto el gas se propagó y se acercó a la llama explotó, haciendo arder la casa y convirtiendo los cadáveres en una amalgama de huesos calcinados.

Instaló el sistema informático en la casa de Arbea, aunque no logró siquiera encenderlo por falta de potencia eléctrica. Tampoco le hacía falta. Tal y como el propio Beto le había enseñado, le bastaba con conectar el módulo central a su propio ordenador portátil para poder acceder a *Infidelis*.

Se había librado así de un problema. Y hubiera quedado olvidado y enterrado de no ser porque Lucía Cillero, precisamente la esposa del hombre con el que Adriana le había sido infiel, le había visto

cargar los ordenadores desde la ventana. Fue ella quien envió varios mensajes a la propia Adriana durante la investigación, seguramente para preguntar qué hacía Mario desvalijando todo aquel equipo. Por desgracia, la subinspectora no quiso hablar con ella y no obtuvo respuesta. Tiempo después, el teléfono de Adriana sería revisado, los mensajes encontrados y un buen detective seguiría el rastro.

En cuanto a Arbea, había llegado el momento de lanzar el primer cebo a la Policía. En uno de los vídeos sexuales que guardaba Andrés Sola, grabado en un hotel, una chica mostraba convenientemente la portada de un manuscrito que reposaba sobre la mesa de noche. Era un ejemplar de *Infidelis*, escrito por un tal J. A. Mario sabía que era una de esas pistas capaces de hacer enloquecer a los investigadores, como así ocurrió. Ya tenían unas iniciales que rastrear, así como un manuscrito que perseguir.

En cuanto a la chica, apenas se veía su rostro y, salvo unas alas negras tatuadas bajo la oreja izquierda, no había forma de identificarla. Una prostituta más, una silueta anónima imposible de identificar en la jungla de la prostitución. Hasta que el azar la condujo a la Policía.

Una redada en la fiesta de una *suite* donde un grupo de narcos se divertía con compañía femenina. Todos fichados, ellas también. Unas alas negras retratadas en una ficha policial que no pasan inadvertidas para un agente perspicaz. La confesión de la chica y la historia adquiere una vertiente inesperada: recibió un doble encargo, conquistar a Sola, lo cual no fue muy difícil, y antes de la cita encargarse de que le entregaran el manuscrito. Después, una simple actuación mostrando la primera página a la cámara.

Era el momento del tercer capítulo, de hacer que aquellas iniciales pudieran tener conexión con un escenario del crimen. Arbea había estudiado en la misma residencia, en la misma universidad, en el mismo lugar donde daba clases el psicólogo que lo atendió, cuyo libro sirve de guía para el propio *Infidelis*. Era solo cuestión de tiempo que se unieran las piezas y las iniciales J. A. identificaran un rostro al que perseguir.

Al mismo tiempo, un tercer asesinato en otra comunidad autónoma abría las puertas a la mayor cobertura mediática del país en décadas. La muerte de una universitaria envuelta en una truculenta historia con un profesor captaría la atención del público juvenil y dispararía las ventas, tal y como ocurrió.

Para Adriana, su amado Mario había ido a pasar aquel sábado a Pamplona para visitar a su madre, en una cita familiar a la que ella no había podido acudir por la investigación. Lo último que la

inspectora podía sospechar es que, lejos de una relajada comida con su madre, Mario estaba escondido en el maletero de un Ford camino de Madrid. La única complejidad que presentaba el tercer capítulo era el desplazamiento a la ciudad, una oportunidad que no perdió para tejer todavía más la red en la que estaba cayendo Arbea, que fue quien condujo y se expuso ante las cámaras de los peajes, mientras el ejecutor estaba convenientemente oculto.

Una vez en la residencia, que el propio Arbea le describió con precisión, el crimen fue sencillo. Nada tenía que hacer la pobre chica en brazos de la más visceral encarnación del odio. Y mientras Mario la estrangulaba y vertía sobre ella toda su inmundicia, Arbea permanecía en el coche, esperando en el aparcamiento, sumido en su particular cóctel de drogas y ajeno a la tragedia que se cernía a su alrededor.

En su débil estado mental nada sospecharía de tanta maniobra, como tampoco del día en que Mario le pidió que tocara un sobre con un dedo. Así surgió la huella parcial aparecida en la carta remitida a Laura para concertar la cita; cartas cuya letra pudo emular sin que la joven sospechara, por cuanto el detective a quien habían encargado investigar al profesor conservaba varios ejemplares escaneados con las cartas que se enviaron los amantes.

La huella en el sobre fue una acción premeditada para lograr la incriminación definitiva de Arbea. Rebuscar en la habitación de la chica tras su muerte era necesario para que siguieran la pista y dieran con el sobre. Así la Policía contaría ya con unas iniciales, con una huella...

Y, aun así, el plan de Mario no era tan infalible como él pensaba.

Juan Huerta, un universitario que se dirigía a otro edificio de la residencia para recoger su móvil, declaró a la Policía haber visto en el aparcamiento a un hombre en un todoterreno; cuando pasó junto a él, las luces del tercer edificio estaban encendidas; cuando volvió a hacerlo después de coger el móvil, las luces estaban apagadas, pero el tipo seguía en el interior del vehículo. Prueba concluyente, como diría el fiscal en un juicio, de que no fue Arbea quien asesinó a la joven universitaria.

Pero la fiesta continuaba y los objetivos buscados se cumplían. Los medios encumbraron *Infidelis* y el dinero fluía con rapidez hacia las Islas Vírgenes. Y para seguir alimentando la hoguera del morbo y las ventas, Mario se sacó de la chistera un nuevo giro de guion: el público escogería a la siguiente víctima.

Para ello, optó por una relación homosexual con la intención de ampliar el abanico de tendencias y el interés del conjunto social.

Dos mujeres desnudas en una bañera, tres horas para votar a quién salvar. La tragedia estaba servida.

El lugar del crimen era un edificio de apartamentos a punto de ser estrenados, cuya promoción inmobiliaria realizaba Daniela Fraile. Conocía el piso, la propia Daniela se lo enseñó en una ocasión, meses atrás. También lo enseñó el día de su asesinato, por eso conservaba las llaves en su bolso, único objeto que desapareció del lugar del crimen y de cuya pérdida nadie se percató.

Y cuando Mario tenía la trama controlada y su plan se iba cumpliendo, dos hechos inesperados vinieron a alterar su desarrollo. El primero, el llamamiento de Adriana a la comunidad de *hackers* para tratar de boicotear *Infidelis*. Tuvo el efecto esperado y comenzaron a surgir algunos problemas técnicos en el desarrollo de la plataforma que, sin Beto, Mario era incapaz de resolver. Se limitaba a reiniciar el servidor y en la mayoría de los casos los problemas se resolvían con los sistemas de cortafuegos instalados por el propio Beto. Pero cada vez costaba más y el sistema pendía de un hilo.

Y justo entonces, cuando la tecnología amenazaba con hundir su proyecto, surgió una solución. Un *email* de su abogado, Oier Goytisolo, poniéndole en contacto con un cliente y reconocido *hacker*, Dani Mendoza. Bastaron tres millones de euros para adquirir la asistencia técnica necesaria y el problema quedó resuelto.

El tiempo, no obstante, comenzaba a correr en su contra.

Hubo un segundo hecho inesperado. La Policía encontró la ubicación donde tenía escondidas a las dos mujeres. Mientras se esforzaba por ahogar a Laia ante su propia cámara, oyó el timbre del ascensor. Tenía el tiempo justo para esconderse y esperar la ocasión de huir. Pero no contaba con que su propia esposa lo perseguiría en la huida e incluso lo heriría de un disparo. Un roce, nada más, pero lo suficientemente profundo como para no pasar inadvertido.

Los dos acontecimientos inesperados lo irritaban y lo alteraban, porque tendría que cambiar de planes. La herida en el antebrazo no pasaría inadvertida para Adriana, así que no podía permitirse el lujo de volver a encontrarse con ella. Adiós a los capítulos que pensaba seguir publicando para engrosar las arcas de su tesoro. Era el momento de acelerar el final.

Por de pronto hirió a Julio Arbea. Se las ingenió para causarle una herida en el antebrazo similar a la que él había recibido. Algo sencillo de ejecutar cuando se cuenta con un paciente sumido en

un letargo barbitúrico, ajeno al mundo. Solucionado el contratiempo, tenía que activar el siguiente capítulo. Y aquí entró en escena la finalidad última por la que ideó y ejecutó *Infidelis*: la venganza. Y la sirvió fría, implacable, inesperada... Cobarde.

Matar a Adriana lo colocaba en una posición vulnerable como posible sospechoso, con la Policía pendiente de él, para lo cual debía reforzar su tapadera, construir una coartada sólida, con testigos fiables, sin tacha ninguna.

Tenía preparado el capítulo con anticipación, con el único propósito de presentarse como una víctima más. Primero, siguió a Adriana una noche en moto. Algo discreto y rápido, lo suficiente para que ella se percatara y diese la voz de alarma. Después, le pidió a Arbea que acechara su casa por la mañana, cuando todavía estaban los dos juntos antes de trabajar. Colocó los pantalones vaqueros de Adriana junto a la ventana y abrió un poco la cortina para que pudiera verlo desde allí. Nadie sospecharía del marido atemorizado que espera en la planta de arriba a que su mujer se enfrente con el asesino.

Y, por último, la escena del crimen. Convocó una videoconferencia ficticia en la oficina, a primera hora, cuando todavía no habían llegado ni tan siquiera las secretarias. Escogió el despacho del fondo del pasillo, justo el que colinda con la salida de emergencia. Al otro lado lo esperaba Arbea, vestido igual que él, preparado para sentarse frente a la mesa de reuniones, de espaldas al pasillo. Mario conectó el ordenador y la pantalla emitió una videoconferencia previamente grabada, de dos horas de duración. Arbea no tenía más que sentarse a esperar, disimular, como si estuviera atendiendo y tomando notas. Estaba tranquilo, debidamente sedado, e interpretó bien su papel. Nadie lo molestaría, pues Mario había dado orden a las secretarias de no interrumpirlo bajo ningún concepto.

Bajó por las escaleras de emergencia y antes de coger la moto de Arbea publicó el capítulo. Se dirigió a su casa, consciente de que su amada esposa no tardaría en recorrer la ciudad para salvar a su marido.

Allí dispararía hasta matarla. Apenas tuvo unos segundos para contemplar su obra, sabía que la Policía se le echaría encima. Abandonó la moto y cogió otra distinta, a su nombre, que había dejado aparcada el día anterior. Volvió a la oficina, subió por la escalera de incendios y sustituyó a Arbea sin ser visto.

Cuando los agentes aparecieron en el despacho con gesto serio, estaba preparado, activo ante la adrenalina que había desatado la venganza. Interpretó a la perfección el papel del esposo impactado

por el asesinato de su mujer. Conmocionado, impotente, arremetió contra el mueble de cristal y se hizo varios cortes en los antebrazos. Disimularía así la herida que tenía todavía abierta, camuflada entre los cortes del cristal.

La actuación resultó brillante, nadie podría imaginar que, tras aquella desesperación sincera, tras aquellos gritos de angustia, se encontraba un alma despiadada, perturbada e infame.

Se acercaba el final. Y en ese capítulo debía tener cuidado con Arbea, pues no sabía el efecto que podía tener en él la presencia de su exmujer. Por eso, intensificó el nivel de ansiolíticos y sedantes. El hombre lo esperaba medio inconsciente en la casa de su familia mientras él fue en busca de Irene. Aparcó detrás de su casa, llamó a la puerta y se identificó como agente de policía. Tenía que acompañarla porque estaba en peligro, al parecer Arbea la esperaba en la calle. La mujer no dudó y huyó con él, aterrada. En el coche le administró un fuerte sedante y al despertar se encontró con una soga en el cuello, frente al propio Arbea.

Los ahorcó a los dos antes de publicar el capítulo y así tener tiempo de huir. Para cuando la Policía llegó a la cabaña, él se hallaba en casa de su madre, llorando la muerte de su esposa.

A partir de ahí, la última actuación. Funeral, discursos, lágrimas, abrazos de los compañeros de Adriana, agradecimiento por su labor, desfile de policías, entierro en familia, apoyo de su madre, consuelo para su suegra...

Los meses siguientes son duros, sabiendo que el dinero aguardaba en la cuenta bancaria mientras él debía aparentar la misma vida de siempre. Se despidió de la consultora y fundó una propia, con él como único empleado, especializada en consultoría estratégica internacional. Había llegado el momento de viajar, de volar, de vivir.

Y así desapareció de la ciudad, así dejó atrás la vida que nunca quiso, así se abandonaría a la comodidad y la ostentación que le había costado tanta sangre derramada.

Hoy, como todos los días, disfruta de una copa en la terraza mientras contempla el océano y lee relajado. Lleva tres meses en ese hotel y, sin saberlo, una semana entera siendo vigilado por un equipo especial.

En una habitación cercana, la 153, un grupo de agentes ha instalado su equipo de seguimiento. Llevan varios días deambulando con discreción por el hotel y preparando su operación, sin que el vigilado se haya percatado de su presencia.

Mario está indeciso. No sabe si todo eso no será más que una burda pantomima para asustarlo y hacerle cometer un error o, por



el contrario, ha sido fruto de un seguimiento sin saberlo. Tiene una forma de comprobarlo y decide intentarlo. Coge el teléfono y marca la habitación.

Y en efecto se lo plantea. El teléfono reposa en la mesilla que está junto a él. No tiene más que marcar el 153 para saber si esto va en serio o no. Aunque tampoco sería concluyente. Lo que no entiende es para qué tantas molestias. ¿Qué sentido tiene todo eso? Si han recabado pruebas suficientes, no tendrían más que avisar a la Policía Local y arrestarle. Pero toda esa locura...

Coge el teléfono y marca el número de la habitación. A la tercera señal descuelgan el auricular, pero no se oye más que una respiración pesada al otro lado. Antes de que Mario pueda decir nada, resuena una voz siniestra:

–Tic, tac, tic, tac...

Cuelga con brusquedad. Nota que la ansiedad se dispara en su interior. El pensar que están allí al lado, dispuestos a no se sabe qué, le ofusca. Prefiere descubrirlo. Sigue leyendo.

Pero no es lo que él espera, no tienen una orden de extradición ni cuentan con el permiso de las autoridades locales, nadie va a tirar abajo la puerta, ponerle las esposas y leerle sus derechos. Eso habría sido demasiado indulgente, no habría hecho justicia a las víctimas. Y los agentes no están allí para ponerle en manos de la justicia, sino para hacer justicia.

A Mario le queda poco tiempo, en cuanto vio a Bruno Vega fue plenamente consciente de ello y empezó a ponerse nervioso. Cada minuto juega en su contra, es momento de huir.

Pero no será fácil, desde luego no como lo tiene planeado. Para pagar un avión privado es necesario tener dinero y en ese momento está arruinado.

Desde la habitación cercana, un policía especializado en informática acaba de acceder a sus cuentas bancarias y ha vaciado su contenido. Los millones que tanto esfuerzo le ha costado atesorar han desaparecido como por arte de magia y su saldo actual es un triste cero.

Mario lanza el móvil a la cama y corre hacia el escritorio, donde reposa su ordenador, iluminado por un flexo. No puede ser, no puede ser... Le tiemblan los dedos y le cuesta teclear. «Es todo una vulgar patraña», se dice a sí mismo para intentar tranquilizarse. La última vez que ha entrado en la página del banco, esa misma mañana, estaba todo en su sitio y es imposible que hayan podido acceder a ella.

Introduce la contraseña de seguridad y entra. Respira aliviado. Todo está en orden. Cierra el ordenador y lo guarda en la mochila, sobre la cama. Vuelve a coger el capítulo con cierto ánimo renovado. Apenas le quedan unas líneas y quiere saber cómo pretenden acabar con él.

La sorpresa casi le deja sin habla, a punto ha estado de sufrir un ataque al corazón. Una cosa es que le hubieran descubierto, que hubieran acumulado todas las pruebas incriminatorias contra él, y otra muy distinta que fueran a robarle y matarlo después. Siente un ligero rebrote de esperanza y se dispone a marcharse.

Pero nuevamente ha subestimado al contrincante. Si hubiera estado atento, habría comprobado que, bajo la pantalla del flexo, se esconde una microcámara que enfoca directamente al teclado del ordenador. Así, el mismo especialista que está a pocas habitaciones ha podido ver en tiempo real la contraseña y, en cuanto Mario ha cerrado el portátil, ha accedido con su usuario a la página del banco. Ahora sí, no hay saldo alguno en las cuentas.

Nuevo arranque desesperado hacia el escritorio. Voltea con violencia el flexo y descubre que, junto a la bombilla, cuelga una microcámara. Ahora los nervios sí le vencen y emite un grito desesperado. Saca de nuevo el ordenador de la mochila y vuelve a entrar en la página del banco.

Las lágrimas afloran y caen por sus mejillas. Aquel cero, donde antes había tantos dígitos de felicidad y futuro, le resulta imposible de vencer. Tantos sueños por cumplir rotos en un instante. Se mira en el espejo del armario, frente a él, y ya no encuentra el semblante altivo y orgulloso con el que se ha complacido desde hace un año. Ahora se siente

hundido, perplejo, impotente... Tiene la misma mirada que Adriana antes de morir.

Y es la idea de la muerte la que le hace despertar. Si han sido capaces de robarle, quizá estén dispuestos también a matarle. Tiene que anticiparse, tiene que pensar. La tensión invade su cuerpo, responde al puro instinto de supervivencia. Coge de nuevo el teléfono y termina de leer.

Sin dinero en el banco, sin un país al que volver, sin una mujer ni amigos a quien recurrir, sin posibilidad de huir, Mario es consciente de que vive sus últimos momentos en este mundo. Pero aún tiene un coche esperando en el aparcamiento. Es la última posibilidad de salir de allí; una vez a salvo, ya verá cómo recompone su vida.

Coge la mochila y se prepara para salir. Abre la puerta y comprueba que no hay nadie. Sale rápido al pasillo y corre hasta alcanzar las escaleras mirando hacia atrás, esperando encontrarse con Bruno en cualquier momento. Baja de dos en dos los escalones y se acuerda del día en que huyó de Adriana y ella le disparó. Vuelve a sentir el mismo miedo, vuelve a notar su presencia corriendo tras él.

Más tensión a la entrada del aparcamiento. Hay pocos coches y se cerciora de que no haya nadie esperando. Corre hacia el Aston Martin, que aguarda en su plaza. Cuando entra, el olor del coche nuevo y el tacto reconfortante del cuero le generan cierta sensación de seguridad. Al menos podrá salir de allí, intentar volar como estaba previsto y, en caso contrario, huir hacia el sur para cruzar la frontera con Colombia.

Arranca y el rugido del motor envuelve el aparcamiento. Enciende las luces y la oscuridad que se cierne frente a él se desvanece con los focos potentes. Y ahí está.

La silueta de Bruno proyecta una sombra alargada tras él, sostiene un arma en la mano derecha y su rostro refleja la viva imagen del odio. Su mirada expresa una venganza irremediable y Mario sabe que apenas le quedan unos segundos. Gira el mando de las marchas para poder arrancar y atropellarlo, como único intento de salida. Cuando alza de nuevo la vista, Bruno lo está apuntando con el arma.

Dispara. Una, dos, tres veces vacía el cargador contra Mario, que recibe los impactos en el pecho y en el cuello. Las piernas no le responden, es incapaz de acelerar, siente un dolor intenso que emerge por cada agujero que presenta un cuerpo que ya no le

obedece. Mira hacia abajo y la sangre de las heridas le aterroriza. No puede respirar, su cuello emite un gorgojeo siniestro cada vez que intenta inhalar una bocanada. Trata de taponar la herida, pero sus manos carecen de fuerza.

Por un instante piensa que esto es precisamente lo que debieron de sentir sus víctimas antes de morir. Daniela, Andrés, Laura, Adriana, Irene y Julio tuvieron que percibir el mismo miedo atroz ante su muerte inminente. Ahora le tocaba a él.

La falta de oxígeno le provoca una convulsión incontrolable, como el pez fuera del agua que aletea buscando la vida. Pero a Mario se le escapa sin remedio y los demonios que desató en la tierra aguardan impacientes el momento de lanzarse sobre él para despedazarlo.

Se sorprende a sí mismo respirando fuerte, como si en realidad aquellos disparos le hubieran alcanzado y le faltara el aire.

«Solo quieren asustarte, nada más –se dice una y otra vez mientras trata de controlar los impulsos y pensar con claridad–. Son policías, no asesinos, están presionándote para que te entregues, para que confieses. Quién sabe si la habitación estará incluso plagada de cámaras».

En todo caso debe huir, y debe hacerlo ya. Piensa en opciones. El coche está descartado, obviamente, y tampoco va a salir por la recepción a buscar un taxi. Tiene que irse por detrás, hacer algo que no esperan, pero debe marcharse de allí antes de que lo maten o enloquezca.

Incapaz de razonar, coge la mochila y corre hacia la habitación posterior. Saldrá por la puerta de atrás, que da acceso a un jardín privado. Saltará la valla, saldrá del recinto y en la calle buscará un vehículo. No puede planificar más, debe ganarse la vida metro a metro, minuto a minuto. Cuenta con dinero metálico como para apañárselas una temporada.

Abre la puerta con violencia y se dispone a salir.

Y ahí está.

La enorme silueta de Igor se interpone en el alféizar y los dos quedan congelados, paralizados uno frente al otro, descifrando en sus miradas sentimientos encontrados. Mario

siente miedo. Igor, solo rabia, dolor, ira. Y entre ambos planea la presencia de Adriana, la mujer a quien uno no quiso amar y el otro no pudo.

Igor tiene los ojos empañados por las lágrimas, no por lo que está dispuesto a hacer, sino por no haber sido capaz de evitarlo, por no haber podido salvarla, por tener que estar allí, a punto de vengar una muerte que nunca tuvo que ocurrir.

Alza la pistola y apunta a la cabeza de Mario.

—Nunca la mereciste.

—Igor —se lamenta desesperado en un último intento por convencerle—, no es verdad, todo esto...

—Arderás en el infierno.

Dispara.

# Agradecimientos

Tengo la fortuna de estar rodeado de gente maravillosa a quien tendría mucho que agradecer. Pero como no quiero dejarme a nadie en el tintero y confío en que haya más oportunidades en el futuro para ser agradecido, me gustaría dedicar estas líneas a las personas que me han ayudado a escribir *No mientas*.

Mi hermana Blanca ocupa un lugar preferente. Fue ella quien leyó el primer capítulo y su entusiasmo me llevó a escribir el resto; siempre ha visto en mí un escritor mejor de lo que soy, confío en no defraudarla cuando se dé cuenta. También a su marido, César Trocaola, orgulloso donostiarra que me ayudó a localizar los escenarios en su preciosa ciudad. A mi compañera Estefanía Clavero, que buscó tiempo entre expedientes para leerme y darme buenos consejos. Y también a mi hermana Paula, que leyó el manuscrito con su vitalidad contagiosa.

Enormemente agradecido a Justyna Rzewuska, que creyó en *No mientas* y me abrió las puertas de su agencia con su amabilidad y profesionalidad, haciendo realidad el sueño de este abogado aficionado a escribir. Gracias también a todo el equipo de Newton Compton Editores, que me han acogido con tanto cariño, y en especial a mi editora, Marina Sánchez, responsable de que el libro que sostienes sea mucho mejor del que ella recibió en su día.

Y, por último, quiero agradecer de forma especial a tres personas, no solo por este libro sino por ayudarme a escribir mi vida entera.

A mis padres, Jaime Ignacio y Blanca, el primer golpe de suerte que me regaló la vida, colocándome bajo la sombra de dos personas maravillosas.

Y por último pero en primer lugar, mi gratitud infinita para Marta, con quien tengo la enorme fortuna de compartir la vida. El mundo es un lugar bonito cuando caminas junto a alguien que lo ilumina con su sonrisa, su buen corazón, su inteligencia y su cariño.

# Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[DESGARRO](#)

[Capítulo 2](#)

[HUMILLACIÓN](#)

[Capítulo 3](#)

[VENGANZA](#)

[Capítulo 4](#)

[NEGACIÓN](#)

[Capítulo 5](#)

[ANSIEDAD](#)

[Capítulo 6](#)

[REDENCIÓN](#)

[Capítulo 7](#)

[DUELO](#)

[Capítulo 8](#)

[TRAICIÓN](#)

[\*Agradecimientos\*](#)